

**EXPLORACIONES SECRETAS EN**

# ÁFRICA

**Exploradores, espías  
y otros viajeros  
de incógnito en  
lugares prohibidos**

**Fernando Ballano**

**Lectulandia**

*Exploraciones secretas en África* viene a completar el título anterior de esta colección, *Exploraciones secretas en Asia*, y nos relata en este caso los viajes de aquellos exploradores, muchos de ellos mujeres, que decidieron, por diversos motivos, entrar en aquellos lugares de África en los que la entrada a occidentales estaba prohibida. Nos traslada la epopeya de estos aventureros que se arriesgaron a ser ejecutados y, adoptando diversas personalidades, disfrazados o como esclavos, entraron en Marruecos, en Tombuctú, en el Sáhara o en los países más conflictivos del África subsahariana.

Fernando Ballano hará un nuevo ejercicio de claridad y precisión en esta obra y nos llevará en el espacio y en el tiempo a descubrir los distintos espías españoles —Badía, Gatell o Cervera, por ejemplo—, que osaron realizar labores de espionaje en Marruecos; asistiremos a las ejecuciones de los occidentales que intentaron adentrarse en Tombuctú, conoceremos el premio que las sociedades geográficas de París y Londres prometían al primero que entrara en la ciudad y cómo, Caillié entró disfrazado pero nadie le creyó hasta que décadas después Barth corroboró todo lo que el francés había dicho; en cuanto al Sáhara fue recorrido siempre de incógnito por el francés Vieuchange que visitó la ciudad santa de Smara vestido de mujer o Rosita Forbes que cruzó el desierto libio vestido de esposa árabe; las distintas exploraciones por los países del África subsahariana también arrojarán datos insólitos e historias increíbles.

Un libro que ilustra el tesón del ser humano por conocer y dominar a otros seres humanos y la astucia de aquellos que no se rindieron ni cuando entrar en los parajes prohibidos parecía imposible, ni cuando su vida estuvo realmente en peligro.

Fernando Ballano Gonzalo

# **Exploraciones secretas en África**

**Exploraciones secretas - 02**

ePub r1.0

Titivillus 08.01.2024

Fernando Ballano Gonzalo, 2013

Editor digital: Titivillus  
ePub base r2.1

*A Juanjo, Uxue, Javier, Íñigo y Aitor*

## Prólogo

Si tienes este libro en tus manos te felicito por ello. Quizá fue su diseño, quizá ha sido su portada, quizá su título, quizá esos ¿sabías qué...? de la contraportada... Pero, sea lo que sea, desde luego ha sido lo suficientemente importante como para llamar tu atención y cautivarte al menos por un momento. Si finalmente se va contigo, mi felicitación es doble. Primero porque en una sociedad como la nuestra, donde cada vez se lee menos, ya es un mérito en sí mismo. Por otro lado te aseguro, y sin ningún miedo a equivocarme, que todas tus expectativas puestas en este libro van a cumplirse.

Personalmente me ha fascinado. Quizá sea porque como historiador africanista todo lo que tiene que ver con África ejerce en mí un poder de atracción más allá de lo normal, pero, también es cierto, que el libro está bellamente escrito y narrado por su autor. Al adentrarme en sus historias no he podido evitar pensar que nos habla de un mundo que, tristemente, ya no volverá. Por desgracia, África se muere. En realidad, lleva agonizando desde hace cuatro siglos cuando por medio de la guerra, el hambre, la destrucción y las enfermedades, Occidente la ha expoliado mientras hipócritamente sigue, todavía a día de hoy y, salvo casos muy puntuales, mirando hacia otro lado.

A pesar de ello, alguien dijo en una ocasión que África sigue siendo la última frontera. ¿Es posible que todavía exista en el continente negro algún lugar oculto?... No hace mucho me contaron que al noroeste de Zimbabwe, entre Mozambique y Zambia, se había localizado una manada de leones que hasta ese momento nunca habían visto un ser humano. Cuando el león sintió y vivió por primera vez en su vida a un ser humano, permaneció quieto, de pie, por unos largos y eternos cinco minutos. Uno daría lo que fuera por saber cuáles fueron sus sensaciones. Tal vez su instinto ancestral le estaba mostrando que aquello que tenía delante no era ni mucho menos una presa, todo lo contrario, cuanto menos una amenaza en potencia. Si tenemos en cuenta que en África ahora mismo la población de leones en libertad es de menos de 20 000, seguro que no está equivocado. Hubo un tiempo en que el león recorrió el norte de África, hoy extinto allí, pero muchos de los protagonistas de este libro con toda seguridad lo encontraron en sus viajes por las montañas del Atlas. Porque este es un libro para los que aman viajar, la aventura, el riesgo, los sueños, y la vida misma. La vida sin aventuras no es vida. Si lo que buscas es un libro sesudo y pesado, este no es el caso. Ciertamente, es verdad, me dirás que contiene datos, fechas, nombres, pero forman parte de un hilo conductor diseñado por su autor para que al final, y de manera indirecta, tú te sientas un protagonista más de la exploración.

Tengo que reconocer que no he podido evitar pensar en exploradores y personajes tan ilustres, y significativos, como Livingstone, Stanley, Mungo Park... pero ahora he podido, y debo, añadir estos otros hombres que, en algunos casos hasta ahora, al menos en mi caso, estaban en un relativo olvido. Es justo que tengan su

reconocimiento. Hombres y mujeres que, como los presenta su autor eran «solitarios y desconfiados», cualidades por otra parte imprescindibles para los que no quieren ser descubiertos, además de, y esto lo añado yo: valor, curiosidad infinita, y pasión por la aventura de lo desconocido.

Como decía antes, África se muere. Pero ahora podemos volver a vivir lo que otros experimentaron, y que su autor nos cuenta. Podemos hacer que durante unos días, leyendo este libro, vuelva a vivir. Solamente depende de ti. Brújula o no en mano (GPS en estos tiempos), salacot o no sobre tu cabeza, mapa o no en tu mochila, cantimplora o no en bandolera y un buen fusil, o no, cruzado al hombro. Lo que es seguro es que te será muy fácil mirar con los ojos del autor. Mira al cielo, es el cielo del norte de África, está maravillosamente despejado y las estrellas brillan como nunca. Siente el viento, el jaloque, en tu rostro. Escucha atentamente el sonido del chacal y la hiena en la distancia. Ahora; mira otra vez el libro que tienes en tus manos, y empieza a leer. Descubre vidas apasionantes. Vive la aventura de ser un explorador africano, al fin y al cabo tú no eres muy distinto de ellos; todos los días tienes que enfrentarte al reto de sobrevivir a una sociedad complicada y, no por ello, dejas de luchar y explorar.

CARLOS ROCA

Periodista y escritor africanista



# Introducción

Si el mundo de las exploraciones es algo apasionante, y las vidas de los que las realizaron van en consonancia con ello, imaginemos lo que supone recorrer lugares prohibidos expresamente. El objetivo de esta obra es ofrecer un homenaje a los exploradores, viajeros o espías que, a las fatigas propias del recorrido por lo desconocido, hubieron de unir el miedo a ser descubiertos, lo que en muchas ocasiones suponía la muerte. Se presenta en dos tomos complementarios, este, dedicado a las exploraciones secretas en África, y otro, a las efectuadas en Asia.

He incluido a todos los que han realizado alguna exploración o viaje, disfrazados o escondidos de algún modo, aunque no den de sí más que una página o un simple párrafo que deje constancia de su hazaña. La falta de documentación sobre el caso concreto no tiene por qué desvirtuar el valor del hecho. En otros casos, al tratarse de acciones encubiertas, lógicamente no es posible encontrar mucha documentación.

El hombre, desde siempre, quiso descubrir mundos nuevos, saber qué había detrás del horizonte. Detrás de los descubrimientos geográficos casi siempre estaba el afán de lucro de los estados, de las compañías comerciales o de los particulares. Pero el explorador muchas veces era un simple instrumento que hacía lo que fuera para viajar. Él buscaba el descubrimiento geográfico por sí mismo; otra cosa es que le utilizaran para otros fines. En diversos momentos históricos, hubo regiones que estaban prohibidas a los extraños por distintos motivos. Ello no fue óbice para no visitarlas; por el contrario, en ocasiones incitaban más por la atracción de lo prohibido y es lo que vamos a contar en esta obra.

En cuanto a las motivaciones que llevaban a los exploradores encubiertos a realizar sus recorridos, estas eran muy diversas. Existía la inquietud y curiosidad como en el caso de Badía o la tozudez en el de René Caillié. Muchos de ellos eran militares o ex militares —en muchas ocasiones en

excedencia, para no involucrar al país correspondiente—. Dejaban de lado a su familia, a sus hijos, todo, por buscar algo, quizás por huir de sí mismos. ¿Quién sabe...? El ser humano es tan complejo.

Solían ser personas testarudas, obsesivas, aventureras, individualistas, excepcionales en muchas ocasiones. Habían de ser muy estudiosos, inteligentes y con mucha facilidad para los idiomas. Su perfil psicológico debía incluir también resiliencia o capacidad para la adaptación a contextos difíciles, inquietud, descontento y aburrimiento con su situación o entorno, inconformismo, inadaptación, criterio propio, etc. Casi todos eran solitarios, raros, desconfiados e inquietos.

Está claro que sufrían miedo, estrés, temor, ansiedad, soledad —sin poder contar a nadie quiénes eran—, etc., factores todos ellos que pasan factura a la salud a corto, medio o largo plazo salvo que el interesado sea una persona con un tremendo autocontrol. Algunos enfermaron gravemente debido al estrés presente y postraumático que supone el estar en tensión durante mucho tiempo, el temor a ser descubiertos y, por consiguiente, a morir asesinados o ajusticiados. Si ahora es necesario intentar pasar desapercibido en algunos lugares, imaginemos lo que suponía que el ser descubierto significara la muerte. Tenían que fundirse con el entorno, pasar desapercibidos, aparentar que sabían dónde iban, mostrar seguridad y aplomo. Pero ya sabemos que no hay nada más apetecible para el ser humano que lo que está prohibido.

Casi todas las exploraciones secretas en África se desarrollaron en tierras musulmanas en las que estaba prohibido el acceso a los no creyentes. No entro en valoraciones éticas, morales, religiosas o ideológicas. Simplemente deseo relatar hechos y situaciones. En muchas épocas, el que un infiel entrara en determinados lugares islámicos suponía la muerte; es el hecho, sin valoraciones (eso es asunto de cada lector), pero sin ocultar información. Hubo momentos en que la tolerancia fue mayor y se podía viajar por casi todos los lugares del mundo islámico. Así, Ibn Battuta cuenta que en 1354, en el siglo XIV —cuando él realizó sus viajes—, en las ciudades ribereñas del Níger había cristianos que él denomina *nazareni*. En 1447 los banqueros Centurione enviaron al genovés Antonio Malfante para que se informara de dónde conseguían el oro los árabes. Se embarcó rumbo a África, recorrió los oasis y se enteró de que no había tal metal, que lo cambiaban por sal mucho más al sur. Anselm de Ysalguier, médico de Toulouse, parece ser que recorrió el desierto entre 1402 y 1413. Benedetto Dei, comerciante florentino, dice que estuvo en Tombuctú en 1470 y que se negociaba con «recios paños lombardos». Después las cosas cambiaron y en los siglos XVI y XVII sólo se

contaba con las memorias de los europeos cautivos liberados tras pagar el rescate, como ocurrió con Cervantes, Mármol, etcétera.

A partir de finales del XVIII se reinicia el objetivo de conocer estos lugares. Hubo personas que pudieron recorrer Marruecos tranquilamente, como le ocurrió a William Lemprière. Era un médico inglés de Gibraltar que tuvo la oportunidad de visitarlo al ser llamado para atender al hijo del sultán en 1789. Viajó hasta Marrakech acompañado de un guía del gobierno, lo que le dio la oportunidad de recorrer casi todo el país. En 1791 publicó un libro titulado *Un viaje a Marruecos*. Además de médicos, los sultanes también buscaban asesores militares y soldados profesionales. Los europeos eran bien recibidos si se convertían al islam, los denominados renegados. Salvo ellos, los demás viajeros debieron ir disfrazados. Los exploradores engañaban a los musulmanes, cierto, pero no hemos de olvidar que esta religión permite la *taqiah*, el disimulo o engaño de las propias creencias cuando se está en un ambiente hostil. Las religiones son un apoyo ficticio para las incertidumbres del ser humano y siempre han llevado consigo obligaciones, prohibiciones y tabúes, que en ocasiones eran, y son, simples excusas para otros objetivos menos confesables.

Podemos preguntarnos hasta qué punto se tiene derecho a entrar en un lugar prohibido. Es una reflexión que debe hacerse cada cual y que tiene mucho que ver con la naturaleza humana. Cuando trabajé como guía de turistas en Malí estaba prohibido entrar en la mezquita de Yenné, una impresionante construcción de barro. Habían vedado el acceso a raíz de que unos italianos hicieran un reportaje en el cual las modelos se fotografiaron con poca ropa dentro del recinto. No se podía, pero, bajo mano, si pagabas una alta cantidad, te dejaban entrar subrepticamente. Hay gente que lo hace, paga diez mil francos CFA (seiscientos cincuenta y seis CFA equivalen a un euro) por persona, lo que con un grupo de cuatro supone, a quien facilita la entrada, ganar el sueldo normal de un mes en quince minutos. Y el que entra puede presumir de haber estado en un lugar prohibido. A mí me parece una cuestión de hipocresía y codicia por parte de los lugareños. Además, siempre existe la posibilidad de que te hagan el truco de que has sido descubierto y te exijan mucho más. O que topes de verdad con un creyente poderoso, fanático, puritano, obsesivo y celoso y te metan en problemas, pero el ser humano es así.

Cada zona tiene sus peligros, los exploradores de los polos se morían de frío, los de las selvas de enfermedades, los de las zonas prohibidas a cuchillo, como le ocurrió a Laing por visitar Tombuctú sin ocultar su condición de

británico, o al teniente francés Palat, asesinado en la ciudad argelina de In-Sallah.

En los viajes, ahora casi todo es cuestión de tecnología y de dinero. Entonces necesitaban conocimientos de astronomía y matemáticas para los cálculos de longitudes y latitudes, que los viajeros habían de realizar por sí mismos.

Vamos a pasar revista al caso especial de las mujeres, para quienes casi todos los lugares estaban prohibidos y no sólo tuvieron que disfrazarse de determinada forma, sino que, en algunos casos, hubieron de hacerlo de hombres para poder transitar por determinadas áreas o ámbitos, como hizo Isabelle Eberhardt. Otras, como Rosita Forbes, debieron disfrazarse de mujer musulmana, esposa de alguien importante, para ser respetadas.

No vamos a tratar a los espías o infiltrados que aprovechando su posición conseguían información y la vendían o regalaban al enemigo, pero manteniendo su personalidad y en muchas ocasiones sin moverse de su lugar de residencia —estudiados en el libro *Breve historia del espionaje*, de Juan Carlos Herrera, que trata en profundidad ese apasionante mundo—. En esta obra nos dedicamos a los impostores, a los que adoptaban otra personalidad y nacionalidad para poder entrar y explorar lugares, regiones o países prohibidos, a veces por simple desafío personal.

En el campo de las exploraciones en general, y de las secretas en particular, la primacía de los medios de comunicación anglosajones se ha mostrado en todo su esplendor. Ello ha dado lugar a que parezca que sólo existan los de su ámbito y se obvие a los demás en muchas publicaciones, sean estas pretendidamente serias y académicas o simples páginas de internet. Pero ya hemos indicado que lo que no se publica es como si no existiera y se ha de reconocer que ellos son los propietarios de los principales medios de comunicación de este mundo globalizado.

Hay obras dedicadas a los aventureros más importantes, pero ninguna que estudie a todos los que realizaron exploraciones encubiertas en África en conjunto. Esta pretende llenar ese vacío y hacerles un homenaje, especialmente a los secundarios, a los que no han pasado a la historia pero que, desde el punto de vista individual, realizaron una gran hazaña; intentaremos entrar en su interior, sentir lo que sintieron en esos momentos de zozobra y de peligro.

Alguien dijo: «¿Queréis novelas? ¡Leed libros de historia!». La realidad supera muchas veces a la ficción y además es historia, son aventuras de hechos reales. Los escritos de los exploradores disfrazados superan en

muchos casos a la ficción y la ciencia ficción, esa nueva narrativa que se repite continuamente y que únicamente se dedica a cambiar los nombres de los «imperios» o «reinos» inventados en que se desarrolla.

Esta obra sólo pretende divulgar y resumir, no pretende descubrir nada. Hay grandes estudios monográficos de algunos de los viajeros. Simplemente deseo divulgar estos hechos y ofrecer las distintas opiniones que sobre ellos se han vertido, a veces de forma muy controvertida. En cada uno, o en cada grupo temático, ofreceré el contexto histórico en que se desarrolla y una pequeña bibliografía o documentación sobre el particular. Según fui investigando, estudiando y leyendo, pude comprobar que muchos exploradores estaban interrelacionados, se leían entre ellos y se influían.

En ocasiones, el no ir disfrazado tuvo sus ventajas, como le ocurrió a Zebulón Montgomery Pike. Este militar norteamericano fue capturado en febrero de 1807 mientras espiaba en el actual Nuevo México cuando todavía pertenecía a España. En lugar de trasladarle con los ojos cerrados, le hicieron un *tour* por todas las posesiones hasta la ciudad de Chihuahua, de modo que incluso le facilitaron las cosas y consiguió más información de la que hubiera reunido por su cuenta. Se convirtió en un héroe y su nombre perdura incluso en bastantes topónimos, nombrados así en su honor.

Los portugueses idearon un método de exploración muy particular. En varios lugares de África en los que recalaron, únicamente plantaban una cruz de piedra con el escudo de Portugal —*cruceiros* o *pedraos*— para tomar posesión y allí dejaban abandonados a *degradados*, condenados a graves penas o a la de muerte. Estos, arrojados en territorio desconocido, tenían la posibilidad de sobrevivir, a la vez que conseguían valiosa información, y así librarse de la sentencia.

He ordenado las historias por zonas geográficas y, dentro de ellas, por orden cronológico. Pensé hacerlo por orden de importancia, pero a veces es algo muy relativo y el temporal me pareció el más —por no decir el único— objetivo. A algunos casos les dedico poco espacio, bien porque su viaje fue algo concreto o breve, a veces una simple anécdota, bien porque no existe documentación accesible, pero merecen que se conozca. A otros, por el contrario, les asigno mucha extensión, por la existencia de abundante documentación, por la importancia o el interés de su gesta, o por un merecido rescate del olvido. Hubo viajeros que exploraron en varias zonas, como es el caso de Domingo Badía, que recorrió Marruecos y después entró en La Meca, por lo que lo encontraremos en *Exploraciones secretas en Asia*, el otro volumen de que consta esta obra.

A la hora de encabezar los capítulos, en el primer paréntesis, junto al nombre ofrecemos sus fechas de nacimiento y fallecimiento; en el segundo, el año en que comienza su viaje de incógnito objeto de este estudio.

Mención aparte y especial merecen los exploradores españoles, a menudo olvidados en un país donde todo el mundo conoce a Livingstone, a Stanley y a Burton, pero casi nadie a Badía y menos aún a Páez, Murga, Gatell, Benítez, Bonelli o Cervera. Por otra parte, parece que los españoles sólo exploraron América, cuando los hay que recorrieron otros parajes, y de los que apenas se sabe nada. He pretendido ser exhaustivo, pero, lógicamente, debido a su frecuente discreción y el carácter confidencial de sus viajes, podemos asegurar que habrá otros que desconocemos.

La historia de las exploraciones secretas, de los viajeros de incógnito, de los impostores o de los espías comienza también con la historia de la humanidad y desde que está escrita tenemos documentación de su existencia. En el libro *The Tao of Spycraft*, de Ralph D. Sawyer, ya se habla de cómo Sun Tzu, en su famosísimo libro *El arte de la guerra*, escrito entre el 500 y el 320 a. C., menciona a Yi-Yin, el primer espía chino, que actuó en el año 1045 a. C. y realizó misiones clandestinas de reconocimiento en territorio enemigo bajo cobertura personal falsa.

Los romanos, por su parte, también hicieron uso de los agentes encubiertos o de exploradores disfrazados para conseguir información de territorios desconocidos. Diferenciaban entre *exploratores* y *speculatores*. Los primeros eran pequeñas unidades del ejército que recorrían el terreno próximo en avanzadilla para prevenir al grueso de las tropas o informarse sobre determinados aspectos —un soldado de uniforme no es un espía aunque vaya camuflado—. Por su parte, los *speculatores* eran individuos que actuaban fundamentalmente solos y penetraban profundamente en territorio enemigo o neutral, donde permanecían largos períodos de tiempo bajo la cobertura de variadas identidades y actividades falsas para enterarse en profundidad de determinados aspectos. Moctezuma también utilizó agentes disfrazados de comerciantes, a los que tenía en gran estima, que le llevaban información desde Guatemala.

A los embajadores también se les utilizaba para recoger información, pero lo oficial de su misión les impedía visitar determinados lugares que sólo se podían recorrer disfrazados o bajo otra personalidad.

Disfrazado también se puede decir en español «a guisa de», por ejemplo a guisa de comerciante, vocablo que se utiliza también en inglés, *disguised*, y

en francés, *deguisé*. A estos hombres «a guisa de» es a los que vamos a estudiar a lo largo de la historia.

Francisco Manuel de Melo, en 1638, en su obra *Aviso de los espías*, dice: «uso es antiguo de la milicia y materia de estado observada por todos los príncipes, famosos capitanes, el meter espías en las ciudades, ejércitos y plaças enemigas; tener secretas negociaciones y tratos con algunos dellos».

En la época actual, más que en exploraciones secretas, el estudio de la exploración encubierta se centra más en los infiltrados y en el control de la información y las comunicaciones.

Como indicaba en el otro tomo dedicado a las exploraciones secretas en Asia, siento una gran admiración por los viajeros y exploradores. Les he emulado siempre que he podido. A los siete años me marché de mi pueblo para ir al de al lado a ver una corrida de toros y hacerme torero. La aventura terminó con una tormenta en medio de un bosque donde nos encontró un pastor que nos rescató. El castigo paterno no sirvió de mucho y, en cuanto tuve dieciocho años, me marché a trabajar a Suecia, en autostop desde Madrid. Hubo gente que me llamaba mentiroso cuando les contaba que había estado viviendo y trabajando en Suecia. Lo que era imposible para ellos lo suponían también para los demás; pero ahí están mis cotizaciones y declaraciones de impuestos para demostrarlo. Después dirigí mis pasos a África, donde he trabajado como cooperante, redactor de guías de viajes o guía de grupos de turistas.

En el campo de la exploración propiamente dicha sólo me cabe el humilde honor de haber abierto una nueva ruta terrestre —más cómoda y barata— a unas ruinas en la isla tanzana de Pemba, en el archipiélago de Zanzíbar, el 1 de enero de 2001, contradiciendo a la guía de Lonely Planet, considerada como «la *Biblia* de las guías» —y que admiro profundamente—, la cual aseguraba que sólo se podía acceder por mar. Poco es, pero me llena de orgullo el haberlo intentado y conseguido.

He tratado de simplificar los nombres geográficos pero sin ocultar información relevante, tratando de lograr un equilibrio entre resumir información y aportar la importante para quienes están interesados en los datos. En ocasiones los nombres han variado con el tiempo y cambian con las lenguas, por lo que en muchas ocasiones se ofrecen en otros idiomas entre paréntesis. A veces, en lugar de nombres, o como complemento a ellos, se ofrecen las coordenadas de latitud o longitud para hacerse una idea aproximada del itinerario seguido. Determinadas palabras árabes han sufrido muchos cambios y transformaciones. Así, la palabra «jeque», entendiéndolo por

tal tanto un jefe o político local, un líder religioso, como una persona que se respeta por sus conocimientos, se puede encontrar bajo muy distintas formas (jerife, xerife, cheick, sheyck, etc.), por lo que la unificaré como jeque, salvo cuando transcriba un texto, en cuyo caso respetaré la opción del autor original.

## **Bibliografía**

Billon, Jean de, *Les principes de l'art militaire*. Rouen: Jean de Berttheliu, 1636.

Herrera Hermosilla, Juan Carlos, *Breve historia del espionaje*. Madrid: Nowtilus, 2012.

Lee, A. D. *Information and frontiers*. Cambridge: Cambridge University Press, 2006.

Navarro Bonilla, Diego, *Cartas entre espías e inteligencia secreta en el siglo de los validos (Juan de Torres-Gaspar Bonifaz, 1632-1638)*. Madrid: Ministerio de Defensa, 2007.

—, *Espías*. Madrid: Plaza y Valdés, 2009.



## Breve historia de la cartografía

La cartografía suele ser a la vez instrumento y fin de los exploradores, por lo que considero conveniente realizar una breve introducción a sus técnicas e historia. Si usted ya ha leído la que se ofrecía en el libro de *Exploraciones secretas en Asia* ya no es necesario volver a hacerlo.

Lo que se descubre hay que plasmarlo en un mapa para que lo puedan leer otros. Antes de que existieran la fotografía aérea, los satélites y Google Earth, había que recorrer los lugares y cartografiarlos, dibujarlos o medirlos de algún modo.

Buschnik comenta sobre los orígenes de la cartografía que:

[...] la geografía puede considerarse como una astronomía que del cielo hubiera descendido a la Tierra. Ya entre la casta sacerdotal de Babilonia, tres mil años antes de Jesucristo, solían cultivarse estas dos ramas del saber simultánea y unitariamente. La comprobación del Zodiaco, la vasta faja estelar por la que en el decurso aparente de un año va discurriendo el sol, cubriendo constelación tras constelación y ocultándose a nuestros ojos; la división del año en meses y semanas lunares; la determinación de la altura meridiana; la división de las líneas o círculos, incluso del máximo o ecuatorial; la del día en veinticuatro horas y la fijación de la noche son otras tantas proezas científicas de imposible realización de no haberlas precedido observaciones de una exactitud escrupulosa y fundamentales cálculos matemáticos impecables. La irradiación de estas ciencias desde Mesopotamia alcanzó con mayor intensidad a Egipto primero y luego a Grecia por conducto de los sabios de aquel país.

Entre ellos destacó Aristóteles, que fue el primero en medir la inclinación de la Tierra, lo que permitió después deducir su esfericidad. Hiparco estableció cálculos matemáticos para transformar la superficie esférica en un plano, lo que denominó proyección cartográfica.

Se dice que los egipcios bajaron por la costa del océano Índico hasta el actual Mozambique. Otros opinan que más bien, en el año 600 a. C., un faraón encargó a unos marinos fenicios que bajaran por la costa africana partiendo del mar Rojo (Suez) para ver qué había. Sin alejarse demasiado de tierra circunvalaron todo el continente africano y llegaron a Alejandría. Sobre este pueblo marineramente también se afirma que Hanón y su flota de sesenta barcos, con cincuenta remeros cada uno, llegaron a la actual Sierra Leona.

Para los griegos, el centro del mundo era Delfos y los mapas así lo expresaban. Herodoto, en torno al año 450 a. C., escribió varios libros de historia y geografía. Había sido un gran viajero que recorrió zonas de Asia, África y Europa llegando al Danubio, al Dniéper, al Nilo, al Indo y al estrecho de Gibraltar, donde se decía que estaban las columnas de Hércules. Alejandro Magno llegó con su ejército hasta el río Indo entre el 334 y el 325 antes de Cristo.

En el año 330 a. C., Piteas, un marino griego, partió de Marsella, cruzó el estrecho de Gibraltar, vigilado por los fenicios, rodeó la península ibérica, costó Francia y llegó a Mont Saint Michelle, donde pensaba comprar bronce. Animado por su afán descubridor visitó las islas británicas, las Shetland, el norte de Gran Bretaña y costando Noruega llegó hasta más allá del círculo polar. Comerció con estaño de Cornualles y ámbar. Encontró icebergs flotando en el agua. Era un buen astrónomo. Estudió las mareas y su relación con la luna. Regresó, se enriqueció con el cobre transportado y escribió un libro contando su aventura. Muchos no le creyeron pero, posteriormente, se probó su veracidad. Todas las copias de su libro se perdieron, la última en el incendio de la biblioteca de Alejandría, y sólo se conoce su relato a través de las citas de los que le criticaron o alabaron, estos últimos los menos.

En el año 192 a. C. se cambió la concepción de la Tierra plana por curva, ya existía el concepto de escala y se utilizaban algunos instrumentos de medida y dibujo. En el siglo II d. C., Ptolomeo pensó en un mundo esférico —pero en reposo—, trazó meridianos y paralelos y publicó un método para determinar coordenadas con ellos.

Roma llevó agrimensores y geógrafos con sus ejércitos y creó una red de comunicaciones. Incluso se envió una expedición por el Nilo para buscar sus fuentes, pero no se llegó a ellas. Los romanos compilaban *itineraria* o listas

de lugares poblados con las distancias que los separaban para facilitar los viajes posteriores. Después del Imperio romano la geografía se degradó y pasó de la observación a las conjeturas. Así, según Buschnick, en el siglo VI d. C., el historiador Procopio describía así Gran Bretaña:

Britania está dividida en dos por una muralla [la de Augusto], que separa la mitad oriental de la occidental. En la mitad de nacimiento todo es normal, mientras que en el lado de poniente abundan tanto las víboras, las serpientes y los animales venenosos y el aire es tan pestilente, que el hombre que traspone la muralla desde oriente cae muerto en el acto al otro lado. Pero es más, porque también las almas de los muertos van a parar al lado de poniente, en donde se presentan por las noches llamando a las puertas de los campesinos y pescadores, arrancándoles de su sueño para que las pasen en sus barcas.

Durante siglos no hubo avances hasta el descubrimiento de la brújula y la elaboración de los primeros portulanos: cartas náuticas donde se especificaban los puertos de cada costa y poca información más.

En la Edad Media se inventó el cuadrante para medir los ángulos con respecto al sol y a la estrella polar; y la brújula —China en el siglo VIII—. Con ellas se podía determinar dónde estaba situado un punto, su latitud y longitud. Posteriormente se inventó el sextante, que permitía mayor exactitud para calcular la posición.

En el siglo IX los árabes contaban con unos servicios postales que tardaron en repetirse. Por la costa oriental de África bajaron hasta Mozambique. Aunque no se internaron en el interior del continente, en el siglo XI ya hablaban de las lagunas donde nacía el Nilo. También inventaron el álgebra. Necesitaban desarrollar la orientación para que la *qibla* en cada mezquita estuviera orientada hacia La Meca y los relojes de sol para el momento de las oraciones. Los viajes de Ibn Battuta, en el siglo XIV, se extendieron de España a China y del sur de Rusia al Níger.

En el siglo XIII, el papa en 1245, y Luis IX, rey de Francia, en 1252, enviaron embajadas al Gran Kan de los mongoles. También se exploró China. Marco Polo, a los diecisiete años de edad, y sus tíos Nicolo y Mateo salieron de Siria en 1271 y llegaron a China y Mongolia, donde Marco se quedó durante tres años al servicio del emperador y recorrió todo el imperio. Regresó por barco, recorriendo las actuales Java y Sumatra. Llegó a Ormuz,

Azerbaiyán y el mar Negro. Allí, en Trebisonda (actual Trabzon), se embarcó en una nave con destino a Italia tras veinticuatro años de ausencia. En 1298 cayó prisionero de los genoveses y aprovechó para escribir sus memorias e informar sobre esos territorios.



Los portulanos eran cartas náuticas donde se especificaban los puertos de cada costa y alguna información más. Portulano de 1541 de Maggiolo.

Durante mucho tiempo nadie se atrevió a bajar por las costas africanas. Los castellanos llegaron a Canarias pero no osaron continuar. Después fueron los portugueses los que descendieron hasta Cabo Bojador, en el actual Sahara. Allí el cabo formaba lenguas de arena que hacían embarrancar a los barcos que en aquella época navegaban costeano. Se consideró que no se podía continuar al sur hasta que se atrevieron a separarse de la costa. En 1447 los lusos llegaron a Sierra Leona, donde se dice que había llegado Hanón en el 400 a. C. La exploración se hizo mediante contrata con el rey luso. Fernao Gomes tenía el monopolio comercial en Guinea a cambio de explorar hacia el sur cien leguas (557,2 km) cada año.

En 1481 el rey Juan II impulsó la exploración y plantaba cruceiros de vez

en cuando en las costas. Se creó la escuela de Sagres para enseñar náutica. Los pilotos sabían cosmografía y para situarse utilizaban la llamada vara de Jacob y el astrolabio. En 1483 llegaron al río Congo. En 1488 Bartolomé Días dobló el cabo de las Tormentas o de Buena Esperanza. Vasco da Gama partió el 8 de julio de 1497 con cuatro barcos y marineros escogidos o castigados —además de los *degradados*—. El 8 de noviembre estaba cerca ya del cabo de las Tormentas. Necesitaron cuatro días para doblarlo, lográndolo el 20 de noviembre.



El astrolabio permite establecer la posición de las estrellas en la bóveda celeste, observar sus movimientos y poder determinar la hora conociendo la latitud, y viceversa.

Tampoco se conocía el origen, ni buena parte del curso, ni la desembocadura del río Níger. Se barajaban las más variadas hipótesis y a veces se le confundía con el Nilo. Ibn Battuta había logrado recorrerlo en parte porque era musulmán. Durante los siglos XV y XVI los mapas eran considerados como secretos de gran valor y se custodiaban celosamente.

Tras el descubrimiento de América, Américo Vespucio fue un cartógrafo que dio nombre a América porque en un mapa que elaboró el editor llamó al nuevo continente: «tierras de Américo».

Mercator, cuyo verdadero nombre era Gerard de Kremer, nació en Flandes en 1512. Estudió matemáticas, astronomía y geografía. Su primera aportación a la cartografía fue cambiar el tipo de letra de los mapas a uno más pequeño que no ocultaba los dibujos. En 1552 abrió un taller de cartografía e ideó una nueva forma de proyección de la esfericidad a un plano, que utilizó por primera vez en 1569. Ello facilitaba el establecer rumbos a los barcos. En el ecuador es muy exacta pero en los polos presenta deformaciones. Así, Groenlandia aparece con mayor superficie de la que tiene en realidad. En 1678 publicó un atlas o conjunto de mapas.

La cartografía comenzó a desarrollarse para permitir las exploraciones y colonizaciones y en el siglo XVIII ya se logró calcular bien las longitudes de la Tierra. Todavía no se ha logrado unificar una unidad de medida y siguen existiendo dos sistemas, el anglosajón y el métrico decimal. En este último la unidad es el metro, que se definía como la diezmillonésima parte del cuadrante del meridiano que pasando por París va desde el polo norte hasta la línea del ecuador —metro patrón—. También se definió como la distancia entre las dos marcas de una barra de platino iridiado a 0 °C que está en París. El otro sistema está basado en la yarda y la milla.

Para los mapas, un concepto fundamental es el de la escala en que está representada la realidad. Si un mapa de 100 centímetros de ancho representa 1200 kilómetros de anchura significa que está a la escala de 1:1 200 000. Un centímetro en el mapa representa 12 kilómetros de longitud real (1 200 000 centímetros).

Para orientarse se tenía en cuenta que la estrella polar no cambia de posición. También se observaba la dirección de los vientos dominantes. Después se comprobó que la magnetita tiene propiedades magnéticas que están concentradas en los extremos y que uno de ellos se orientaba hacia el norte. Ello permitió la creación de las brújulas. Al principio eran barras de calamita sobre una madera que flotaba en agua y señalaba el norte. Los que las tenían intentaban esconder su secreto.

A los que hacen mapas también se les llama geodestas y han sido héroes anónimos. Tannenbaum cuenta que unos montañeros «anunciaron en los periódicos del país, al son de bombos y platillos, que habían alcanzado la cumbre más alta de aquel; el hecho alcanzó una gran resonancia, pero el equipo de escaladores se guardó mucho de decir que en lo más alto de la cumbre encontraron una placa de bronce del Servicio Geodésico Interamericano. ¡Los geodestas la habían alcanzado antes que ellos!».

La palabra geometría viene de geo —‘tierra’— y metría —‘medir’—. Permitted avances en la cartografía y medir lugares inaccesibles pues si se conoce la longitud de un lado de un triángulo y los dos ángulos que se apoyan en él, se puede calcular la longitud de los otros dos lados sin recorrerlos. Para ello se mide la línea base. En los extremos A y B de esa línea un teodolito mide los ángulos hasta el vértice de ese triángulo. Con esos datos se puede conocer la longitud de los otros dos lados. Uno de esos lados ahora conocidos se puede convertir en base de otro triángulo sin necesidad de recorrerlo para medirlo y así sucesivamente. Es el método denominado triangulación, que permite medir lugares inaccesibles.

Primero trabaja el topógrafo. Este toma datos sobre el terreno y los entrega al cartógrafo, que los plasma en un mapa. En ellos hay que tener en cuenta la latitud —distancia que le separa del ecuador—, en la que hay que indicar si es norte o sur; y la longitud —distancia que le separa de Greenwich—, en la que hay que indicar si es oeste o este. El ecuador y Greenwich son los puntos de referencia, pues para medir algo en geografía hay que conocer el punto de partida.

Del mismo modo que una hoja se puede doblar sucesivas veces, un círculo se puede plegar también hasta dividirlo en trescientas sesenta partes o grados ( $^{\circ}$ ), estos en sesenta, llamados minutos ( $'$ ), y estos en sesenta, llamados segundos ( $''$ ). La latitud se divide en paralelos y es «el ángulo formado por dos rectas imaginarias —una que partiendo del ojo del observador va hasta el límite del horizonte, y otra, la visual que va del ojo del observador a la estrella polar, era igual a la latitud». Así, por ejemplo decimos que Tarifa está a  $36^{\circ}$  N y Calais a  $51^{\circ}$  N. Los grados se miden con el sextante. Por medio de un juego de espejos se puede ver a la vez el horizonte y la estrella polar. Los libros y almanaques náuticos ofrecen tablas para fijar la latitud que toman como referencia el sol u otras estrellas que no sean la polar.



La astronomía ha sido una gran aliada de la geografía desde la Antigüedad.

La longitud se mide a través de los meridianos. En 1884 se adoptó como base el meridiano de Greenwich. Es el cénit del sol a mediodía. «En una hora la tierra gira sobre sí misma un ángulo o arco igual a la veinticuatroava parte de un círculo completo; y puesto que este tiene o mide  $360^\circ$ , al cabo de una hora se hace mediodía en el meridiano que está situado a  $15^\circ$  más hacia el



oeste que el anterior. Quince grados es el resultado de dividir  $360^\circ$  del círculo por las veinticuatro horas que tarda la Tierra en dar un giro sobre sí misma».

En el cénit, cada hora de diferencia respecto a Greenwich son  $15^\circ$ . Por ejemplo, si a mediodía el reloj marca la 1 p. m. GT (Greenwich Time) pues se está a  $15^\circ$  oeste. Si está retrasado 3h 30' con respecto a GT, estamos situados a  $52^\circ 30'$  oeste ( $3,30 \times 15^\circ = 52^\circ 30'$ ). Si está adelantado 8h 30' estaremos a  $52^\circ 30'$  este.

En 1500 los relojes se adelantaban hasta dieciséis minutos al día, lo que es igual a  $4^\circ$  en el Ecuador, 276,5 millas o 445 kilómetros. En los siglos XV, XVI y XVII se navegaba «a la estima» de la distancia recorrida y el rumbo y se sabía cuántas millas suponía un grado.

En 1714 John Harrison construyó un cronómetro, un reloj exacto y ajustado al GT. Se le daba cuerda cada veinticuatro horas exactas aunque el muelle aguantaba cuarenta y ocho. Para evitar problemas se llevaban varios aparatos. Cuando las sombras de los objetos alcanzaban su mínima longitud era mediodía. Entonces se comprobaba la hora que marcaba el cronómetro y se calculaba la diferencia con las doce, que sería la hora en GT. Cada cuatro minutos de diferencia de tiempo corresponden a un grado de longitud con respecto a Greenwich.

A pesar de la proyección de Mercator, los marinos se encontraban con el problema de que sus cálculos, efectuados sobre la teoría de una Tierra totalmente esférica, no cuadraban: Newton ya lo había sugerido. Jorge Juan y Antonio de Ulloa eran guardiamarinas de la Armada española y muy buenos matemáticos. En 1735 fueron elegidos, junto a geógrafos, astrónomos y matemáticos galos de gran renombre, para participar en una expedición francesa organizada por la Academia Francesa y financiada por Luis XV, para ir al ecuador a fin de comprobar la forma real de la Tierra (otro grupo fue enviado a Laponia). Se trataba de calcular cuánto estaba achatada la esfera en los polos. La denominada Misión Geodésica de la Real Audiencia de Quito debía medir un grado de longitud en el ecuador lo más exactamente posible. La expedición comenzó el 26 de mayo de 1735. Para la triangulación hubieron de cruzar pantanos, ríos, montañas y selvas. Estuvieron trabajando hasta 1739. Lo que midieron habían de multiplicarlo por trescientos sesenta para conocer la longitud total de la Tierra en el ecuador.

En 1830 se fundó la Royal Geographical Society en Londres, que tendrá un papel muy importante en la financiación de exploraciones geográficas. Por supuesto, al igual que las demás sociedades geográficas, no lo hacía por benevolencia sino para apoyar objetivos comerciales y políticos británicos. En

2009, esta institución organizó una exposición titulada *Hidden Histories of Exploration*, en la que, por fin, se rindió el merecido tributo a los guías locales de los exploradores británicos.

Si apasionante es la historia de los descubrimientos geográficos y de las exploraciones en general, más aún lo es la de los que realizaron exploraciones secretas, muchas veces sin ayuda, disfrazados, en peligro de ser descubiertos. Si compleja y dura es la labor de los topógrafos, más aún lo era la de los que la realizaban escondidos y simulando otras actividades, como tendremos ocasión de conocer en esta obra.

## **Bibliografía**

Buschnik, Richard, *El hombre a la conquista de la tierra. Tres mil años de historia de los descubrimientos humanos*. Barcelona: Luis de Caralt, 1960.

Tannenbaum, Beulah, *Los mapas y cómo se interpretan*. Barcelona: Sopena, 1965.

## MARRUECOS, EL VECINO INACCESIBLE

# Introducción

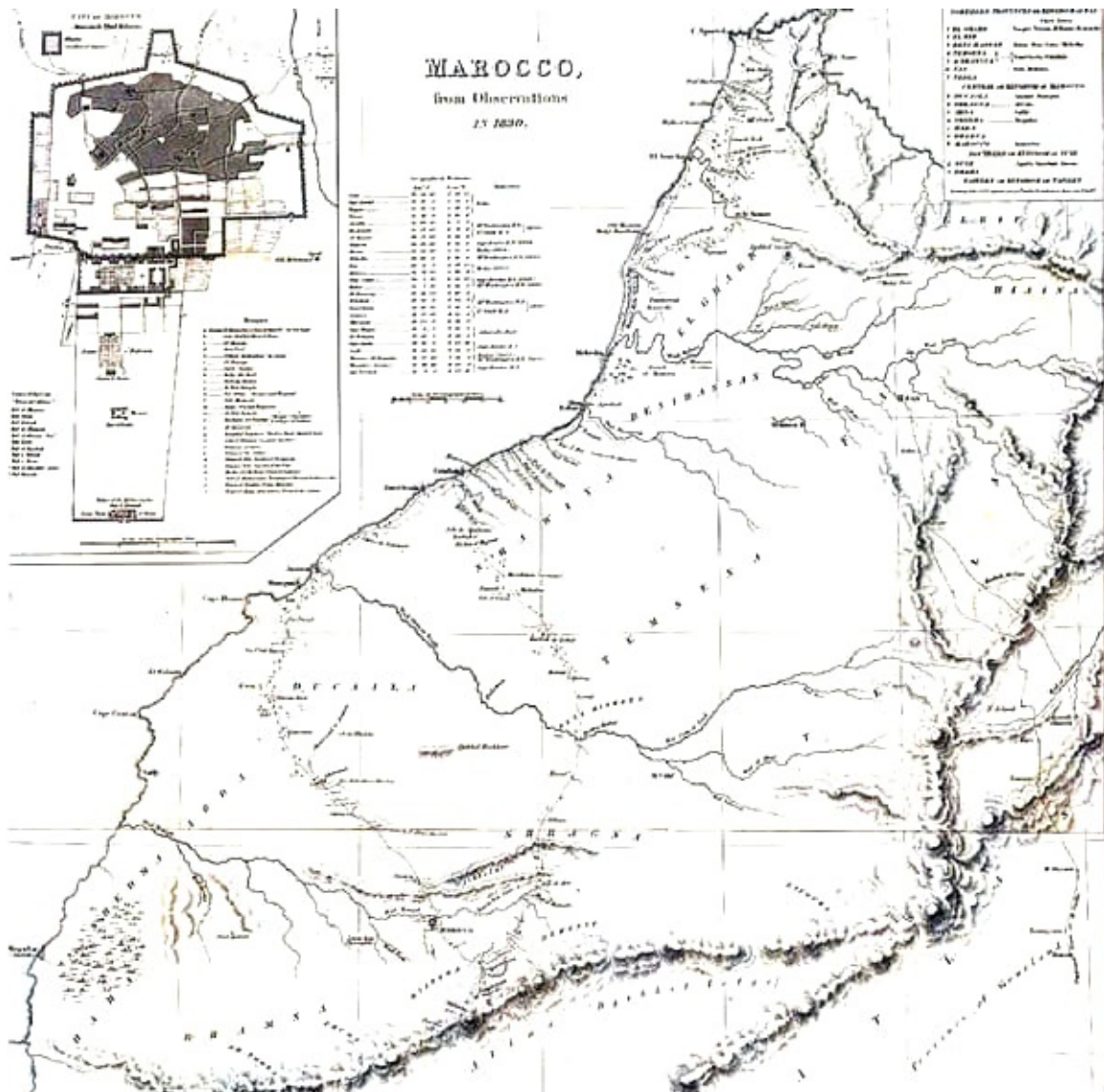
A pesar de encontrarse tan cerca, Marruecos ha sido casi siempre un vecino poco accesible. Tras la rápida invasión musulmana de la península ibérica, a partir del año 711, hubo varios siglos de lenta y discontinua reconquista por parte de los distintos reinos ibéricos.

En 1246 Castilla ocupó Murcia, por lo que Aragón no pudo seguir avanzando hacia el sur e inició su expansión mediterránea apoderándose de Sicilia en 1282. Castellanos y aragoneses deseaban controlar el norte de África. Para evitar conflictos, en 1291 se firmó el Tratado de Monteagudo de las Vicarías, entre Sancho IV de Castilla y Jaime II de Aragón. Se acordó que la desembocadura del río Muluya —situado cerca de las islas Chafarinas y de la frontera actual de Marruecos y Argelia— sería el límite de las zonas de influencia de esos reinos en África (al oeste para castellanos y al este para aragoneses).

Castilla comenzó la conquista de las islas Canarias en 1402 por medio de unos nobles normandos. En 1476 ocupó la desembocadura del río Bohía, frente a la isla de Lanzarote, y se construyó un castillo que se denominó Santa Cruz de la Mar Pequeña. Por su parte, Aragón conquistó la isla tunecina de Djerba en 1432.

Con el descubrimiento de América se olvidaron de África excepto por el problema de la piratería durante los siglos XVI, XVII y XVIII. Tras la conquista de Granada y, sobre todo, tras la expulsión de los moriscos, las relaciones con el norte de África fueron difíciles, pues se inició una época de frecuentes actuaciones de corsarios refugiados en puertos norteafricanos que secuestraban cristianos en el mar o incluso en tierra —de ahí la expresión «moros en la costa»— y que eran liberados previo pago de rescate o quedaban esclavizados a perpetuidad. Para intentar controlar a los berberiscos, España ocupó varios enclaves en la costa norteafricana: En 1497 se conquistó Melilla.

Entre 1505 y 1510, Mazalquivir, Peñón de Vélez de la Gomera, Orán, Bugía, Trípoli y el Peñón de Argel. Más que una solución, estos enclaves se convirtieron en un problema en sí mismos por el aislamiento y la dificultad de suministros y —excepto Melilla y Vélez— se fueron perdiendo poco a poco.



Mapa británico de Marruecos, 1830, dividido en los reinos de Fez, Marrakech y Sus, con un plano de la ciudad de Marrakech. Como se puede apreciar, el interior se mostraba vacío pues no se conocía casi nada. Autor y procedencia desconocidos.

Los portugueses concluyeron la reconquista de su territorio en 1249 y se dedicaron a explorar el sur. A principios del siglo XV conquistaron Ceuta y

Tánger, ciudades con una envidiable posición estratégica para controlar el estrecho de Gibraltar. Continuaron sus navegaciones por el sur descubriendo y conquistando las islas de Madeira y Cabo Verde. Juan II buscó una ruta marítima a la India para evitar a los musulmanes que dificultaban las relaciones comerciales por tierra —salvo a los venecianos—, y a finales del siglo XV descubrieron el océano Índico con Vasco da Gama.

En 1494, tras el descubrimiento de América, España y Portugal, con la mediación del papa, se distribuyeron el mundo no cristiano, quedando casi toda América para los españoles y África y Asia para los lusos. Durante el siglo XVI Portugal dudaba entre conquistar la India o dedicarse a ocupar el actual Marruecos, que en aquel tiempo se conocía con el nombre genérico de Berbería e incluía la costa de Argelia, Túnez y Libia. Los portugueses pensaban aprovecharse de las guerras entre los sultanes o reyes de Marrakech y Fez principalmente, aunque también participaban otros sultanes menores. Por otra parte, dentro de la familia de cada uno había envidias y conspiraciones entre los parientes más próximos para hacerse con el poder.

En 1574 el rey portugués Sebastián ya había intentado una expedición al interior marroquí que fracasó. Deseaba intentarlo de nuevo y, en la Navidad de 1576, en Guadalupe, se reunió con Felipe II de España, su tío. Este convenció a su sobrino de que enviase primero una misión para informarse de la situación militar y pensó en Francisco de Aldana, el cual fue enviado al norte del país magrebí a fin de investigar las defensas de las ciudades importantes.

Con él se inicia una serie de intentos encubiertos de conocer Marruecos —con claras motivaciones invasoras— por parte de España y Francia que terminarán con el protectorado de ambas potencias en el siglo XX.

Francisco de Aldana (1537-1578) (1577)

y

Diego de Torres (1526-1580) (1577)

El poeta que recorrió Marruecos disfrazado de judío, el rescatador de cautivos y otros espías de Felipe II

Felipe II reinó entre 1556 y 1598. De él se decía, con toda razón, que en sus dominios no se ponía nunca el sol. Estableció una importante red de espías para informarse de los planes de sus enemigos llamada Consejo Secreto, que él mismo supervisaba. Incluso había unos cargos denominados «jefe de espías» y «espía mayor». Algunos le consideran como el creador de los servicios de inteligencia, pero ya hemos visto que son mucho más antiguos.

Hemos de tener en cuenta el contexto de la época, en guerras continuas con Francia, que apoyaba a los protestantes holandeses, con Inglaterra y con los turcos. Para espiar a estos últimos se utilizaba a prisioneros que se convertían al islam —los denominados renegados— para tener más libertad de acción y conseguir información, como fue el caso de Simón Masa y Gregorio Bragante. Estos tenían contacto con los venecianos que iban a Estambul a comerciar o a pagar rescates para liberar cautivos. El escritor Jesús Sánchez Adalid lo relata en la novela *La sublime puerta*, donde cuenta las aventuras de un prisionero que, gracias a sus dotes musicales, es enviado a Estambul, donde es captado por la red de espías de Felipe II, finge convertirse al islam, entra al servicio del sultán y consigue información para que España pueda vencer a los turcos en Malta, en 1565.

Uno de los más importantes espías de Felipe II fue Sebastián de Arbizu. Nació en Pamplona en 1533. En 1588 le condenaron por falsificar moneda y le desterraron a la actual ciudad francesa de Pau, en la vertiente norte de los Pirineos, donde comenzó a trabajar para Pedro de Navarra a fin de capturar a Antonio Pérez. Este político había huido de Castilla y se refugió primero en Aragón y después en Francia, desde donde en 1591 quería ayudar al rey galo Enrique IV a invadir Aragón. Arbizu se hizo amigo suyo y consiguió los planes de la invasión. En 1592, cuando la efectuaban, emboscaron a los invasores. También iba a facilitar la toma de Bayona, pero ya sospechaban de él desde lo de Pau y fue detenido en 1594, por lo que su carrera fue corta.

Algunos espías estaban apostados en las islas británicas para informar sobre los movimientos de los barcos ingleses. Los datos los conseguían invitando a beber a los marineros. Había agentes en todos los lugares que preocupaban a Felipe II.

Se utilizó a griegos que, disfrazados de comerciantes, en su ir y venir por las islas del Mediterráneo se informaban de los movimientos de las flotas turcas, pues pasaban más desapercibidos que los italianos o españoles. Los padres mercedarios, que negociaban los rescates de los cautivos, también actuaban como informadores en los largos meses que ocupaban las negociaciones.

Diego Navarro Bonilla ha efectuado un magnífico trabajo sobre los espías en esa época. Nos cuenta que Andrés Velázquez fue espía mayor del Consejo Secreto hasta 1621, organismo al que también se denominaba superintendencia general de las inteligencias secretas. En esta época los espías ya se disfrazaban o tomaban otras personalidades. Así podemos leer lo que escribe uno de los miembros del contraespionaje sobre los espías franceses que se querían informar de las defensas de San Sebastián y Fuenterrabía para una invasión. El espía Martín Bustamante, que actuaba en Francia antes de ser detenido en 1607, contó lo siguiente:

Digo que andando en Gascuña y en Lengüadoc y en el País de Biarne, antes de que me prendieran, tube aviso de jente que se puede dar crédito que avían andado dos hombres en Navarra y en San Sevastián y en Fuenterravía, bendiendo peines y algunos bidrios como hombres pobres y son grandes ingenieros que para ello fueron a tomar medidas y alturas de las dichas fuerzas y caminos por donde pueda pasar alguna artillería quando se ofreciere.



Navarro explica al respecto que:

[...] en la práctica habitual del espía y el contraespía, no fue infrecuente descubrir a ingenieros franceses que, disfrazados de las más variopintas identidades, recorrieron la geografía española anotando, midiendo distancias, levantando croquis de ciudades y fortificaciones. Librillos de memoria, cuadernos con el fruto de sus indagaciones de espías, caían en poder de los agentes de contrainteligencia como prueba irrefutable de su actividad.

En aquella época ya se utilizaban determinadas técnicas usadas hasta hace poco como la tinta invisible. Navarro nos habla de un monje francés que estaba en el monasterio de Montserrat y mantenía correspondencia con un conde francés «utilizando tintas secretas que parecían blancas. Informaba sobre la situación de las tropas castellanas».

En la conquista de América, en ocasiones las peleas se producían entre los propios conquistadores españoles. Así, **Alonso García Zamarrilla**, al servicio de Vaca de Castro, en el transcurso de las guerras intestinas del Perú también hizo uso de disfraces y se vistió como un indio para espiar a Diego de Almagro:

E rapada la barba [por ser barbilampiños los indios. Por el contrario, los soldados españoles solían lucir luengas barbas] e dejado el hábito español, puso en su persona el traje índico, acompañados sus muelas e labios de la yerba tan preciada que a las haldas de los Andes se cría, dejando la espada de que él era merecedor puso en sus manos un bastón y en chupa o pequeña mochila puso cartas que Vaca de Castro le dio para el Real de don Diego e que, mirado del arte que estaba asentado su campo e la orden que tenía, volviese con toda diligencia a le avisar dello, [...] la suerte le fue esquiva y, alcanzado en la cueva donde se había refugiado, a pesar de que Zamarrillas era grandísimo andador e singular espía fue apresado e inmediatamente conducido al campamento de Vilcas, donde se le dio tormento y confesó que venía como espía con cartas de Vaca de Castro. Finalmente, fue ajusticiado en la horca, castigo habitual en caso de captura de espías.

Como vemos, también funcionaban ya los servicios de contraespionaje. El espía más conocido de la época de Felipe II, aunque no espía para él, sino para el rey de Portugal, es **Francisco de Aldana**. Su renombre le viene de su fama como militar y como poeta, pero poca gente conoce que desarrolló una misión en Marruecos bajo el disfraz de comerciante judío.



Retrato de Francisco de Aldana de fecha y autor desconocido.

Nació en 1537, según unas fuentes en Nápoles, donde estaba destinado su padre como militar; según otras vino al mundo en Valencia de Alcántara. Todos están de acuerdo en que su infancia y juventud las pasó en Italia, estudiando lenguas clásicas en Florencia, pero enseguida entró en el ejército y

combatió en San Quintín, en 1557, contra los franceses, donde parece ser que el mismo Carlos I le felicitó por su valor.

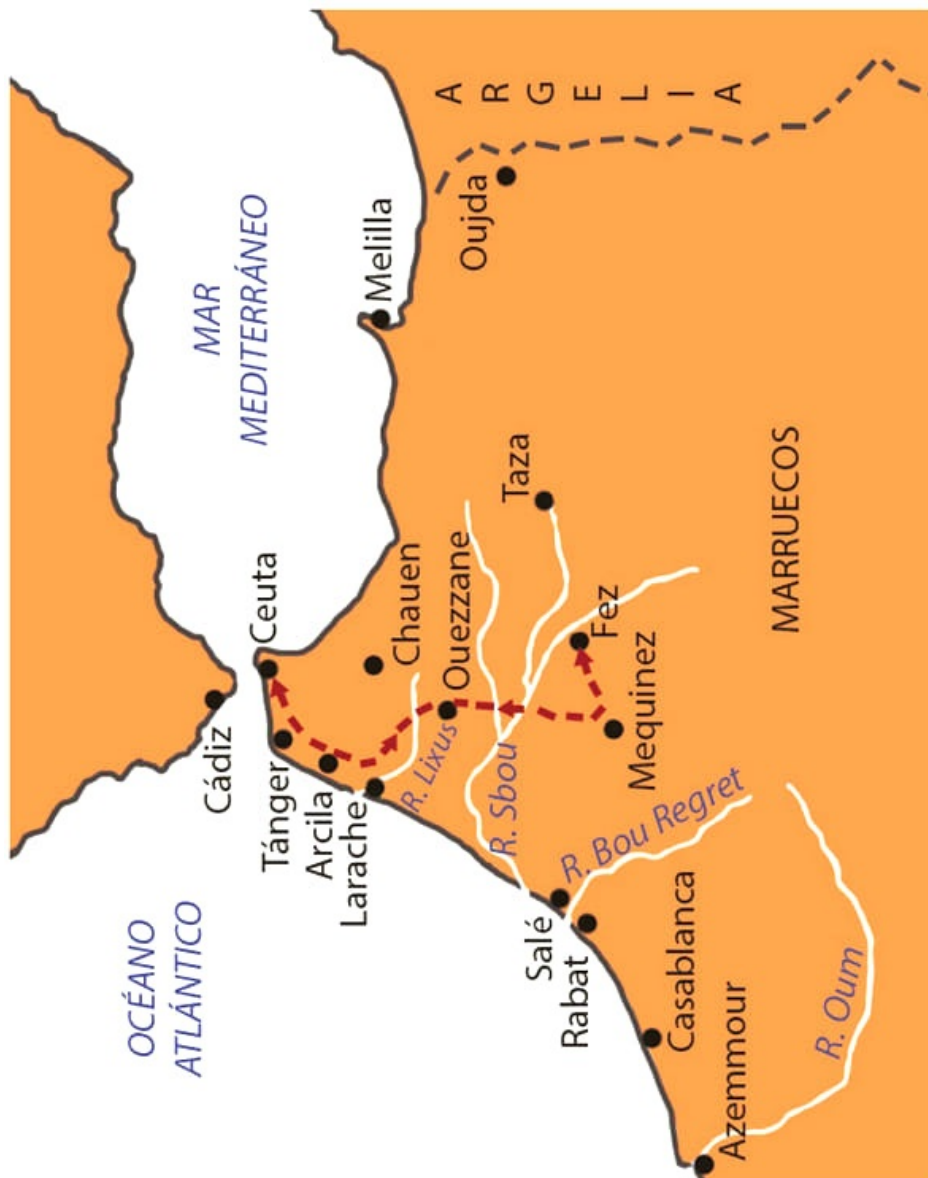
Abandonó el ejército y se instaló en Madrid, pero en 1572 fue enviado a Flandes, ya como jefe de artillería. Participó en el asedio de la ciudad de Haarlem, donde fue herido de un disparo de mosquete en un pie y pasó siete meses hasta que curó la herida. De regreso a España solicitó un destino tranquilo y se le concedió el de alcaide del castillo de San Sebastián, pero la tranquilidad le duraría poco puesto que fue llamado por el rey Felipe II, de quien fue consejero y amigo, para que ayudara a los planes del rey portugués don Sebastián, sobrino del monarca español, para adueñarse del actual Marruecos. En parte del viaje le acompañó **Diego de Torres**. Este conocía bien el país, pues había ejercido durante muchos años como alfaqueque o rescatador de cautivos.

Diego nació alrededor de 1526 en Amusco, en la provincia de Palencia. En 1544 partió a Sevilla y dos años después bajó a Marruecos como libertador de cautivos mediante el pago de un rescate, al servicio de Juan III de Portugal. Viajó con salvoconducto por todo el actual reino de Marruecos durante cuatro años, lo que le permitió conocer las costumbres y la lengua. Por algún problema con el dinero de los rescates fue encarcelado durante año y medio y en 1554 pudo regresar a España. Vivió en Toledo y en Sevilla dedicándose a redactar su obra *Relación del origen y suceso de los Xarifes y del estado de los reinos de Marruecos [Marrakech], Fez y Tarudante*, donde cuenta la historia de estos reinos. Deseaba que Sebastián los conquistara. En un principio no se publicó. La información era de carácter sobre todo militar, pues describía pormenorizadamente las murallas y defensas así como las tácticas militares marroquíes y su organización de la intendencia. Diego había tenido trato directo con los reyes de Portugal, por lo que es muy plausible que aprovechando su salvoconducto de rescatador espíase, pues en definitiva la obra es todo un informe militar aunque desde los ojos de un lego. Fue por ello precisamente por lo que se envió a Francisco de Aldana, artillero, para que realizara un informe más específico y se pudiese preparar una estrategia.

En 1577 Diego acompañó a Aldana a Marruecos, según dice, para «reconocer las marinas [puertos] y sus fortalezas y enterarse de lo que más cumplía». Para llevar a cabo la misión, que se extendió durante dos meses, entre el 6 de febrero de 1577 y el 10 de junio del mismo año, ambos se disfrazaron de comerciantes judíos, pues estos se dedicaban a recorrer las ciudades con sus mercancías y, por tanto, esa cobertura les permitía pasar desapercibidos. Francisco hablaba varias lenguas, se supone que también

hebreo. Según Sebastián de Mesa: «Así, el poeta, disfrazado de mercader judío y con la ayuda de un aventurero llamado Diego de Torres, se infiltró en aquellos territorios hostiles de donde volvió con la salud muy quebrantada pero trayendo los datos e informaciones que se le habían solicitado».

Torres debía informarse sobre las fortificaciones del puerto de Larache. Aldana, por su parte, debía llegar hasta la ciudad de Fez, informarse también sobre las murallas y demás defensas para calcular cuántas tropas y artillería se necesitarían para tomar la ciudad. Distinguían entre «moros» o habitantes de las ciudades y «alabares» o habitantes del campo. Los portugueses habían conquistado Ceuta en 1415 y Safi en 1488. Denominaban «moros de paz» a los que aceptaban la soberanía portuguesa y, sobre todo, a los que pagaban tributos.



No he encontrado información sobre el desarrollo de la misión, pero Aldana regresó muy enfermo. En el Consejo de Estado que tuvo lugar el 10 de junio en El Escorial, según Elias, consta en el acta «como era veido el soldado que avia ido a reconocer aquella arte donde a de ir [don Sebastián] y traído razón muy particular de todo lo que conviene saberse y que Su Magestad no le avia enviado al serenissimo rey su sobrino por aver venido y hallarse con falta de salud, pero que le mandarla en estando para se poner en camino». Parece ser que debido a los problemas financieros de Felipe II

Aldana había tenido que anticipar de su bolsillo los gastos de su viaje a África.

Felipe II tenía miedo de la falta de organización de Sebastián y a finales de junio de 1577 pidió a Aldana que fuera a Portugal para convencerle de lo inviable de la expedición. Tras varias entrevistas el rey luso logró convencer a Aldana y este aceptó incluso acompañarle en su conquista. El 6 de agosto regresó con una recompensa de mil ducados cuando en el castillo de San Sebastián tenía un salario anual de ciento cincuenta.



Retrato al óleo del rey Sebastián de Portugal, para quien realizó Francisco de Aldana su espionaje. Obra de Cristovao de Morais (1551-1571). Museo Nacional de Arte Antigo de Lisboa.

Parece ser que en esa decisión influyeron factores de cristianización evangélico-políticos que el mismo Aldana expresó en sus poesías:

*No venga a avvicindar de España enfrente,  
nueva Constantinopla poderosa,  
que cuanto más cercana y más potente,  
tanto será más grave y más dañosa.*

Torres no llegó a Lisboa hasta enero de 1578. El embajador español Juan de Silva le aleccionó antes de que viera a Sebastián para que fuera pesimista en su información, pero parece que no lo consiguió, pues, como hemos indicado, Torres era partidario de la intervención. Según Carlos Ruiz, enseguida, ese mismo mes, el rey portugués escribió a Felipe II: «Yo, el rey, embio mucho á saludar. Por la experiencia del Capitán Aldana en la guerra y por lo que ha visto en aquel lugar de Africa á que fue por mandado del Rey mi tío y orden del Duque de Alva, me pareció embiar a pedir al rey mi tio, quando fuere tiempo, antes de hazer la empresa, le mande que se venga acá para se hallar en ella lo que por mi servicio os he querido comunicar desde agora». Parece ser que, según los críticos literarios, la producción poética de Aldana tras su regreso de la misión de Fez alcanzó su cumbre.



Grabado representando la batalla de Alcazarquivir, el 4 de agosto de 1578, donde perecieron el rey don Sebastián y Francisco de Aldana.

Felipe II se negaba a enviar soldados regulares a una expedición tan mal organizada y se demoró mucho en mandar quinientos soldados de los seis mil que Sebastián le pidió, tras reiteradas solicitudes, quince días más tarde que el resto de soldados portugueses. Llegaron a Arcila (Asilah) el 31 de julio y no alcanzaron al ejército de don Sebastián hasta el primero de agosto. Este otorgó el mando efectivo del ejército a Aldana. La fuerza estaba compuesta por soldados portugueses sin experiencia y mercenarios alemanes. La disposición no era adecuada pues estaban casi rodeados de las tropas del sultán, mucho más numerosas, que además contaban con artillería manejada por renegados españoles.

Aldana cayó del caballo y murió en la batalla de Alcazarquivir, el 4 de agosto de 1578, cuando contaba 41 años de edad. Está considerado como uno de los grandes poetas del Renacimiento junto con Garcilaso de la Vega.



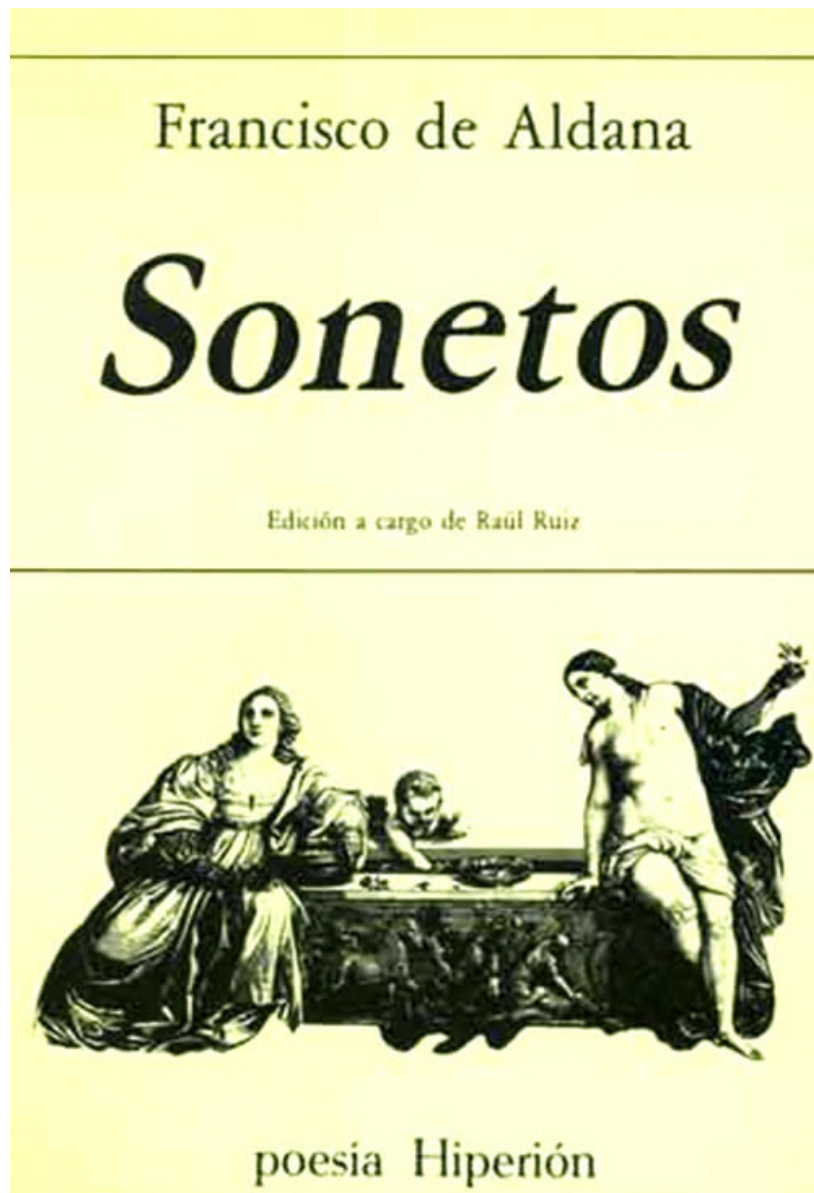
También murió el rey don Sebastián, lo que dio lugar a que Felipe II heredara Portugal en 1580. Igualmente murieron en la pelea dos de los sultanes marroquíes que luchaban, por lo que también se la denomina «batalla de los tres reyes».



Portada de la recopilación de la obra literaria de Francisco de Aldana editada en 1593. Biblioteca Nacional de España.

Diego de Torres sobrevivió y regresó a Lisboa. Desde allí, el 21 de agosto, escribió a Felipe II quejándose de las tropas y barcos que le pidieron y

no proporcionó, causa, según Torres, de la derrota. También se quejaba de que don Sebastián no hiciera caso a Aldana respecto al despliegue de las tropas y las pérdidas de tiempo que dieron oportunidad al sultán para organizarse. Después volvió de nuevo a Marruecos para seguir rescatando cautivos. En 1586 se instaló en Madrid, donde falleció al poco. Su libro fue publicado en 1586, a instancias de su viuda, Isabel de Quijada. Después del fracaso de Alcazarquivir el mensaje del libro ya no tenía ningún sentido y la obra permaneció en el olvido hasta que Julio Caro Baroja la rescató en 1956. Los eruditos dicen que algunas páginas son un plagio de Luis del Mármol, un soldado que estuvo cautivo durante mucho tiempo en Berbería. De hecho, García-Arenal, en su edición, dedica dos páginas a listar las que Torres copió literalmente de Mármol. Debemos tener en cuenta que, de algún modo, reconoce que no todo es suyo, pues dice literalmente «de aquí en adelante no hablaré tanto por relaciones ajenas como por lo visto de ojos», lo que implica que lo anterior lo había sacado de alguien. En aquella época no había reconocimientos de derechos de autor. Tiene fragmentos muy interesantes. Incluso nos ilustra sobre cómo distinguir una huella de un caballo marroquí de uno cristiano, pues los primeros llevaban seis clavos en la herradura y los segundos ocho. Respecto a las costumbres comenta la poligamia: «Mahoma, como vicioso, para atraer a su secta las gentes de aquellas tierras donde empecé a publicarla, entre otras cosas muy viciosas que les permite por su Alcoran, es casarse con quatro mugeres legitimas y tenerlas a un tiempo y soltarlas y tomar otras».



Portada del libro *Sonetos* de Francisco de Aldana en edición de Raúl Ruiz. Editorial Hiperión (1984).

## **Bibliografía**

Carnicer García, Carlos, *Espías de Felipe II: los servicios secretos del Imperio español*. Madrid: Esfera, 2005.

- De Torres, Diego, *Relación del origen y suceso de los Xarifes y del estado de los reinos de Marruecos, Fez y Tarudante*. Madrid, 1586. Otra edición en Madrid: Siglo XXI, 1980 (ed. Mercedes García-Arenal).
- Mesa, Sebastián de, *Jornada de África por el rey don Sebastián*. Barcelona: Pedro Lacaullería, 1630.
- Navarro Bonilla, Diego, *Cartas entre espías e inteligencia secreta en el siglo de los validos (Juan de Torres-Gaspar Bonifaz, 1632-1638)*. Madrid: Ministerio de Defensa, 2007.
- Rodríguez Mediano, Fernando, *Exploradores españoles olvidados de África*. Madrid: Sociedad Geográfica Española, 2001.
- Ruiz Silva, Carlos, *Estudios sobre Francisco Aldana*. Valladolid, 1981.

## Domingo Badía y Leblích (Alí Bey) (1767-1818) (1802)

### El hombre que quiso ser sultán de Marruecos

En 1668 España consigue Ceuta, que antes pertenecía a Portugal, y en 1663 Alhucemas. En 1667 Jorge Juan fue embajador en Marruecos. Tras la muerte de Carlos III en 1788 y la del sultán, al año siguiente, llegó una época de inestabilidad en el país vecino, pues la sucesión no estaba reglamentada y siempre provocaba guerras entre los pretendientes.

En 1779 el sultán de Marrakech violó el acuerdo preexistente e intentó conquistar por sorpresa Ceuta, Melilla y el Peñón de Vélez de la Gomera, por lo que se declaró la guerra entre ambos países. Antes de que España lograra organizar un ejército para auxiliar a las plazas africanas, el sultán levantó el sitio y el 30 de mayo de 1780 se firmó otro tratado. Como ya se había realizado la leva de soldados, se aprovechó para el ataque a Argel y así librarse de los piratas berberiscos que todavía atacaban las costas españolas. La operación fue un fracaso, pues no contó con hombres suficientes ni con el factor sorpresa, ya que las tropas del bey de Argel les esperaban en las crestas y pudieron hacer tiro al blanco sobre los soldados españoles que desembarcaban.

En cuanto al actual Marruecos, en 1795 fue proclamado sultán Muley Suleiman, quien, con su fanatismo, complicó aún más las relaciones. En este contexto aparece Domingo Badía.

Badía nació en Barcelona el 1 de abril de 1767. Aunque le incluimos en este volumen, desarrolló buena parte de sus viajes y actividades en Egipto y visitó La Meca disfrazado, por lo que también ha sido tratado en el tomo

correspondiente a *Exploraciones secretas en Asia*. Su apasionante vida, por desgracia muy desconocida, hace que todo el espacio dedicado a él sea poco.



Izquierda: retrato de Domingo Badía en su aspecto europeo según una litografía de la época, de autor desconocido. Derecha: Domingo Badía vestido de árabe según un grabado de su libro, dibujado por él mismo.

Su padre, Pedro Badía, era secretario de Bernardo O'Connor, gobernador de la Ciudadela de Barcelona, un irlandés noble de los que se integraron en el ejército español tras una de las ocupaciones inglesas de Irlanda. Su madre, Catalina Leblich, era originaria de Bruselas, descendiente de militares flamencos que habían luchado junto al archiduque Carlos durante la guerra de Sucesión. Mayrata, que ha escrito un libro sobre Badía, cuenta que, de niño, este vio un marroquí con túnica y barba en el puerto de Barcelona y desde entonces deseó visitar su país. El mismo año de su nacimiento se expulsó a los jesuitas de España y se firmó un tratado entre Carlos III y el sultán de Marrakech por el que se garantizaba la libertad de navegación y comercio, se reconocían las posesiones de Ceuta, Melilla y Alhucemas y se autorizaba la presencia de cónsules y la pesca en sus aguas.

En 1778 el padre de Badía obtuvo la «contaduría de guerra y tenencia de Tesorero del Partido de Vera, en Granada, con ejercicio y distintivo de Comisario de Guerra», para organizar el sistema de defensa y las torres de vigilancia que poblaban la costa con el fin de avisar de la llegada de los corsarios argelinos. Domingo le acompañó con frecuencia en sus inspecciones. En sus estudios fue un alumno brillante y su asignatura preferida era la geografía, aunque su padre hacía especial hincapié en la administración y en la redacción. En 1781, a los catorce años, a pesar de su tierna edad, su padre le ingresó en el ejército como administrativo y recaudador de impuestos de la costa de Granada. Era muy brillante y fue admitido a las tertulias de adultos de Vera y continuó su formación devorando bibliotecas. Se unió a una de las sociedades patrióticas, que entonces eran asociaciones para el estudio de las ciencias y el desarrollo económico. A los diecinueve años su progenitor fue enviado a Madrid y Domingo ocupó su plaza, lo que le desagradaba mucho, pues no le gustaba nada la administración militar.

En 1780 su padre le envió a la escuela de dibujo de la Junta de Comercio, lo que después le sería muy útil en sus viajes para ilustrar lo visto y visitado. En septiembre de 1791 se casó con María Luisa Berruezo, la hija de un amigo que le prestaba libros. Poco después, a los 26, fue nombrado administrador del monopolio de tabacos en Córdoba. Cumplía con su trabajo pero dedicaba todo su tiempo libre, y puede que algo más, a su afición a las ciencias, entre las que se incluían la geografía, la astronomía, la meteorología, la física, las matemáticas y la botánica. Como tenía muy buena aptitud para el dibujo y grandes dotes de observación, podía representar sus ideas perfectamente.

En 1789 estalló la Revolución francesa. Le pareció algo maravilloso y leía todo lo que podía sobre el particular. Mente inquieta, también se interesó por los globos aerostáticos. En 1792 escribió un *Ensayo sobre el gas y máquinas o globos aerostáticos* bajo el pseudónimo de Polindo Remigio y en 1795 intentó hacer volar uno pero una tempestad acabó con todos los preparativos, y en otro intento se quemó. Su padre le prohibió volver a intentarlo y logró una orden oficial que le prohibía hacer volar globos. La gente se burlaba de él y de Berruezo.

En 1793 fue ejecutado el rey de Francia y en España subió al poder Godoy, amante de la reina y amigo de confianza del rey. En 1796 trasladaron a Badía a Puerto Real. Siguió dedicándose al estudio de las más variadas ciencias encarnando el espíritu ilustrado de la época. A los veintiocho años decidió trasladarse a Madrid a pesar de que ello le suponía perder su empleo.

En 1799 preparó un Plan de Campaña para Portugal con el fin de ocupar el país vecino. No le hicieron caso, pero en 1801 se declaró la guerra a Portugal bajo presión de Francia (se la denominó Guerra de las Naranjas).

En 1800, a los treinta y tres años, la Imprenta Real publicó su traducción del francés del *Diccionario de las maravillas de la naturaleza*. Sobrevivió como bibliotecario pasando mil penurias. Regresó al estudio de la geografía y nació su interés por los descubrimientos geográficos al leer un libro de Mungo Park (1771-1806). Para él fue como una revelación sobre lo que tenía que hacer. Este explorador había recorrido el río Níger por encargo de la Sociedad Africana de Londres para llegar a Tombuctú. Mungo fracasó y Domingo quiso lograrlo. Decidió que debía disfrazarse para que no le ocurriera lo mismo. Pensó que los españoles no eran muy distintos de los árabes y que la principal diferencia se notaba al vestir.

Mungo Park no viajó disfrazado pero fue un referente para los exploradores posteriores y por ello lo introducimos brevemente. Tras una estancia en Sumatra fue requerido por Joseph Banks —director de la Sociedad Africana—, para dirigir una expedición al río Níger a fin de describir su curso, que era objeto de múltiples elucubraciones respecto a su origen, recorrido y desembocadura y que algunos confundían con el Nilo. Era cirujano y botánico y, en diciembre de 1795, con veinticuatro años, partió de Pisania, a orillas del río Gambia, con la misión de dirigirse al río Níger y determinar su origen, curso y desembocadura, visitar la ciudad prohibida de Tombuctú y regresar. Como no encontró porteadores por el calor de la estación hizo el viaje solo, con un caballo y dos burros. Le robaron y maltrataron pero también le ayudaron en otras ocasiones. Le tuvieron preso durante varios meses. Llegó hasta el actual Segú (Malí), a orillas del río, el 20 de julio de 1796. Siguió su curso hasta Yenné. A principios de agosto de 1796 emprendió el regreso con la estación de las lluvias en su cenit y el río desbordado. En su vuelta realizó más o menos el recorrido que efectúa el tren que une Dakar con Bamako, andando sobre fango, harapiento y cubierto de úlceras. Sufrió muchas penalidades hasta que se unió a una caravana que viajaba hacia Gambia. Se encontró con un barco americano que llevaba esclavos a Carolina del Sur y viajó con ellos. Desde allí regresó a Londres, donde llegó en la Navidad de 1797. Dos años más tarde apareció el libro, que fue un gran éxito.

Se pensaba que el Níger era un brazo del Nilo que desembocaba en el Atlántico. Al comprobar que fluía hacia el este se descartó la hipótesis. Se sabía, por los portugueses, que había un gran río con delta, que desembocaba



en el golfo de Guinea. Se sospechaba que podría ser el Níger pero no había ninguna certeza y, además, el problema de su curso seguía siendo un misterio.

En 1805 Mungo regresó con una gran expedición para terminar de explorar el recorrido del Níger. Al partir comentó: «Me confío a la corriente del Níger con la firme decisión de descubrir su desembocadura o morir en el intento. Si no alcanzo la meta de mi viaje, será que el río se habrá convertido en mi tumba». Así ocurrió. El 17 de noviembre de 1805 escribió su última carta a lord Carden, su patrocinador, en la que le comunicaba que de los cuarenta y cuatro europeos que partieron sólo vivían cinco. Murió en Bussa, en el norte de la actual Nigeria, cuando su barca fue atacada por los nativos. Europa, ocupada en la guerra contra Napoleón, no envió hasta 1816 una expedición de búsqueda, la de Gray, a la que se querrá apuntar Caillié, otro de nuestros héroes.

Regresando con Domingo Badía y la situación en Marruecos, tras seis años de guerras internas, en 1795 fue proclamado sultán Muley Suleiman, muy religioso, que rechazó el comercio con los cristianos y, por tanto, la exportación de trigo a España. En 1799 se logró firmar otro tratado que tampoco cumplió. Era tal la necesidad del trigo marroquí que, en 1801, se ordenó al embajador español que cambiase trigo por Ceuta y Melilla, pero ni siquiera así lo logró. La población marroquí pasaba hambre también pero la negativa a vender no era para alimentar a su pueblo, sino por razones religiosas. Marruecos, a pesar de su cercanía, era un total desconocido aunque pareciera sencillo cruzar el estrecho. La información más reciente del interior se tenía a través de Luis del Mármol y Carvajal, que había escrito *Descripción general de África, sus guerras y vicisitudes del mahometismo hasta el año 1571*, cuando lo recorrió como soldado y cautivo. Los cónsules y embajadores tenían su sede en las ciudades de la costa.

En 1801 Badía presenta a Godoy, primer secretario de Estado —jefe de gobierno— desde 1792, el *Plan de viaje al África con objetivos políticos y científicos*. En él explica su plan de hacerse pasar por musulmán:

[...] mirando como enemigo detestable a todo profeso de distinto culto que el suyo, y aún mucho más si es cristiano, juzgan un acto meritorio de su religión todo ultraje o atentado que conspire a la destrucción de un infiel. Un europeo que ocultando su religión y patria se presentase en África con el aspecto de un musulmán será dueño de visitar todas sus regiones. Siendo sólo necesario poseer un poco el árabe, aprender algunas oraciones del Corán, vestir un traje, sugetarse a todas sus

ceremonias o festines ostensibles, y tomando un nombre musulmán hacerse reputar sectario del islamismo.

Badía quería descender a Agadir, Walata (sur de Mauritania), Tombuctú (Malí) y Elmina (Ghana). El periplo incluía todos los lugares que habían visitado Ibn Battuta, León el Africano y los lugares de África conocidos hasta entonces como San Jorge de las Minas (Elmina), en la costa de la actual Ghana. Tenía incluso previsto aprender mandingo, pensando que esa lengua se hablaba en toda África. Posteriormente pensaba atravesar toda África de oeste a este en línea recta y llegar hasta Malindi y Zanzíbar, otro de los lugares míticos y conocidos. En cuanto a la aplicación práctica de su viaje, proponía estudiar las posibilidades comerciales de los distintos lugares y elaborar mapas. También buscar las fuentes del Nilo y el recorrido del Níger. Deseaba realizar un viaje científico, como buen ilustrado, por el afán de conocimientos y por las aplicaciones prácticas.

Debido a los problemas con Marruecos, a Godoy le pareció maravillosa la propuesta de Badía y le dio más contenido político. Le respondió enseguida y le pidió una relación de gastos, un presupuesto. Enrique Rúsoli, biógrafo de Godoy, explica sus intenciones:

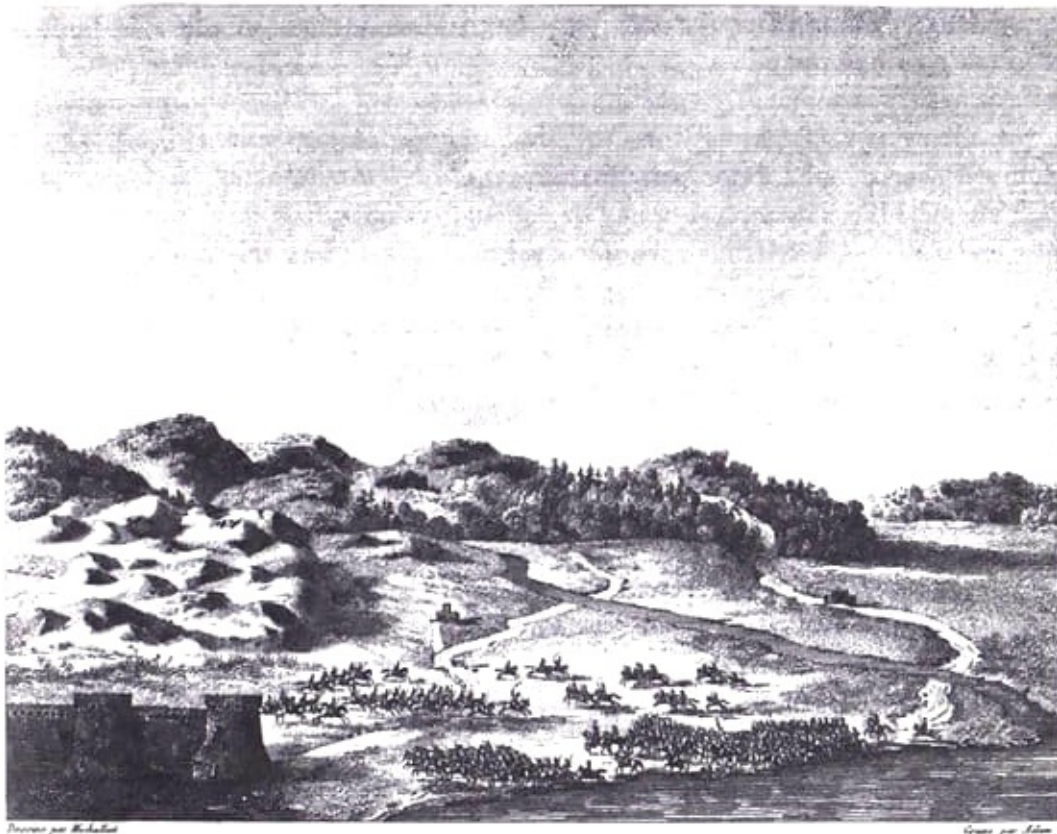
Proyectó una empresa muy imaginativa y un tanto arriesgada, consistente en obtener algunos puertos costeros en Marruecos para adquirir una parte del comercio interior de África, rico en polvo de oro, marfil, ámbar gris, gomas, pimienta arábiga, cueros, algodón y un largo etcétera. Sin las largas travesías del comercio americano, del que dependía enteramente el español, se ahorrarían costes y riesgos de abordaje. La inmejorable situación estratégica de España, único reino europeo con ciudades en la costa marroquí, excluía a las otras potencias, aunque ya algunas como Holanda, Inglaterra, Francia y Rusia empezaban a interesarse por ese continente lleno de riquezas.

El proyecto fue sometido a dictamen de la Real Academia de la Historia, y este fue negativo, resumiéndose en las siguientes palabras: «A España no le queda qué hacer, quando es de esperar que dos Naciones tan sabias y diligentes como la Francia y la Inglaterra acaben lo que con tanto ardor han emprendido». Además argumentaban que era inviable y poco fiable, pues al ser un viaje individual no se podrían confirmar sus informaciones o disponer

que alguien recogiese sus papeles si moría. Para no ir solo, metió en el proyecto a Simón de Rojas Clemente, botánico y filólogo, que le enseñó árabe en Madrid.

A pesar del informe negativo Godoy lo asumió bajo la idea de un viaje con envoltura científica pero con fines totalmente políticos y colonialistas. A Godoy no le interesaban los descubrimientos geográficos y científicos sino el conocer Marruecos para una eventual ocupación. España quería colonias más cercanas que las americanas, sin problemas de bloqueos marítimos. Francia había ocupado Egipto entre 1798 y 1801. Sabedor Badía de que era su único medio de lograr hacer el viaje, aceptó.

VIII.



Grabado del libro de Domingo Badía firmado como Ali Bey y publicado por primera vez en París en 1814 con el título *Voyages d'Ali-Bey en Afrique et en Asie pendant les années 1803, 1804, 1805, 1806 et 1807* que representa su visita a Mogador (actual Essaouira) y las maniobras que realizaron ante él. Como era un gran dibujante representó fielmente muchos aspectos de su visita en 83 láminas y 5

mapas. Los grabados fueron realizados por los franceses Michallot y Adam.

El 20 de agosto se destinaron fondos para la misión, muy escasos en opinión de Badía. Según el coronel Francisco Amorós, de la Secretaría Estado y Despacho de Guerra —algo así como una mezcla de los ministerios de asuntos exteriores y defensa—, España se gastó en la misión de Badía ciento cincuenta mil duros, una cantidad muy grande, casi desmesurada para la época, pero se ha de tener en cuenta que viajaba a todo lujo, como un gran señor, acompañado de una numerosa comitiva y repartiendo regalos a la gente importante en todos los lugares por donde pasaba.

El 12 de mayo de 1802 salieron de Madrid hacia París. Se da la circunstancia, por mor de la burocracia, o de la chapuza nacional, de que Badía partía en una misión secreta pero su viaje apareció en el *Diario de Madrid*, algo así como el *B.O.E.* actual, del 28 de noviembre de 1801. En la capital francesa estuvo estudiando astronomía y aspectos relacionados con las mediciones de longitudes y latitudes. Compró varios instrumentos meteorológicos y astronómicos y aprendió a utilizarlos.

Después marcharon a Londres, donde también cometió la imprudencia de comunicar sus planes. Afortunadamente, esto no tuvo ningún efecto por la falta de medios de comunicación en aquella época. Se hizo construir aparatos de medida como cronómetros y telescopios. Se circuncidó para que en ningún momento pudieran descubrirle. La herida tardó bastante en curar. Se hizo cortar trajes turcos para él y para Simón y se hacía llamar Alí Bey ben Utman.

Desde Londres llegaron en barco a Cádiz el 23 de abril de 1803. Badía realizó la travesía ya vestido de musulmán y orando en público. Algunos magrebíes le confundían con un judío pero cuando le vieron orar le pidieron que dirigiera la oración. En Cádiz hubo de contactar con un enviado de Godoy, el coronel Amorós, que supervisaría la misión y con quien se comunicaría a través del vicecónsul en Mogador (actual Essaouira), Antonio Rodríguez Sánchez. Amorós le ordenó que el viaje tuviera más carácter político y que no le acompañara Clemente, al que dejó de lado, enviándolo en una misión fuera de la ciudad para poder marcharse solo. También le informó de que el sultán Muley Suleiman no cumplía los tratos respecto al trigo, cambiaba precios e impuestos a su antojo y amenazaba continuamente Ceuta y Melilla. Por último, le explicó claramente cuál iba a ser su verdadera

misión. Godoy deseaba intervenir en Marruecos y conquistarlo, como indica en sus memorias:

Su objeto principal sería ganar la confianza de Muley, y, presentada la ocasión, inspirarle la idea de pedirnos nuestra asistencia y alianza contra los rebeldes que combatía y amenazaban su corona. Debía explorar el reino con el achaque del viajero, reconocer sus fuerzas, enterarse de la opinión de aquellos pueblos y procurarse inteligencias con los enemigos de Muley, por manera que, entrando en guerra, pudiésemos contar con su asistencia y obrar de un mismo acuerdo en interés recíproco bajo las condiciones ya apuntadas, pero en mayor escala para poder hacernos dueños de una parte del Imperio, la que mejor nos conviniese.

El 29 de junio de 1803 pasó a Tánger después de haber despistado a Clemente. Se hacía pasar por un musulmán sirio, de Aleppo, que había pasado su vida en Europa pero que había conservado su fe musulmana. El representante francés en Marruecos recibió una carta donde le contaban la historia supuesta de Alí Bey y le pedían que le apoyara. Llegó herido en una pierna por un accidente que sufrió en Tarifa.



En el libro que Badía publicó posteriormente, *Viajes del Príncipe Alí Bey el Abbasi en Marruecos, Trípoli, Chipre, Arabia, Siria y Turquía*, no dice quién es realmente, pero algunas veces se pueden ver guiños que indican que nos quiere contar determinadas cosas, y hace hincapié en otras que no vendrían a cuento si no fuera quien es. Así, explica que no puede hacer observaciones astronómicas desde las azoteas de las casas, pues ese es el dominio de las mujeres. Sobre la necesidad de circuncidarse, comentó:

He oído decir a los cristianos que, habiendo alguno de ellos visitado los países musulmanes, habían viajado con seguridad usando ropas típicas

del país pero lo tengo por imposible, si no se sometieron previamente a la circuncisión, pues es lo primero de que se informan en viendo extranjeros [en los baños], de suerte que a mi llegada a Tánger lo preguntaban a mis gentes, y aún a mí mismo.

Esto no tiene mucho sentido decirlo cuando previamente ya ha contado que le rasuraron todo entero antes de orar, como es preceptivo entre ellos:

Como era viernes y debíamos ir a la mezquita a hacer la oración de mediodía, siendo el rito de los marroquíes algo diferente del turco, que era el mío, mi turco me instruyó en las ceremonias del país. Mas aún faltaban otros preparativos: el primero fue rasurarme la cabeza, aunque hacía pocos días que lo había hecho en Cádiz. También el mismo turco me hizo la operación, y su mano inexorable me puso toda la cabeza a punto de reventar la sangre, excepto el mechón de cabellos reservado en la coronilla. Después de la cabeza se puso a rasurarme todas las demás partes del cuerpo, de modo que no quedase rastro de lo que nuestro santo profeta ha proscrito en su ley como horrible impureza.

Está claro que le hubieran descubierto en ese momento si no hubiera estado circuncidado o en la visita a los baños que también realiza al poco de llegar.

Badía describe Tánger, la ciudad, sus defensas y el sistema de servicio militar, aunque todo esto estaría también a disposición del cónsul residente en Tánger. Comenta muchas costumbres de un modo muy detallado, así como la arquitectura, la música y las diversiones, incluso la orografía, geología, meteorología, pesos y medidas. Es interesante su descripción de la forma de vida de los judíos, su falta total de derechos y cómo eran tratados:

Esta terrible desigualdad de derechos entre los individuos de ambas sectas remonta hasta la cuna; de modo que un muchacho musulmán insulta y maltrata a un judío cualquiera, sin miramiento a su edad y achaques, sin que este tenga por decirlo así derecho de quejarse, y mucho menos de defenderse. Los muchachos de ambas religiones conservan entre sí la misma desigualdad, de suerte que he visto un millón de veces a los muchachos musulmanes divertirse en maltratar a

los judíos, sin que estos se permitiesen jamás el más ligero acto de defensa.

El 5 de octubre el sultán llegó a Tánger y Badía le regaló «veinte fusiles ingleses con sus bayonetas, dos mosquetes de grueso calibre, quince pares de pistolas inglesas, algunos millares de piedras de chispa, dos sacos de perdigones para cazar, un arnés completo de cazador, un barril de la mejor pólvora inglesa, diferentes piezas de ricas muselinas unidas y bordadas, algunas fruslerías de bisutería, un hermoso quitasol, confituras y esencias». Badía le contó al sultán su «historia» y hablaron sobre astronomía. Se interesó por sus instrumentos y le regaló una oración escrita de su puño y letra. Comenta que a los pocos días le ofreció dos panes que compartieron, lo que entre los árabes es un signo sagrado de fraternidad. Relata que le invitó a seguirle a Mequinez y Fez, pero es dudoso que la relación se estableciera tan rápidamente. En esta última ciudad desenmascaró al astrólogo del soberano, que intentó aprovecharse de él: aquel le pidió sus predicciones sobre un eclipse de sol y se las presentó al sultán como obra suya sin saber que Badía le había dado informaciones falsas. Después, este lo predijo públicamente para otra fecha y acertó. Además les tranquilizó al asegurarles que no habría desgracias, lo que así ocurrió y le proporcionó gran predicamento. Badía estableció un calendario lunar exacto. En el libro explica el proceso de fabricación del *kiff* o hachís: «Su virtud es tan enérgica que, tómese como quiera, ha de producir su efecto: hay también quien fuma como tabaco las hojas de dicha planta. Dijéronme que su efecto no es embriagar, sino únicamente hacer desvariar la imaginación con ideas agradables. Confieso que no me vino la tentación de probarlo».

En los capítulos IX y X describe la religión musulmana y se percibe que no es un musulmán ni un cristiano, sino un librepensador, o un deísta como era su caso: «El primer folleto del Kuraan o Alcorán [Corán] apareció cuando tenía cuarenta años. ¿Comunicóselo el ángel del Señor? Los musulmanes dirán que sí; pero los de otras creencias lo negarán. ¿Fue por ventura concepción de su genio? Los fieles creyentes dirán que no; los infieles responderán que sí. Pero no es la presente obra donde se ha de tratar cuestión de semejante naturaleza».

El año 1803 lo dedicó a aprender más árabe. A finales de octubre se reunió con Amorós y le propuso un plan detallado para incitar una guerra civil y hacerse sultán. Amorós le encontró muy flaco, demacrado y con mal color. Trabó una buena amistad con Absalom, hermano principal del sultán.



Permaneció en Fez del 5 de noviembre de 1803 al 27 de febrero de 1804. A mediados de marzo se desplazó a Marrakech. Viajaba con una escolta de cuatro soldados. El sultán le cedió el uso de la finca de Smelalia. Según indicaban incluso otros cónsules, como el británico, el sultán se hizo muy amigo de Alí Bey y de sus conocimientos astronómicos. Decía que, camino de La Meca, quería conocer varios países musulmanes para decidir dónde instalarse y hacer traer su dinero.

Dado que estaba mal visto que no estuviera casado, afirmó que no pensaba hacerlo hasta haber llegado a La Meca. Sus conocidos aducían que una cosa era casarse y otra tener alguna esclava o concubina. Para acallarlos compró una esclava en Tánger. En Fez le regalaron otra, negra. En Marrakech el sultán le regaló una blanca y una negra, teniendo un hijo con la primera de estas.

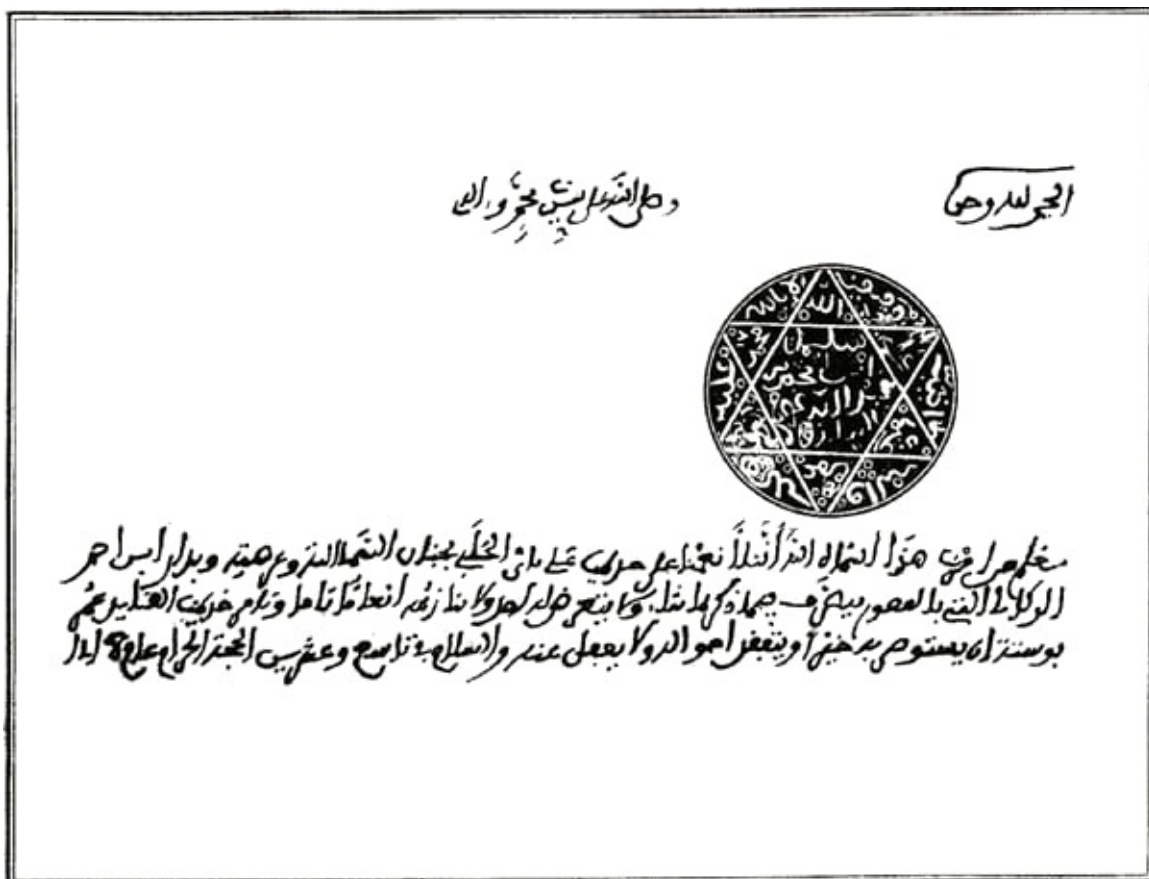


Ilustración del documento con sello del sultán (firmán) entregado por el sultán a Alí Bey según una ilustración del libro *Voyages d'Ali-Bey en Afrique et en Asie pendant les années 1803,1804, 1805,1806 et 1807*. La traducción del texto es la siguiente:

Elevemos nuestra oración al único Dios. Que la bendición de Dios caiga sobre nuestro señor Muhammad y sobre todos nosotros.

#### SELLO DEL SULTÁN

Se comunica a todos los que esto leyeran que, en el nombre de Dios, he donado a mi siervo Alí Bey de Alepo, el palacio de Smelalia, junto con los jardines y la casa de Ben Hammed Duqeli, sita en el barrio de la Alcaicería, para que haga uso de ambas o disponga de ellas en la forma que le parezca adecuado, sin que nadie pueda ponerle impedimento alguno, ni ser importunado por ninguna persona, bajo pena de los castigos que correspondan; encargo expresamente a mi siervo el *kaid* Omar Buceta (pachá de Marrakech) cuidar que todo esto sea aplicado y mantenido, prestar asistencia a mi siervo Alí Bey antes mencionado, ayudarle en todo y tenerle siempre bajo su protección. Salud. Dado el 29 de Dulhaja del año de 1218 (hégira).

Describe con todo detalle Marrakech y habla del santo Sidi Alarbi Ben Mate:

Ambos santos deciden casi la suerte del imperio, porque se cree ser ellos los que atraen las bendiciones del cielo sobre el país. En los distritos donde habitan no hay bajá [pachá], ni *kaid*, ni gobernador del sultán, y no se paga tributo alguno; el pueblo es enteramente gobernado por los santos personajes bajo un gobierno teocrático y en una especie de independencia. Es tal la veneración que se profesa a dichos personajes que, cuando visitan las provincias, los gobernadores toman sus órdenes y consejos.

Posteriormente intentará una rebelión contra el sultán junto a Alarbi y lo cuenta entre líneas: «Yo no he visto a Sidi Alarbi, que se hallaba en Tedla, pero conozco a uno de sus sobrinos, que vino a hacerme una visita de su parte».

En Marrakech se comunicaba con el cónsul español en Mogador, quien transmitía las informaciones a Francisco Amorós. En los informes se designaba a Badía con el nombre clave de Diablo o Viajero. Algunas de las cosas que relata no vienen a cuento salvo para dar pistas de algunas de sus actividades secretas —al ser humano le cuesta no transmitir sus hazañas—, como el hecho de que coincidiera en Mogador con pachás o gobernadores de provincias díscolas. Visitó Mogador en abril. El pachá de la ciudad sospechó del fraude de Badía pero no logró demostrarlo y este seguía siendo cada vez más popular. El pachá de Marrakech se puso tan celoso de Alí Bey que le prohibió dar limosnas, castigando a quienes las recibían, y le impidió que viajara al sur.

Su libro hay que leerlo entre líneas y conociendo la historia de España para poder entenderlo y descubrirse ante su inteligencia y sagacidad. Había establecido un programa con Amorós, con planes muy detallados pero irreales. Según Michael McGaha quiso hacer una revolución islámica basándose en lo que plantea el Corán sobre la justicia y el consenso de la comunidad. El islam le parecía más sencillo y menos oscuro que el catolicismo.



Retrato de Carlos IV, pintado por Francisco de Goya en 1789.

Marruecos no poseía ni una sola imprenta y hasta había gobernadores analfabetos. Badía fue extendiendo la idea de que Marruecos necesitaba una constitución —algo que España tampoco tenía— donde se estableciera la inviolabilidad de la propiedad privada, la libertad de comercio y un parlamento bicameral; una cámara alta para los grandes propietarios y comerciantes, expertos en la sharía y jefes; y otra cámara inferior con diputados de las ciudades importantes y de las tribus. Añadía que el sucesor

sería el hijo mayor del sultán. Esto le valió el apoyo del primogénito, Mulay Absalom, ciego, y la oposición de los otros hijos. Rúspoli opina que también intentó llegar a acuerdos con el sultán pero: «cuando Badía le insinuó la posibilidad de buscar una alianza con España el soberano reaccionó negativamente, pues consideraba un gravísimo pecado el trato con los infieles y más aún con los españoles, a los que odiaba cordialmente. Incluso fue más allá y le encargó a Alí Bey llevar a efecto la divina promesa de recobrar España para el imperio marroquí».

En 1804 el sultán contestó de un modo insultante a una solicitud de compra de trigo —la cosecha española había sido nefasta— y Godoy autorizó a Badía a proceder con el levantamiento contra el sultán. En mayo de 1804 se reunió en Mogador con los opositores y se ordenó al Ejército español que enviara tropas y pertrechos a Ceuta. En mayo de 1804 envió una carta a Godoy en la que decía tener disponibles diez mil hombres y el favor de los pachás. Pidió dos mil fusiles, cuatro mil bayonetas —que pensaba acoplar a las espingardas marroquíes para facilitar la lucha cuerpo a cuerpo—, dos mil pistolas y algunas cureñas para cañones. Se pretendía ir aumentando paulatinamente la guarnición de Ceuta hasta los diez mil hombres. Al enterarse Carlos IV prohibió la operación basándose en que el sultán había sido muy hospitalario con Badía. Godoy, en sus memorias, lo cuenta del siguiente modo:

—No, en mis días no será esto; hoy he aprobado la guerra porque es justa y provechosa para mis vasallos. Pero jamás consentiré que la hospitalidad se vuelva en daño y perdición del que la da benignamente.

—Pero, señor, tiene que costar más deshacer lo que está hecho que llevarlo adelante. Hay además personas, y algunas de estas españolas, que podrán pagar con su cabeza si se vuelve un paso atrás de lo que está andado.

—Si los comprometidos son vasallos míos, escribidles que vengan al instante. Si son moros, no es cuenta mía, pero se podrá avisarles. Obrando rectamente, Dios estará conmigo.

—Pero el correo ha partido con la instrucción; Vuestra majestad lo había mandado.

—Yo lo desmando ahora: despáchese un alcance.

El marqués de la Solana, al recibir la contraorden, respondió el 17 de junio de 1804 a Godoy:

No sabe Vuestra Excelencia cuánto me ha afligido este contratiempo que le fuerza a renunciar a una empresa que habría inmortalizado su nombre. El gran golpe que Vuestra Excelencia iba a dar habría asombrado a Europa. El recuerdo imborrable de los horrores ejercidos durante siete siglos de esclavitud y servidumbre sobre nuestros antepasados por estos detestables africanos, el daño continuo que nos causa su fatal vecindad, el perjuicio a nuestro comercio y navegación, todo ello habría sido suficiente para hacer ver la necesidad de asegurar nuestra independencia poniendo a estos berberiscos en la imposibilidad de perjudicarnos. El admirable proyecto que Vuestra Excelencia había conocido habría logrado ciertamente el objetivo de forzar a esta vil canalla a quedarse en sus guaridas, y al mismo tiempo habría dado a la nación las mejores colonias. Pero puesto que el rey, del que sois el digno instrumento, ordena que sea de otro modo, sus fieles súbditos deben conformarse a su decisión real.

Otras fuentes dicen que quizás la verdadera razón era el miedo a que Gran Bretaña, aliada de Marruecos, atacara a España, y una tercera que el confesor del rey se negaba a que se utilizara a alguien que vivía como musulmán. Parece ser que la cancelación, que le fue comunicada a Badía a finales de julio, le supuso una enfermedad que le obligó a guardar cama durante tres meses. Godoy, por su cuenta, decidió que, puesto que no podía enviar tropas ni armas, mandaría dinero para comprar voluntades y envió veinte mil duros.

Badía había llegado a imaginarse como sustituto del sultán. Está claro que tuvo mucho predicamento en Marruecos, pero de ello a lo que comenta en sus informes va un gran trecho. Era muy inteligente y capaz pero pudo ocurrir que perdiera el control y en ocasiones se creyera más importante de lo que era. Relata que preparó una conjura con Hescham, un notable descontento a quien prometieron ayuda de tropas españolas para convertirle en sultán a cambio de ceder a España la parte norte de Marruecos. Respecto a la mayoría de las aseveraciones de Badía existe documentación en los archivos oficiales; otra cosa es la veracidad o exactitud de lo que en ellos hay escrito. Rúspoli también defiende que lo intentó con Hescham, al que propuso deponer al sultán y coronarle con la ayuda del Gobierno español a cambio de la cesión de

la provincia de Fez (el norte hasta Rabat). El 10 de noviembre se encontraron dos escorpiones debajo de la almohada de su cama. Poco después le dijo al sultán que se marchaba a La Meca.

Algunos autores dudan de que Badía tuviera todo preparado como decía. Eso quizás nunca lo sabremos. Escribió a Godoy quejándose de la negativa del rey y dudando si continuar viaje al sur, hacia Tombuctú o hacia La Meca. El 8 de octubre Godoy le ordena regresar a España cuando se recupere de la enfermedad que le aquejaba. En diciembre de 1804 se declaró la guerra de Francia y España contra Gran Bretaña, a la que apoyaba Marruecos. Carlos IV aprobó entonces el plan de rebelión en Marruecos y Badía recibió una carta de Amorós:

El Rey ha facultado a su Generalísimo [Godoy] qual combiene al bien de su Monarquía en esta nueva guerra contra los Ingleses. Por el Manifiesto adjunto verá V. las circunstancias en que nos hallamos, y bien expresados los deseos del Rey y de su Exa. Promueven y autorizan toda Empresa que pueda dañar al perjuro Contrario y ser útil y gloriosa para España. Ninguna reúne esas dos circunstancias en un grado más superior que la V. ha meditado. Los Ingleses abastecen la Plaza de Gibraltar (cuya posesión será un desdoro para la España mientras dure) desde los Puertos de ese Reino; abastecen también las Esquadras con que nos hazen daños incalculables; sirven de refugio a sus Buques menores y Corsarios; nos originan muchos gastos en el cuidado y mantenimiento de los Presidios [Ceuta, Melilla y Peñón de Vélez]; y por sus intrigas han estorbado que ese Gobierno nos suministre el trigo que necesitamos y que debía facilitar según los Tratados. Todas estas circunstancias han hecho desistir de los principios de delicadeza, por los quales se cohartó a V. la continuación de su Empresa, y si la Religión y la Política autorizaban entonces aquel sistema, por los sucesos posteriores aconsejan las mismas que se lleve á efecto. V. no necesita de estímulos ni de consejos, y si se halla a tiempo de practicar sus ideas, adquirirá una fama inmortal y honrará el Ejército del Rey que le cuenta entre el número de los Brigadieres. Sírvale a V. de Gobierno, y entiéndase con el Capitán General de Andalucía como antes; pues se le avisa que tal vez llevará V. adelante su Proyecto, y le pedirá algunos auxilios. Madrid 25 de Diciembre de 1804.

Según McGaha, en enero de 1805 Badía recibió la visita del hermano de Said Larabi —Sidi Alarbi—, jeque de una cofradía, los Derkawa, que no reconocían la autoridad del sultán, sólo la de Alá. Como estaba en guerra con los turcos de Argelia, Larabi pidió ayuda a Suleiman; como se la negó decidió destronarle y envió emisarios a Badía para ofrecerle el trono si dirigía la revolución. El sultán parecía estar al corriente de los contactos y conexiones. Badía lo temía también y marchó a Fez para huir del sultán y para entrevistarse con Larabi. Estuvo en Fez hasta que recibió una carta del sultán invitándole a que se callara y se marchara del país. El mismo Barberá incluye en sus comentarios y notas la carta del sultán a Badía que se encuentra en el Archivo Municipal de Barcelona:

La paz sea contigo. Sabed que Nos no ordenamos a Baquil (el Bajá de Fez) que te mandase marchar ni que te añadiera sobre cinco caballos; á él se le hacía tarde tu salida de ahí porque hablan historias y astrologías cuyo lenguaje lo tenemos por heregía o infidelidad digna de muerte. Cierra tu boca y cierra la puerta de tu casa, pues no sabes lo que son las gentes del Garbi [sic por al-Magrib, Marruecos] ni la sangre que puede resultar de las palabras. Si tienes obstáculo para continuar tu viage á Argel, marcha presto a Tetuán, y, allí fleta para Túnez o para Europa, y de ella a Alejandría, si tu objeto es ir a la Meka, pues este país no te soportará por tu modo de hablar; y el motibo de haberte añadido más de cinco caballos fue porque estás en reputación de hombre de mucho dinero, y temí por ti que te suceda desgracia en el camino. Adiós.

El sultán se debía referir a sus intentos de instigar a la gente contra él. A pesar de ello simplemente le dice que se calle y que se marche lo antes posible. A la vez envió tropas donde se encontraba Larabi, lo que indica que quizás estuviera al corriente de todo o por lo menos lo sospechaba, lo que también reconoce Barberá.

Godoy volvió a dar las órdenes oportunas para que se enviase a Badía lo que pidiera. Este hizo un pedido de material y fuerzas parecido al del primer plan. En el nuevo destacaba curiosamente una banda de cuarenta músicos. El 27 de marzo de 1805 Godoy ordenó que se enviara. A finales de junio de 1805, Badía, cerca de la frontera con Argelia, comunicó a Godoy que enviara las armas y soldados a Melilla en lugar de a Ceuta pues los que se iban a rebelar se encontraban más cerca de esta fortaleza.



Recibió a unos enviados del sultán, bien armados, que le detuvieron durante un tiempo, sin explicaciones, y después le ordenaron dirigirse a Tánger hasta donde le custodiaron. En el relato dice que estuvieron a punto de morir de sed y que fueron salvados por una caravana de Larabi, que les proporcionó agua. Quizás introduce a este como una forma de decir que le conoció y tuvo relación política con él, pues, lógicamente, en el libro no puede descubrir la conspiración que urdieron juntos aunque no prosperase y finalmente fuese traicionado por Larabi. Parece ser que unos enviados que mandó el general Castaños con mil duros para Badía se quedaron con el dinero y nunca más se supo de él. Por otra parte el envío de material y tropas se retrasó muchísimo y sólo el 25 de julio comenzó a llegar parte del material a Cádiz. La razón estribaba en que algunos altos oficiales estaban en contra de la operación por considerarla disparatada. El 30 de agosto todo estaba ya por fin preparado. Badía comunicó a Godoy que el sultán había enviado muchas tropas al norte, lo que desaconsejaba la invasión y la revuelta; y que a él le habían enviado a Larache. Después fue obligado a salir de Marruecos y le embarcaron en este puerto con destino a Trípoli el 13 de octubre de 1805. Godoy zanjó el proyecto y dio órdenes de detener el embarque de tropas.

Desde el punto de vista geográfico la estancia fue muy fructífera, pues Badía realizó detalladas observaciones del país magrebí, de los ríos, de sus cursos y características, de la flora y fauna, de la población, etc. También estableció la latitud y longitud de numerosos puntos con una gran exactitud.

La segunda parte del libro está dedicada a Trípoli y Chipre. El explorador español desembarcó en la capital libia el 11 de noviembre. Alquiló una gran mansión y rápidamente se relacionó con todo el mundo. El gobernador, Karmanli, le acogió y la trató como a un hermano. Partió de Trípoli el 26 de enero de 1806. Discutió mucho con el capitán del barco pues llevaba un gran control del rumbo con sus instrumentos astronómicos. En lugar de acercarse a Alejandría les llevó a alta mar y el 7 de marzo acabó en Chipre. Pasó allí dos meses durante los cuales se dedicó a visitar las ruinas y se hizo muy amigo del arzobispo de Nicosia. Según McGaha también se encargó de misiones secretas en Chipre y en Egipto.

La tercera parte del libro se dedica a Egipto, adonde llegó, a Alejandría, el 12 de mayo. Alabó la buena labor que habían hecho los franceses conquistando el país y llevando la civilización. Dice que los habitantes estaban agradecidos a los cristianos. Parece ser que seguía en contacto con Godoy y le informaba de sus contactos con la colonia marroquí del lugar. Incluso le propuso abrir una ruta a Filipinas pasando por Egipto, lo cual tenía

su sentido, pues se ahorra dar la vuelta a África. De hecho se materializó posteriormente con la apertura del canal de Suez. En diciembre de 1806, después del ramadán, salió de El Cairo. Especifica con detalle que le visitó el cónsul francés pero no dice nada del español, donde está claro que dejó documentación, que se ha encontrado posteriormente en la oficina consular española en la ciudad caiota. Tomó un *dhow* en el Mar Rojo. Realizó un magnífico estudio y descripción de esos navíos que navegaban por el Índico, desde Mozambique hasta la India. El 26 de enero de 1807 llegó a Yeddah, en la costa de la península arábiga, donde el gobernador le quitó el sitio de oración para ofenderle por no haberle regalado nada. Desde allí partió a La Meca. Estas aventuras pueden consultarse en el tomo *Exploraciones secretas en Asia*.

Las ediciones francesa, inglesa, alemana e italiana de su libro no indican el nombre verdadero de Alí Bey y sólo dicen implícitamente que era un europeo disfrazado. La edición española de 1836 sí señala su verdadero nombre, cuenta su vida y reconoce que el Gobierno español estaba detrás de la misión. Ese mismo año aparecieron las memorias de Godoy. Este asegura que fue él quien le contactó y quien organizó todo el proyecto. En España se han publicado seis ediciones del viaje de Badía en ciento cincuenta años. En Barcelona tiene dedicada una calle.

La documentación de Badía encontrada en el consulado español de El Cairo fue descubierta por el cónsul Eduardo Toda Güell en 1884. Además, este recopiló más documentación que aprovechó Augusto Casas para escribir, en 1943, una biografía de Domingo Badía titulada *Alí Bey: Vida, viajes y aventuras de Domingo Badía*, en la que exalta la figura de Badía como gran héroe nacional. Después, Salvador Barberá preparó otra cotejando todas las ediciones y toda la documentación existente, pero se fue al otro extremo de Casas y puso en duda todos los hechos, hasta los más verosímiles, lógicos y documentados. Esta biografía fue publicada en 1984 por el Instituto Hispano-Árabe de Cultura y la Editora Nacional y plantea que no existió ningún tipo de conjura y que todo era un montaje de Badía para lograr su sueño de viajar a Tombuctú. Puede que Badía fuera megalómano, mentiroso, fabulador, esquizofrénico, etc., pero los cónsules españoles le tenían bajo control, así como los de otros países, que también enviaron informes y comentarios sobre él. En su libro de viajes, lógicamente no hablaba de sus actividades políticas. Todos sabemos que Marruecos, por no existir una sucesión reglamentada, era un vivero de conjuras. Tiene toda la razón en que el plan elaborado por Badía y Amorós en Tánger al principio de la misión era descabellado y poco

consistente, pero ello no implica que no fuera real. Por desgracia, estamos muy acostumbrados a las chapuzas de alto nivel.

Tras la edición de 1984, en 2005 los herederos de Salvador Barberá han realizado una nueva edición, titulada *Viajes por Marruecos*. En las notas iniciales e introductorias Barberá critica a Badía. Curiosamente, la obra incluye unos apéndices con documentos del Archivo Histórico Nacional, muy interesantes, que no comenta y que contradicen lo que afirma en su introducción respecto a la poca fiabilidad de Badía. Reproduzco algunos de ellos para los interesados en las fuentes primarias. El primero está fechado el 1 de marzo de 1808. Es un documento de Godoy al rey Carlos IV en el que se le anuncia la llegada a Europa de Badía, le hace un resumen de toda la misión y de toda la documentación que había dejado por los consulados. En él, entre otras cosas dice (dada la frecuencia de reglas ortográficas diferentes a las actuales evitamos el indicar [sic] en cada caso):

El 2.º período abraza desde la entrada del viagero en África hasta su salida de Marruecos, y si no hubiese remitido los documentos originales de los sucesos ocurridos allí, habría motivos para que dudasen de su veracidad los que no conociesen a Badía. Entre ellos el que más honra y acredita la sagacidad de nuestro viagero es el ascendiente que llegó a tomar sobre aquellos ánimos, [...] Este 2.º índice o período pudiera comprender otro género de noticias y papeles de mucha mayor importancia, sin embargo de que lo son, y sumamente curiosos los que expresa; pero la política y el interés del Estado exigen que se corra un velo sobre varios sucesos y que queden sigilados y oscurecidos hasta que la voluntad del Rey disponga otra cosa.

Por último, como conclusión, propone al rey:

Tiene ideas útiles y nuevas sobre los religiosos de la Tierra Santa, sobre los medios de promover nuestro comercio con Levante [Asia], y sobre otros artículos de mayor entidad todavía. En tal disposición interesa al mejor servicio del Rey nuestro señor y del Estado que se proporcione a don Domingo Badía el justo premio a sus servicios, y los recursos necesarios para que pueda continuarlos.

El 1 de marzo el rey respondió con la siguiente nota:

Excelentísimo Señor don Pedro Cevallos [Secretario del despacho de Carlos IV que escribía las decisiones del rey, para su cumplimiento, en notas marginales a los oficios]. Nota marginal: Que Su Majestad se ha entrado de los extraordinarios trabajos de Badía y de la importancia que ofrecen así para la política como para la historia, gloria de Su Majestad y honor de la Nación los descubrimientos hechos por dicho Badía que Vuestra Alteza Serenísima indica en su oficio. Y que para dictar en su consecuencia las providencias gubernativas más convenientes a su Real servicio desea el Rey que Su Alteza proponga las que tenga por convenientes. Fecho en 11 de marzo de 1808 según minuta.

El 22 de octubre de 1808, Badía escribió a José Bonaparte, rey de España:

Señor: Embiado por S. M. el Señor D. Carlos IV para hazer un viage científico en los países interiores del África salí de Madrid en 1802, y habiendo pasado por París y Londres para evacuar varios puntos con aquellos cuerpos científicos y hazer acopio de ynstrumentos necesarios a las observaciones de mis viages, aproveché igualmente de este tránsito de Europa haziendo una preciosa colección racionada de Historia Natural, que parte se halla en el Real Gabinete.

Entrado en el Reyno de Marruecos en 1803 con el nombre y trage de Alí Bey, tubo S. M. por conveniente cambiar el objeto de mi viage, que pasó a ser Político-Militar aprovechando el grande ascendiente que lograba yo en aquel País, y empleándome en operaciones de la mayor gravedad y consecuencia, cuja exposición es impropia de este papel pues la importancia de los negocios exige hazerla personalmente a V. M. con la presentación de documentos, si V. M. juzga conveniente dedicar a este obgeto una parte de su atención.

Los vacilantes accidentes que caracterizaron nuestro antiguo gobierno, hizieron llover sobre mí órdenes y contraórdenes cuja inspección admirará a V. M. e inutilizaron con esto una de las

operaciones más grandes que jamás se hayan emprendido en servicio del Estado.

Error que será llorado por la humanidad con lágrimas de sangre, y error que comprometió mi existencia a los más horribles peligros, al mismo tiempo que fue motivo para hazer ver en mí vn ejemplo de Lealtad Patriótica qual no presentan muchos las Historias. En este tiempo (1804) fue quando por dar alguna satisfacción a la Justicia, se me hizo Brigadier de los Reales Exércitos, según consta de la certificación cuia copia es el adjunto número 1.

Siguiendo el influjo de las circunstancias en que se me había puesto, pase al Levante

...Y por esa misma causa se decidió por nuestro antiguo Gobierno, que a mi entrada en Europa tomaría yo el trage y nombre del Capitán don Francisco del Castillo, baxo cuio sentido se me libran los pasaportes por los diversos Embaxadores, cuio incógnito sostengo hasta que teniendo con el Gobierno la sesión que exigen los negocios pendientes en África, se decida sobre ellos y sobre mí. El ympreso adjunto número 2 da una idea general de mis viages. [...]

En virtud de esto suplico a V. M. se digne nombrar una Comisión, con quien pueda yo tratar de este asunto, y que inspeccionando los documentos relativos a esta Expedición dé cuenta a V. M. de las operaciones ejecutadas, y que en su vista pueda V. M. dar las providencias que las circunstancias exijan, tanto sobre los resultados de la Expedición quanto por lo relativo a mi individuo.

Me dizen que mis papeles fueron visitados y examinados por el Sr. Villela y otro comisionado, quando se prendió a don Francisco Amorós en seguimiento de la causa contra don Manuel Godoy.

Aranjuez, 22 de octubre de 1808. Señor. A los reales pies de Vuestra Majestad. Domingo Badía y Lebllich (rubricado).

También nos ofrece un informe del vicecónsul español en Alepo, Ange Durighello, al embajador de España en Constantinopla, don Juan Jabat, dando cuenta del paso de Domingo Badía, el 21 de julio de 1818, bajo el nuevo nombre de Hadj Alí Bin Utman, con que inició otra misión a las órdenes del

rey francés. Sigue otra correspondencia oficial donde se informa que se ha unido a la caravana de Damasco en dirección a La Meca.

Por último, Juan Jabat comunica la muerte de Domingo Badía al marqués de Casa Irujo (ministro de Estado entre septiembre de 1818 y junio de 1819):

DESPACHO N.º 1028 DE D. JUAN JABAT, MINISTRO DE S. M. EN CONSTANTINOPLA AL EXCMO. SR. MARQUÉS DE CASA IRUJO

Exm. Sr.: El vicecónsul de S.M. en Alepo me ha escrito que el viagero Alí Bey o Hagi Alí bin Otman, según se denominaba en este segundo viage y peregrinación a La Meca, habiendo partido de la ciudad de Damasco con la Carabana, ya algo enfermo, se agravó en el viage, y que murió en el desierto á la novena jornada: que el Baixa de dicho Damasco, Director de la Carabana, se había apoderado de su equipage y demás efectos, según la práctica establecida, y que los criados que llevaba se posesionaron del dinero, que sería unas catorce mil piastras Turcas, de que se le había provisto esta Embaxada de Francia, para costear los gastos de su expedición, de reconocer el origen del Nilo, y la comunicación que se pretende por medio de otro cauce con el Mar de Nigricia, debiendo terminar después por examinar las costas del África en el Canal de Mozambique, á fin de preparar allí algún establecimiento ventajoso al Gobierno que lo empleaba.

Pero como había estado otra vez el referido Alí Bey en Damasco a la ida y regreso de su anterior peregrinación á la Meca, parece que no se ocultó de sus antiguos Conocidos en dicha Ciudad, y que se susurró demasiado que en la Carabana iba á partir un Europeo disfrazado, que parece llegaron á entenderlo y sospecharlo los Turcos, y que se cree que el Muphti de Damasco en la última visita que le hizo le envenenó en una taza de café, porque desde aquel día comenzó a sentirse malo, y se fue empeorando en el camino, hasta que acabó sus días, como llevo dicho, en el desierto.

Esta segunda parte me la ha referido un Viagero que lo vio partir de Damasco, y lo confirma también el Agente Francés, residente en dicha Ciudad.

Dios gr. á V. E. m. a. a Buyukdie de Constantinopla 25 de enero de 1819. Juan Jabat

Badía fue un precursor de los agentes secretos actuales y se llevó muchos de sus secretos a la tumba. Si hubiera nacido en Gran Bretaña, Francia o Estados Unidos sería mundialmente famoso.

## Bibliografía

- Badía y Lebllich, Domingo, *Voyages d'Ali Bey el Abassi en Afrique et en Asie pendant les années 1803, 1804, 1805, 1806 et 1807*. París: Imprimerie de P. Didot, 1814.
- , *Viajes de Alí Bey el Abassi por África y Asia durante los años 1803, 1804, 1805, 1806 y 1807*. (2 vols.) Valencia: Librería de Mallén y sobrinos, 1836.
- , *Viajes del Príncipe Alí Bey el Abassi en Marruecos, Trípoli Chipre, Arabia y Turquía*. Madrid: El Museo Universal, 1982.
- , *Alí Bey. Viajes por Marruecos* (Salvador Barberá). Madrid: Editora Nacional, 1985.
- , *Viajes por Marruecos* (Salvador Barberá). Barcelona: Ediciones B, 2005.
- Mármol y Carvajal, Luis de, *Descripción general de África, sus guerras y vicisitudes del mahometismo hasta el año 1571*. Granada, 1573 (1.º y 2.º tomos), y Málaga, 1599 (tercer tomo).
- Rúspoli, Enrique, *Godoy. La lealtad de un gobernante ilustrado*. Madrid: Temas de Hoy, 2004.

## Joaquín Gatell Folch (1826-1879) (1861)

### El abogado que se aburría y acabó como explorador y agente secreto

Como vimos al estudiar el caso de Domingo Badía, España tenía mucho interés en apoderarse de su vecino del sur. Sin embargo, la extensión y complejidad del Imperio español impidió una política exterior coherente respecto a África según los esquemas de la época. En el primer cuarto del siglo XIX España perdió todo el imperio americano a excepción de Cuba y Puerto Rico. Ya no se tenía que ocupar tanto de América, pero los graves problemas internos siguieron entorpeciendo el despliegue colonial en África que desarrollaban otros estados europeos en expansión.

Gatell nació el 3 de enero de 1826 en Altafulla, provincia de Tarragona, dentro de una familia acomodada. Comenzó estudiando para sacerdote en el seminario de Tarragona pero abandonó y estudió Derecho en Barcelona. Se licenció en 1850. Ejerció la abogacía durante un breve lapso de tiempo pero se aburría y se dedicó a estudiar árabe. Se dice que el libro del viajero polaco Jan Potocki, *Voyage dans l'empire de Maroc*, publicado en Varsovia en 1792, le abrió el apetito de aventuras. En realidad, Potocki, en su viaje a Marruecos sólo visitó durante dos meses las ciudades costeras de Tetuán, Tánger, Asilah, Larache y Rabat, poblaciones abiertas a los extranjeros, con un salvoconducto que le había entregado un embajador del sultán, pero supo plasmar muy bien todo el exotismo magrebí.





Dibujo de Joaquín Gatell Foch de su libro *Viajes por Marruecos, el Sus, Uad-Nun y Tekna* publicado en 1879.

En 1852 renunció a la primogenitura y a la herencia que le correspondía como tal según el derecho de la Corona de Aragón. Editó el Corán para venderlo en fascículos. En 1858 pasó un año en Londres para formarse como explorador. El siguiente año lo pasó en París. Se enteró de que la Sociedad Geográfica de esa ciudad ofrecía un premio al viajero que atravesara el Sahara saliendo de Argelia y llegando a Senegal, o viceversa, con la

condición de pasar por Tombuctú. Se marchó a Orán, en la actual Argelia, entonces colonia francesa, donde se enteró de que varios ya lo estaban intentando. Allí se entrevistó con el alemán Gerhard Rohlfs, a quien conoceremos a continuación.

En 1859, el gobierno español de O'Donnell, para intentar hacer olvidar las disensiones internas, declaró la guerra a Marruecos aprovechando una escaramuza en Ceuta. La guerra terminó en 1860 con la ocupación española de Tetuán con un precio de siete mil muertos entre los españoles debidos, en la mayor parte, no a las balas o espadas marroquíes, sino a las malas condiciones de salubridad que debían soportar los soldados. Ello provocó epidemias de cólera y disentería a las que hay que atribuir dos terceras partes de las bajas. En abril de 1860 se firmó el tratado de Wad-Ras por el que España aumentaba los territorios de Ceuta y Melilla, se le entregaban las islas Chafarinas y el territorio de Ifni (lo que había sido Santa Cruz de la Mar Pequeña) y el sultán debía pagar cien millones de pesetas. Mientras no lo abonara, España conservaría Tetuán.

El 12 de marzo de 1861 Gatell se marchó a Marruecos para explorarlo entrando por Tánger. No sabemos a qué obedeció verdaderamente esta decisión. ¿Fue simple afán de aventura o, como dicen algunos autores, tras la guerra de África, el Ministerio de Estado le había ordenado recorrer el sur de Marruecos para que estudiase la costa occidental? Otro de los misterios de las exploraciones secretas. Sí está documentado que desde 1864 trabajó para el Gobierno español, pero no en 1861.

Su diario comienza con un poema: «Arrastrábame el anhelo / De azarosas aventuras / Y emprendí atrevido vuelo / En busca de extraño suelo / Y de extrañas criaturas / Y dejé los patrios lares / Y mil objetos queridos / Para atravesar los mares / Y lanzarme a los azares / De mundos desconocidos».

Decidió que la mejor forma de viajar seguro por Marruecos era ingresando en el ejército del sultán de Marrakech. Debemos recordar que el Marruecos actual no existía como estado y que el sultán intentaba conquistar territorios de diversas tribus independientes que habitaban en lo que es actualmente el reino de Marruecos. Joaquín se enteró de que aquel deseaba formar un ejército de estilo europeo. Escribió un libro sobre arte militar y tradujo del francés una cartilla de artillería. Cuando estaba en Tánger apareció por allí un hermano del sultán y se presentó ante él vistiendo de árabe, con la cabeza afeitada y haciéndose llamar Caid Ismael. El hermano del sultán le invitó a acompañarle a Fez. Recorrió la región de Garb. Allí le quisieron linchar porque se defendió de un jeque que le quiso robar. Le dejaron libre al

mostrar el salvoconducto del hermano del sultán. El 5 de mayo llegó a Fez y le recibieron los altos mandos del ejército y el soberano. Parece ser que se presentó ante este con botas, cuando era obligatorio presentarse descalzo. A pesar de todo fue nombrado capitán y ayudante del comandante Mohamed Juya. Le querían nombrar jefe de un grupo de quinientos hispanos desertores del ejército español, fugados de los presidios de la costa africana, o renegados convertidos al islam, pero prefirió no estar con ellos. Como tenía prestigio por su obra sobre artillería se lo permitieron.

El ejército del sultán estaba muy mal organizado y en su seno había muchos renegados europeos, sobre todo en aspectos especializados como la artillería. También los componentes de la banda de música eran españoles en su mayoría y, de hecho, una de sus obras de más éxito era la *Marcha Real* española. El título original de otra de ellas era *Guerra, guerra al infiel marroquí*. Algunos jefes preferían tener como escoltas a españoles renegados pues, si cobraban bien, no entraban en conspiraciones como ocurría con frecuencia con los indígenas. Ya en 1591 fueron soldados andaluces al servicio del sultán de Marrakech (musulmanes, moriscos, renegados y cristianos), los que ocuparon Tombuctú. Gatell viajó a Mequinez, el actual Meknes. Por la zona había muchos escorpiones. Uno de ellos le picó y le produjo fiebres. Hubo de quedarse convaleciendo un tiempo. Cuando se reintegró, Juya le trató mal porque pensaba que quería quitarle el puesto y le degradó a soldado raso. En octubre visitó Salé, al lado del actual Rabat, y el cercano gran bosque de la Mamora.

Solicitó irse del ejército pero le hicieron teniente de caballería. Los grados se conseguían por amistad, influencias o pagando, algo que también ocurría en el ejército británico en las armas de infantería y caballería hasta bien entrado el siglo XIX. Para las especializadas, como artillería o ingenieros, había que estudiar. Después acabó de nuevo como artillero al mando de tres oficiales y seis cañones.

En marzo de 1862 fue de campaña para sofocar una de las frecuentes rebeliones contra el sultán. Desde el 17 de marzo llevaba un diario. Murga, otro viajero español en Marruecos con quien se encontró allí, comenta sobre Gatell, en su obra *Recuerdos Marroquíes*: «Un español llamado Gatell, que fingiéndose renegado llegó a mandar la artillería del sultán, describió la campaña. Si algún día llega a publicarse el diario, se levantará el velo sobre muchas cosas y costumbres de aquel país que, aunque tan cercano al nuestro, pasaron por consejas ó por ensueños de una imaginación enferma y visionaria».

Gatell realizó un profundo estudio del ejército marroquí desde dentro, dando a conocer todas sus debilidades. Aporta datos muy concretos, incluso de los sueldos del ejército: Un soldado cobraba ocho murzumas (una murzuma eran seis piezas de cobre), lo mismo que un caballo. Un comandante recibía cuarenta. Toda la artillería del sultán se componía de treinta y nueve piezas de diversos calibres en malas condiciones y mal servidas. Una de ellas reventó al dispararla.

Sofocaron la rebelión y a los rebeldes se les impuso una multa de bueyes o carneros para ser perdonados. También les imponían sanciones económicas además de cortar las cabezas de los principales. Gatell describe Salé y Rabat, donde entraron triunfantes con la banda de música tocando el *Himno de Riego* (himno del trienio liberal español de 1820 a 1823 y que sería el himno de ambas repúblicas españolas). Después fue a Marrakech a sofocar otra rebelión. A su paso quemaban las cosechas para amedrentar y castigar. Conoció a un judío que decía proceder de Ávila y guardaba los documentos de sus propiedades.

En junio de 1863 recorrieron el río Tensif y presentaron batalla a los rebeldes. El sultán llevaba un verdugo con él para las ejecuciones inmediatas. Liberaron el cerco de Marrakech y el sultán le encargó que le diseñara un trono nuevo. Durante las celebraciones Gatell recibió una descarga de pólvora en los ojos y quedó ciego durante cinco meses. Pasó un año en la ciudad y la describe con una muralla de dieciocho kilómetros. La mitad de la población pertenecía al sultán. Habla de la célebre plaza de la Yemá el Fná y la alcaicería o zona comercial. La Mellah —el barrio judío—, tenía cuatro mil habitantes de los cincuenta mil totales de la ciudad. Detalla los precios de todos los artículos que veía a la venta. Al terminar el diario, comenta su cansancio porque ha vivido «teniendo que estar siempre en guardia contra los curiosos que espían todos los pasos y todas las acciones», una reflexión curiosa en un espía.

Recordemos que en 1859 y 1860 España estuvo en guerra con el sultán. Tras firmar la paz y quedarse con Tetuán, a pesar de que la guerra había obedecido a un deseo de desviar la atención de los problemas internos, y no a un plan colonial del gobierno, los militares sí deseaban continuar la conquista y se plantearon la necesidad de conocer el país y así evitarse problemas como los que tuvieron que sufrir en la anterior guerra, que no fueron mayores debido a su brevedad.

Ya en 1862, el teniente general al mando de la plaza de Tetuán encargó a su ayudante, Eduardo Soler y Ovejero, preparar un estudio «que nos dé a

conocer con precisa exactitud el Imperio de Marruecos, teatro un día de nuestras aspiraciones», que tituló *Memoria descriptiva de un proyecto de itinerario de Tetuán a El Alcázar y Fez*, que terminó el 3 de marzo de 1862.



Para preparar un itinerario de Tetuán a Tánger, de Tánger a Alcazarquivir y de allí a Fez, Ovejero consiguió las informaciones «consultando á los naturales recelosos, á los judíos ponderativos, á los correos del país que tras muchos años de su vida errante han sido en su destino los que más me han ilustrado; valiéndome de los extranjeros que aquí han viajado y residido, pues que entre ellos los hay que con raro ingenio espían [de expiar] emigrados en

este suelo africano, errores cometidos en la carrera de su fatal destino, he compaginado mis estudios sobre este país». Calculó unos efectivos del ejército marroquí de seis mil soldados de infantería, diez mil de caballería y quinientos de artillería. Habla de dos mil quinientos renegados, la mayoría de ellos aventureros, criminales huidos de España u otros lugares de Europa, o evadidos de los presidios de Ceuta y Melilla. A muchos de ellos, unos doscientos cincuenta, los habían concentrado en el pueblo de Aurai, a una jornada de Mequinez. Gatell comenta que el segundo jefe de la artillería era un gallego, jefe de una banda de ladrones fugado de Ceuta.

El capítulo V lo titula sin ningún disimulo «Puntos indicados para una invasión» y plantea, por ejemplo, «sin dificultad se acarreará la artillería y todo el material de arrastre en las nueve o diez horas que se emplean á través de una serie de montañas, hasta descender á la llanura del Sbú [río de Fez]».

Poco después, a finales de 1863, Gatell habló con Merry del Val, cónsul español en Tánger, y le propuso realizar una exploración del sur de Marruecos. Este lo consultó al gobierno con fecha de 14 de diciembre de 1863 y en febrero de 1864 se le autorizó la misión secreta.

Pidió la licencia del ejército del sultán y el 30 de julio de 1864, con un criado, y haciéndose pasar por médico, inició la exploración. Llevaba abalorios para hacer regalos. Salió de Rabat con dirección a Casablanca. Anotaba todo lo que veía: dirección que tomaba, ríos, pozos, norias, alcazabas, subidas, bajadas, vegetación, temperaturas, etc. El estilo es muy esquemático. Así, comienza: «Sábado 30 de julio de 1864. Salgo de Rabat á las 4 horas y 40 minutos de la mañana. —A las 5:42 riachuelo Ikem. —6:50 Kasba Yedida o Nueva llamada también Seherat Elkoronfel. —8:07 río Serrad. —8:48 riachuelo Buzneka». Al final de cada itinerario realizaba un resumen más sintético aún. El 4 de agosto llegó a Mazagán (actual El Jadida) y el 13 de agosto a Mogador (actual Essaouira) tras caminar durante noventa y tres horas y tres minutos, pues señalaba expresamente las duraciones de los desplazamientos, lo que tenía un indudable interés militar en caso de invasión. También señala todos los accidentes del terreno y orientaciones que sirvieran para identificar una ruta, así como las tribus, costumbres, recursos, etc. Camino de Agadir se perdió en un bosque donde había muchos ladrones, que ahuyentó a base de pistola. El 27 de agosto llegó a Agadir (que significa ‘lugar fortificado’), después de haber caminado treinta y nueve horas y ocho minutos.

No le dejaron continuar al sur por estar la zona en guerra. Regresó a Mogador y de allí a Marrakech, en lo que invirtió cuarenta horas y treinta y

seis minutos. Quería ir a Tarudant. Contrató otro criado que hablaba *chelha* —la lengua de la zona— y fumaba hachís continuamente. Durante once días cruzó la cordillera del Atlas. En las montañas se encontró de nuevo con Rohlfs pero cada uno continuó su camino por separado. Uno de sus burros cayó por un barranco de cien metros, pero siguió adelante y después cayó de un puente. De Marrakech a Tarudant invirtió ochenta y dos horas y cinco minutos. Permaneció allí hasta el 30 de noviembre. Lo describe como si de una guía turística se tratara: «Quince o dieciséis *fondaks* o posadas dan hospitalidad a los viajeros por la módica retribución de un blanquillo por día, pero no se da de comer, debiendo cada cual provisionarse de lo que necesita para vivir».

Desde Tarudant atravesó el río Sus con otro criado, pues el fumador no quería seguir con él. Este río nace en el Atlas y desemboca cerca de Agadir. Continuó al sur y el 21 de diciembre pasó el río Draa, seco la mayor parte del año. Sus acompañantes no querían continuar. Compraron un carnero y era lo único que comían. Lo iban asando poco a poco. Había peleas entre las cabilas o tribus de la región, pero él quería recorrer el desierto. Cargó un camello con comestibles y se lanzó. Soportó lluvias, vientos, etc. Para colmo de males, su criado reveló a unos indígenas que Gatell era cristiano cuando estaba acampado con ellos. Las leyes de la hospitalidad exigían esperar a que se marchara de su campamento para matarlo. Mientras tanto su criado se arrepintió, le avisó y aprovecharon la noche para escapar y tomarles ventaja.

El 23 de febrero de 1865 llegó a Tarfaya (Cabo Juby), enfrente de la isla de Fuerteventura. El itinerario termina así: «Llanura de Aftut; dirección E. NE.; terreno triste.-2:15 llego Tarfaya; viento NE, fresco. De Tarfaya a Saguia el Hamra [donde se encuentra El Aaiún] hay dos jornadas».

Regresó a Guilmine. Allí trabó conocimiento con el jeque Beyrouk, quien ya había tratado con Panet —otro explorador francés que recorrió el Sahara y al que también conoceremos más adelante—. Beyrouk estaba enfrentado al sultán, cuya autoridad no reconocía —el litigio sobre la soberanía o no del sultán sobre esa zona y el Sahara sigue vigente—. Cruzando entre cabilas en guerra llegó a Mogador y de allí un buque inglés le acercó a Casablanca. Después fue a Rabat y a Tánger donde presentó a Merry un anticipo de su memoria.

Regresó a España en septiembre de 1865 tras cuatro años de aventuras. Dejó una memoria de su viaje en el Ministerio de Estado, equivalente al actual de Asuntos Exteriores. Parece ser que la olvidaron o perdieron y sólo se volvió a encontrar en 1949, cuando se descubrió abundante documentación

de Gatell. Con el material encontrado el profesor Gaviria acabó el *Manual del viajero explorador en África*, que Gatell estaba preparando pero dejó inconcluso, habiendo escrito sólo dos de los trece capítulos previstos. Lo integró dentro del libro *El viajero español por Marruecos. Don Joaquín Gatell (El kaid Ismail)* publicado ese mismo año. En él nos dice: «En suma, el explorador debe estar dotado de conciencia o veracidad, robustez, paciencia en los sufrimientos, constancia, valor personal, prudencia, perspicacia, laboriosidad, diligencia y por último debe gozar de libertad de acción». Sobre su preparación, además de la lengua del país, «debe saber álgebra, trigonometría, geometría, historia natural, astronomía, topografía, dibujo lineal y de paisaje y también el arte de disecar animales». También apareció el manuscrito original del diario y al compararlo con el editado en 1879 por la Sociedad Geográfica, cuando reescribió la memoria, Gavira comprobó que se habían censurado muchas cosas para no divulgarlas, por no considerarlo conveniente en aquel momento o porque quizás el mismo Gatell había cambiado algunas.

Carlos Ruiz Miguel, profesor de la Universidad de Santiago de Compostela, autor de *El Sahara Occidental y España*, dice sobre Gatell que este viaje lo realizó como agente secreto, pero no queda claro si desde 1861 o desde 1864:

Mayor consideración (al centrarse de forma más específica en el Sahara) merece la expedición encarnada en el viajero tarraconense Joaquín Gatell, el cual llevó a cabo, como agente secreto del gobierno español, una misión recibida del jefe de la Sección Política del Ministerio de Estado, Merry y Colom, dirigida a obtener información del territorio que pudiera servir para la ulterior ocupación de esas tierras. Gatell cruzó la zona habitada por los grupos Tekna (en torno a Villa Bens e Ifni) y allí fue recibido por el chej Beiruk [Beyrouk], enfrentado al Majzen o gobierno marroquí. Como fruto de su misión elaboró un importante informe donde, con gráficos, mapas y planos, además de todo tipo de información, se insistía en que en aquellas regiones no alcanzaba la autoridad el sultán marroquí. Merry trató de interesar en los proyectos de Gatell a los sucesivos gabinetes de O'Donnell, Narváez y González Bravo, sin éxito.



En 1863, el comerciante español Puyana quiso realizar un acuerdo con Beyrouk para comerciar desde Tarfaya. Este deseaba llegar a un tratado independiente del sultán y para forzar la situación hizo prisionero a Puyana y a otros dos comerciantes hasta que el sultán reconociera sus derechos. No les soltó hasta 1874.

Dicen que nadie puede visitar África sin regresar, o por lo menos intentarlo. Gatell, en 1866, abrió una academia de árabe en Barcelona. Consiguió muchos alumnos pero en 1868 le entró el veneno africano y se fue a Argelia y Túnez. Contrajo tifus y tuvo que regresar a Barcelona y París para curarse. En la capital francesa publicó la memoria que se había perdido en el ministerio español. Se la publicó el *Bulletin de la Société de Géographie de Paris* en treinta páginas. Una vez restablecido bajó hasta Madrid andando. Allí se enteró de que tres comerciantes habían sido hechos prisioneros en el Wad Nun. Como conocía a los jefes de la región se fue a negociar, pero no se lo permitió el cónsul en Tánger Merry del Val.

Las exploraciones africanas estaban muy abandonadas en España. En febrero de 1877 se creó la Asociación Española para la Exploración del África por decisión de la Sociedad Geográfica de Madrid. Don Francisco Coello, vicepresidente de la sociedad, expuso sus objetivos en la sesión de constitución:

España debe adherirse al pensamiento de la Asociación Internacional [fundada en septiembre de 1876] organizada en Bruselas para explorar y civilizar el África central [y de paso llevarse sus riquezas], no sólo por haber sido especialmente invitada para ello y por secundar el humanitario proyecto de las otras naciones de Europa, sino principalmente por ser una de las que más pueden ganar cuando se logren aquellos resultados. Se observa ya en las expediciones actuales que se atiende tanto a los descubrimientos esenciales científicos como a las investigaciones de los recursos comerciales en las comarcas recorridas, y a los medios de establecer cambios ventajosos con ellas. Si, como es de esperar, se da ahora gran impulso a las exploraciones, puede considerarse próximo el día en que se abran al comercio extensas y ricas regiones, y es necesario no descuidarse y acudir antes de que los otros países lo monopolicen completamente.

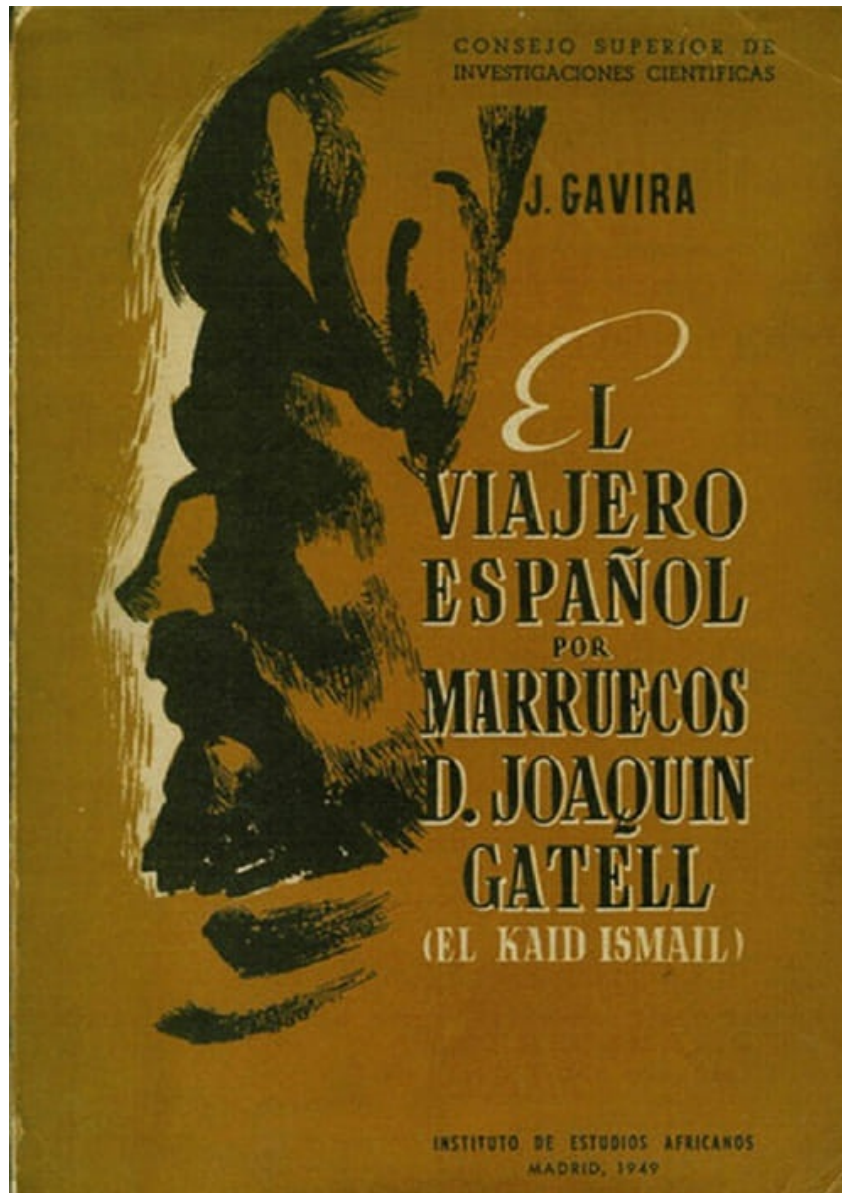
El 20 de noviembre de 1877 Gatell pronunció una conferencia en la Sociedad Geográfica de Madrid. Al año siguiente participó en la exploración de la franja costera saharauí en busca de Santa Cruz de la Mar Pequeña (una antigua fortaleza construida en la época de los Reyes Católicos) para esclarecer su posición exacta con vistas a exigir derechos territoriales. Fueron en el buque *Blasco de Garay*, bajo el mando de Cesáreo Fernández Duro, que tendría una seguida correspondencia con Murga y del que escribiría un libro. Al respecto, Carlos Ruiz, comenta: «En 1878, con el patrocinio de la Asociación Española para la Exploración de África, Gatell realizó un nuevo viaje internándose por los territorios que ya había recorrido, pero fue hecho prisionero por la región del río Nun (cerca de Ifni), siendo puesto en libertad a instancias del gobierno español».



El general Prim en la Guerra de África, del pintor Francesc Sans Cabot (1828-1881) por encargo de la Diputación de Barcelona. Joaquín Gatell era sobrino del general Juan Prim Prats.

De regreso en España y una vez restablecido de sus penalidades, redactó sus informes. En 1879 el Boletín de la Sociedad Geográfica de Madrid le publicó la reescritura de su memoria con el título de *Viajes por Marruecos: el Sus, Uad-Nun y Tekna* tras la pérdida de los papeles en el ministerio. Ese mismo año se proponía regresar a Marruecos para estudiar la región del río

Draa por otro itinerario: cruzando a Tetuán, recorriendo el Rif hasta llegar al río Muluya (Moulouya), recorriendo este hasta su nacimiento, llegando al valle del Draa y siguiendo su curso hasta el océano. Estaba en Cádiz, esperando para embarcar, cuando murió de repente el 13 de mayo.



Portada del libro *El viajero español por Marruecos. Don Joaquín Gatell (El kaid Ismail)*. Editado por el Instituto de Estudios Africanos y el profesor Gavira en 1949, tras encontrarse sus manuscritos perdidos en 1865.

Ese mismo año se publicó una hagiografía en catalán titulada *D. Joaquim Gatell y [sic] Folch (Lo Kaid Ismail)* por parte de una sociedad excursionista, en la que al contrario de otras obras donde se dice y resalta que Gatell siempre dijo en Marruecos que era cristiano, reconocen, aunque con circunloquios, que «Gatell, por más que entre aquella gente se viera obligado a seguir hasta cierto punto las prácticas de la religión predominante en las esferas autoritarias de Marrakech, no abdicaría de su doctrina». En esta misma obra se comenta que el encargo del espionaje del sur de Marruecos se debió principalmente a que se confiaba en él porque era familia del general Prim, héroe de la reciente guerra contra el sultán. Se debe reconocer que más importante que la exploración del territorio del sur había sido la completa información sobre el ejército del sultán, por lo que no es descabellado pensar que todo el viaje fuera un encargo oficial teniendo en cuenta su relación con Prim.

Fernando Valderrama ha escrito un interesante libro, *Joaquín Gatell. Explorador de Marruecos*, sobre su figura. Al estar escrito en 1952, en época del protectorado español sobre parte de Marruecos y en pleno franquismo, se observa un tinte propagandístico: «Al repasar hoy estos datos, el lector no puede escapar a la idea comparativa del Marruecos de entonces y del actual para comprobar cómo ha evolucionado el país en tantos aspectos gracias a la acción bienhechora del protectorado». No tenía en cuenta que habían pasado casi cien años.

## Bibliografía

- Gatell, Joaquín, *Viajes por Marruecos: el Sus, Uad-Nun y Tekna*. Madrid: Sociedad Geográfica de Madrid, Boletín primer semestre de 1879.
- , *El viajero español por Marruecos*. (ed. J. Gavira). Madrid: IDEA, 1949.
- Valderrama Martínez, Fernando. *Joaquín Gatell. Explorador de Marruecos*. Tetuán: Editora Marroquí. Colección Hombres y Tierras, 1952.
- Ruiz Miguel, Carlos, *El Sahara occidental y España*. Madrid: Dykinson, 1995.
- Coello, Francisco, *España y la exploración del África*. Madrid: Boletín de la Sociedad Geográfica de Madrid, 1877; tomo II: pp. 315-326.

# Friedrich Gerhard Rohlfs

## (1831[34]-1896) (1862)

### La llamada del desierto a un niño enfermizo

Nació el 14 de abril de 1831 (algunas fuentes dicen que en 1834), en Vegesack, cerca de Bremen (Alemania). Fue un niño enfermizo y un estudiante flojo. Su padre era médico y la familia deseaba que siguiera la tradición. Él no estaba nada interesado en ello y aprovechó la guerra contra Dinamarca para alistarse. Se le ascendió por méritos de guerra. Cuando la lucha terminó no tuvo más remedio que entrar en la universidad pero lo dejó después de dos cursos y se alistó en el ejército austriaco. Desertó enseguida y se refugió en la Legión Extranjera francesa.

Este cuerpo militar voluntario de élite fue creado en 1831 para la invasión gala de Argelia, que había comenzado el año anterior. Gerhard fue enviado allí, donde sirvió como enfermero y farmacéutico durante seis años, entre 1855 y 1861, mientras se desarrollaba la conquista de la colonia. Según la Enciclopedia Británica, se le concedió la Legión de Honor. Se interesó mucho por las costumbres de los indígenas. Aprendió árabe y a hacerse pasar por musulmán. Sabía de memoria las ciento catorce suras del Corán, algo importante para un médico allí donde la mención de la religión era muy importante para sanar. Incluso atendió al sultán de Marrakech, que le nombró médico del ejército y de su propio harén. De nuevo el deseo de viajar le pudo y lo dejó todo.

El 20 de julio de 1862, vestido como un nativo, salió de Tánger, bajó por la costa visitando Asilah, Rabat, Agadir y el río Sus. Fue al este por el río Draa hasta Tafilet, donde se encuentra la actual Erfoud. No llevaba ni siquiera una brújula, pero aporta valiosas informaciones sobre la zona.



Fotografía de Friedrich Gerhard Rohlfs, vestido a la europea, de autoría y fecha desconocidas.

Deseaba llegar a Tombuctú a través de Marruecos para lo que cruzó el Atlas —donde se encontró con Gatell—. Exploró el nacimiento y la garganta del Draa y la región del Tafilet. En varias ocasiones estuvo a punto de que le descubrieran. En el pueblo de Abouam llegaron a comprobar si estaba circuncidado, cosa que había hecho por precaución, así que salvó la vida.

Marchó al noreste por el río Ziz. Poco después, cerca de la frontera argelina, fue atacado por unos nómadas. Le desvalijaron, le hirieron y le

dejaron abandonado creyéndole muerto. Tenía un brazo casi desprendido. Fue salvado por dos *marabuts* o sabios coránicos. Lo relata así:

Cuando desperté, el jeque del oasis estaba inclinado sobre mí. El cañón humeante de su escopeta me apuntaba al pecho. No obstante no me había herido en el corazón, como habría intentado. Sólo me había destrozado el brazo izquierdo. Me partió de un sablazo la mano derecha con la cual procuraba yo coger mi pistola, y en aquel instante caí desvanecido, como muerto, pues del brazo herido manaba la sangre a torrentes. Mi criado escapó despavorido. Cuando volví en mí, al siguiente día, me encontré abandonado con nueve heridas, pues, por lo visto, durante mi desvanecimiento, aquellos salvajes habían continuado disparando e hiriéndome al objeto de matarme.

Habíanse llevado todas mis cosas, con excepción de las ropas, empapadas en sangre. A pesar de que tenía el agua a escasa distancia, no me era posible alcanzarla. Estaba demasiado débil para incorporarme. Probé de llegar hasta ella rodando por el suelo, pero en vano. Sufría horriblemente de una sed abrasadora.

En aquella desesperada situación pasé dos días con sus noches, ora en estado consciente, ora desvanecido. Asaltábanme las visiones más espantosas. Me horrorizaba la idea de ser atacado por las hienas y chacales y ser devorado vivo pues aquella región de transición del Sahara es la preferida de dichas fieras.

Al tercer día creí ver a dos hombres. ¿Sería realidad o nueva ilusión? No, eran personas y contestaron a mis débiles voces primero por señas, luego con palabras.

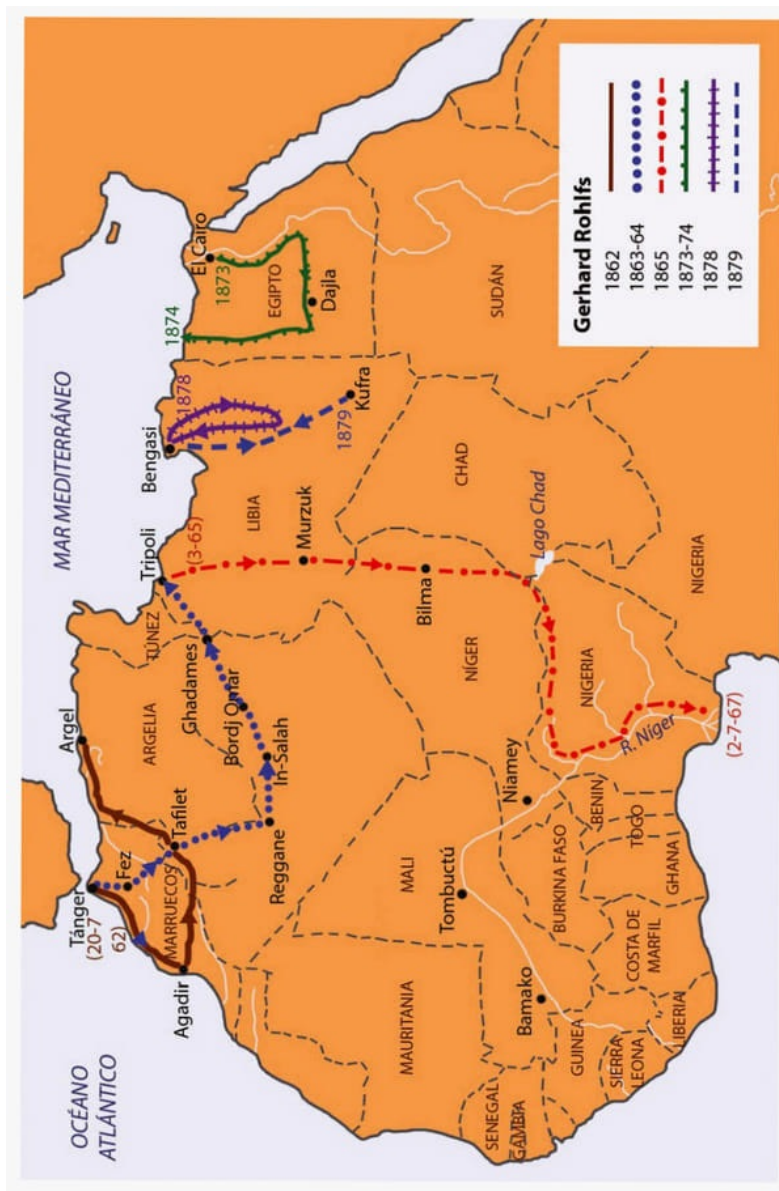
Eran monjes mahometanos del cercano convento de Hadjui. Su alegría al encontrarme vivo fue casi más grande que la mía. Yo pude articular sólo la palabra «el-ma el-ma» (agua). Pero pensé luego: ¿Será sincera su alegría? Llevaban sobre el hombro un azadón de hierro, con evidente intención de enterrarme. Vendrían seguramente porque habrían oído que yo conservaba mis prendas de vestir, objetos preciosos para aquella mísera comarca.

Los dos hombres me explicaron con muestras de gran simpatía que querían salvarme, pero que tenían que volver al convento de



Hadjui, a dos horas de allí, en busca de un mulo con que poder transportarme. Se alejaron y entonces pasé las horas más terribles. Aquellas cuatro horas de espera fueron para mí una inacabable eternidad. Me decía: Te han abandonado para dar lugar a que mueras, y cuando estés muerto, volverán por los vestidos. Tal fue mi pensamiento fijo, después que unos sorbos de agua me hubieran reanimado algo. ¿Cómo podía, después de un atentado como aquel, creer todavía en los hombres?

Por fin oí un rumor y probé a levantar la cabeza. Vi acercarse un robusto mulo conducido por varios hombres. Mis salvadores estaban de regreso. Me cargaron con precaución sobre el animal, cosa nada fácil, pues mi brazo no se adhería al tronco más que por la piel y algún músculo, la mano derecha estaba partida y una bala me había atravesado el muslo derecho.



Cuando sanó mínimamente prosiguió su viaje hasta Bechar, Orán y Argel. Una vez totalmente recuperado no se amilanó. Quería ir a Senegal y Tombuctú. El Senado de Bremen y la Sociedad Geográfica de Londres le habían otorgado mil doscientos francos cada institución para su viaje. En octubre de 1863 se unió a una caravana pero una sublevación al sur de Orán le impidió continuar el camino. Decidió pasar por Marruecos y fue a Tánger en febrero de 1864. Esta vez iba provisto de brújula y barómetro. De nuevo disfrazado, salió de Tánger el 14 de marzo con un guía y un criado. En Uezán cambió un revólver por un cordón de seda roja que pertenecía a un gran jeque

muy conocido que a veces le sirvió de salvoconducto. Salió de allí el siete de mayo con una caravana de peregrinos.

Llegó de nuevo a Tafilet, lo volvió a recorrer. Para ir al Touat buscó un guía que regresaba al Oled Saoura, donde se encuentra la actual Beni Abbes, ya en Argelia, hacia donde salieron el 7 de julio de 1864 con su criado, su guía y el hijo de este. A mitad de camino fue abandonado por el guía. Pasó siete días sin encontrar agua. Siguió los cauces secos del Guir y del Soura hacia el sur. Llegó a Beni Abbes y salió de allí el 23 de julio. Llegó a Kerzaz donde pasó quince días, pues en los alrededores había bandidos actuando. Al final, con dos camellos, se unió a una caravana que descendía hasta Ksabit, una ciudad de tres mil habitantes a unos 28° N. A toda esta zona argelina se la denomina Touat.

Continuó al sur, hasta Adrar, donde llegó el 22 de agosto. Allí le hablaron de unos franceses que habían querido seguir por allí al sur pero no les habían dejado. También le hablaron de Barth y Laing —de los que se hablará más adelante— pero no quiso mostrar mucho interés para evitar sospechas. Descendió más o menos hasta la actual población de Reggane y allí giró al este siguiendo la llanura del Tidikelt. El 17 de septiembre llegó a In-Sallah siendo el primer europeo en lograrlo y regresar, pues Laing había pasado por allí en 1826 pero fue asesinado después. Se presentó ante el jeque Abdelkader con una carta de recomendación para que le ayudara a llegar a Tombuctú pero se encontró con que no partía ninguna caravana en esa dirección hasta cuatro meses después, en enero de 1865. Durante ese tiempo alguien le acusó de cristiano pero gracias a Abdelkader se salvó de ser linchado por las masas. El 29 de octubre decidió regresar a Gadamés — ya en la actual Libia— donde llegó el 29 de noviembre, por lo que cruzó toda Argelia por el sur, por el cruce de caminos de Timassinin, correspondiente a la actual población de Bordj Omar Driss, a 28° N y unos 7° E, lugar estratégicamente fundamental para Francia.

El 12 de diciembre tomó otra caravana con dirección a Trípoli. Al llegar, los compañeros de viaje se enteraron de que habían acompañado a un infiel, lo que les molestó mucho y juraron ser más precavidos en el futuro. Aunque no pudo llegar a Tombuctú como era su deseo, abrió una nueva vía de comunicación entre Marruecos, Touat, el Sahara central y Trípoli.

Tras diez meses de viaje por zonas desconocidas de Marruecos y ocho por el desierto regresó durante tres meses a Alemania donde publicó sus notas y consiguió nuevas financiaciones. La información le vino muy bien a Francia, que ya ocupaba el norte de Argelia y deseaba expandirse al sur. Parece ser

que el frío de Alemania no le iba nada bien para las heridas de su brazo, por lo que encontró una razón más para volver a África.

De regreso, en marzo de 1865 quiso intentar de nuevo ir a Tombuctú por la ruta del lago Chad, como Barth. Ya cerca del Níger los tuareg no le permitieron continuar al oeste —hacia Tombuctú— por lo que decidió seguir el curso del río Níger hasta su desembocadura en el golfo de Guinea, en la actual Nigeria, donde llegó el 2 de julio de 1867, siendo también el primer europeo en lograrlo, por lo que consiguió más fama.

En 1868 recorrió Abisinia enviado por Prusia. Después le enviaron a recorrer Cirenaica (el este de la actual Libia), donde oyó hablar de Kufra, en el remoto sur, cerca de la frontera con Egipto, y quiso ir allí.

El rey Guillermo de Prusia le encargó ir a Kuka (cerca del lago Chad) como su embajador y visitar al rey Omar. Escribió a Bismarck, su primer ministro, renunciando a la oferta, y le expuso sus planes de ir a Kufra. Bismarck le pidió que buscara un sustituto para la embajada. Alguien le habló de Nachtigal y en otoño de 1868 fue a Túnez para entrevistarse con él. Este era un médico militar alemán, que en 1862, a los veintiocho años de edad, al descubrir que tenía tuberculosis, decidió marchar a Argelia, pues los climas secos son buenos para intentar sanar. Se estableció en Túnez, donde acabó como médico de cabecera del bey o gobernador turco de la región. Después recorrió el país como sanitario con el ejército turco y se enamoró de África. Rohlf s le ofreció la embajada. Nachtigal aceptó y se dedicó a preparar el viaje. Como no había zonas prohibidas no tuvo necesidad de disfrazarse ni adoptar ninguna personalidad.



Friedrich G. Rohlfs, sentado, de oscuro, con Alexandrine Tinne, cerca de Trípoli en 1869. Fotografía de Emil Salingré. Propiedad de The British Library, Londres.

Rohlfs, por su parte, en 1869 conoció en Trípoli a Alexandrine Tinne, una holandesa rica y excéntrica que en compañía de varios miembros de su familia y servicio recorrió algunas regiones desérticas hasta que fue asesinada por sus propios guías al suroeste de Murzuk, pues la riqueza de su séquito llegó a todos los rincones del Sahara.

En 1870, durante la guerra franco-prusiana, los alemanes encargaron a Rohlfs rebelar a las tribus de Argelia contra Francia, pero le descubrieron ya en Trípoli y le deportaron de África. Regresó a Weimar, donde se casó con una chica de dieciocho años.

En 1873 se planteó de nuevo visitar el oasis de Kufra, a mil kilómetros al oeste del río Nilo, donde no había ido ningún europeo y vivían los fanáticos *senussi*, enemigos acérrimos de los cristianos. Pensó realizarlo desde el oasis de Dajla (Dakhla), en Egipto, a unos quinientos kilómetros del Nilo y otros

tantos de su destino. En 1873 formó una caravana con cien camellos. Llevaba un topógrafo con él para levantar planos. Pasó por una zona donde no había llovido en veinte años y donde las dunas eran tan altas que resultaban impracticables, pero a ellos les cayó una tormenta. Sin embargo, después, en febrero de 1874, pasaron diecisiete días sin pozos de agua y tuvieron que regresar por el norte hasta cerca del Mediterráneo.



Friedrich Gerhard Rohlfs en su aspecto occidental en su madurez.  
Autoría y fecha desconocidas.

En 1878 lo intentó de nuevo bajando directamente desde Cirenaica pero le asaltaron y robaron por lo que se vio obligado a regresar sin conseguir su objetivo y evitando la muerte gracias a la magnanimidad de un jefe. No descubrieron que era europeo. En ese caso le hubieran asesinado. También querían llegar a Wadai, donde había muerto Vogel —otro explorador alemán—, para intentar recuperar sus documentos, pero no pudieron.

En 1879 lo intentó por tercera vez. A marchas forzadas llegó a Kufra, donde pudo admirar el maravilloso oasis con sus lagos, huertos, jardines y palacios. Estuvo a punto de que los *senussi* le descubrieran y mataran. Hubo de regresar enseguida. Dijo al respecto: «Por nada del mundo volvería a pasar los días que pasé en Kufra. Sin embargo, me alegro de haberlos pasado. Estoy muy demacrado. Las ropas cuelgan sobre mi cuerpo. Pero ¿qué es una vida sin emociones?».



Dibujo de Friedrich Gerhard Rohlf vestido de árabe de autor desconocido, publicado en Alemania en el *Illustrierter Kalender* de 1865.

En 1885 fue nombrado cónsul general de Alemania en Zanzíbar. Desde el año anterior Alemania había ocupado la parte costera continental de la actual Tanzania pero la cercana isla de Zanzíbar pertenecía a un sultanato omaní y también la deseaban los británicos, que tenían como cónsul a John Kirk, quien logró constituir una especie de protectorado británico. Parece ser que Rohlf



no tenía mucho tacto para la diplomacia y le relevaron enseguida, por lo que hubo de regresar a Alemania, donde se dedicó a redactar sus libros, que tuvieron mucho éxito. Falleció el 2 de junio de 1896.

En 1921 Rosita Forbes —de la que se habla más adelante— visitó Kufra. Poco después, los italianos llegaron con una expedición de cinco mil camellos y cuatro mil soldados e intentaron asentar colonos.

## Bibliografía

- Rohlfs, Gerhard, *Reise durch Marokko*. Berlín, 1869.  
—, *Land und Volk in Afrika*. Berlín, 1870.  
—, *Von Tripolis nach Alexandria*. 1871.  
—, *Travels in Morocco*. Londres, 1874.  
—, *Adventures in Morocco and journeys through the oases of Draa and Tafilet*. Londres: Martson, 1874.  
—, *Reise von Tripolis nach der Oase Kufra*. 1881.  
—, *Quid novi ex Africa*. Berlín, 1886.  
—, *Three months in the Libyan Desert*. El Cairo: The American University in Cairo Press, 2005.

## José María de Murga Mugartegui (1827-1876) (1863)

### El «moro vizcaíno», el bilbaíno rico que recorrió Marruecos como un pordiosero

Nació en Bilbao el 20 de junio de 1827. Era el primogénito de una familia distinguida. Estudió en los Escolapios de San Antón, de Madrid, y en la academia militar. Gozaba de muy buena capacidad intelectual, sobre todo para las lenguas. Después fue destinado a caballería, a los Húsares de Pavía. Sus biógrafos comentan su «resistencia obstinada de someterse al yugo matrimonial». Además era coleccionista de objetos raros y curiosos. En 1849 ascendió a capitán por méritos de guerra, por su participación en la Guerra Carlista. Debemos recordar que aunque las provincias vascas eran carlistas, las ciudades grandes, sobre todo Bilbao, eran liberales.

Desde octubre de 1854 visitó varios países con permiso oficial. Todavía como militar. Así, en 1855, ya comandante, participó como observador en la guerra ruso-turca, llamada también Guerra de Crimea, junto con el coronel Juan Manuel Pereira, marqués de la Concordia. Mientras estaba allí vio a unos ingleses que custodiaban un grupo de prisioneros. Le dijeron que eran rusos que habían sido apresados en la orilla. Murga observaba algo raro en aquellos hombres y les preguntó en vasco: «—*Zer moduz?*» (‘¿Cómo estáis?’). Ellos respondieron: «— *Jangoikua!*» (‘¡Dios!’). Se abrazaron a él. Se aclaró que eran unos pescadores vascos y les dejaron libres.



Fotografía de José María de Murga vestido como un vendedor ambulante marroquí tomada en torno a 1866. Autoría desconocida.

En 1859 deseó participar en la guerra de Marruecos, en los denominados Tercios Vascongados, de voluntarios, en los que estaba su hermano. No le fue posible dado que no fueron necesarios muchos efectivos y por su brevedad. En 1860 participó en la campaña del Maestrazgo contra los carlistas.

Dejó el ejército en 1861 y se dedicó a viajar por Europa, donde aprendió varios idiomas, entre ellos el árabe, pues tenía clavada la espina de

Marruecos. Pensaba que era interesante tener información del país por si había otra guerra. Quería que se siguiera el ejemplo francés en Argelia pero la situación interna del país no permitía grandes campañas coloniales. Estudió algo de medicina en la facultad de Madrid, en la que aprendió algo de anatomía, patología, partos, muelas y cirugía menor.

En 1863 marchó a Tánger, donde llegó el 27 de febrero. Algunos dicen que se ofreció como soldado al sultán, otros que llegó a servir como artillero. Lo que está comprobado es que enseguida marchó a Larache y visitó Alcazarquivir, Tetuán, Mequinez, Fez, Salé, Rabat y Casablanca.

Se hizo pasar por buhonero —vendedor ambulante— e iba por los pueblos, poblados y oasis vendiendo las mercancías que llevaba en un burro al grito de «*al atar, al atar*» ('el buhonero, el buhonero'). Se hacía llamar Hach Mohamed el Bagdadí ya que decía proceder de Bagdad para disimular su apariencia.

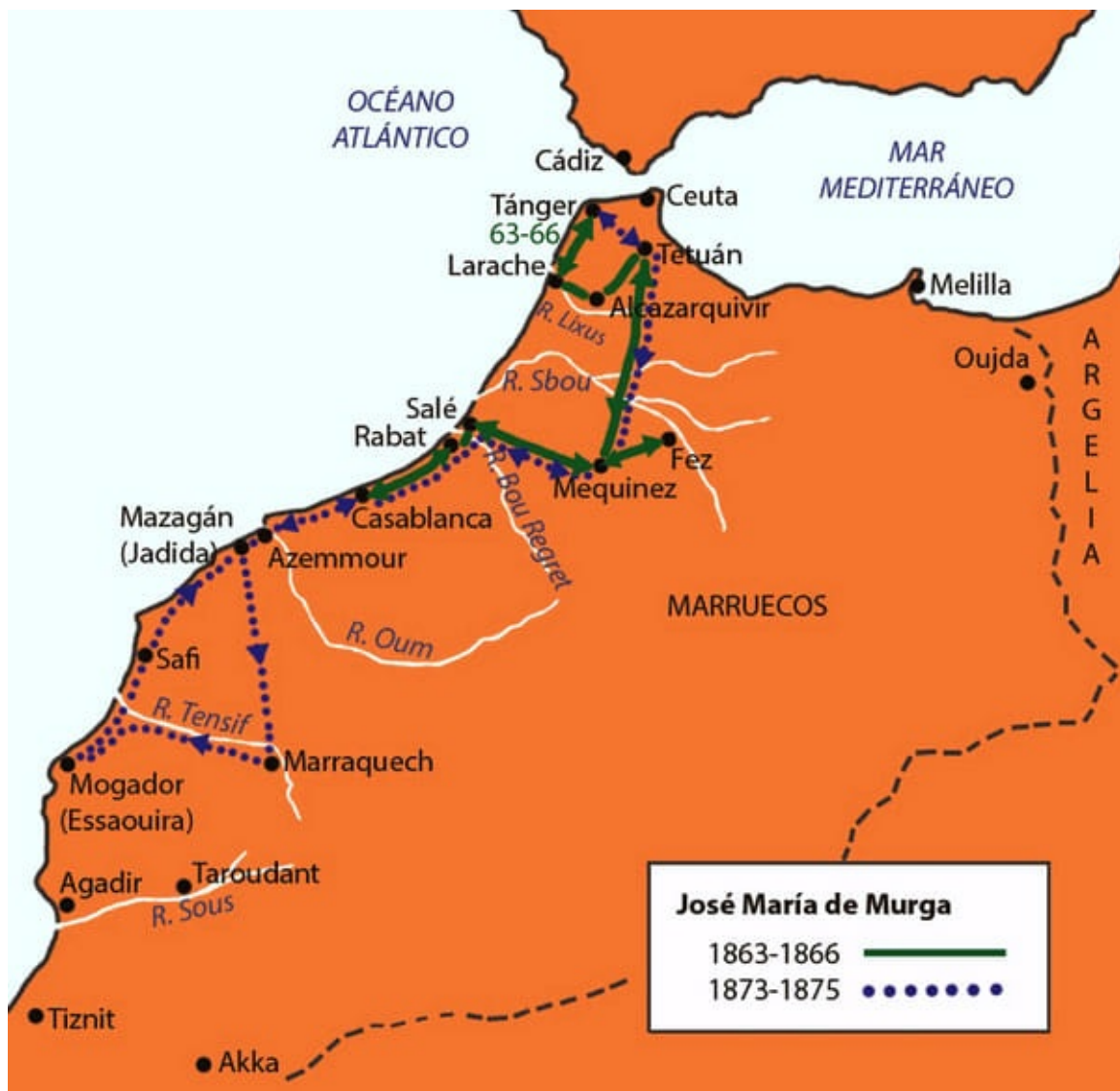
Había leído a Domingo Badía pero él viajó vestido de pobre, montado sobre un burro o caminando con un cayado. Recorrió muchas romerías populares como mercader y, sobre todo, como curandero, oficio en el cual consiguió una gran fama. Cada vez era más reclamado, hasta por las mujeres de los importantes. Tenía una memoria prodigiosa, ya que no anotaba nada para evitar que sospecharan de él. Pasó tres años, hasta 1866, recorriendo el país.

En septiembre de 1864, escribió: «Me divierto aquí como no lo he hecho en los días de mi vida, así hubiera conocido este país años atrás no hubiese pisado otros lugares. [...] Me he hecho un completo moro, he adoptado muchas de sus costumbres y en muchas ocasiones pienso como ellos; lo mejor es que me va perfectamente bien». Aprovechó cada momento de sus viajes, se mezcló con todo el mundo. Era bien recibido por todos porque les ayudaba con sus nociones de medicina.

En 1866 regresó a Vizcaya, a Bilbao. Escribió *Recuerdos marroquíes del moro vizcaíno José María de Murga (a) el Hach Mohamed el Bagdady*. Imprimió doscientos ejemplares que repartió entre sus amistades pero no vendió ninguno. El libro tiene muchas notas de humor. La edición estaba muy mal cuidada y decía en broma que era una edición «bilbaína», sin puntos ni comas. En él describe la vida de los abundantes renegados españoles que había en Marruecos, sus historias personales, sus costumbres, etc. Describe las diferentes etnias que habitan en Marruecos y las relaciones entre musulmanes y judíos. Lo divide en los siguientes capítulos: —Los renegados. —Origen de los Cherifs. —Batalla de Alcázar. — Contrastes entre españoles

y berberiscos. —Los Deni Chifa. Apuntes sobre las razas que habitan en Marruecos. —Moros. —Árabes. —Bereberes. — Negros y judíos. —Máximas evangélicas. —La ley del Talión.

Al principio, con su peculiar humor, anuncia: «El autor renuncia generosamente á la propiedad de su obra, y por lo tanto, no perseguirá con todo el rigor de las leyes al que la reimprima: antes bien si alguno tiene tal humorada promete protegerle comprando unos cuantos ejemplares. Ninguno de esta tirada lleva seña particular».



Sintetiza su visión del país en una frase: «Marruecos es un país que puede muy bien dividirse en estas dos categorías: en la de estrujadores y estrujados». También sintetiza las diferencias entre españoles y marroquíes: «EL ESPAÑOL.

Mea en pié y su mujer en cuclillas. EL BERBERISCO. Hace todo lo contrario. He aquí otra de las diferencias marcadísimas que nos separan del pueblo árabe, y que, por ridículo, estrafalario é increíble que parezca, tiene influencia en su legislación y es una de las causas, y no de las menores, en que se funda su desprecio a los cristianos».

En Bilbao se hizo cargo de la herencia familiar y desde 1870 estuvo un tiempo como diputado provincial. En 1873 sufrió el asedio carlista de Bilbao. Cuando este terminó, en abril, regresó a Marruecos para explorar el río Draa. También iba vestido de lugareño. Al llegar a Tetuán tuvo problemas de salud y hubo de ser cuidado por los frailes franciscanos, que tenían una misión en esa ciudad. Cuando se recuperó regresó a su vida de comerciante al por menor. Compró dos pollinos y contrató un guía por doce reales diarios, lo que era un gran sueldo.

En este segundo viaje visitó Casablanca, Azemur, Marrakech, Mogador, Mazagán y subió por Rabat y Tánger. La gente miraba con extrañeza a aquel renegado enfermo y maltrecho que no encajaba en el perfil del buhonero ansioso de dinero, pues era simpático con todos y les ayudaba si podía. Calzaba babuchas o sandalias y siempre llevaba los pies destrozados. Sufrió muchas calamidades. Al regresar a Tánger fue cuidado por el médico militar de la Legación Española, Jaime Isern. Murga nos relata sus sufrimientos, pues se le quemaron las piernas y se le infectaron:

Mis piernas, en un estado deplorable. Se niegan a sostenerme cuando estoy quieto, pero no se resisten a andar. Los empeines son una pura llaga; supuran y no me dejan vivir, reflexiono sobre mi situación. Intento levantarme y no puedo. Hoy estoy mejor. Mi pulso late fuertemente: mis sienes abrasan y siento vértigo; me ato al albardón del camello, pues temo caerme. Llegamos a una alcazaba. La calentura me devora; pido agua y me traen una infecta, que no me es posible beber; me acuerdo que tengo limones y con ellos consigo tragar el agua.

También sufrió otros problemas: «Me curo el brazo, me unto las posaderas rozadas y me acuesto pensando en los cínifes que me van a crucificar. Paso una noche endiablada con los dolores y los mosquitos, pero estoy mejor, aunque con calentura [fiebres]».

Llevaba el dinero, oro, oculto en el cinto y al pasar un río casi se hundió por el peso. Una noche fría, al despertar se encontró con dos culebras que

habían buscado refugio y calor dentro de su chilaba. También tenía otros compañeros de cama: «14 de mayo. Me cojo el primer piojo, grande, robusto, de lomo negro y gran cola».

Cesáreo Fernández Duro fue capitán de navío y director de la Sociedad Geográfica Española. Tuvo en su poder las libretas de anotaciones del segundo viaje de Murga y escribió un libro sobre él en 1877. Comenta que eran difícilmente comprensibles pues realizaba anotaciones concretas de cosas curiosas que veía, sin desarrollarlas, por lo que no tenían mucho sentido para alguien que no lo había vivido. Como por ejemplo: «Resbalo y rompo una fila de cacharos. Salgo con rumbo y gloria del mal paso mediante cinco onzas [tres reales]».

Regresó a España. En 1876 se disponía a ir por tercera vez a Marruecos tras haber estudiado fotografía. La tecnología ya facilitaba el uso de placas secas —más fáciles de transportar— para impresionar las imágenes. Le apetecía realizar un reportaje fotográfico del país. También propuso a Isern que le acompañara para analizar unas aguas mineromedicinales de Muley Yacub, a dos jornadas de Fez. Cuando estaba en Cádiz esperando para cruzar el estrecho tuvo una grave dolencia de hígado que, tras cinco días de suplicio, acabó con su vida a los cuarenta y nueve años, el 30 de octubre (1 de diciembre según otros) de 1876. Recordemos que Gatell también falleció en Cádiz mientras esperaba embarcar para otro viaje africano. En su testamento dejó una gratificación para quien estuviera todavía en el Regimiento de Húsares de Pavía de los que sirvieron con él. Sólo quedaba el trompeta.

Murga fue un personaje romántico, individualista e inconformista. Cesáreo Fernández Duro compara los viajes de Badía y Murga y opina que los de este son un magnífico complemento de los del primero:

El bagdadí adoptó un sistema diametralmente opuesto. Afectando pobreza, vistiendo tosca chilaba con las piernas al aire, apoyado en un palo en las ciudades, sirviéndose de un humilde pollino en los caminos, declarando, en fin, pertenecer á una clase á la vez despreciada y temida en el imperio, la de renegado; pasando revista unas veces en las filas de los artilleros del Sultán, peregrinando otras a los sepulcros de los santones más venerados, sirviendo de lazarrillo a un ciego, ejerciendo de ordinario con éxito y el consiguiente prestigio la profesión de Hipócrates, se alojó alternativamente en las mellaj de los judíos, en los fondaks de los viandantes, en los adaires de los Beréberes y penetró osadamente en las mezquitas y en el hogar doméstico de los que

reclamaban el auxilio de su ciencia, empleando el cuidado preferente de su profunda observación. Estudio de las más ínfimas clases sociales y singularmente en la de los renegados que no menciona siquiera el Abbasi, si no es para decir que en cierta ocasión de peligro sólo en dos renegados encontró decisión y ayuda efectiva.

Cesáreo añade sobre Murga:

[...] lo que más parece interesarle en Marruecos es la vida, aventuras y recursos de los renegados, tantos y tales son las notas que de ellos estampa. ¡Qué de historias tenebrosas sabríamos si pudiera penetrarse su enigmática concisión!

Veamos algunas:

—Muerte horrorosa de Carranque.

—Historia del tuerto Calleja, natural de Peralte.

—Carrillo, gran médico.

—El tío alcalde Solimán Tocina (aragonés) se comió el rescate que llevaba y fue decapitado.

—González, que prometió sucesión á las judías y firmó contrato.

—Omar y Perico el Calderero (granadino).

—Rivera, (a) Zaragata, de Sevilla; lleva cuarenta años en el país y es albéitar y filósofo. ¿Por qué lo apalearon?

Etc. etc.





José María de Murga como voluntario en la defensa de Bilbao ante el asedio carlista en 1874. Autoría desconocida.

Murga mantuvo correspondencia con el Dr. Thebussem. Era el sobrenombre de Mariano Pardo de Figueroa y de la Serna, nacido el 18 de noviembre de 1828 en Medina Sidonia. Se doctoró en Madrid, viajó por África, Escocia y Australia y a los treinta y cinco años se retiró a su pueblo, de donde no salió hasta 1889 para visitar la Exposición Internacional de París. Escritor erudito y satírico, se carteo con los españoles más notables de la

época y coleccionó sesenta tomos de cartas. Fue miembro de la Real Academia de la Lengua. Falleció el 11 de febrero de 1918. Una de las misivas de Murga reza:

Fez — Mayo 25—1873 Señor Dr. Thebussem

Mi estimado amigo: Días pasados escribí a V. por medio de un judío que iba a Tánger.

Hoy lo hago, como cosa notable, por medio del correo de Fez, pues he descubierto que lo hay. En una mala tienda, que por un lado tiene una fuente de dos chorros, y que fue bellísima, y por otro el portalazo del fondak Nchari, que todavía es un prodigio, se ven sentados tres hombres de blanco alquicil y atezada cara, encima de una mala estera. Dos de ellos dejan pasar indolentemente las cuentas de sus rosarios. En las paredes tienen colgados varios sacos o alforjas de palmera enana o palmito (el carab), y al rededor de la tienda vense tendidos o sentados varios hombres, unos con el carab a la espalda y otros sin él. La tienda es la oficina de Correos; los hombres que hay en ella son el Amín el Racasá (administrador, hombre de confianza de los peatones), y sus jalifas (segundos o sea lugartenientes), y los que están junto a la tienda son los peatones o correos. Hállanse siempre dispuestos a marchar y conducir una carta á cualquier punto de la costa, trayendo contestación, todo ello por unos diez metzcales (50 o 60 reales). Cuando la carta, como sucederá con esta, se les da para que la lleven sin tiempo determinado, cuesta el servicio ocho Muzumas, que vienen a ser diez cuartos, ó sean cuarenta y ocho ochavos morunos. El sol ha tratado mal a mis piernas, no acostumbradas á verlo en los últimos ocho años. Por esta causa estoy detenido en Fez, de donde pienso salir en la próxima semana para Mequinez, y desde allí acercarme a Rabat, después de haber visitado las famosas agua sulfurosas de Muley Jacob (mi señor dueño Santiago), las que según los moros, curan radicalmente todas las enfermedades habidas y por haber.

Ayer, á las tres de la tarde y al Norte, marcaba mi termómetro 36° centígrados. Esta carta, si llega, como espero, á sus manos de V.,

será una curiosidad postal. Que Alá proteja a usted y á los suyos es el deseo de su amigo. EL-HACH-MOHAMED-EL BAGDADY.

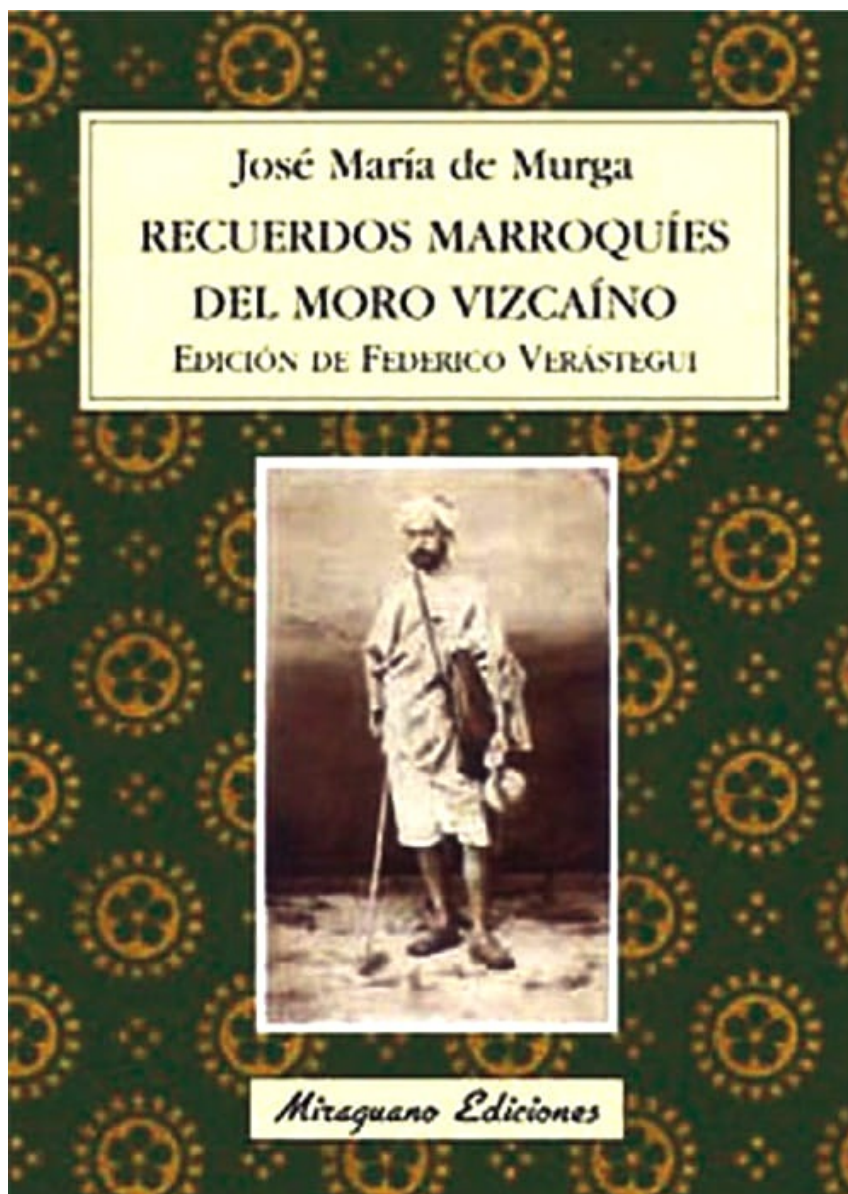
En otra habla sobre las mujeres de Marruecos:

Ahora, si dijese a V. que en mis viajes han sido las moras excepción de mis investigaciones, no diría la verdad. De judías no hablo, porque esas (al menos en Berbería) son efectos cotizables en los que la pasión no tiene entrada. Calculan sobre ella como sus machos calculan sobre negocios comerciales, á cuyo mejor resultado ayudan siempre con plena autorización y asentimiento. ¡Pero una mora! Esta ya es harina de otro costal, y cuando quiere lo hace de veras y muy de veras. Créame V., Doctor querido, que es asunto al que puede tenerse miedo y andarse con muchísimo cuidado. Y si aquel á quien quieren es un Nazareno. [un cristiano] ¡Ira de Dios! ¡Y que el negocio es malo! Sabe que si la descubren le va la vida, y dígame V. de qué no será capaz una mujer que empieza por echarse eso á la espalda. La mora en la que no hay pasión y sí capricho (lo cual es frecuente, si no general) es una mujer como todas las que por aquí padecen de esa debilidad, pero cuando llegan á querer, son las suyas, pasiones de novela. [...] Después de esta digresión fisiológico o psicológico-femenil. Vuelvo al negocio que me ha hecho divagar. No voy a Berbería á casarme ni he pensado nunca hacerlo allí. Bastante con un conato en Escocia y otro más acá, pero me libré, y ya voy siendo viejo para cabrero, aun cuando pudiera cojerme de lleno aquel refrán de «la leña vieja», etc.

En su última carta a Thebussem, escrita en Cádiz el 24 de octubre de 1876, treinta y siete días antes de fallecer en esa ciudad, mientras esperaba para regresar a África, le cuenta sus actividades cotidianas:

Cádiz, 24 de Octubre de 1876 [...] Era allá por Setiembre de 1864, y hallándome entre los Ulad el Macahtia (inmediaciones de Casablanca). Era yo buhonero, sacamuelas y no recuerdo cuántas cosas más, incluso

la de un poquito de hechicero. Llegué a un aduar y al conocido grito de ¡el atar, el atar, el atar! (el droguero, el buhonero), me paseé por él: vendí algunas cucharadas de café, de azúcar moreno, a cambio de ochavos, y otras de pimienta y canela á cambio de huevos. Concluido mi paseo, descargué el burro, descansé y expuse á las codiciosas miradas de las gentes, que lo esperaban, todo el tesoro que encerraban las aguaderas. Había allí muchas cosas y sobre todo joyas capaces de hacer flaquear la virtud de todas las Margaritas de la localidad, pero los precios eran tan subidos, que se contentaban con mirar y sólo algún don Juan se permitió tocarlas.



Portada de la última de las ediciones de las aventuras de José María de Murga. Miraguano Ediciones, 2009.

## Bibliografía

- De Murga y Murgategui, José M.<sup>a</sup>. *Recuerdos marroquíes del moro vizcaíno José María de Murga (a) El Hach Mohamed de Bagdady*. Bilbao: Imprenta de Miguel de Larumbe, calle de la Ronda, n.º 5, 1868.
- , *Recuerdos marroquíes del moro vizcaíno José María de Murga y Murgategui*. Markina-Xemein (Vizcaya): Federico Verástegui, 1994 (edición facsimil de 401 páginas y 22 cm de la edición de la Imprenta de Miguel de Larumbe, 1868).
- Fernández Duro, Cesáreo, *Apuntes biográficos del El Hach Mohamed El Bagdady (don José María de Murga) seguido de otros varios para idea de los usos, costumbres y bibliografía de Marruecos, por el capitán de navío Cesáreo Fernández Duro*. Madrid: Imprenta de T. Fontanet. Calle de la Libertad n.º 29, 1877.
- VV. AA. *El moro vizcaíno*. Bilbao: Junta de Cultura de Vizcaya, 1969.
- Ybarra y Bergé, J. *El moro vizcaíno*. Madrid, 1944.

## Emilio Bonelli Hernando (1855-1926) (1882)

### El hombre que consiguió el Sahara para España por 45 euros

Los militares españoles eran partidarios de la anexión de Marruecos. Uno de ellos fue Emilio Bonelli. Nació en Zaragoza el 7 de noviembre de 1855. Su padre era un ingeniero agrónomo italiano que se vino a España al enviudar joven. Se estableció en Zaragoza, donde se casó y tuvo a Emilio. La madre falleció pronto y el padre se marchó a Marsella con el niño por lo que este pronto fue capaz de hablar perfectamente español, italiano y francés. De allí partieron a Argel, Túnez y por fin Tánger donde el italiano tenía un hermano farmacéutico. Allí Emilio asistió a la escuela árabe, hablaba esta lengua, vestía chilaba y calzaba babuchas. Su padre falleció en 1869 a causa de una epidemia de cólera. Emilio, con catorce años, pasó a trabajar como intérprete en el consulado de España en Rabat con un sueldo de cincuenta pesetas mensuales. Allí le aconsejaron que preparase unas oposiciones, pero enseguida le llamaron a filas y decidió preparar el ingreso en la academia de infantería de Toledo. Con veinte años aprobó pero era tan pobre que sus compañeros le hubieron de ayudar a comprar el equipo. En 1878, a los veintitrés años, salió como alférez y fue destinado a Madrid, donde pasó doce años pluriempleado como contable del ayuntamiento y como traductor.



Fotografía de Emilio Bonelli de autoría y fecha desconocidas.

En 1882 solicitó una licencia para permanecer un tiempo en África. No sabemos si fue por motivación propia o encargado por el ejército. La licencia permitía que, si era descubierto, no implicara al gobierno. Partió de Rabat y durante tres meses recorrió toda la cuenca del río Sebú, los territorios de la tribu de los beni hasen, la región del Garb y las ciudades de Fez y Mequinez (Meknes), vedadas entonces a los europeos.

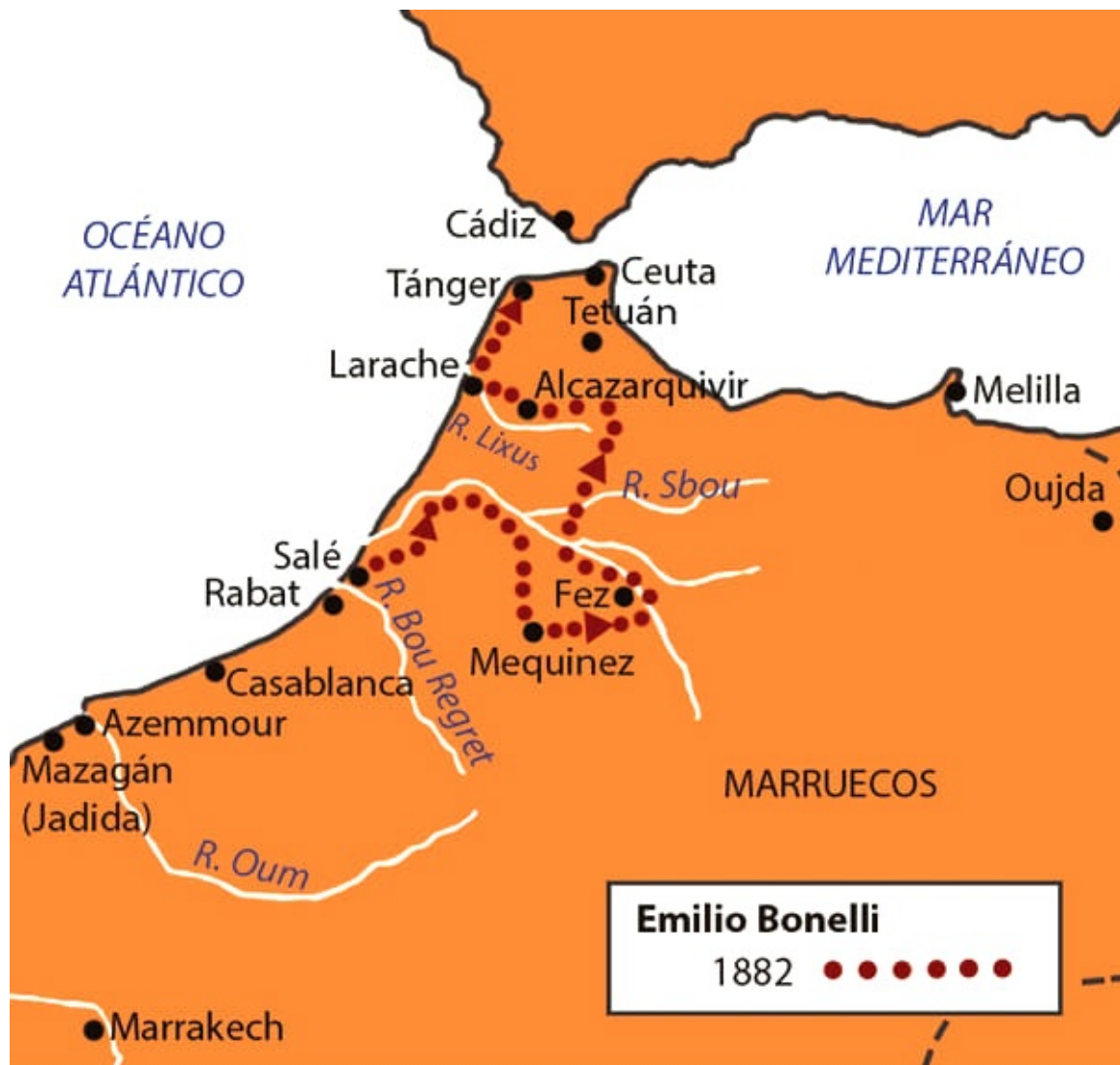


Dibujo representando un campamento de pastores nómadas saharauis. Del libro: *Voyages dans la Sahara occidental et le Sus Marocain*, de Camille Douls. Rouen, 1888.

A su regreso, el 7 de noviembre de 1882, dio una conferencia en la Sociedad Geográfica de Madrid sobre el viaje efectuado. En esa misma charla propuso colonizar Río de Oro (el Sahara español). Redactó un libro titulado: *El imperio de Marruecos y su constitución: descripción de su geografía, topografía, administración, industria, comercio, artes, religión, razas que lo pueblan y estudio de su importancia política y militarmente considerada*. Lo publicó el Estado Mayor del Ejército, lo que puede indicar que estaba de algún modo implicado en el asunto. En un ejercicio de discreción, Bonelli no dice nada de su periplo en el libro. En una pequeña obra donde se publica la conferencia que dictó en la Sociedad Geográfica de Madrid, no comenta que fuera disfrazado pero sí que no ocultaba que era cristiano y español a pesar de que hablaba perfectamente árabe y en ocasiones había vestido como árabe, pero en varios pasajes habla de sus planes secretos y en toda la obra se trasluce el deseo de apoderarse de Marruecos. Por otra parte, en esa época estaba mal visto entre los militares realizar operaciones sin vestir el uniforme



o disfrazados. En la conferencia confiesa que se sabe muy poco del vecino país a pesar de la cercanía y es «adonde dirigen sus codiciosas miradas los hombres de Estado de todas las potencias». Añade que «las circunstancias en que llevaba a cabo el viaje me obligaban á guardar el mayor sigilo, a fin de evitar que nadie sospechase mis proyectos». Iba con dos sirvientes y a pesar de que en ocasiones no ocultaba su condición, consideraba necesario conocer bien las costumbres locales: «no conocer la manera como ponderan sus pasiones inspiraría serios peligros la situación de un europeo en aquellos dominios. Sin embargo, yo puedo asegurar que habiendo dormido una noche en uno de aquellos aduares, no sólo no fui maltratado, sino que me obsequiaron como no podía esperarme». Es fácil imaginar que, si ya en su niñez se mezclaba con los nativos, y dado su dominio de la lengua y costumbres, hiciera el viaje disfrazado. Bonelli proporciona muchos detalles sobre el país actualizando los de Gatell y Murga de los años sesenta, pero no narra ninguna peripecia del viaje. En alguna ocasión contó que estando en Fez vio con sus propios ojos linchar a un español y a un ruso.



Viajaba con el planteamiento de que estaba ante unos bárbaros que había que civilizar. Decía Marruecos para referirse a Marrakech, como era usual hasta entonces. Calculaba una población para todo el imperio de ciento cincuenta mil judíos y diez millones de musulmanes. Se le denominaba imperio porque había dos reinos, el de Marrakech y el de Fez, y varias razas: mora, bereber, árabe y negra. Al jefe se le denominaba bien Sultán, bien Su Majestad sherifiana. El Ministerio de Relaciones Exteriores estaba en Tánger, lugar donde también estaban las legaciones diplomáticas, y sólo en contadas ocasiones iban a visitar al sultán a Marrakech o a Fez debidamente escoltados. En las ciudades gobernaban *kaides*.

Fue a Tánger y desde allí, en barco, a Rabat, desde donde continuó al interior siguiendo el río Sbú (Sebú), dando un rodeo para evitar el territorio de una tribu o cabila muy belicosa. Comenta que el mismo sultán no la cruzaba si no iba acompañado de diez mil soldados por lo menos. Llegó a Mequinez, donde conocía gente que le acompañaba en sus visitas por la ciudad, pero a pesar de ello le insultaban en la calle. Desde allí fue a Fez, a sesenta kilómetros de terreno llano, donde le recibieron muy bien, pues llevaba cartas de recomendación «a pesar de que mi excursión no revestía carácter oficial, no creo faltar á la modestia asegurando que mi presencia en Fez y las visitas que me hicieron varias autoridades ejercieron una influencia saludable para el mayor prestigio de España en berbería». Desde allí regresó por Uezán (Ouezzane), Alcazarquivir, Larache y Arcila (Asilah).

Bonelli era un ferviente partidario de la colonización africana y en especial de Marruecos. Deseaba que una vez conseguido el control, los abundantes *pieds-noirs* españoles que se habían instalado en la Argelia francesa se trasladaran a Marruecos para hacerlo rico.

Como hemos comentado, tras la guerra con Marruecos se obligó al sultán a conceder una base pesquera en la costa atlántica, que ya había existido entre 1478 y 1527, pero la Sociedad Geográfica no se ponía de acuerdo sobre su emplazamiento —entre el río Draa y el cabo Juby—. En 1877 varios pesqueros canarios habían sido atacados por saharauis cerca del cabo Bojador y en ocasiones les secuestraban.

En noviembre de 1883 tuvo lugar el Congreso Español de Geografía Colonial y Mercantil, donde se volvió a proponer la idea de Bonelli de ocupar esa costa. En 1884 decidió solicitar del ministro de Guerra el ocupar la costa, pero se lo prohibieron. Esa zona era dominio del jeque Beyrouk, a quien ya hemos conocido, y no estaba bajo soberanía del sultán. Bonelli visitó por su cuenta al jefe de gobierno, Cánovas del Castillo. Este le escuchó y establecieron un plan. No deseaban tener problemas con el sultán ni con el jeque. Concedió a Bonelli siete mil quinientas pesetas del fondo reservado de gastos secretos. Este pidió una nueva excedencia en julio de 1884, fue a Tenerife como hombre de negocios particular por cuenta de la Compañía Mercantil Hispano-Africana, alquiló un velero y navegó hasta la península de Río de Oro (Villa Cisneros y actual Dajla), donde los pescadores canarios tenían instalado un pontón para comerciar con los nativos. Si salía mal, se podía considerar como una aventura particular y privada tanto de cara al jeque Beyrouk como ante el sultán. También podríamos decir que se trató de una

exploración secreta, pues no constaba en ningún lugar, se realizó con fondos reservados y se hacía pasar por hombre de negocios.



Serie de sellos emitidos para conmemorar el nacimiento de Emilio Bonelli.

Curiosamente, se equivocaron al basarse en los datos de una publicación que fechaba su nacimiento en 1854 y no al año siguiente, como ocurrió realmente, y como recogen los registros.

El 4 de noviembre de 1884 desembarcaron, construyeron una caseta de madera e izaron la bandera española. El 28 Bonelli ya había firmado un tratado con los jefes de las tribus cercanas. Construyó otra caseta más al sur, en un lugar que denominó Puerto Badía y otra más cerca de la actual ciudad mauritana de Nuadibú a la que denominó Puerto Gatell, homenajeando a dos de sus antecesores. Firmó tratados de protectorado español con jefes de la costa entre los 26° (cabo Bojador) y 20° (Cabo Blanco-Nuadibú). Las siete mil quinientas pesetas dieron de sí para el viaje y los regalos a los jefes nativos. Comenzó a comerciar con los nativos y construyó un fuerte. El 26 de diciembre, aprovechando la Conferencia de Berlín para el reparto de África,

se comunicó la ocupación a las potencias europeas y quedó legalizada teniendo derecho al interior del continente hasta donde llegaran en ocupación efectiva antes de encontrarse con otra potencia colonial. Todo se realizó sin disparar un solo tiro gracias a las buenas maneras de Bonelli. Cuando en marzo de 1885 este regresó a Madrid, una tribu atacó el puesto por desacuerdos laborales —no les habían contratado para construir el fuerte— y mató a cuatro españoles. En un grave error diplomático, España protestó ante el sultán de Marrakech, lo que entraba en contradicción con la anexión e indicaba que era territorio del sultán, hecho que molestó sobremanera a Bonelli y sigue molestando a los saharauis que buscan la independencia del antiguo Sahara Español o África Occidental Española (AOE).

El 10 de julio se le nombró comisario regio del Sahara al mando de una pequeña guarnición. Se ganó a los nativos respetando sus costumbres y autogobierno. Organizó la exploración del Sahara por medio de la expedición de Julio Cervera —véase más adelante— y la firma de acuerdos con jefes hasta la altura del actual Nuakchot por el sur y Tinduf por el este, lo que suponía la anexión de seiscientos mil kilómetros cuadrados; pero el gobierno español de 1886 no validó internacionalmente las ocupaciones, con lo cual los territorios quedaron reducidos a 266 000 km<sup>2</sup>. Por otra parte, si uno se fija en el mapa del actual territorio en disputa del Sahara Occidental, se puede observar que todas las fronteras siguen meridianos y paralelos. Todas excepto en el ángulo inferior derecho, donde la frontera forma una curva hasta el trópico de Cáncer, desde donde ya sube siguiendo el meridiano. Ello permitió que quedaran en territorio francés las salinas de lyil pero, sobre todo, las grandes minas de hierro de Fderik (Zuerat), que tanta riqueza producen en la actualidad.

Bonelli dimitió en junio de 1886, pues el marqués de Comillas le ofreció explorar el territorio de Río Muni, en el golfo de Guinea, que Portugal había cedido a España en 1777 a cambio de territorios al sur de Brasil. Allí no era necesario ir disfrazado, pues se accedía como propietario. La Conferencia de Berlín exigía ocupar los territorios y firmar tratados con los lugareños. Bonelli lo logró con varios jefes nativos que reconocían la soberanía española a cambio de regalos y sueldos. Murió de un infarto el 25 de noviembre de 1926.

## **Bibliografía**

Bonelli, Emilio, *El imperio de Marruecos y su constitución: descripción de su geografía, topografía, administración, industria, comercio, artes, religión, razas que lo pueblan y estudio de su importancia política y militarmente considerada*. Madrid: Imprenta del Estado Mayor, 1882.

## Julio Cervera Baviera (1854-1927) (1884)

### El genio polifacético injustamente arrinconado y olvidado

En Marruecos las relaciones de España con el sultán mejoraban, había cónsules españoles en varias ciudades costeras e incluso el soberano magrebí envió a tres de sus súbditos para que estudiaran en la academia de ingenieros del ejército en Guadalajara. Precisamente un graduado de ese centro, Julio Cervera, seguirá los pasos de Bonelli y realizará unas misiones encubiertas en Marruecos.

Nació el 26 de enero de 1854 en Segorbe, Castellón. Su padre era farmacéutico. Estudió Ciencias Físicas y Naturales en la universidad de Valencia pero en 1874 lo dejó y entró en la academia de caballería, de donde salió alférez y número uno de su promoción al año siguiente. Quiso participar en la guerra contra los carlistas pero no pasó de Zaragoza. En 1877 se le concede una misteriosa licencia de dos meses para que se desplace a Fez y Larache a resolver asuntos propios. Fruto de esos «asuntos» fueron varias distinciones oficiales y un estudio general de la geografía de Marruecos con cuyos materiales publicó una obra en 1884 titulada *Geografía militar de Marruecos*.

Mientras tanto, en 1878, para aprovechar sus conocimientos científicos, ingresó en la academia de ingenieros militares de Guadalajara, de donde salió como teniente dos años después, a los veintiocho años. Además se hizo masón. En 1884 se le comisionó para realizar otro viaje al interior del actual Marruecos, que efectuó durante cuatro meses visitando Ceuta, Tetuán,

Tánger, Alcazarquivir, Fez, Rabat, Larache, Arcila y de nuevo Tánger y Ceuta.



Fotografía de Julio Cervera con el uniforme de oficial de ingenieros.

Desde Ceuta fue con unos judíos hasta Tetuán. Allí se agenció un criado negro llamado Hamido y un guía, Hach (Hadj) Mohamed, que había luchado contra España en la guerra de 1859-1860 pero que, según sus palabras, admiraba a O'Donnell y a Prim. En Tetuán estudió la fabricación de armas rayadas y habla sobre un convento de franciscanos —los que atendieron a Murga— señalando que no tenían derecho a hacer proselitismo.

Hasta Fez fue vestido de occidental pero Mohamed decía a los que le preguntaban que era un militar extranjero al servicio del sultán, como era frecuente, gracias a lo cual era respetado. En otras ocasiones decía que se llamaba Omar. Como la gente pobre no se podía dirigir directamente a las personas importantes no había problema, aunque no hablara árabe o dariya, el dialecto marroquí.



En su libro *Expedición al interior de Marruecos* Cervera dice que los mapas tenían muchos errores y algunas montañas estaban mal dispuestas y orientadas. La nomenclatura era confusa o equivocada. Entre las excusas que utilizaba también dijo que iba a visitar a su amigo Sidi Hamed-Ben-Shucrón uno de los tres magrebíes que habían estudiado con él en Guadalajara. Al llegar a Fez, como era una ciudad prohibida para los cristianos se vistió de árabe con chilaba y tarbús —gorro rojo—. Comenta:

[...] para no llamar la atención en la capital del imperio, antes de llegar á la ciudad adopté la chilaba, el tarbux y demás prendas usadas en el país, guardando en el fondo de la maleta el traje europeo que me había servido hasta entonces. De esta manera podía obrar con más facilidad e introducirme en parajes vedados á los cristianos, así como inspeccionar detenidamente ciertos detalles sin infundir sospechas, y sin que se fijaran en mi humilde persona las curiosas miradas de los musulmanes.

Visitó al gobernador y pasó el tiempo con su amigo Ben-Shucrón, que le presentaba como un jeque. Iba repartiendo monedas, como es preceptivo a los buenos musulmanes ricos para con los pobres (cuatrocientas piezas equivalían a una peseta).

En su libro habla del Caid MacLean (Harry MacLean) un instructor europeo de las tropas del sultán Muley Hassan y comenta de él que «Viste traje moro, pero no es musulmán». Cervera llegó a pasearse por el campamento de la askaria o ejército regular del sultán, que tenía acantonados allí dos mil hombres:

Tuve ocasión de examinar las tropas regulares del imperio; los famosos batallones del askar, instruidos primero por el coronel inglés Harry Maclean y actualmente por los oficiales que componen la Mission Militaire Française. No dudo que los oficiales franceses, instructores del ejército marroquí, se han propuesto pasar el tiempo engañando al gobierno del sultán y aprovechan su permanencia en el interior del imperio para estudiar las fuerzas del país, levantar planos y prestar á su patria importantísimos servicios, contribuyendo así al desarrollo de vastos proyectos que á nadie se ocultan. De otra forma no se comprende que, después de tres años de constante ejercicio diario,

no hayan logrado enseñar a los soldados moros los más sencillos movimientos de la táctica militar francesa.

A las siete de la mañana me encaminaba yo algunos días hacia la llanura del Fas, lugar señalado para campo de instrucción del ejército.

Unas veces me situaba junto a las tapias del palacio imperial, otras entre los árboles de las colinas del N., ó bien aprovechaba la confusión de curiosos espectadores para cruzar entre las tropas, marchando siempre a caballo, oculto el rostro entre los pliegues del capuchón del blanco albornoz.

Cervera habla de la banda de música, de la que también habló Gatell, y dice que eran renegados, pero no especifica que fueran españoles. La denomina despectivamente «murga», en el sentido de banda de música festivo-callejera y quizás también en el de cosa que molesta. Informa sobre el mercado de esclavos, donde asiste a la subasta de una mujer blanca y comenta que a pesar de la prohibición religiosa se bebía alcohol. De hecho, su criado Hamido se tomaba a escondidas las reservas de vino que Julio llevaba en su equipaje.



El gobernador de Fez interrogó a su criado Hach Mohamed porque sospechaban de él. Sobre lo que le preguntaron, relata lo siguiente:

Quién era yo; qué buscaba en Marruecos; por dónde había ido a Fez, qué hacía en los aduares del campo; si llevaba máquina con anteojos [cámara fotográfica]; si medía los caminos, la anchura y profundidad de los ríos; si el embajador español de Tánger había hablado conmigo antes de emprender el viaje; si asistía a los ejercicios del askar; qué hacía en Fez a cada una de las horas del

día y de la noche; cuándo pensaba regresar a España; por qué camino; objetos que componían mi equipaje.

Estas y otras preguntas interesantes, entre otras muchas estúpidas y tontas, fueron prudentemente contestadas por Hach-Mohamet [...]

Ben-Shucrom fue también llamado por el visir y sometido á minucioso interrogatorio.

Por la noche aconsejé mi amigo que no recorriese sin compañía los alrededores de Fez porque me exponía a ser atacado por los muchos bandidos que merodean por las cercanías de la capital. Se trataba de impedir que continuase con mis trabajos.

Un emisario del comandante Valois [de la Misión francesa] fue enviado a Tánger, y en la embajada francesa se comentó la visita hecha a Fez por un español, oficial de ingenieros.

Desde aquel día costóme mucha maña el desprenderme de mis amigos moros, que á ninguna hora me dejaban solo. Únicamente por las mañanas, muy temprano, lograba salir á caballo sin compañía, guardando el secreto de mis matinales paseos.

Por las tardes salgo con mis amigos y dirigiéndoles preguntas, al parecer indiferentes y sencillas, completo mis datos.

De Fez fue a Rabat. Por el camino sufrió un ataque de disentería que curó tomando láudano. Realiza unas detalladas descripciones de la orografía de los terrenos por donde pasa. Así, leemos: «La anchura del gran río [Sebú] por aquella parte es de 190 metros en la marea baja, cuyos efectos se notan. La profundidad es mucha; no puedo medirla». Se encontró con un vendedor de la Winchester Repeating Fire Arms de New Haven (Armas de Fuego de Repetición Winchester de New Haven), acompañado de soldados moros, que iba a vender rifles modernos al sultán. En Rabat se alojó en el consulado español. Describe las fortificaciones y la artillería, que considera de poco valor. Sobre las posibilidades militares comenta:

La posición de Rabat-Salé, desde el punto de vista militar, es excelente: En la desembocadura de un gran río que facilita la mutua defensa de las poblaciones [se encuentran a ambos lados

de la desembocadura del río] y puede convertirse, además, en un buen puerto, constituye el extremo y principal apoyo de la base de operaciones obligada para llevar a cabo una invasión seria y que tenga por objeto á Fez, capital del imperio y llave del Sebú.

Salé y Rabat no resistirían hoy á un ataque llevado á cabo por un buque mercante armado con un par de cañones Krupp, de campaña; pero, en poder de una nación civilizada, su defensa por mar y por tierra es sencilla.

Así mismo informa sobre las escasas tropas y su estado de instrucción.

Por la costa continuó a Larache y Arcila. Sobre esta ciudad, comenta: «Esta población dista mucho de tener la importancia que tuvo en otra época. Ni como posición militar ni como ciudad comercial merece estudiarse».

De Rabat subió a Tánger. Señala que la mitad de la población, unos siete mil, eran judíos. Valora muy negativamente la artillería que defiende la ciudad y se informa en profundidad de su mal funcionamiento. El capítulo final es muy gráfico:

La zona recorrida por mí durante los cuatro meses de expedición geográfico-militar es sin duda la más importante del imperio de Marruecos. [...] Desde la costa hasta Fez puede marcharse sin más obstáculos que el paso del Rdom, el paso del Beth y el del accidente orográfico de Dyebel Gueruán y Dyebel Zerhún, salvando la barrera montañosa por Bab-Tsinka, desfiladero poco peligroso y único punto en donde sería preciso ejecutar ligeros trabajos [por parte de los zapadores] para facilitar el paso de artillería, pues por todo el demás territorio que abraza la línea de invasión pueden circular con desembarazo las tres armas [infantería, caballería y artillería].

También proponía la alternativa de ocuparlo pacíficamente aumentando la ayuda para convertirlo en un protectorado y acabar controlándolo, aspecto en el que se adelanta a lo que después será el protectorado en el siglo XX e incluso a las estrategias de cooperación al desarrollo modernas, que a la postre buscan controlar un país y abrir mercados en lo que se ha denominado acertadamente neocolonialismo.

Al despedirse de él, Hach Mohamed le dice: «Yo moro, tú cristiano, pero bueno».

Según Jorge Pina, quien ha elaborado una magnífica biografía sobre él, a su regreso, en 1885, en un artículo de la *Revista Científico-militar* de 1885, planteó que se podía conquistar Marruecos con dos cuerpos de ejército de veinticinco mil hombres cada uno. Adelantó que si España no espabilaba, se le adelantaría Francia. Planteó aprovechar las frecuentes insurrecciones contra el sultán Muley Hassan. No se equivocó, y en 1888 Francia e Italia firmaron un acuerdo para poder repartirse el protectorado sobre Marruecos. En 1886 publicó la memoria de su viaje titulándola *Expedición al interior de Marruecos*.

Ese mismo año, Francisco Coello, por parte de la Sociedad Española de Geografía Comercial, le encargó dirigir una expedición al interior del Sahara y encargarse de la topografía. Además de buen topógrafo era experto en fotografía y fotograbado. En aquella época eran los liberales progresistas de Sagasta los partidarios de la expansión colonial africana de España. Cervera llegó a las Palmas el 7 de mayo de 1886. Desde allí cruzaron a Río de Oro (después Villa Cisneros y ahora Dajla) donde gobernaba Bonelli. Le acompañaba Francisco Quiroga, geólogo, y Felipe Rizzo, de sesenta años de edad, intérprete, antiguo cónsul de España en Tánger; y dos tiradores rifeños de la guarnición de Ceuta: Hach Abd-el-Kader y Hamed-Hach-Sahara. En total iban doce hombres, catorce camellos y un perro.

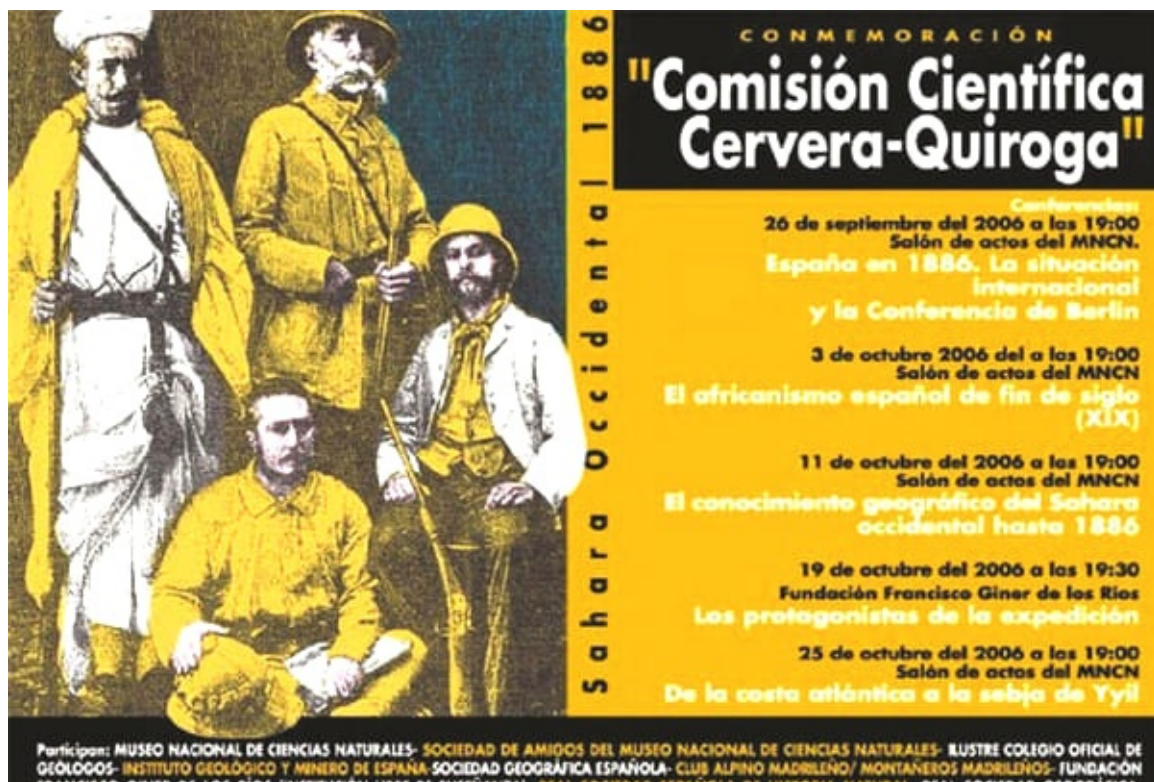
El objetivo era llegar a las salinas de Iyil para firmar un tratado con el sultán de la región del Adrar y con los jefes de las tribus saharauis de toda la región y de parte de Mauritania. Cruzaron el trópico de cáncer en pleno verano. También querían cambiar el recorrido de las caravanas comerciales que iban de Tombuctú a Marruecos y Argelia por Tinduf intentando que se dirigieran a Río de Oro.

Se cruzaron con la tribu de los oulad delim, muy belicosos, que les amenazaron. Como iban bien armados no les asaltaron, a pesar de que los tres europeos iban vestidos de tales con sus correspondientes salacots. Rizzo aguantó bien el viaje a pesar de sus sesenta años, pero tanto Cervera como Quiroga, a pesar de tener treinta menos, sufrieron muchas penalidades con diarreas, fiebres y ulceraciones en las piernas. Para colmo también soportaron varias tormentas de arena.

Salieron de Río de Oro el 16 de junio de 1886. Tras recorrer más de cuatrocientos kilómetros, llegaron a las salinas de Iyil (Sebja de Iyil) y al pozo El Auiy. El 12 de julio de 1886 firmaron el tratado de protectorado de España

con el sultán de Adrar (Atar) Cheij Uld-el-Aidda y con los jefes de las principales tribus saharauis. Cervera comenta que a los árabes no les gustaba que sacaran sus instrumentos de topografía y medida porque les infundía recelo y desconfianza. Quiroga recogió doscientas doce muestras de minerales y realizó un corte geológico del itinerario seguido pero no reconoció los grandes y fabulosos yacimientos de hierro de Fderik (Zuerat) que hay junto a las salinas y que han dado lugar a que un tren de tres kilómetros de largo realice continuamente el trayecto entre esas minas y el puerto de Nuadibú. Francia debía saber algo de la existencia del mineral, pues en el reparto de principios del siglo XX se quedó con esa zona, como ya hemos explicado antes al hablar de Bonelli.

Tras la firma, y en vista del mal estado en que se encontraban, desistieron de intentar encontrar las caravanas, que por otra parte discurrían mucho más al este (5° O) de donde ellos se encontraban (12° O). Por otra parte —aunque ellos no lo sabían—, en esa época su importancia comercial era ya muy limitada.



Cartel conmemorativo, en 2006, de la expedición de Cervera, Quiroga y Rizzo con una fotografía de los tres citados y uno de los tiradores rifeños.

Cervera fue una personalidad muy interesante y un científico notable. Entre 1888 y 1890 fue agregado militar en la embajada de España en Tánger. En 1892 estuvo preso por criticar en un periódico la política marroquí de España. En 1898 peleó en Cuba y Puerto Rico. Después fue enviado a estudiar con Marconi. En 1902, de manera independiente, logró una conexión por radio de voz (hasta entonces sólo se lograban de signos Morse) entre Alicante e Ibiza. Estableció la primera escuela de ingenieros a distancia en Valencia. Fue diputado republicano y masón. Murió el 24 de junio de 1927.

Por esa época, en 1881, tuvieron lugar las exploraciones del valenciano **Juan Víctor Abargués de Sostén**. No fue disfrazado pero fue tomado por espía. Quería recorrer la actual Etiopía y solicitó los permisos correspondientes del rey o *negus*. Llegó hasta Abisinia. En Adua, el gobernador abisinio le tomó por espía turco por su aspecto occidental y le detuvo durante un tiempo hasta que Abargués logró convencerle de su equivocación. Regresó a Madrid a finales de 1882.

## Bibliografía

Cervera, Julio, *Geografía militar de Marruecos*. Madrid, 1884.

—, *Expedición al interior de Marruecos*. Madrid, 1886.

Rodríguez Esteban, José Antonio, *Conmemoración de la expedición científica de Cervera, Quiroga y Rizzo en 1886*. Madrid: CSIC, 2008.

Abargués, Juan Víctor, *Notas de viaje del Señor don Juan Víctor Abargués de Sostén por Etiopía, Xoa, Zebul, Volo, Galas, etc...* Madrid: Fontaner, 1883.



## Charles de Foucauld (1858-1916) (1883)

### De juerguista impenitente a explorador y santo

Nació el 15 de septiembre de 1858 en Estrasburgo, ciudad francesa fronteriza con Alemania. Sus padres murieron cuando tenía seis años y heredó una gran fortuna. Tenía una hermana. Era excesivo en cualquier cosa que hiciera. Leía mucho y, según sus propias palabras, los muchos dogmas del catolicismo le alejaron de la religión. En junio de 1876 ingresó en la academia militar de Saint Cyr, donde fue compañero de Petain. Foucauld aprobaba sin estudiar y tenía fama de tomar sólo el mejor *foie gras* y el mejor champán. Era casi obeso por la vida que llevaba. Más tarde pasó a la escuela de caballería de Saumur. En 1878 murió su abuelo y tutor, lo que le afectó profundamente. La fabulosa herencia que recibió, equivalente a dos millones de euros actuales le hizo aún más *bon vivant* y se hacía llevar prostitutas desde París. Sufrió muchos arrestos y sanciones. Fue el último de su promoción y le destinaron a un regimiento de húsares en Pont à Mousson.



Retrato fotográfico de Charles de Foucauld antes de partir a su viaje de incógnito a Marruecos en marzo de 1883. Autoría desconocida.

Se le consideraba derrochador y excéntrico. Aunque su sueldo de segundo teniente (alférez) no le permitía excesos, su fortuna sí y habitaba una lujosa mansión donde había fiestas todas las noches y el café se tomaba realizando la infusión en aguardiente de cerezas en lugar de agua, que no tenía *charme*. Se prendó de Mimí, una cantante a la que convirtió en una elegante señora

nombrándola dama de honor de todas sus fiestas. Ella intentó poner un poco de sentido común en la vida del oficial, con escaso éxito. Paul Hermann relata una fiesta organizada por Foucauld en el río Mosela helado:

Rodeando los árboles de la orilla se tienden largas cadenas de faroles multicolores. Debajo, a distancias regulares, hay, sobre diminutos pedestales, enormes poncheras. De pronto se apagan los faroles, criados en librea armados de antorchas prenden fuego al ponche, y a la luz de las azules llamas oscilantes, se ve, saliendo de entre un grupo de árboles de la orilla, un enorme cisne, un trineo en cuyo interior dorado reposa Mimí envuelta en costosísimas pieles. Las largas mesas servidas con todas las exquisiteces imaginables, los lacayos vestidos de pieles que ofrecen champán, la grandiosa hoguera que, para fin de fiesta, se enciende sobre el hielo.

En 1880, pocos días después de esa fiesta, fue destinado a África, a Sétif, cerca de la ciudad argelina de Constantina. Se llevó a su amante Mimí como si fuera su esposa legal, lo que escandalizó a las mujeres de los otros oficiales. La divisa o lema de su familia era «Nunca hacia atrás» y no hizo caso de los consejos de sus compañeros. Le amonestaron oficialmente y sancionaron. Cuando acabó el castigo, en marzo de 1881, le expulsaron del ejército y regresó con Mimí a Francia, a Evian. Su familia comprobó que a los veintidós años, en lo que llevaba de carrera militar, había despilfarrado una fortuna. Consiguieron judicialmente su inhabilitación y colocarlo bajo tutela con una pequeña pensión.

Enseguida se enteró de que su unidad había tenido muchas bajas en un ataque y solicitó el reingreso con el compromiso de no llevar a Mimí. Como necesitaban oficiales le admitieron, regresó a Argelia y se reintegró a su regimiento. Luchó con denuedo respetando a sus adversarios. Aprendió árabe, estudió el Corán y la Biblia. Le asombraba el sentido de la hospitalidad que encontraba incluso entre los más pobres.

En 1882 abandonó de nuevo el ejército, oficialmente porque le denegaron un permiso que había solicitado. Según otras fuentes fue una dimisión oficial y pactada para permitirle realizar un viaje de exploración, organizado por el propio ejército francés, para preparar la invasión de Marruecos.

En su libro *Reconnaissance au Maroc*, donde cuenta su periplo, comenta:

Quedaba una segunda cuestión: ¿Qué medio utilizar para alcanzarlo? ¿Se podía viajar como europeo? ¿Habría que servirse de un disfraz? Había motivos para dudar; por una parte, hacerme pasar por lo que no era me repugnaba; por otra, los principales exploradores de Marruecos, René Caillié, y los señores Rohlfs y Lenz, habían viajado disfrazados y declaraban indispensable tal precaución: era también la opinión de numerosos musulmanes marroquíes que consulté antes de mi partida.

Leyó el libro de Badía y le influyó mucho. A pesar de ello, y de que después debe hablar de él al comparar sus mediciones geográficas, vemos que lo obvia al hablar de los principales exploradores de Marruecos. También se olvida de Gatell, que había publicado sus descubrimientos en Francia. En cambio menciona a Caillié en cuyo recorrido por Marruecos se limitó a sobrevivir sin casi enterarse de por dónde iba.

Se decidió por el bonete de los judíos en lugar del turbante islámico, pues vio que los otros habían tenido que llevar la vida musulmana y no tenían casi intimidad. Aprendió árabe y hebreo estudiando durante dieciséis horas al día. Consiguió brújulas, sextantes, termómetros y barómetros. Consiguieron que le acompañara el rabino judío **Mardoqueo** (Mordekhai Aby Serour o Mardochai Ben Serour). Este era un personaje muy interesante. Nació en 1826 en el oasis de Akka, entre el Draa y el Atlas. A los nueve años fue solo a Marrakech para estudiar el Talmud y, debido a su inteligencia, a los trece le enviaron a Jerusalén para continuar estudios. El viaje, a pie, le duró tres años, pues le llevaban de una comunidad judía a otra sólo cuando podían. Tras cuatro años de estudio en la ciudad de las tres religiones le nombraron rabino y le enviaron a Alepo, en Siria.



Fotografía de Mordechai Aby Serour, Mardoqueo, acompañante de Foucauld en su viaje. Tomada en torno a 1880 de autoría desconocida.

Entre 1847 y 1858 fue rabino en Argel. Después decidió hacerse comerciante y fue a Tombuctú con su hermano Isaac, tras visitar Akka, su pueblo natal. Pasó por Tinduf, Tegaza —donde había unas salinas— y Taudeni. En Arawane fueron detenidos durante un año y cuando les dejaron llegar a Tombuctú les maltrataron y esclavizaron. Se fugó por el río Níger y

llegó a Macina, la capital del imperio peul. Habló con el rey, que le autorizó a residir y comerciar en Tombuctú mediante el pago de un tributo anual. Residió allí hasta 1863 y se hizo rico realizando muchos viajes comerciales entre Tombuctú y Marruecos. Hablaba árabe, hebreo, bereber, peul y bambara. Un nuevo gobernador le confiscó todos sus bienes. Lo poco que salvó se lo quitaron unos bandidos tres días antes de llegar a Akka.

Beaumier, cónsul de Francia en Mogador, le pidió que contara sus aventuras y le diera toda la información posible sobre las zonas que había recorrido. En 1870 el *Bulletin de la Société de Géographie de Paris* le publicó una obra con el título de *Premier établissement des Israelites a Timbouctou*. En 1875 le publicaron la obra *Mogador au Djebel Tabayoudt*, sobre el viaje que hizo a pie, por encargo del cónsul, con indicación de tomar medidas topográficas de los lugares por donde pasara. Tras la muerte del cónsul, en 1874 marchó a Orán para enseñar el Talmud y vivir en la pobreza con su mujer y sus tres hijos. Allí le contactó Oscar MacCarthy de la *Société de Géographie* para ir como guía de Foucauld, lo que da idea de que se trataba de un proyecto importante y no de algo personal realizado por simple afán de aventura.

Mardoqueo le fue de mucha ayuda —y Foucauld lo reconoce— para las cuestiones prácticas, para dejarle a él un poco a la sombra y para cubrirle y protegerle. Oficialmente se dedicaban a viajar por Marruecos para recolectar fondos destinados a los seminarios judíos de Jerusalén.

Foucauld incluso se dejó los mechones que los hebreos llevaban, y algunos siguen llevando, a los lados de la cabeza. Estos a veces descubrieron que era un falso judío pero, como estaban en buenas relaciones con los cristianos —y malas con los musulmanes—, no le dieron mayor importancia; incluso tenían a bien protegerle de los islámicos, a los que odiaban. Foucauld comenta que cinco sextas partes del país, las que no controlaba el sultán, estaban cerradas a los cristianos. Afirma también que a estos se les mataba más por extranjeros espías, y posibles conquistadores, que por infieles.

Salieron el 10 de marzo de 1883. Foucauld adoptó el nombre de Josef Alemán, como si fuera un judío sefardí (procedente de España tras la expulsión de 1492), aunque decía proceder de Rusia. A los judíos se les toleraba aunque se les fastidiaba todo lo que se podía con desprecios, robos, etc. Un refrán marroquí de la época rezaba que un judío no valía más que la bala con la que se le mataba. Como hemos visto, Marruecos seguía siendo un país hostil a los europeos. Foucauld intentó entrar por el Rif desde Argelia

pero lo consideró muy peligroso y el 10 de junio de 1883 partieron hacia Tánger en barco.



Grabado de la ciudad de Chauen, realizada por Albert Dujardin basado en los dibujos del propio Foucauld para su libro *Reconnaissance au Maroc, 1883-1884*, publicado en 1888.

El 21 de junio marcharon a Tetuán, que entonces tenía unos veinte mil habitantes, seis mil de los cuales eran hebreos. Iban montados en mulas, con poco equipaje. Como miembro de esta religión no podía viajar los sábados y cuenta que esto le supuso perder cincuenta y dos días por año. Tampoco podía ese día escribir, hacer fuego, vender, contar dinero o hablar de negocios, actividades todas ellas prohibidas por la observancia del *sabbath*. Visitó Chauen y regresó a Tetuán. Deseaban ir a Fez por el camino directo, peligroso, y no hubo forma de encontrar escoltas. Al final tuvieron que desistir y hacer el camino de todo el mundo, dando un rodeo por Alcazarquivir, ciudad de cinco mil habitantes, un quinto de los cuales eran israelitas. Respecto al alojamiento en esta ciudad dice que «nunca hubiera pensado que tal cantidad de arañas y ratas pudieran caber en tan pequeño espacio». Después cruzó la provincia de Garb, muy florida y bien cultivada. Tomando Fez como base aprovechó para visitar la ciudad de Taza, a unos cien kilómetros al este, y Sefrou, a unos cuarenta al sur. Describe el comercio de Fez y los intercambios que se realizaban con Europa.

Iban de lugar en lugar por el sistema de la *anaya*, protección que se paga a un importante de una población, a un jeque, para que te proteja hasta el siguiente lugar, mediante la compañía de *zetatas* o guardaespaldas acompañantes. Nos relata la jornada en que fue a Taza, ciudad situada sobre un peñasco y rodeada de precipicios:

7 de agosto. Salgo a las 4 de la mañana, escoltado por mi zetat, el joven jerife y dos de sus criados. El camino cruza una región accidentada pero sin relieve importante, colinas calcáreas, pocas piedras; los valles y las pendientes suaves están cultivadas; lo demás cubierto de cardos. A las cinco llegamos al límite de los Ghiata. Aquí, nuestro jerife le dice a Mardoqueo que no seguirá adelante si no le pagamos ahora: el precio convenido de antemano eran dos reales. Mardoqueo se los da.

—Dame dos más.

—Pero...

—¡Cállate y da!

—Toma.

—Ahora dale medio real a cada uno de mis criados.

—Pero...

—¡Cállate y da!... Ahora uno de mis hombres va a llevarte hasta el mercado.

—¿Cómo? ¿Después de todo lo que se te ha dado no nos conduces tú mismo?

—¿Acompañar a ruines judíos como vosotros? ¡A tu madre!

Y con estas palabras da media vuelta y podemos estar contentos de que, al abandonarnos, nos haya dejado uno de sus criados. Este al menos es fiel y nos conduce a Taza.

De nuevo en Fez cuenta pormenorizadamente lo que se vende en el mercado y, sobre todo, lo que se trae de Europa: «terciopelos, sederías y pasamanería de oro y plata, que vienen de Lyon; azúcar, cerillas y velas, de Marsella; piedras finas, de París; coral de Génova; tela de algodón, paños,



papel, cuchillería, agujas, azúcar y distintos tipos de té, de Inglaterra; cristalería y lozas de Inglaterra y Francia». Los hombres llevaban las babuchas de color amarillo, las mujeres rojas y los judíos negras. Estos debían ir descalzos en las ciudades. Todo el mundo iba armado de cuchillo y algunos con fusil.

Partió el 23 de agosto rumbo a Mequinez, a unos sesenta kilómetros al oeste. Salió a las cinco de la mañana y llegó a las cuatro de la tarde del mismo día. Desde allí fue a Tadla, a unos ciento ochenta kilómetros al sur, con una gran caravana. Cuenta que esa zona era todo bosque y montañas pobladas de nueve tribus salvajes. Después se pasaba por una vasta llanura plana, blanca y pedregosa, monótona y yerma hasta el pie del medio Atlas. En Kasba-Tadla pasó un mes y después penetró en la cadena montañosa. La atravesó y llegó al Gran Atlas. Para lograr ir por el camino que le interesaba explorar tuvo que esperar bastante hasta que encontró a alguien que iba a recorrer esa ruta y después aguardar un mes más a que terminara el Ramadán. Respecto a esta zona cuenta:

El Blad-es-Siba, país libre, empieza en las puertas de Mequinez, y el camino sigue en él hasta Tadla, que también forma parte de él. Abandonamos, pues, por largo tiempo los Estados del sultán, el Blad-el-Makhzen, triste región en la que el gobierno hace pagar cara al pueblo una seguridad que no le da; donde entre los ladrones y el caíd, carecen de respiro tanto ricos como pobres, donde la autoridad no protege a nadie, y amenaza los bienes de todos; donde el estado recauda siempre sin hacer nunca ningún gasto por el bien del país, donde la justicia se vende, donde la justicia se compra, donde el trabajo no aprovecha; añádase a esto la usura y la prisión por deudas, así es el Blad-El-Makhzen.

Foucauld cuenta que los judíos prestaban dinero al 60 % de interés y los gobernadores o caídes protegían a los judíos que les sobornaban. Los marroquíes envidiaban a los argelinos, que no tenían independencia, pero tenían seguridad. La moneda teórica era el *mitkal*, pero lo que se utilizaba para las cosas de valor era el real, que equivalía a cinco francos, y la peseta, que equivalía a un franco. Para las pequeñas transacciones se utilizaba la *muzuma*, una moneda de cobre. Cuarenta *muzumas* eran un *mitkal*. Había monedas de dos tercios de *muzuma* y de un sexto.

El 27 de agosto Foucauld fue de Tadla a Beni-Melal, distante unos treinta kilómetros, en una caravana con sesenta y cinco personas. Ello no le eximía de pagar un peaje en cada aduar o campamento por el que pasaban. Unas tribus se distinguían de otras por mechones de pelo que se dejaban en distintos lugares de la cabeza afeitada. Pasaron por una *zawiyya* o monasterio. Algunos eran muy ricos gracias a las limosnas que recibían de los desposeídos. Foucauld hace referencia a Badía y a Sidi Alarbi al hablar de los santones.

Después pasó por Demnat y atravesó el Atlas por el puerto de Tizi-Teluet, a 2634 metros de altura, desde donde se ven al este las cimas nevadas del Atlas. En la vertiente meridional de esta cadena recibió el calor de los vientos del sur. Describe el paso de una vertiente a otra:

[...] el camino, sin que sea difícil, es muy empinado y penoso; subimos lentamente hacia el paso. Lo alcanzamos a las cuatro de la tarde. Me encuentro a 2634 metros por encima del nivel del mar. Un panorama inmenso se extiende ante mis ojos. Me impresiona, primero, el aspecto montañoso de la comarca que voy a abordar: sólo cadenas se escalonan una tras otra hasta el horizonte; en segundo lugar, me impresiona su aire triste y desolado: todo está pelado, todo es roca, no hay ni un grano de arena ni una mota de tierra; largas pendientes amarillas, cima redondas de un rojo oscuro que se suceden hasta el infinito, inmensas soledades pedregosas, eso es todo cuanto distingue el ojo cuando se vuelve hacia el sur desde lo alto del Gran Atlas. Entro aquí en la cuarta parte de mi trayecto de hoy: desde Tizi Teluet hasta Ait Baddu.

Cuenta también cómo el sultán, periódicamente, realizaba campañas para recaudar fondos. Llegaban a un pueblo y les daban a elegir entre pagar o atacarles. Algunos pueblos simplemente desaparecían con todo lo que podían cuando sabían que se acercaba el sultán con sus ejércitos.

El capítulo III de su libro lo dedica al trayecto de Beni-Melal a Tiznit y cuenta lo siguiente:

Pocos viajeros por el camino. Durante el día no he encontrado más que tres pequeñas caravanas. El jefe de una de ellas mantuvo largas negociaciones con la gente de mi escolta: deseaba asaltarme, les proponía hacerlo de común acuerdo y les ofrecía la mitad del botín.

¿Acaso no les era más ventajoso que continuar, necio trabajo, dando séquito a un judío? Mis hombres, que tenían prejuicios, rechazaron su petición.

Pasó por Tazenakht, a unos cincuenta kilómetros al sur del actual Ouazarzate y se dirigió a Tatta, un pequeño pueblo ya en la cuenca del Draa. En la zona ve muchos *harratines* o esclavos negros. Cuenta que siembran en diciembre y cosechan en marzo. Cuenta que en la zona, cuando a alguien le roban, puede pedir que registren determinadas casas, pero si no encuentra nada, ha de pagarle al propietario entre treinta y cincuenta reales. Si sorprenden a alguien con el objeto robado, ha de pagar su valor multiplicado por cuatro. El homicidio se paga con una multa o con venganza. Hay que pagar protección a los poderosos para hacer posible el comercio y poder trasladarse de un lugar a otro con mercancías.

Escuchó que había cuatrocientos bereberes merodeando por la zona pero al enterarse de que habían asaltado un poblado supo que se marcharían con el botín y era el mejor momento para viajar porque los ladrones estaban satisfechos. Cuenta que los *hadjes*, los que han peregrinado a La Meca, le tratan mucho mejor que el resto de la gente porque han visto más mundo y saben apreciar a los de otras religiones. Explica que el desierto que comienza es el que llega hasta Tombuctú. Durante dos meses siguió el lecho del Draa, seco o salobre, y recorrió parte del Sahara marroquí.



El 18 de noviembre la expedición llegó a Tatta y de allí partió el 9 de enero de 1884. Fue a Akka (pueblo natal de Mardoqueo), a Foun-El-Hasan y Tiznit. Foucauld subió a Mogador (la actual Essaouira), acompañado de un hombre de confianza, porque se quedó sin fondos para poder continuar. Mardoqueo le esperó en la ciudad de Tiznit. Pasó por Agadir Ighir, que entonces no era nada: «Agadir, pese a su muralla blanca, que le da aire de ciudad, es, según me dicen, un pobre lugar, despoblado y sin comercio». No se detuvo, y el 28 de enero llegó a Mogador. Fue a ver al cónsul francés. Tardó cuarenta y cinco días en recibir respuesta y dinero de Francia. Salió el 14 de marzo de 1884. En el regreso se desvió desde Agadir para visitar Tarudant y el río Sus.

que nous perdîmes le sentier; nous errâmes quelque temps à l'aventure, nous accrochant aux broussailles et trébuchant dans les pierres : à 7 heures, quoique certains d'être près d'Illir, mes deux guides abandonnèrent l'espoir de retrouver le chemin; nous nous arrêtâmes au pied d'un buisson et y passâmes la nuit.

28 mars.

Départ à 6 heures du matin. Nous gagnons le plateau bas, nu, pierreux et ondulé



Qçar d'Illir et vallée de l'Ouad S. Mohammed ou Inqob. (Vue prise du flanc gauche de la vallée, en amont d'Illir.)  
Croquis de l'auteur.

qui forme le bord oriental de la plaine, et, le coupant obliquement, nous nous trouvons bientôt à une crête: au-dessous, apparaissent à nos pieds l'Ouad Illir, ses dattiers

(1) *Asafar* veut dire « terrain labourable ».

Dibujo original de Foucauld de los muchos que realizó para su libro basados en los croquis que hizo a escondidas, con gran valor militar.

En ocasiones salía de improviso de los pueblos, pues, como sabían que llevaba mucho dinero, era fácil que le quisieran asaltar. Volvió a recorrer la zona montañosa del Anti Atlas hasta Tazenakht, la zona de Ouazarzate y el cauce del río Dades, ahora muy visitada por los turistas. El regreso lo hizo de forma más rápida pasando por Gelmina (Goulmine) Errachidia y Mildet. Después recorrió el Moulouya en dirección al noreste, camino de la costa mediterránea.

Para ir de un pueblo a otro, como tenía tan poca confianza en los acompañantes, hacía, como ya hemos visto en otras ocasiones, que sólo les pagaran al regresar con una carta de Foucauld diciendo que había llegado bien. A pesar de ello dos de los tres escoltas querían matarle y le tuvieron

durante dos días y medio amenazado. Al final acordó con ellos que le robaran pero que le dejaran vivo. A cambio, cuando llegaran a Debou, ya a sólo doscientos cincuenta kilómetros de la frontera con Argelia, él les daría la carta para que les pagaran.

El 22 de mayo de 1884 llegó a Oujda (Uxda) y al día siguiente pasó la frontera a tierra argelina. Dice en su libro «entro en tierra francesa». Y comenta:

Casi todo mi viaje se hizo en territorio independiente [no sujeto a la autoridad del sultán]. Me disfracé ya en Tánger para evitar en otros lugares identificaciones comprometedoras. Me hice pasar por israelita. [...] El estado de israelita no carecía de sinsabores: andar descalzo por las poblaciones y a veces por los huertos, recibir injurias y pedradas no era nada [yo he recibido pedradas en Marruecos en 1981 sin ir vestido de judío]: pero vivir constantemente con los judíos marroquíes, gente despreciable y repugnante donde la haya, salvo raras excepciones, era un suplicio intolerable. Como a un hermano, abriéndome su corazón, se jactaban de acciones criminales, o me confiaban sentimientos innobles ¡Qué de veces no he echado de menos la hipocresía! Tantas molestias y sinsabores los compensaba la facilidad de trabajo que me daba mi disfraz. [...] Mis instrumentos eran la brújula, reloj y barómetro de bolsillo, para alzar la ruta; sextante, cronómetro y horizonte de aceite, para las observaciones de longitud y latitud; otros dos barómetros holostéricos; termómetros diferenciales y termómetros de mínima, para las observaciones meteorológicas. [...] Todo mi itinerario se alzó a brújula y a barómetro. Durante la marcha tenía incesantemente un cuaderno de cinco centímetros cuadrados oculto en el hueco de la mano izquierda; con un lápiz de dos centímetros de largo que no abandonaba la otra mano, consignaba lo que de notable presentaba el camino. [...] Nunca se dio cuenta nadie, ni siquiera en las caravanas más numerosas. [...] La descripción y el alzado del itinerario llevaban así cierto número de cuadernos; tan pronto como llegaba a un pueblo donde me fuese posible tener una habitación aparte, lo completaba y ponía en limpio en libretas que formaban mi diario de viaje. Dedicaba las noches a tal ocupación; durante el día, estaba incesantemente rodeado de judíos; escribir largamente ante ellos les hubiera inspirado sospechas. La noche traía la soledad y el trabajo. Hacer observaciones astronómicas fue más

difícil que alzar la ruta. El sextante no se disimula como la brújula y hace falta tiempo para utilizarlo.

Esto lo hacía en los pueblos, desde las terrazas de las casas, mientras Mardoqueo vigilaba y nadie miraba desde las terrazas de al lado. Cuando, a pesar de todo, le sorprendían, había de inventarse las historias más inverosímiles sobre su utilidad. En el campo tenía que ocultarse tras matorrales con la excusa de ir a rezar.

Comparó sus posiciones de longitud y latitud con las establecidas por otros, en especial con Alí Bey. En la mayoría hay acuerdo entre ambos. Recorrió tres mil kilómetros llenos de peligros y penalidades completando muchos de los esquemáticos datos de Rohlf's. A nivel personal descubrió la sencillez de la vida y la riqueza de las personas por ellas mismas. Decía sentir un gran vacío interior. Cuando terminaron el viaje pagó a Mardoqueo lo convenido. No nos dicen si fue mucho o poco pero enseguida vivió en la pobreza.

Por el valor de sus informaciones, a Foucauld le concedieron la medalla de oro de la Société de Géographie de París. En el discurso de concesión, el 24 de abril de 1885, en cuyo acto no estuvo presente, Duveyrier, el presidente, dijo:

Lo ha llevado a cabo sin ayuda del gobierno, a su cuenta [sabemos que recibió fondos del gobierno y asistencia de la Société de Géographie], y haciendo junto con el sacrificio de su porvenir en la carrera militar otro sacrificio mayor aún, si es posible. Se ha resignado a viajar bajo el disfraz de judío entre poblaciones que consideran al judío como un ser útil, pero inferior. Asumiendo valientemente este papel, ha renunciado absolutamente a su bienestar, y sin tienda, sin lecho, casi sin equipaje, ha trabajado durante once meses en medio de pueblos que, habiendo desenmascarado más de una vez al actor, lo han colocado en dos o tres ocasiones frente al castigo que merecía, es decir, la muerte [...] en once meses, un hombre solo, el vizconde de Foucauld ha doblado, por lo menos, la extensión de los itinerarios hasta el presente más cuidadosamente delineados sobre Marruecos. Ha perfeccionado los 689 km de sus predecesores y les ha añadido otros 2250. En cuanto a la geografía astronómica, ha determinado 45 longitudes y 40 latitudes y cuando contábamos por unas cuantas docenas las altitudes conocidas, él

nos aporta 3000. Gracias a Monsieur de Foucauld se abre, cual podéis comprender, una nueva era, y no sabe uno qué admirar más: si los resultados, tan hermosos como útiles, o el sacrificio, el valor y la abnegación a cuyas expensas los ha obtenido este joven oficial francés.

Sin embargo, Foucauld enseguida se aburrió en Francia y en septiembre de 1885 viajó al sur de Argelia y a Túnez e hizo un nuevo viaje a la región del Sahara argelino de El Golea durante ocho semanas.

En febrero de 1886 regresó a París y se dedicó a redactar *Reconnaissance*, que apareció en 1888, en dos volúmenes, uno de texto y otro de atlas. Durante el tiempo de la redacción vivió como un musulmán, al modo bereber, en una casa sin muebles y leyendo el *Corán*. La familia, asustada, le convenció para que hablara con un sacerdote, que le convenció totalmente. Acabó de redactar el libro en octubre de 1887. Decidió hacerse religioso y escribió a su amigo y compañero de milicia Castries: «El islam ha provocado en mí un cambio profundo. En presencia de esa fe, de estos hombres que viven constantemente de cara a Dios, he comprendido algo que está por encima de todas las preocupaciones terrenas».





Fotografía de Charles de Foucauld con su hábito de monje, en Argelia, con un nativo tuareg, en 1904.

En 1887 presentó un resumen del viaje en el Boletín de la Sociedad de Geografía titulado *Itinéraires au Maroc*. En enero de 1888 se publicó el libro *Reconnaissance au Maroc*, de casi quinientas páginas, con numerosos mapas e información estratégica e incluso táctica. La traducción del título: *Reconocimiento en Marruecos*, utiliza el término militar de reconocimiento, en el sentido o acepción de misión de estudio previa a una acción armada. La

obra incluye ciento un dibujos que reproducen croquis del autor y tres mapas reproducidos en facsímil de la edición original. Los dibujos son tan exactos y detallados que casi se pueden superponer a fotografías actuales. Incluso especifica el punto desde el que están realizados. Los topónimos son aproximados.

Entre noviembre de 1888 y febrero de 1889 visitó Siria y Palestina. En enero de 1890 ingresó en un convento trapense con el nombre de hermano Alberico. Su familia lo rehabilitó. Pidió ser trasladado a África y le enviaron a Beni Abbes, donde se instaló en 1901, a los cuarenta y tres años. Los nativos se aprovechaban de su bondad. Le engañaban diciendo que eran esclavos y que necesitaban dinero para liberarse. Foucauld se lo proporcionaba y se marchaban muy felices con el dinero conseguido. A los jefes árabes no les gustaba esa generosidad que hacía que sus súbditos no quisieran trabajar, pues lo podían conseguir gratis de Foucauld y escapaban a su férreo control, por lo que apelaron al tratado con los franceses por el cual no intervendrían en sus asuntos internos. Los fondos los sacaba de su fortuna hasta que su familia se dio cuenta de cómo disminuían sus cuentas bancarias y le volvieron a inhabilitar. Durante un tiempo pidió dinero a sus antiguos compañeros de armas. El Ejército lo utilizaba como agente sonsacándole valiosa información que conseguía de su contacto con los nativos. Se alimentaba de cuscús sin aditamentos y de dátiles. Los nativos empezaron a considerarlo como un *marabut* (un santo) a pesar de ser cristiano.

El comandante Laperrine, creador de los *meharistes* —tropas montadas en dromedario—, le propuso ir a los montes Hoggart, al sur de Argelia. Partió a mediados de enero de 1904. Viajó a pie hasta Adrar y de allí a In-Sallah. En un oasis buscó un erudito con quien aprender el *tamashek*, la lengua de los tuareg, y el *tifinagh*, como denominaban a su escritura. Cuando dominó la lengua continuó el camino y llegó a la cordillera del Hoggart a mitad de junio de 1904. Se instaló definitivamente en Tamanrasset, entre los tuareg, en septiembre de 1905. Se hizo muy amigo de Dassiné, una princesa, pariente y amante del jefe tuareg Mussa Ag Amastane. Ella siempre le apoyó y le ayudó a recopilar leyendas, canciones y costumbres de los tuareg. A la par ella propuso mejoras en la higiene y salubridad de sus paisanos y convirtió Tamanrasset en toda una ciudad. En Assekrem, a unos ochenta kilómetros al norte, Foucauld decidió que ese era el sitio para fijar su residencia. Se quedó allí, construyó una ermita de piedras y trabó amistad con el jefe Mussa Ag Amastane, quien, por lo visto, también había tenido una juventud alocada. En la ermita hospedaba a los tuareg y a todo el que lo necesitara. Terminó de

aprender su lengua y sus costumbres y enseñaba a hacer punto a las mujeres. Cayó enfermo y los tuareg le cuidaron.

En 1908 enviaron a Laperrine a Tamanrasset. Construyó un fuerte junto a la ermita (Fort Laperrine) y logró que los tuareg se aliaran con Francia. En 1914 estalló la Primera Guerra Mundial y Foucauld solicitó ir al frente como camillero o capellán pero le ordenaron permanecer en su puesto, pues temían, como así ocurrió, que Turquía se aliase con Alemania y supusiera un problema en África. Foucauld se dio cuenta de que había que hacer franceses a los indígenas o les echarían del país, como ocurrió en 1962. Añadía: «El único medio de hacerlos franceses es cristianizarlos». Seguía buscando ser útil a los franceses para que pudieran penetrar en Marruecos por vías seguras.

La noche del primero de diciembre de 1916 alguien llamó a su puerta. Abrió. Se trataba de un grupo de *senussi*, una secta musulmana fanática. Aprovechando que Mussa, aliado de los franceses, estaba lejos, mataron a Foucauld y atacaron Fort Laperrine. Su cuerpo está sepultado en El Golea pero dicen que su corazón está enterrado en un pequeño cofre en Tamanrasset.

El 13 de noviembre de 2005 fue beatificado por la jerarquía católica, que se ha preocupado menos de la importancia de su obra como explorador, etnólogo e incluso filólogo, pues preparó un diccionario tuareg-francés entre 1905 y 1915. Durante un tiempo se puso de moda entre los franceses seguir por Marruecos un itinerario como el suyo.

En cuanto a Mardoqueo, murió en 1886 en Argelia, en la miseria, a los sesenta años de edad. Sobre su figura Kebir Ammi ha escrito la novela *Mardocheé*.

## Bibliografía

De Foucauld, Charles, *Reconnaissance au Maroc, 1883-1884*. París: Challanel, 1888.

—, *Viaje a Marruecos*. Palma de Mallorca: Olañeta, 2001 (ed. anterior en 1984).

## Walter B. Harris (1866-1933) (1903)

### El periodista que se disfrazaba para vivir todo tipo de aventuras

Nació en Londres en 1866. Era hijo de un hombre de negocios muy rico. Tenía siete hermanos. Estudió en Harrow y en Cambridge. Al terminar los estudios decidió viajar y visitó Estambul, Egipto, Yemen, India, Sudáfrica y Arkangel (en el norte de Rusia).

Después se estableció como corresponsal del *Times* en Tánger durante más de cuarenta años, entre 1890 y 1933 aunque parece ser que la primera visita la realizó en 1887 y mientras fue corresponsal realizó viajes a otros lugares, como a Yemen en 1892.

Se dice que trabajaba para los servicios secretos británicos. Los sultanes de Marruecos siempre habían mantenido una estrecha relación con Inglaterra desde los tiempos de Felipe II. En esa época la buscaban como protectora frente a Francia y España. De hecho los ingleses controlaban el 75 % del comercio exterior marroquí. En 1856 se les privilegió aún más con la condición de no dejar a los franceses ocupar Marruecos. Como sabemos, en 1860 España ocupó Tetuán y fueron los ingleses, con presiones diplomáticas, los que le impidieron ocupar Tánger. También prestaban asistencia militar directa como la del Caid MacLean, británico de Gibraltar que fue instructor militar, confidente y asesor de asuntos exteriores de los sultanes desde 1877. Por lo visto le enviaron para librarse de él porque mantenía relaciones con la mujer de su jefe en Gibraltar.



Retrato de Walter B. Harris en óleo sobre lienzo realizado por el famoso pintor irlandés sir John Lavery (1856-1941) cuya tercera mujer, Hazel, pintada por él, representando la alegoría de Irlanda, figuró en los billetes de este país hasta la adopción del euro.

El retrato de Harris fue subastado en la casa de subastas Christie's el 10 de mayo de 2007 y alcanzó un precio de 57 456 dólares.

En 1894 Harris visitó la región de Tafilet y el Atlas con protección del sultán y escolta, y escribió un libro sobre ello en 1895. Recordamos que la primera exploración detallada del Tafilet es de Rohlfs en 1861-1862. Caillié había pasado por allí pero iba en tan malas condiciones que no detalló mucho.

En 1895 se nombró sultán a Abdelaziz, un niño que sólo quería comprar juguetes, cosas caras y novedosas. Harris también se hizo amigo de él. Fue un inteligente analista político de una controvertida época, amigo de tres sultanes y del rey Eduardo VII.



Walter B. Harris disfrazado de nativo marroquí. De esa guisa realizó la visita a Chauen en 1903 y numerosas escapadas urbanas en Tánger.

Es conocido por su visita a la ciudad de Chauen (Xauen, Chechauen), otra de las ciudades prohibidas porque era ciudad santa debido a que en ella estaba la tumba sagrada de Muley Abdessalam Ben Mohich. A finales del XIX llegaron los primeros viajeros. Uno que visitó Chauen sin disfraz, William Summers, misionero americano, murió envenenado. Charles Foucauld la visitó disfrazado de judío y el siguiente fue Harris. Respecto a su deseo de ir, comenta: «No sé si fue por mero amor a la aventura o por simple curiosidad de ver un lugar que, en lo que sabía, sólo había sido visitado una vez por ojos cristianos, que me decidí e intenté entrar en Chauen, una fanática ciudad bereber. El hecho es que sólo hay 30 horas de caballo de Tánger a una ciudad en la que se consideraba que era imposible entrar a un cristiano». Harris la visitó vestido de rifeño en 1903. Entró como comerciante moro y salió como vagabundo pero alguien se enteró, le denunció y Raisuni le secuestró, no por los motivos religiosos de la prohibición sino para utilizarlo de rehén frente al sultán, con quien estaba en guerra.



Mulai Ahmed el Raisuni pertenecía a la tribu de los jebala. Era jeque, pues descendía del santón Muley Idris, y por tanto pertenecía a la aristocracia teocrática que estaba exenta de impuestos y de los tribunales de justicia. Tras el secuestro de Harris en 1903 se hizo más famoso en 1904 por el secuestro de Pericardis, un ciudadano americano de origen griego y de su yerno, por los que solicitó un rescate de setenta mil dólares. El presidente Roosevelt envió una flotilla con el lema «Pericardis vivo o Raisuni muerto». Este tenía tanta fuerza que consiguió que le pagaran y además le nombraran pachá de Tánger y gobernador de la Jebala y liberaran a todos sus seguidores.



En 1906 Raisuni fue destituido acusado de corrupción y crueldad pues obligaba a los prisioneros a tirarse por un precipicio de veintisiete metros que hay junto a la terraza de su palacio en la ciudad costera de Arcila. Raisuni secuestró entonces a Harry MacLean, al que ya conocimos como asesor militar del sultán. Consiguió un pago de veinte mil libras del Gobierno británico y volvieron a nombrarle pachá de Tánger hasta que el Gobierno español exigió su destitución en 1912 al firmar el tratado de protectorado, por lo que se rebeló contra el ejército español en 1913 y durante ocho años.



Postal española de Tánger, utilizada en 1908, que muestra un «campamento del bandido Raisuil [Raisuni]».

En 1914 se puso del lado de los alemanes (de quienes recibió apoyo y ayuda), contra los franceses. En 1920, Chauen fue ocupada por los españoles. En 1922 se puso del lado español contra Abd-el-Krim, a quien consideraba un antagonista y competidor por el sultanato. En 1925 las tropas de Krim le capturaron y asesinaron.

Regresando con Harris, en el libro *Morocco that was (Marruecos tal como era)*, publicado en 1921, cuenta cómo fue secuestrado por el jefe Raisuni cuando regresaba de Chauen, disfrazado:

Estábamos cruzando un pequeño barranco, cubierto de espesas adelfas cuando, súbitamente, descubrí que había caído en una emboscada. Huir era imposible y resistirme, desarmado como estaba, no tenía sentido. Por todos los lados aparecían cabileños y en un segundo o dos estaba prisionero, rodeado por treinta o cuarenta hombres, todos y cada uno de ellos armados con rifles europeos. No fui tratado mal pero me dijeron que era su prisionero y que debíamos ir a Zinat.

Cuando llegamos a los bosques que rodean los pueblos que se desperdigaban por las colinas de Zinat enviaron mensajeros para avisar a Raisuni, y enseguida, me llevaron ante él. Estaba sentado bajo unos olivos en una pequeña hondonada, rodeado de sus hombres y de los jefes de las tribus vecinas que se habían juntado al saber lo que había ocurrido [el ataque del gobierno]. Raisuni me recibió con bastante afabilidad. Era todavía joven, de buena presencia, refinado en sus formas y maneras y con una voz agradable. Iba vestido como los de las tribus de las montañas: una chilaba corta y marrón que cubría sus ropas blancas y que llegaba sólo a las rodillas. Llevaba también un turbante de tejido azul oscuro. Sus piernas estaban desnudas y llevaba las babuchas amarillas usuales del país.

Tras una breve charla con Raisuni, que me contó lo que había ocurrido, me llevó a lo que quedaba de su casa, la mayor parte de la cual había sido quemada por las tropas.

Hasta el momento no tenía ninguna queja de la actitud de los cabileños, pero un gran número de ellos se había congregado en las proximidades, todos ansiosos por echar una mirada al cautivo cristiano, y no pocos inclinados a tomar una rápida venganza en mí, de la devastación que las tropas del gobierno habían causado en el lugar. Proferían muchas maldiciones y abucheos pero la influencia de Raisuni era suficiente para llevarme a través de la multitud, ahora muy amenazadora. Sus propios seguidores se colocaron a mi alrededor y me protegían de los montañeses.

La habitación en la que me metieron estaba muy oscura pues la luz sólo entraba por una pequeña ventana cercana al techo y pasó un tiempo hasta que mis ojos se acostumbraron a la penumbra. Cuando fui capaz de ver con más claridad, el primer objeto que

atrajo a mis ojos fue un cuerpo tirado en mitad de la estancia. Era el cadáver de un hombre que habían matado allí las tropas esa mañana. Constituía un espectáculo espantoso. Despojado de toda la ropa y brutalmente mutilado, el cuerpo yacía con los brazos extendidos. La cabeza había sido cortada y el suelo, en su rededor, estaba encharcado de sangre. Los soldados, triunfantes, se habían llevado la cabeza como un trofeo de guerra y habían secado sus ensangrentados dedos en las paredes enjalbegadas, dejando manchas de sangre por todas partes. Sin embargo no iba a sufrir la compañía del cadáver durante mucho tiempo, ya que media docena de hombres vinieron, lavaron el cuerpo, lo cosieron dentro de una sábana y se lo llevaron para enterrarlo. Un poco después fregaron el suelo aunque no intentaron quitar las marcas de los dedos ensangrentados de las paredes.

Al anochecer Raisuni y algunos de sus hombres me bajaron comida y tuve una larga conversación con ellos. Raisuni era educado y no ocultó que intentaba utilizarme, aunque no había decidido todavía cómo. Sin embargo, me informó amablemente de que si las tropas volvían a atacar yo sería inmediatamente asesinado. Su carrera, dijo, estaba prácticamente terminada y su único deseo era causar al gobierno moro tantos problemas como le fuera posible y argumentó que no había modo más fácil de llevarlo a cabo que con mi muerte. Sin embargo al mismo tiempo me prometió que si no había ningún ataque él haría lo más posible para protegerme.

En ningún momento me hizo ninguna petición de dinero por mi rescate y, en esto, mi captura difería enteramente de la de Mr. Pericardis y la del Raid Me Lean, que tuvieron lugar después. Debo esta inmunidad al rescate a un rasgo admirable del carácter de esos salvajes cabileños montañeses. Mi casa de campo en Tánger estaba situada a unas dos millas y media de la ciudad, en la costa, en el camino principal que comunica la tribu de los Anjera y Tánger. Justo tras mi terreno, en el lado de la ciudad, hay un río que crece con la marea, que ni entonces ni ahora tiene puente, pero que se puede cruzar con marea baja. A menudo la gente de la tribu encontraba la marea muy alta para cruzar. Estaban obligados a esperar muchas aburridas y enojosas horas en invierno, en la noche y con lluvia. Muchas eran mujeres y

jovencitas llevando cargas de carbón al mercado. Yo siempre tenía la costumbre de darles alojamiento cuando lo pedían y había construido una o dos habitaciones para ese propósito, y en invierno era raro que no hubiera algún campesino pasando la noche allí. Cuando hacía frío y llovía tenían fuego y, muy a menudo, una pequeña cena.

Poco después de mi captura se hizo una propuesta desde Tánger para pagar una considerable suma de dinero por mi liberación. Los cabileños lo discutieron y la rechazaron. Decidieron que a uno que había mostrado tal hospitalidad con sus mujeres e hijos, y a menudo, con ellos mismos, no se le debía pedir dinero; y no se hizo.

Después de ser liberado, en una muestra de lo que después se denominaría «síndrome de Estocolmo», Harris invitó a su casa a Raisuni aunque también podemos aventurar lógicos intereses periodísticos.

El 14 de julio de 1903 apareció la noticia del secuestro en el *New York Times* en un artículo titulado: «Moroccan Brigands Torture Journalist Walter B. Harris» (Bandidos marroquíes torturan al periodista Walter B. Harris). En él se dice que pasó tres semanas en cautividad durante las cuales no pudo lavarse ni cambiarse de ropa, que estuvo treinta y seis horas sin comer; que ya conocía previamente a Raisuni y que fue su mediación la que le libró de la violencia de los cuatro mil rifeños montañeses que estaban concentrados alrededor de su lugar de prisión por lo que era imposible escapar. Tras nueve días en Zinat los de la tribu anjera, amigos de Harris, solicitaron vigilarlo ellos y se lo llevaron pero lo mantuvieron vigilado hasta que se terminaron las negociaciones con el sultán, el cónsul británico en Tánger y el jeque de la cercana ciudad de Wazzaane. Se le liberó a cambio de dieciséis hombres de Raisuni prisioneros del sultán. Daniel Rondeau, en su libro *Tánger y otros Marruecos*, dice a propósito del secuestro de Harris que este lo simuló para conseguir más fuerza en sus artículos.



Mansión de Walter B. Harris cerca de Tánger. Después fue residencia de Ignacio de Figueroa —duque de Tovar— y de un pachá marroquí. Posteriormente, fue sede del exclusivo Club Méditerranée. Actualmente es un hotel de gran lujo desde cuya piscina se puede ver el estrecho de Gibraltar y Europa.

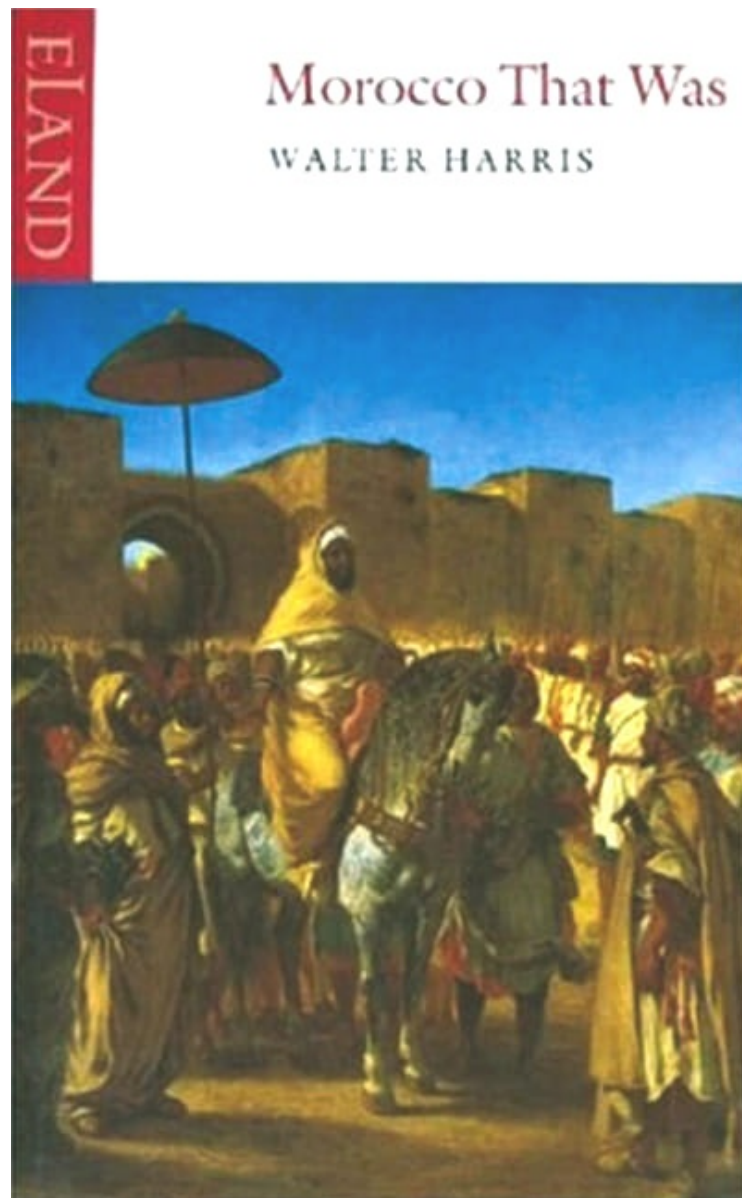
Harris falleció de un ataque al corazón en 1933. Está enterrado en el cementerio anglicano de Tánger. En su tumba, una inscripción reza: «*Walter Burton Harris. Born August 29th 1866. He came in Tangier in 1887 and was associated with The Times as correspondent in Morocco and elsewhere. He loved the Moorish people and was their friend*». Traducido sería: «Walter Burton Harris. Nacido el 29 de agosto de 1866. Vino a Tánger en 1887 y colaboró con *The Times* como corresponsal en Marruecos y en otros lugares. Amó a la gente marroquí y fue su amigo». Era tan conocido que se dice que la ciudad entera cerró para su funeral.



Tumba de Walter B. Harris en el cementerio anglicano de Tánger.

Se le describe como llamativo, extravagante y vistoso. En sus crónicas se dice que exageraba para dar más color a sus historias y solía ponerse muy melodramático. Hablaba árabe y se disfrazaba con frecuencia como un nativo humilde para pasar desapercibido en el propio Tánger, máxime teniendo en cuenta sus conocidas relaciones homosexuales, que exigían discreción y llevar una doble vida. Para sus aventuras pasionales secretas poseía tres casas en la ciudad. Además, construyó una magnífica mansión fuera de la ciudad donde vivía con su esposa, que después fue residencia del acaudalado Ignacio de Figueroa —duque de Tovar— y de un pachá marroquí. Más tarde fue

casino y sede del exclusivo y lujoso Club Méditerranée. En la actualidad es un hotel de gran lujo, Villa Joséphine, con sólo diez *suites*, desde las que se puede disfrutar del estrecho de Gibraltar y Europa.



Portada del libro *Morocco that was*, de Walter B. Harris en su edición de 2007 por Eland Publishing Limited.

En la serie de televisión americana, emitida entre 1992 y 1996, *The Young Indiana Jones Chronicles*, sobre el joven Indiana Jones, hay un personaje llamado Walter Harris (interpretado por Kevin McNally), que ayuda a Indy a

disfrazarse de rifeño en el Tánger de 1908. En la película *El viento y el león*, sobre Raisuni (a quien representan como atractivo en lugar de la persona obesa y bajita que era), este secuestra a una bella mujer americana y a sus hijos, en lugar de al aburrido hombre de negocios Pericardis o al periodista Harris, para dar mayor tirón comercial. El film cambia mucho los sucesos históricos y sitúa la acción en el desierto tópico en lugar del montañoso Rif.

## Bibliografía

- Harris, Walter B. *The land of an African sultan*. Londres, 1889.
- , *Tafilet: the narrative of a journey of exploration in the Atlas Mountains and the Oases of the North-West Sahara*. Londres, 1895.
- , *From Batum to Baghdad*. Londres, 1896.
- , *Modern Morocco, Bank of British West Africa*. Tánger, 1919.
- , *Morocco that was*. Londres, 1921.
- , *France, Spain and the Rif*. Londres, 1927.
- Rondeau, Daniel, *Tánger y otros Marruecos*. Granada: Almed, 2006.



TOMBUCTÚ, LA CIUDAD PROHIBIDA DEL SAHARA  
MORTAL

## Introducción

Marchando hacia oriente, vamos a ocuparnos de las exploraciones secretas y encubiertas que tuvieron lugar en el Sahara y en especial las incursiones a Tombuctú, ciudad sagrada del islam y prohibida a los cristianos, situada a unos quince kilómetros del río Níger.

Hasta el siglo XII era un simple pozo perteneciente a una viuda llamada Buctú —existen otras teorías— donde se detenían las caravanas. Poco a poco se convirtió en un centro de intercambio donde se comerciaba con oro, sal, marfil, nueces de cola y esclavos. En el siglo XIII pasó a formar parte del poderoso Imperio de Malí y en el XV al Imperio songay. Como hemos leído en la introducción, la última noticia de un cristiano en Tombuctú es de 1470, cuando el comerciante florentino Benedetto Dei estuvo allí y habla de una gran actividad comercial. Con la prohibición de entrar en ella creció el mito y se la creía llena de riquezas. A ello contribuyó la descripción que de ella realizaron Ibn Battuta en el siglo XIV y León el Africano en el XVI.



Dibujo de Tombuctú del siglo XIX visto desde la terraza de la casa donde habitó Heinrich Barth y que aparece en su libro *Travels and discoveries in North and Central Africa*, publicado en Londres en 1857 y 1858.

El sultán de Marrakech comerciaba con ella pero deseó conseguir todas sus riquezas y en 1590 envió un ejército de cinco mil hombres a través del desierto del Sahara para conquistarla. Muchos de los integrantes de esa expedición eran descendientes de musulmanes españoles huidos a África tras la pérdida de Granada en 1492, de moriscos derrotados en la Guerra de las Alpujarras de 1568-1571 e incluso de antiguos cautivos convertidos al islam. La expedición venció al poderoso Ejército songay y ocupó Tombuctú a finales de mayo de 1591. Comprobaron que el oro que tanto deseaba el sultán no lo sacaban de la ciudad o la zona sino que lo llevaban desde el golfo de Guinea y allí sólo lo cambiaban por otras mercancías. Marrakech perdió interés por Tombuctú y los conquistadores gobernaron la región y crearon una casta militar denominada arma. El nombre se debió a que entre las tropas

marroquíes, al haber muchos soldados de origen español se utilizaban muchas palabras de esta lengua, entre ellas «¡alarma!» cuando les atacaban. Como *al* es considerado por los árabes el artículo, les quedó el apelativo de *arma* con el que siguen siendo conocidos sus descendientes. En el siglo XVIII perdieron el poder y fueron conquistados por tribus subsaharianas muy islamizadas y fundamentalistas que no permitían la entrada a infieles.

Lo desconocido se suele mitificar y el misterio envolvió la ciudad hasta tal punto que las sociedades geográficas de Londres y París ofrecieron premios al primero que la visitara y regresara con información sobre ella. Veremos que la decepción fue grande.

Se dice que en 1618 un francés llamado Paul Imbert había sido hecho esclavo por los marroquíes y llegó a Tombuctú como siervo de uno de los inspectores que el sultán de Marrakech solía enviar periódicamente. Pero estaba tan afectado por sus sufrimientos que ni era consciente de donde llegó y nunca regresó a Europa.

En 1810, Robert Adams, un marinero norteamericano de origen africano, naufragó en la costa mauritana. Le apresaron y le pusieron a trabajar como esclavo secando pescado. Posteriormente le trasladaron a Tombuctú, donde pasó cuatro meses antes de ser comprado por un árabe que le llevó consigo a Marruecos. Le vendieron de nuevo y le tuvieron cuidando cabras. Otra nueva venta le trasladó a Agadir, donde encontró a otros de la tripulación. El cónsul británico le liberó, le tuvo unos meses en su casa y le envió a Tánger, a Cádiz y después a Londres. Allí no le creyeron, pues no consideraron fiables sus datos. Regresó a Estados Unidos y murió en la más absoluta miseria.

En 1790 los ingleses encargaron al mayor Houghton encontrar Tombuctú, pero desapareció. Las sociedades geográficas ofrecían cuantiosos premios al primero que visitara la ciudad y regresara para contarle.

En septiembre de 1826 llegó a Tombuctú, procedente de Trípoli, el explorador escocés Alexander Gordon Laing. Vestía al estilo europeo y manifestaba por doquier que era enviado del rey de Inglaterra. Tomaba muchas notas y dibujaba planos. Cuando salió de la ciudad fue asesinado. El mito seguía sin desvelarse.

En cuanto al Sahara, hemos de distinguir por una parte el occidental, correspondiente a Mauritania y al antiguo Sahara español; por otra el central, correspondiente a Malí, Argelia, Níger y Chad, y finalmente el oriental, que correspondería a Libia y Egipto. Francia tomó un papel muy activo, con expediciones desde Senegal, pues buscaba controlar toda la zona. Algunas de las misiones las hemos visto en el capítulo de Marruecos con Rohlfs y

Foucauld. En otras ocasiones serán individuos particulares, por simple afán de aventura, los que intentarán cruzarlo disfrazados y encubiertos.

# Friedrich Conrad Hornemann

## (1772-1801) (1797)

### El niño enfermizo y débil que fue el primero en recorrer el Sahara

Nació en una familia de pastores evangélicos desde generaciones. Era un niño enfermizo y no pensaban que llegaría a adulto, por lo que le dejaban disfrutar con sus fantasías de viajar a lugares lejanos y descubrir nuevas tierras aunque les apetecía que fuera sacerdote.

A los 12 años, por Navidad, en 1784, le regalaron un libro de Oliver Drapper titulado *La descripción verídica y circunstanciada de África y de los reinos y países a ella pertenecientes*, que había sido publicado en 1670 y que le acompañaría hasta la muerte. Lo leyó de cabo a rabo sin parar, entusiasmado. Sus profesores se admiraban de los vastos conocimientos que poseía de geografía con sólo doce años y a veces incluso les superaba.

Mejóro su salud, y en 1791, a los diecinueve años, ingresó en la Facultad de Teología de la prestigiosa universidad de Gotinga. Cuatro años después le expulsaron y se dedicó a estudiar ciencias naturales y árabe. Deseaba convertirse en viajero y explorador y solicitó una recomendación ante la Association for Promoting the Discovery of the Interior Parts of Africa (que después se convertiría en African Association y más tarde en la Royal Geographical Society), al naturalista alemán Blumenbach. Este conocía al presidente de la entidad inglesa, sir Joseph Banks, quien acompañó a Cook en su primer viaje y fundó en 1788 la asociación. Buscar nuevas colonias en África era una forma de compensar la pérdida de las posesiones norteamericanas.



Dibujo de Friedrich Conrad Hornemann entrevistándose con Napoleón en El Cairo. Autoría y fecha desconocidas.

Hornemann fue aceptado y a mediados de julio de 1797 zarpó de Londres con rumbo a El Cairo. Mientras tanto, a finales de septiembre, los mismos días en que Hornemann atraca en El Cairo, Mungo Park embarcaba en Pisana para regresar a Gran Bretaña y dar cuenta de sus viajes.

En 1798 Hornemann partió de Alejandría a El Cairo. Quería desvelar el misterio del río Níger. Se afirmaba que era un brazo del Nilo porque ambos tenían hipopótamos. Se pensaba que todos los ríos que desembocaban en el

golfo de Benín eran el Níger. El Nilo además sube de cincuenta centímetros de profundidad a finales de mayo hasta tres metros en julio y a siete y medio a principios de octubre. Había más misterios. Seth, un dios egipcio de la Antigüedad era representado con cabeza de okapi, animal que no fue descubierto hasta 1900 en la cuenca del río Congo, lo que demostraba que los egipcios lo conocían (habita sólo en las selvas vírgenes ecuatoriales).

Lo mismo ocurría con los pigmeos, descritos por Homero y que algunos faraones como Keops II tenían como adorno en sus cortes en el 3000 a. C. Ramsés, en el 1250 a. C., conoció los pantanos del alto Nilo, que no fueron redescubiertos hasta Baker, en 1864. Por tanto, se consideraba que los antiguos egipcios conocieron el alto Nilo y África ecuatorial. Parece ser que llegaron hasta el actual lago Kivu. Ramsés III, en el año 1168 a. C., envió miles de soldados al sur, a una zona que podría estar situada en el Zambeze, región minera donde hay antimonio, que utilizaban como afeite en Egipto. Por otra parte, en Zimbabwe se han encontrado pinturas rupestres de hombres de raza blanca muy detalladas. Se ha demostrado con el carbono 14 que son del 1500 a. C. Se creía que el Níger era un brazo del Nilo y el Congo también (sale del lago Tanganica a través del río Lukuga).

Cuando Hornemann iba a abandonar la ciudad se declaró una epidemia de peste, la población fue declarada en cuarentena y hubo de quedarse allí diez meses más. Un día escuchó en la calle un taco en alemán —suelen salir en la lengua materna— y entabló conversación con el sujeto. Se trataba de Josef Freudenberg, de Colonia. Renegado desde hacía diez años, había peregrinado tres veces a La Meca. Se ofreció a acompañarle como criado e intérprete hasta Murzuk. Fue en ese momento, a finales de agosto de 1798, cuando Hornemann decidió disfrazarse de árabe:

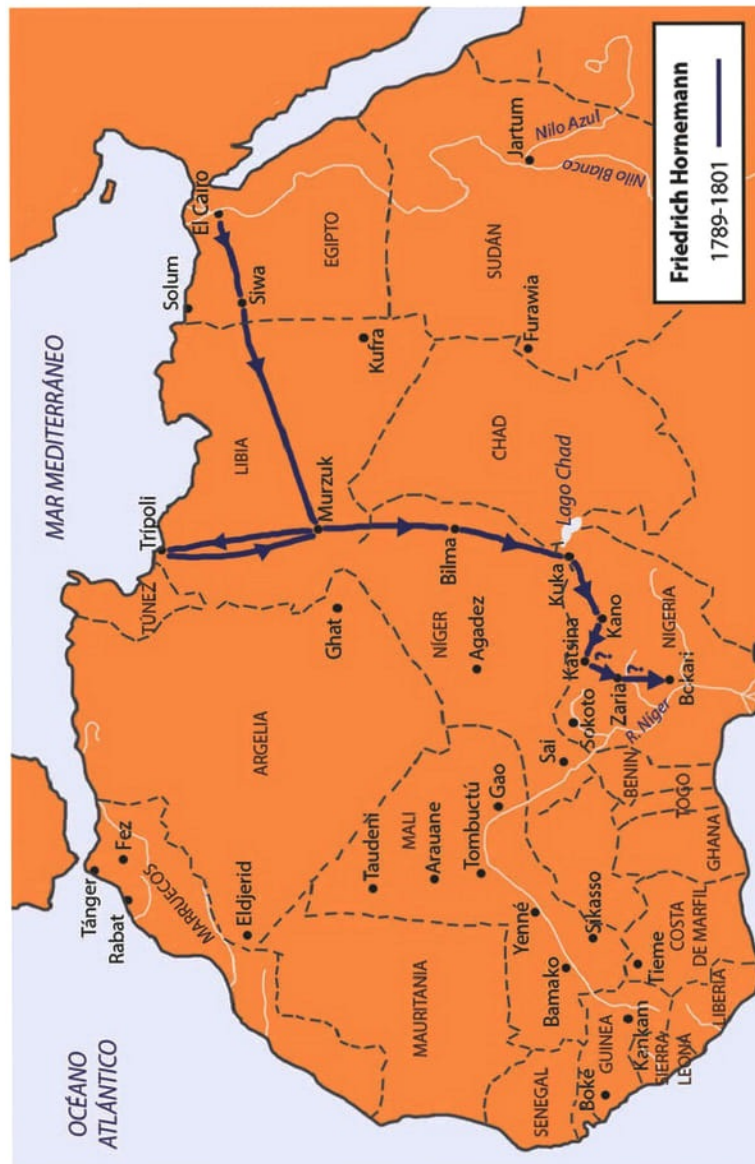
Para alcanzar objetivos extraordinarios, es costumbre servirse de medios extraordinarios.

Yo, en mi empresa, podría decir que lo he hecho al revés. El plan que me he trazado y que pienso seguir en todo el curso del viaje es muy sencillo y puede expresarse en una sola línea: viajaré como mercader mahometano al frente de una caravana. De este modo estaré en condiciones de recorrer el país con la misma seguridad que los indígenas.

Como muchos miembros de las caravanas han estado en La Meca, saben muy bien que hay muchos mahometanos que no hablan



árabe y que incluso tienen usos y costumbres diferentes de los suyos. Con conocer las oraciones y los ritos religiosos, no resulta difícil pasar por musulmán. Por lo que respecta a cierta señal personal un tanto sospechosa [la circuncisión], uno está a cubierto de investigaciones desagradables gracias a la delicadeza natural de los mahometanos.





Grabado del siglo XIX que representa la ciudad de Murzuk, al suroeste de la actual Libia.

Napoleón acababa de desembarcar en Egipto, por lo que a Hornemann no le pagaban el dinero librado desde Inglaterra para él. Tras esperar un mes consiguió que le recibiera el corso, quien le ayudó. Se hizo llamar Musa Ben Yussuf y se unió a una caravana rumbo a Fezán, la región que rodea Murzuk (actual Marzuq a unos  $14^{\circ}$  E y  $26^{\circ}$  N). Tras escribir a la Royal Geographical Society rogándoles que no preguntaran por él para evitar que le descubrieran, salieron el 5 de septiembre 1798 (31 de agosto según otras fuentes).

Hornemann cuenta lo desagradable que sabe el agua de los odres —pieles de cabra cosidas herméticamente y utilizadas para transportar líquido—. Fue determinando posiciones geográficas con cuidado de que no le vieran. Pasó por el oasis de Siwa, situado en la actual frontera entre Egipto y Libia ( $25^{\circ}$  E y unos  $29^{\circ}$  N), donde hubo una ciudad en la que se asentaron griegos y romanos. La gente sospechaba de ellos por su color y se decía que eran espías de los cristianos. Según se enteró por su ayudante, pensaban matarlos. Hornemann se enfrentó a ellos y les dijo: «Dime hermano, ¿acaso no nos has

visto orando y leyendo el Corán? ¿Y ahora nos acusas de pertenecer a los infieles de El Cairo? ¿No sabes que es un gran pecado decir a un creyente que es infiel? Esperaba de ti más juicio y más temor de Dios».

Parece ser que su ayudante había hablado o enseñado los pasaportes que les había proporcionado Napoleón. Hornemann dijo que no sabía lo que decían, que él sólo entendía del Corán. Como además sabía escribirlo en árabe, lo que ellos eran incapaces de hacer, fueron respetados. Según cuenta, algunos mostraron desagrado, pues perdían la posibilidad de saquearlos como infieles. Llegaron a Murzuk, capital del Fezán, el 17 de noviembre de 1798. Este lugar está situado a ciento cincuenta kilómetros al sur de la actual Sebha.

Hornemann permaneció varios meses en Murzuk, tiempo que aprovechó para recopilar datos y observaciones de las mercancías que llegaban y salían con las caravanas, así como sus precios: «Un camello cargado de indiana inglesa, telas de algodón, muselina y seda, perfumes, piedras de escopeta, azadas, lana fina, jabón, azúcar, té, sal, vinagre, cortaplumas, tijeras, espejos y antimonio para la elaboración de rímel para las cejas y pestañas, costaba en Murzuk unas 30 libras. Aquel cargamento, llevado a través del Sahara y puesto en buen estado en el Sudán [Malí], reportaba, deducción hecha de todos los gastos, unas 100 libras».

De Murzuk subió a Trípoli para poner a salvo todas sus notas, donde llegó a mitad de agosto de 1799. Entregó sus materiales al cónsul británico y consiguió que el pachá de la citada ciudad le nombrara su representante. A raíz de la conquista de Egipto por Napoleón hubo muchas matanzas de cristianos en el norte de África. En diciembre de 1799 partió de Trípoli. Pidió al cónsul inglés que, si desaparecía, no le buscaran antes de que pasaran tres años. Dicen que llegó al Níger y a Tombuctú —no hay ninguna constancia de ello— y que en 1801 murió de disentería en Bokari, donde se unen los ríos Níger y Benué. Lógicamente sólo se cuenta con el material que dejó en Trípoli. Su suerte es un gran misterio sin desvelar. Parece ser que viajó de Trípoli a Kano y al lago Chad. Se considera que aportó mucho a la geografía de la zona.

**Hugh Clapperton** estudió matemáticas y navegación, y trabajo como marino. En 1820 se interesó por África y en 1822, con Walter Oudney y Dixon Denham, fue enviado a buscar a Hornemann. Viajaron desde Trípoli hasta el lago Chad, donde llegaron en 1823. Después Oudney murió camino de Kano en enero de 1824. Hugh continuó hasta Sokoto, donde el sultán no le permitió continuar cuando sólo le quedaban cinco días de viaje para llegar al

Níger. Tuvo que volver a Kuka, donde le esperaba Denham, y regresaron a Trípoli el 26 de enero de 1824 sin encontrar ni el Níger ni a Hornemann.



Retrato de Hugh Clapperton. Autoría y fecha desconocidas.

En otra expedición posterior, en diciembre de 1825, desde Benín, en el golfo de Guinea, Clapperton llegó a Bussa (10° N y 5° E), la población ribereña del Níger donde había muerto Mungo Park. Disponía de todos los medios que necesitaba y avanzaba rápido. Ese mismo año, acompañado de su ayudante Richard Lander, regresó a Sokoto desde el sur siguiendo el río. Quedaba demostrado que el Níger no fluía siempre hacia el este sino que se desviaba hacia el sur. Faltaba por conocer el tramo que discurría entre Yenné

y las cercanías de Sokoto, pero el sultán tampoco esa vez le permitió seguir al este. Falleció de disentería el 13 de abril de 1827. En algunos lugares se asombraban al verlos pues pensaban que los cristianos ni siquiera eran humanos y tenían claro que eran el peor pueblo del mundo. A Lander, su ayudante, le acusaron de brujería y le condenaron a beber una pócima para demostrar que no lo era. Sobrevivió y pudo regresar a Europa, donde escribió dos libros sobre su aventura con Clapperton. En 1831 Richard, acompañado de su hermano John Lander, recorrió de nuevo el curso del Níger en 1830 y 1831 partiendo del golfo de Benín y llegando hasta Bussa. Fue secuestrado durante un tiempo por un rey local de la tribu ibo. También recorrió el Benué, un afluente por el este.

En 1833, Richard regresó por tercera vez y fue asesinado, junto al Níger, el 6 de febrero de 1834.

## Bibliografía

- De Gramont, Sanche, *El dios indómito. La historia del río Níger*. Madrid: FCE, 2004.
- Hornemann, Friedrich, *The Journal of Frederick Hornemann*. Londres, 1802.
- Lander, Richard, *Journal of Richard Lander from Kano to the Sea Coast*. Londres, 1829.
- , *Records of Captain Clapperton's last expedition to Africa, with the subsequent adventures of the author*. Londres, 1830.
- , *Journal of an expedition to explore the course and termination of the Niger*. 1832.

# René Caillié

## (1799-1838) (1827)

### El primero que regresó vivo de Tombuctú

Nació en Mauzé, departamento de Deux Sèvres, cerca del Atlántico, en noviembre de 1799. Muchos escriben su apellido Caillé, y él mismo, durante mucho tiempo, también lo caligrafió así. Su padre, panadero, fue condenado por robo en 1800 y falleció en la prisión de Rochefort en 1808. Su madre pereció tres años después y René quedó al cuidado de un tío. En cuanto aprendió a leer y a escribir le pusieron a trabajar como aprendiz de zapatero.

Pasaba los domingos y todos sus momentos de asueto leyendo todo lo que caía en sus manos sobre viajes y descubrimientos, y soñando realizar esas aventuras. Parece ser que la adicción surgió con la lectura de Robinson Crusoe. África y sus grandes regiones desconocidas excitaban su imaginación.

Devoró el libro de Alí Bey en cuanto fue publicado en Francia. Caillié, después de leer la obra, se plantó en la casa de Badía en París. Este le recibió calurosamente y le animó a conseguir su sueño de visitar Tombuctú. A pesar de las burlas de los conocidos René perseveró y a los dieciséis años se marchó de casa en contra de la opinión de su tío. El 27 de abril de 1816, en Rochefort, se embarcó como grumete en el navío *Leire*, con rumbo a Senegal. Desembarcó en Saint Louis. Los ingleses organizaron varias expediciones hacia el interior que terminaron en fracaso y en la muerte de sus integrantes. Al enterarse de que el mayor Gray se disponía a realizar otra desde la actual Gambia se trasladó a pie, parte del camino descalzo, desde Saint Louis a Dakar y a la desembocadura del río Gambia (unos trescientos kilómetros). No fue aceptado. Se embarcó con destino a la isla de Guadalupe, en el Caribe,

donde trabajó seis meses y leyó a Mungo Park. Regresó a Burdeos y de nuevo partió a Senegal, donde llegó a finales de 1818.



Retrato de René Caillié de autoría y fecha desconocidas.

Logró unirse, sin sueldo, a la expedición de Parterrieu para auxiliar al mayor Gray en febrero de 1819. La expedición la componían sesenta hombres, entre europeos y africanos, con treinta y dos camellos. Había de desplazarse a pie y sólo tenía derecho a las sobras de comida y agua. Sufrió muchas penalidades, se vio afectado por unas fiebres que casi terminaron con su vida y le obligaron a regresar a la costa y a Francia. Se recuperó y continuó estudiando y soñando con Tombuctú.

En 1824 regresó de nuevo a Senegal. Decidió que, como Badía, la mejor forma de conseguir su objetivo era hacerse pasar por musulmán. Se inventó la historia de que era egipcio de Alejandría, que las tropas napoleónicas le habían llevado a Francia siendo niño y que deseaba regresar a su tierra, retomar su religión y peregrinar a La Meca.



Retrato de Mungo Park, el médico y explorador escocés al que leyó Caillié y quiso imitar. Está realizado en una miniatura de mica de nueve por siete centímetros. Autoría y fecha desconocidas.



Se marchó ocho meses a convivir con los moros (*maures*) de Brakna, una tribu mauritana, al norte del río Senegal, cerca de Podor, para aprender árabe y conocer el Corán. Se dedicó a vender pacotilla que le prestaron. Viajaba llevando sus mercancías sobre la cabeza y con los pies descalzos. Los otros iban a caballo o sobre bueyes domesticados. En su relato cuenta el tiempo que vivió con los *maures*, los diferentes campamentos en que residió, las costumbres y las relaciones entre grupos sociales y tribales. Todo ello con mucho detalle y escrito a escondidas.

En mayo de 1825 regresó a Saint Louis. Quería realizar el viaje a Tombuctú por el norte, por Walata, pero las autoridades francesas no le ayudaron. Sólo le ofrecieron un trabajo de capataz en una granja por un mísero sueldo de seiscientos francos al año. Se enteró de que Laing había partido desde Trípoli. Desilusionado y apesadumbrado, en 1826 baja a Freetown, en la actual Sierra Leona. Trabajó para los ingleses dirigiendo una fábrica de índigo —el tinte que se utiliza para teñir de azul—, donde le pagaban tres mil francos anuales. Cuando ahorró unos dos mil los cambió por telas, cuentas de cristal, oro, plata, medicinas y mercancías diversas y se marchó a Kakondi, de donde salían comerciantes para el interior. Llegó ya disfrazado de árabe *maure* y haciéndose llamar Abdallah.



Casa de Tombuctú donde habitó René Caillié durante su estancia allí.

Contrató a unos nativos mandingas para que le acompañaran a cambio de un buey. Comenzaron el viaje el 19 de abril de 1827 en la orilla derecha del río Nunez, cerca de Boke, en la frontera de la actual Guinea-Conakry con Guinea-Bisáu. El primer día recorrieron unos dieciocho kilómetros. Los porteadores llevaban un gran bastón, tan alto como ellos y, para descansar, apoyaban la carga, que solía ser alargada, en la rama de un árbol y en el bastón sin tener que bajarla ni subirla. Comían arroz hervido con aceite de palma y salsa de cacahuets molidos y tostados. Para las comidas se establecían tres grupos: él, su guía y los mandingas libres por un lado; los mandingas esclavos por otro; y la mujer del guía, que preparaba la comida de todos, la cual comía sola y apartada.

Después de seguir el río Nunez, se guiaron por el Naufomon, afluente del anterior. Era la época de lluvias, de abril a septiembre, y todo estaba cubierto de barro. Pasaron por numerosas aldeas y por muchos *ourondes*, poblados donde vivían los esclavos, situados junto a los campos de cultivo que los propietarios visitan de vez en cuando. Algunas aldeas eran de mandingas, otras de peuls y otras de diakolés. Caillié escribía todas sus notas a escondidas mezclando las hojas manuscritas con páginas sueltas del Corán para simular que las leía o copiaba. La gente le solía acoger bien cuando contaba la historia de su cautiverio a manos de los franceses y a veces conseguía ayuda por su condición de casi compatriota del profeta. Otros le pedían que, cuando llegara a La Meca, intercediera por ellos o les hiciera un hueco en el paraíso.

Llegaron a Timbo, capital del Futa Djalón y cruzaron el río Bafing, afluente del Senegal. Allí se quedó su guía y contrató a otro, Lamfia, que le llevó hasta Kankan. En la región un pollo costaba dos disparos de pólvora y una mujer dos o tres esclavos. En cada aldea había que pagar derechos de aduana o portazgo. Pasaron a alimentarse de unas gachas hechas con *fonio*, una gramínea, muy insípida, que se cuece con agua y a la que se añade una salsa hecha con hierbas, verduras o manteca de carité, aunque muchas veces se tomaba sola. Con frecuencia sufría de fiebres, que remediaba con sulfato de quinina. No pudo subir por Segú porque había una guerra entre esta ciudad y la de Yenné, en el camino de Tombuctú.

Con frecuencia los guías le engañaban, le robaban sus pertenencias y le exigían más de lo convenido, algo que sigue ocurriendo. Los lugareños

también se aprovechaban de él. Comenta que, sin embargo, los pobres le solían ayudar con frecuencia y se preguntaba si sería porque ellos sabían lo que era sufrir.

En Sambatikila fue recibido por el príncipe de la región, que le informó de una caravana que iba a salir de Tiné con destino a Yenné. Caillié describe la casa del príncipe:

Entramos en una pieza que servía a la vez de alcoba para él y de cuadra para su caballo. La cama del príncipe estaba situada junto a la pared del fondo, y consistía en un pequeño estrado de unos quince centímetros de elevación, sobre el que había una piel de vaca, con un sucio mosquitero para preservarse de los insectos. No había muebles en aquella cámara real. Sólo se veían dos sillas de montar, colgadas de unos palos de la pared, un arco, un carcaj y flechas, una lámpara hecha de un pedazo de hierro plano y sujeta por otro trozo del mismo metal y puesta en tierra, en la cual quemaba manteca vegetal pues no tiene bastante consistencia para hacer velas.

Contrató un nuevo guía que le llevó hasta Tiémé, en la frontera de la actual Costa de Marfil, donde para vivir bien sin trabajar se consideraba que hacían falta doce esclavos. Allí se reían de su nariz y de su paraguas, al que llamaban sombrero y les encantaba abrir y cerrar. Se alimentaba de ñames. Sufrió de fiebre y escalofríos. Cuenta que se curó copiando una sura del Corán en una tablilla, lavándola y bebiendo el agua resultante.



Se vio obligado a descansar por una herida de un pie que no sanaba y debió permanecer sin poder caminar desde agosto hasta octubre, perdiendo la posibilidad de unirse a la primera caravana que partió. En noviembre, le atacó el escorbuto, perdió dientes, se le peló y cayó parte del paladar y se le desfiguraron las mandíbulas. Pasó quince días sin dormir. Tenía mucho miedo a ser descubierto en su farsa, pues para los musulmanes, según sus propias palabras, es cien veces peor pasar por falso musulmán que por cristiano. En la zona un esclavo costaba mil quinientas nueces de cola y una mujer tres o

cuatro esclavos. Trató mucho con los *saracolets*, mercaderes de la región que tenían un idioma propio aunque habitaban en muchos lugares.

En enero de 1828, restablecido, aunque con la cara desfigurada, partió de Tiémé, donde había llegado el 3 de agosto de 1827. Él mismo escribe que daba mucha pena y asco a los nativos. Hasta el momento había avanzado en dirección este, pero cambió a rumbo noreste.

En la nueva región sólo admitían como moneda los cauris, unas pequeñas conchas marinas. Un pollo costaba ochenta unidades. Criaban perros para comer y con las ratas hacían salsa para acompañar las gachas. Creían que la escritura era magia y algunos le pedían *grigrís* —trozos de papel envueltos en cuero donde se ha escrito algo del Corán—. Le solicitaban muchos remedios y fue gastando sus medicinas. A veces le invitaban, otras había de pagar por la comida. La sal era un artículo de lujo y a veces se cambiaba un pollo por la sal necesaria para sazonarlo.

Notaba cómo iban sustituyendo los techos de paja de las chozas por casas de barro techadas con el mismo material. No tenían chimenea y el humo de los fuegos interiores sólo podía salir por la puerta con lo cual se llenaba todo de humo y había de dormir fuera.

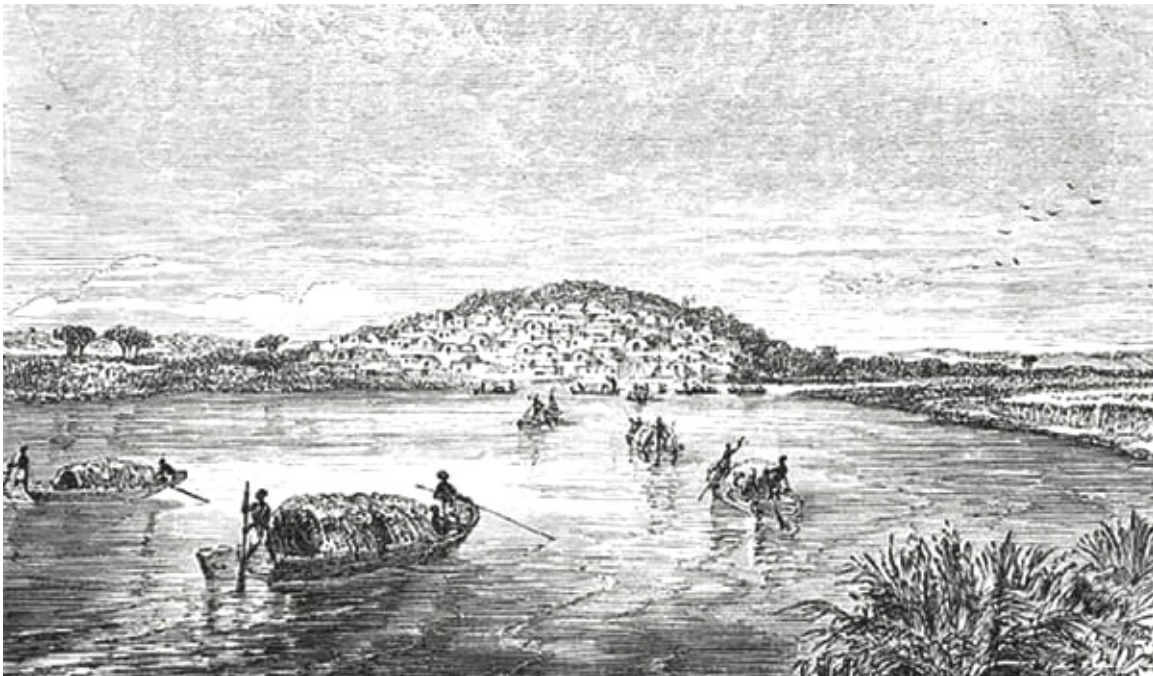
En la zona vivían principalmente bambaras, animistas, aunque seguía habiendo aldeas de mandingas (musulmanes) o algunas donde habitaban gentes de ambas etnias. Los primeros tenían costumbre de colgar de las paredes las cabezas de los animales que han comido para darse importancia y tono social. Aprendió que «pronto» significaba quince o veinte días. Se unió a una caravana de comerciantes. En el pueblo de Tangrera, ya en la actual Malí, cohabitaban bambaras y mandingas; los primeros elaboraban y bebían cerveza. Las casas de los maridos eran de tierra y las de las mujeres de paja. Caillié tenía resfriados frecuentes, tosía mucho y esputaba sangre. Tras un mes de resfriado se quedó afónico.



Grabado del siglo XIX dibujado según las indicaciones de René Caillié que representa Tombuctú con sus tres mezquitas principales y las chozas redondas de los nómadas. A pesar de que la describió de forma triangular la dibujaron rectangular.

Llegó a Yenné el 11 de marzo de 1828. Las nueces de cola se cotizaban muy poco, lo que suponía un desastre para los comerciantes que iban con él. Por aquel entonces la ciudad tenía diez mil habitantes y en el mercado se podían encontrar mercancías europeas que llegaban a través de Tombuctú. Un esclavo valía de veinticinco mil a cuarenta mil cauris. Se enteró del asesinato de un cristiano en Tombuctú y supuso que sería Laing.

Cambió el paraguas por una plaza en una piragua que le llevó a Tombuctú. Durante el viaje los tuareg les hicieron pagar el derecho de paso por el río. Tras una penosa travesía de más de un mes llegaron a Kabara, puerto de Tombuctú, a unos quince kilómetros de distancia. Los tuareg le volvieron a cobrar por desembarcar. Le recibieron los esclavos de Sidi Abdallahi, un mercader al que Sidi-Mbark, a quien había entregado el paraguas, había avisado para que le acogiera. Allí pasaban las mercancías a asnos y camellos para llevarlas a Tombuctú acompañados de los comerciantes que habían llegado desde la ciudad en caballos para supervisar el desembarco y el traslado. Llevaban escolta armada para protegerse de los bandidos.



Dibujo del río Níger a su paso por Kabara, el puerto de Tombuctú. Realizado por Rouargue según indicaciones de H. Barth. Publicado en la revista *Le Tour du Monde* en París en 1860. Tanto la situación de la población en una ladera como la forma de las barcas o *pinasses* es muy exacta.

El 20 de abril de 1828 entró en Tombuctú y le recibió Sidi Abdallahi. Comprobó que el mito de ciudad de riquezas era falso y los esplendores habían desaparecido. Sólo veía casas de adobe mal construidas:

Al fin llegamos felizmente a Tombuctú, en el momento en que el sol tocaba el horizonte. Veía por fin esta capital del Sudán que desde hacía tanto tiempo era el objeto de todos mis deseos. Cuando entraba en esta ciudad misteriosa, meta de las exploraciones de las naciones civilizadas de Europa, me embargó un sentimiento inexpresable de satisfacción. No había sentido nunca una sensación parecida y mi júbilo era extremo. Pero había que reprimir los impulsos del corazón. [...] Recuperado de mi entusiasmo, comprobé que el espectáculo que tenía ante mis ojos no respondía a mis expectativas.

Una vez calmado mi primer entusiasmo, hube de confesarme que lo que veía era muy distinto de lo que había esperado ver. [...] Todo eran casas de barro mal construidas, y en rededor, hasta el horizonte, donde se confundían el cielo y la tierra, arenas movedizas de un blanco amarillento. El sueño, la modorra y la melancolía del desierto daban a las calles un aspecto fantasmagórico, no se oía ni el canto de un pájaro. De todos modos, es admirable ver en pleno desierto una ciudad tan grande, y uno se maravilla de los esfuerzos de sus fundadores.

Superada la primera decepción confesó: «Sin embargo hay un no sé qué de majestuoso en ver una gran ciudad construida en medio de las arenas y uno debe admirar los esfuerzos que debieron hacer sus fundadores».

El 22 de abril le informaron de que salía una caravana con destino a Marruecos (Tafilet). Alegó que estaba muy fatigado y enfermo después de la larga y penosa marcha efectuada y que esperaba a la próxima. Sidi le invitó a quedarse todo lo que deseara. Puso a su disposición una casa, cerca de la que habitó Laing, unos esclavos para servirle y le llevaba dos comidas diarias. Pero Caillié temía ser descubierto como su antecesor. Cuenta que a pesar de la gran influencia económica que tenían los *maures*, el rey de Tombuctú era un *negro*. Lo que Caillié llamaba rey era, en realidad, el pachá arma de Tombuctú. Osmán era el pachá número ciento sesenta y siete que gobernaba la región, el llamado estado arma, desde que Juder, al mando de moriscos y mercenarios españoles, conquistara la región en 1591. Lo describe con piel negra, nariz aguileña y labios delgados, lo que muestra el mestizaje de los españoles con la población nativa. Añade que vestía de un modo particular, parecido a los *maures*. Cuenta:



Muchos moros se han establecido en esta ciudad y se dedican al comercio; yo los comparo a los europeos que van a las colonias con la esperanza de hacer fortuna: estos Moros regresan después a su país para vivir allí tranquilos. Tienen mucha influencia sobre los indígenas, sin embargo el rey o gobernador es un negro. Este príncipe se llama Osmán; es muy respetado por sus súbditos y muy sencillo en sus costumbres: nada le distingue de los demás; su ropa es parecida a la de los moros de Marruecos; no hay tampoco más lujo en su domicilio que en el de los otros comerciantes.

Caillié añade que su hijo debía sucederle. Pocos años después, en 1831, los arma se levantaron contra Amadú, un peul fanático que había conquistado toda la zona, y en 1833 le presentaron batalla. Osmán dirigió las tropas pero fueron masacrados cerca de la ciudad por un enemigo dotado de mucho mejor armamento y él mismo perdió la vida. Con él terminó el pachalato y el estado arma que había existido en la región desde finales del XVI. Pero esa es otra bonita e interesante historia.



Sello de 1938 dedicado al centenario del fallecimiento de René Caillié mostrando la ruta que siguió. Como es de la época colonial se denomina a la zona Soudan y A. O. F. (África Occidental Francesa).

Caillié explica el comercio entre Marruecos, el Mediterráneo (Trípoli, Túnez, Argel) y Tombuctú desde donde las mercancías, y especialmente la sal, eran luego distribuidas por África subsahariana. Pero señala: «Tombuctú, que no era tan grande ni estaba tan poblada como yo creía, carecía completamente de animación. No se veían entrar en ella, como en Jenné [Yenné], caravanas todos los días. No tenía tampoco la afluencia de extranjeros que en Jenné se encontraba. El mercado, que se celebraba a las tres de la tarde, a causa del calor excesivo, estaba desierto».

Caillié describe con mucho detalle la ciudad:

El recinto de Tombuctú, que tiene la forma de un triángulo, representa unas tres millas de circunferencia. Las casas son grandes, bajas y construidas de adobes redondos. Las calles son anchas y están limpias. En fin se cuentan siete mezquitas coronadas de torres de ladrillos, desde las cuales el muecín llama a los fieles a la oración. En esta capital del Sudán, aun comprendiendo la población flotante, no se cuentan más de diez a doce mil habitantes.

Destaca las mezquitas de Yinguereber, al suroeste; Sankoré, al noreste y Sidi Yahia, en el centro de la ciudad, situándolas correctamente pero sin citarlas por su nombre. Pasa mucho tiempo en lo más alto del alminar de Yinguereber simulando rezar y aprovechando para escribir sin ser molestado ni percibido. Señala que la parte oeste de la mezquita es muy vieja y está mejor construida que el resto. Caillié no sabía que esa parte fue diseñada por el arquitecto y poeta granadino Isak El-Sahili, en el siglo XIV.

Cuenta cómo estaban expuestos a los ataques de los tuareg, a los que debían permitir todo y pagarles un tributo para que no atacaran las caravanas:

Situada en medio de una inmensa llanura de arena movediza, no tiene más recursos que la explotación de la sal, porque la tierra es impropia para toda especie de cultivo. De tal suerte que si los tuareg interceptasen completamente las numerosas flotillas que acuden del Níger inferior, los habitantes se verían reducidos a sufrir la escasez más espantosa.

La proximidad de estas tribus errantes y sus exigencias, que se renuevan sin cesar, son una traba para el comercio. Tombuctú

está continuamente llena de gentes que van en busca de lo que llaman presentes, pero que con más justa razón podrían llamarse contribuciones forzosas. Cuando el jefe de los tuareg llega a Tombuctú, su llegada es una calamidad pública. Durante dos meses permanece en la ciudad con su numerosa comitiva mantenido a costa de los habitantes, y no se va hasta después de haber recibido cuantiosos regalos.

El terror ha extendido la dominación de estas tribus errantes por todos los pueblos inmediatos, a los cuales explotan y saquean sin misericordia.

Por el contrario los peul, que vivían y viven en determinadas zonas de la región, no estaban sometidos a los nómadas del desierto pues no gozaban de riquezas apetecibles para estos. La región estaba tan desolada que hasta el forraje para los animales, el *bourgou*, se traía del río, de Kabara, de las hierbas que crecen en sus orillas con motivo de la crecida. También llevaban de la ribera la cara madera para las lumbres que los pobres sustituyen por excrementos secos de camello.

Caillié preguntó hacia dónde continuaba el río y todos le comentaban que iba al país de Hausa (una región de Nigeria), aunque añadían que se perdía en el Nilo, en lo cual sí estaban equivocados. Respecto a la cultura de la ciudad comenta:

Es cierto que los habitantes de Tombuctú, que mantienen continuamente relaciones con los pueblos semi-civilizados del Mediterráneo, poseen algunas ideas sobre la dignidad del hombre. Yo he visto siempre en mis viajes que es entre los pueblos menos civilizados donde la mujer está más sometida... En Tombuctú, las mujeres no portan velo como en el imperio de Marruecos; salen cuando quieren y son libres de ver a todo el mundo.

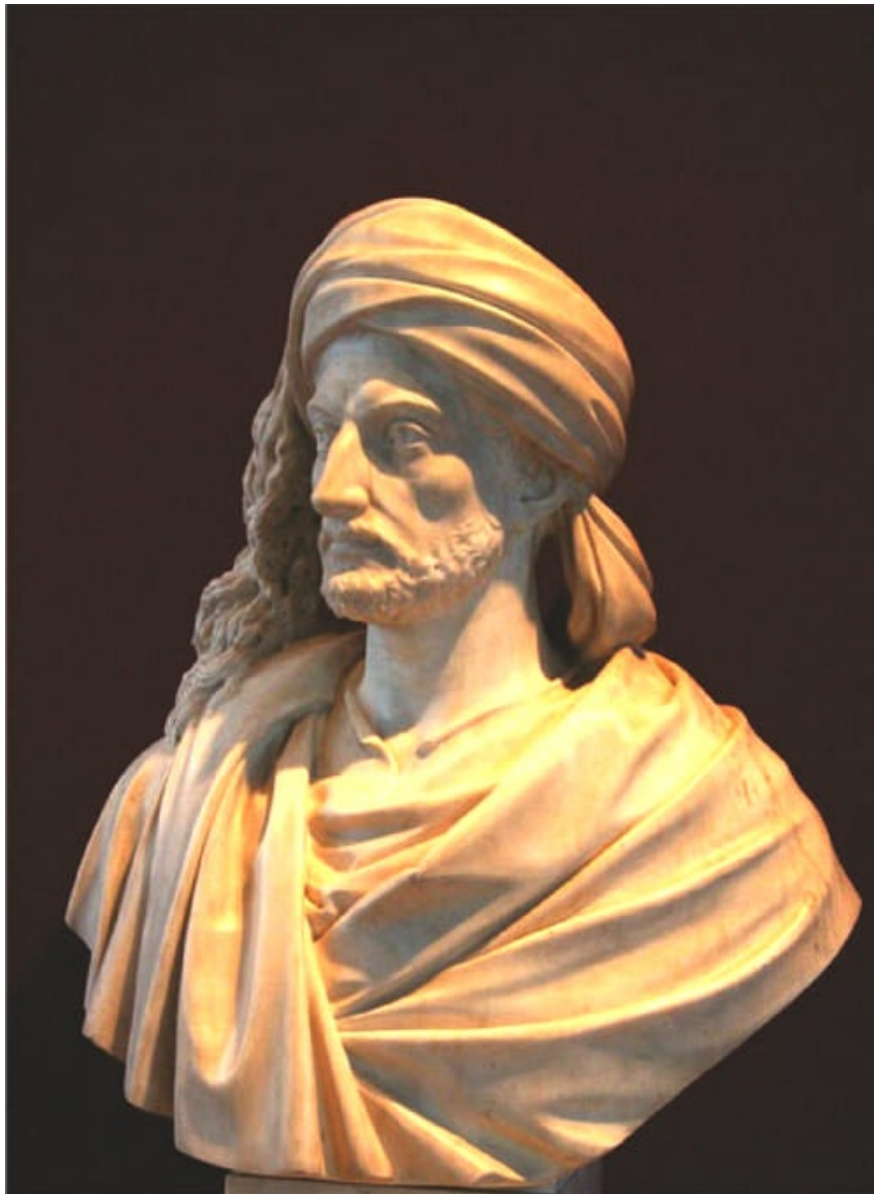
A los habitantes los calificaba como dulces y afables hacia los extranjeros, emprendedores, inteligentes y limpios. Le veían tan pobre y con tan mal aspecto que le daban limosna espontáneamente cuando se cruzaban con él. Los comerciantes tenían muchas esposas a las que ocupaban vendiendo sus mercancías, excepto la favorita, que vigilaba al servicio doméstico. Las

mujeres se untaban el cuerpo con manteca de carité, para evitar la desecación de la piel por el caluroso viento del este —ahora se utiliza en la composición de muchos cosméticos—. Las mujeres libres se distinguían de las esclavas por la calidad de sus ropas y porque las primeras portaban un anillo de oro en la nariz y las segundas sólo collares. Se asombraba de la alegría de los esclavos. Cuando oscurecía, los siervos no salían fuera de la ciudad para que no les secuestraran los tuareg, con los que trabajarían mucho más y llevarían peor vida. Le costó mucho aguantar el excesivo calor de la ciudad, que obligaba a sus habitantes a suspender totalmente la actividad durante muchas horas del día.

No pudiendo buscar más excusas para permanecer en la ciudad salió en una caravana de seiscientos camellos el 4 de mayo de 1828. Sidi le regaló muchas cosas para el viaje. Avanzaban unos tres kilómetros a la hora. El 10 de mayo llegaron a Arauane, un poblado a unos doscientos kilómetros al norte de Tombuctú donde todavía hay unas minas de sal. Allí ya no se utilizaban los cauris como moneda sino sólo oro y plata. Se unieron a otra caravana y juntaron un total de mil cuatrocientos camellos y cuatrocientos hombres libres que transportaban oro, esclavos, marfil, goma, plumas y tejidos. Pasaron ocho días sin encontrar ningún pozo y hubieron de matar camellos para beber el agua de sus estómagos. El 27 de mayo llegaron a Taudeni, cuatrocientos kilómetros más al norte. Cuando accedieron a los pozos hubo de esperar un día entero hasta que le correspondió beber y rellenar sus odres.

Sufrió muchas penalidades. Por el lamentable estado de sus mandíbulas y el asco que les producía le daban de comer aparte, le trataban con desprecio y hasta obligaban a los esclavos a que se mofaran de él y le pegaran. Cada vez le exigían más a cambio de la comida. Cuando el calor era excesivo caminaban durante la noche y dormían durante el día. Una mañana despertó cubierto de serpientes. Para colmo de males el 28 de junio se cayó del dromedario y gracias a que un compañero de viaje le colocó los huesos pudo seguir adelante, aunque apenas podía caminar.

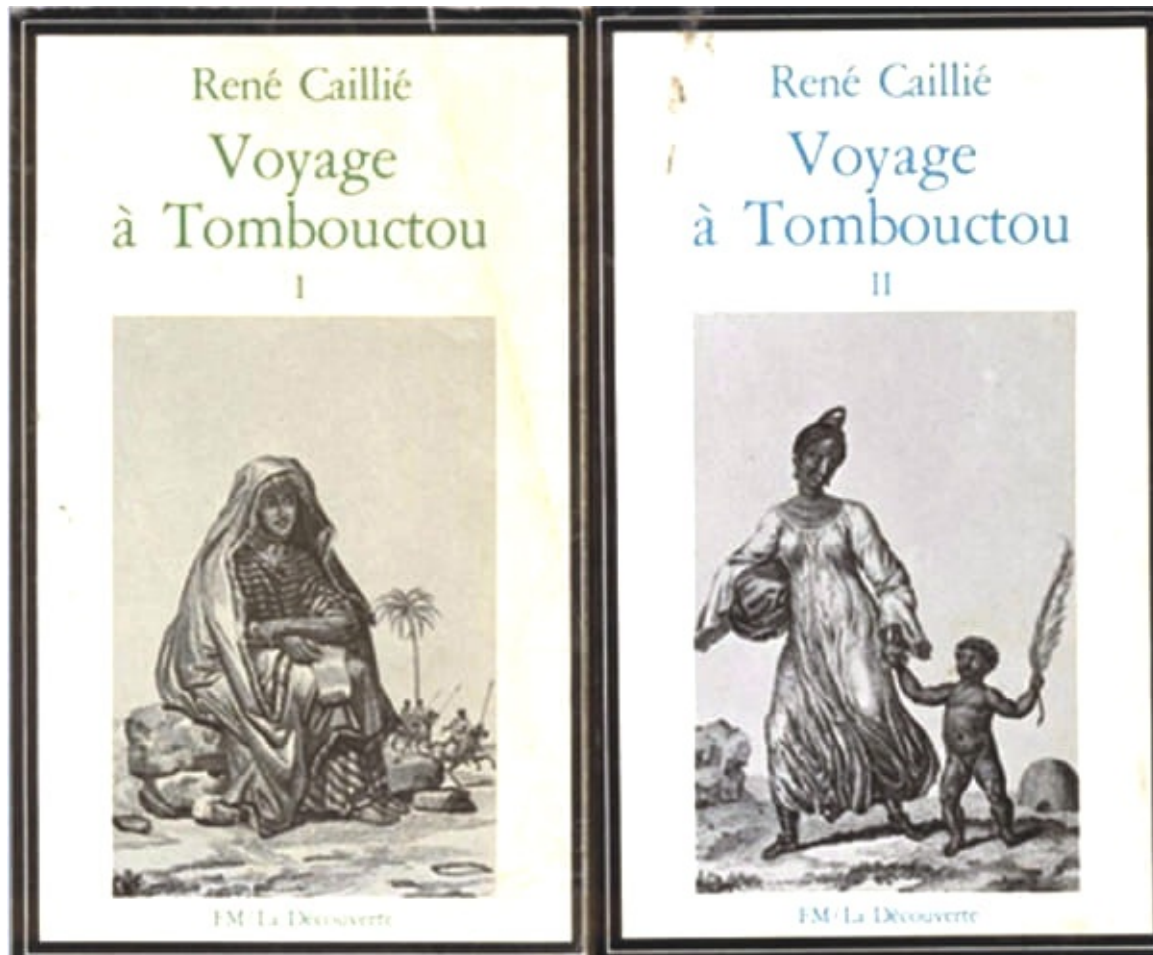
Por fin llegaron al Draa, en el sur de Marruecos. El relato, al final, se torna esporádico, propio de un hombre exhausto y acabado, al límite de sus fuerzas. Llegó a Fez el 12 de agosto de 1828. Dormía en la mezquita hasta que le pegaron y expulsaron por sus continuas toses. Se vio obligado a dormir en la calle y comer de la caridad pública.



Busto de René Caillié esculpido por Alexander Oliva (1823-1890) conservado en el Museo Bernard d'Agesci de Niort, Francia.

Se dirigió a Rabat para contactar con el cónsul francés pero este no le ayudó y hubo de dormir en el cementerio. El ayudante del cónsul inglés le dijo que ellos ofrecían un premio mayor que el de los franceses si presentaba sus descubrimientos ante la Real Sociedad Geográfica de Londres. Rechazó la oferta y viajó a Tánger. Allí el cónsul francés Delaporte le escondió y, esta vez disfrazado de marinero, embarcó en una nave francesa que le llevó a

Toulon, puerto francés del Mediterráneo. El 5 de diciembre de 1828 la *Société de Géographie de Paris* y el paleontólogo Georges Cuvier le entregaron los diez mil francos del premio. Posteriormente le otorgaron la Legión de Honor y una pensión vitalicia.



Portadas de los dos volúmenes en los que se publicó su relato en una edición moderna de 1989 (FM/La Découverte). En la portada del primer tomo se puede ver un dibujo que representa a Caillié disfrazado de musulmán y escribiendo su diario.

En 1830 se publicó el libro *Journal d'un voyage a Timbouctou et a Jenné, dans l'Afrique céntrale, précédé d'observations chez les maures Braknas, les Nalous et autres peuples; pendant les années 1824, 1825, 1826, 1827, 1828* (Diario de un viaje a Tombuctú y a Yenné, en el África central, precedido de observaciones en la región de los moros braknas, los nalous y otros pueblos

durante los años 1824, 1825, 1827, 1828). Se le reprochó que sólo dedicó un capítulo, de los veintisiete de que consta la obra, a la ciudad de Tombuctú. En páginas, supone veintiocho de las setecientas dieciocho que abarca la edición actual. En su favor hay que decir que tan interesante es el viaje como la estancia en Tombuctú; y que no fue posible alargar esta.

Su relato se acompaña de numerosas y detalladas descripciones de cuanto ve, de la agricultura local, de los suelos, de las plantas que encuentra con los nombres latinos correspondientes, de las tribus y grupos sociales y sus costumbres. Denuncia continuamente la situación de los esclavos y de las mujeres. A pesar de ello sintió cierto complejo de inferioridad por su formación autodidacta, que temía fuera incompleta, pero se rebeló cuando le tacharon de mentiroso: «Pobre, sin ayuda, sin ciencia, he realizado mi hazaña. He dicho a Europa lo que es Tombuctú. La verdad constituye el único valor de mi crónica y no hay derecho a disputarme este bien adquirido a costa de tantos sufrimientos. Que censuren la imperfección de mi estilo y mi ignorancia aquellos que, en vez de haber estado en Tombuctú, se han perfeccionado en el arte y la ciencia».

Después se pudo probar la veracidad de su relato y su estancia por los dibujos muy exactos que realizó de una ornamentación, en forma de triángulos, de un rincón de la mezquita de Yinguereber. Los cinco primeros capítulos cuentan su estancia en África y su participación en las expediciones inglesas. En el sexto comienza el relato del viaje a Tombuctú. Fueron diecisiete meses de viaje y unos cinco mil kilómetros en total. Casi todos a pie y con mala alimentación. Se le infravaloró. Muchos exploradores de salón, pagados de sí mismos, no podían permitir que «un don nadie», por sus propios medios, hubiera logrado lo que tantos habían intentado. No era un colonizador ni un militar, ni tenía el respaldo o patrocinio de ninguna institución pública ni privada. Fue una aventura totalmente personal. Lo logró con sus propios ahorros como trabajador. Todo un ejemplo de tesón y perseverancia. En 1836 deseaba regresar a África pero su mala salud se lo impidió y, en efecto, falleció de tuberculosis a mediados de mayo de 1838, a los treinta y ocho años de edad, casado y padre de cuatro hijos, en Saint Symphorien du Bois, donde era alcalde.

## **Bibliografía**

Caillié, René, *Voyage à Tombouctou*. Vols. I y II. París: La Découverte, 1996.



# Heinrich Barth

## (1821-1865) (1853)

### El hombre que sólo era feliz en el desierto

Nació el 16 de febrero de 1821 en Hamburgo. En su niñez fue un niño muy inteligente. Aprendía todo sin ningún esfuerzo pero no lograba congeniar con sus compañeros de clase, que le consideraban empollón y presumido. Leía a Herodoto, Estrabón, Plinio, Virgilio y César. En cuanto fue publicado, leyó el libro de Mungo Park, que debería ser considerado una lectura muy peligrosa por lo que ocasionó en las mentes de muchos viajeros.

Aprendió inglés, árabe y griego. A los catorce años ponía en ridículo muchas veces a sus profesores. Se le consideraba arrogante y adusto. En los recreos, en lugar de jugar con sus compañeros, realizaba ejercicios gimnásticos para fortalecer su cuerpo.

Parece ser que necesitaba ser admirado, sobre todo por parte de su madre, y pensaba que para ello debía realizar algo extraordinario. Quizás quería emular a su padre, que había triunfado en la vida partiendo de la nada. Entró en la Universidad de Berlín para estudiar Arqueología y Geografía. Se daba cuenta de que sólo se dedicaba a la ciencia y al aprendizaje. A los veintidos años escribe: «Al poner todo el goce en los propios pensamientos, se aprende a prescindir de los demás, a menospreciarlos casi. Yo sólo quiero mi formación interior, el perfeccionamiento de mis capacidades, para poder servir tanto mejor a los hombres; para ello deseo conquistar la estima y un poco de fama».



Heinrich Barth

Retrato de Heinrich Barth realizado en 1862 por un autor desconocido.

Cuando consiguió el doctorado, a finales de enero de 1845, emprendió un viaje por Londres, París y Madrid. A veces hacía recorridos a pie, cargando con una mochila y un daguerrotipo —el antecedente de la cámara fotográfica con objetivo—. Era una gran caja de madera con una placa de cobre sobre la que había una capa sensible de nitrato de plata que se colocaba al fondo. Se abría un orificio de la parte frontal durante un minuto o más y se

impresionaba la placa. Posteriormente se fijaba la imagen sumergiéndola en cloruro sódico. Podemos decir que Barth fue el primer viajero con cámara de fotos. También llevaba una contabilidad exacta y obsesiva.



Casa en la que habitó Barth en Tombouctú tras ser remozada con piedra y convertida en museo dedicado al viajero.

De Madrid pasó a Tánger en verano. Recorrió la costa del Mediterráneo llegando hasta Egipto. Continuó rodeándolo por Palestina, Siria, Estambul y Atenas. Regresó a casa a finales de diciembre de 1847 con una bala en una pierna por un disparo que recibió en el desierto efectuado por unos nómadas que le asaltaron.

Consiguió una plaza en la universidad por su erudición, pero no era un buen comunicador y en su tercera clase se quedó sin alumnos. Para colmo también fue rechazado por una mujer. En 1849 publicó *Wanderungen durch die Küsterlndner des Mittelmeeres* (Viajes por los países costeros del Mediterráneo).

Enseguida recibió una carta de un profesor, Kart Ritter, proponiéndole acompañar a James Richardson en su segunda expedición a África en un viaje patrocinado por Gran Bretaña para llegar al lago Chad. Se olvidó rápidamente del desengaño amoroso y recordó que un adivino de Túnez le dijo que visitaría la ciudad de Kano, cerca del lago Chad. Los objetivos eran comerciales, tratando de cerrar acuerdos, y filantrópicos, luchando contra la esclavitud y propagando la civilización.



Dibujo del libro de Barth *Travels and discoveries in North and Central Africa*. Publicado en Londres en 1857 y 1858 que muestra una caravana.

Llegó a África, a Trípoli, a mediados de diciembre de 1849, acompañado del biólogo alemán Overweg, para preparar la caravana. Contaban incluso con un bote desmontable en cuatro piezas. Llevaban veinte camellos, cauris —las conchas marinas que se utilizaban como monedas en muchos lugares de África— y todos los suministros necesarios. El 24 de marzo de 1850 todo estaba listo para partir. Se disfrazaron de árabes y Barth adoptó el nombre de

Abdelkrim, que significa ‘servidor de dios misericordioso’. Llevaba consigo la *Historia* de Herodoto, el Corán y el Nuevo Testamento.

Se dirigieron a Murzuk (Marzuq), a ochocientos kilómetros en línea recta al sur de Trípoli, tras cruzar una gran hamada o desierto pedregoso. A los quince días de camino se encontró con las ruinas de una ciudad romana. Por lo visto, en el año 20 a. C. el general Cornelio Balbo, de Cádiz había recorrido aquella zona y había fundado Garama.

Llegó a Murzuk a principios de mayo. Después siguieron una ruta distinta a la de las caravanas que pasaba por Bilma. Tomaron la que discurría por los oasis de Ghat y Tintellust. Mucho más al sur, camino de Ghat, descubrió pinturas rupestres que representaban ganado abrevando, en las que había mucha variedad de animales (avestruces, búfalos, leones y todo tipo de fauna salvaje), pero ningún camello. Estudios posteriores, con más medios, mostraron que había varias capas de pinturas y, según eran más modernas, la fauna iba desapareciendo hasta quedar sólo bóvidos. En las datadas sobre el 500 a. C. desapareció la fauna y aparecen dibujos de carros de guerra tirados por caballos y, posteriormente, en las más nuevas, se ven camellos. Incluso con los romanos Libia todavía era fértil y aún no se había introducido el camello.

Conoció a los tuareg. Cada día recorrían unos cuarenta kilómetros. Llevaba dos guías indígenas. Por la noche se soltaba a los camellos para que buscaran su sustento. A Barth no le gustaban estos animales, prefería el caballo. Viajar a tres metros de altura, balanceándose, le mareaba. Al atravesar zonas inseguras llegaron a avanzar hasta treinta horas seguidas sin parar.

Como los demás viajeros de incógnito, tomaba apresuradas notas que después pasaba a limpio por la noche. Tenía un criado personal, Mohamed, que le acompañó durante todo el viaje. En África se volvía más sociable, menos arrogante e intransigente. Quiso explorar un macizo rocoso. Los guías no quisieron acompañarle porque, según ellos, era una zona de espíritus. Se perdió y pasó varios días de penalidades hasta el punto de beber su propia sangre. Al tercer día le encontraron y tardó varios días en recuperarse.

A mediados de julio llegaron a Ghat, donde Richardson ya había estado. A partir de allí era territorio inexplorado. Cruzaron la cordillera del Air, en el actual Níger y pudieron contemplar cómo las lluvias hacen reverdecer el desierto. En muchas de sus gargantas ha muerto gente ahogada al transformarse en torrentes. A quien no ha vivido tormentas en el desierto le es difícil imaginarse que puede quedar aislado allí por unas inundaciones.

En octubre de 1850 fue él solo a Agadez. Esta ciudad había sido fundada en 1460 para controlar los yacimientos de sal que había cerca. Llegó a tener cincuenta mil habitantes pero rápidamente Tombuctú le quitó la hegemonía comercial. Barth cuenta la anécdota de una proposición que le hicieron las mujeres del sultán:

Esta mañana tuve una prueba elocuente de las costumbres livianas de Agades. Se presentaron en nuestra casa, de visita, cinco o seis doncellas y mujeres. En términos de gran naturalidad me invitaron a divertirme con ellas ya que, estando ausente el sultán, no era necesaria ninguna reserva. Dos de ellas eran relativamente bonitas y bien proporcionadas, con cabello negro que les colgaba en trenzas; no estaban demasiado gordas y tenían ojos llenos de vida, tez clara y rasgos agradables. Estas señoritas o señoras de Agades llegaron un poco lejos en su petulancia, aparte de que yo estaba convencido de la necesidad en que se encuentra todo europeo que quiere recorrer estas tierras sin perder la consideración y el prestigio, de comportarse con la máxima prudencia y reserva en lo relativo al sexo femenino; y conste que aquellas personillas, retozonas y nada repelentes, pudieran haber hecho vacilar mi firmeza.



La ciudad de Kano según una ilustración del libro de Barth *Travels and discoveries in North and Central Africa*.

Ibn Battuta también contó cómo se le ofrecieron las mujeres de Walata, en la actual Mauritania, otro aspecto también difícil de creer para quienes no han vivido en países musulmanes donde una cosa son las formas y otra la conducta oculta de las mujeres, sobre todo con los extranjeros. Explica posteriormente que los naturales no entendían que un hombre de posibles viajara sin sus mujeres y aconsejaba a otros viajeros que llevaran compañía femenina.

A principios de noviembre Barth reanudó la marcha con Overweg y Richardson provisto de cartas de recomendación del sultán de Agadez. Los otros dos querían esperar a una caravana que transportaba sal. Barth deseaba continuar de inmediato, por lo que discutieron. Siguieron y a principios de enero de 1851 llegaron a la sabana del Sahel —la franja donde el desierto comienza a contar con más vegetación—. Sus fondos estaban agotados y decidieron separarse. Barth marchó al sur, hacia la ciudad de Kano. Fijaron

encontrarse en Kuka, al lado del lago Chad, en su orilla occidental, el primero de abril. En tres semanas Barth llegó a Kano tras recorrer seiscientos kilómetros. Fue el primer europeo no musulmán que lo consiguió. Se tenían noticias de ella por León el Africano.

Tenía todavía quinientos mil cauris. Por entrar en Kano le pidieron cien mil y hubo de hacer buenos regalos a los gobernantes. Sólo un albornoz para el sultán le costó sesenta mil. La ciudad tenía cincuenta mil habitantes. Le dejaron recorrerla a su gusto. Fabricaban telas que vendían en Tombuctú, a mil seiscientos kilómetros de distancia, pero, para librarse de los bandidos, recorrían cuatro mil por una ruta mucho más al norte.

A principios de marzo se dirigió a Kuka con su caballo, tres camellos y su criado Mohamed. Poco antes de llegar se enteró de que Richardson había fallecido el uno de marzo. Tenía deudas por valor de cinco millones de cauris. Se presentó ante el sultán Omar de Kuka como embajador del rey de Inglaterra. Le recibieron como tal y le permitieron recorrer la región y el lago en el bote desmontable. Descubrió que anteriormente era mucho más grande pero que nunca se había comunicado con el mar. Se decía incluso que la mítica Atlántida se encontraba en ese mar interior. En la actualidad, y ya entonces, sus orillas son cenagales llenos de hierba y cañaverales. Forman multitud de canales que son un laberinto para el que no los conoce. Lógicamente es muy insano, con muchos mosquitos, cocodrilos e hipopótamos. Barth circunnavegó el lago y cartografió sus orillas a pesar de que son muy cambiantes cada mes en función de las aguas y de las lluvias. El lago llega a cubrir inmensas llanuras —hasta 55 000 km<sup>2</sup>— en la época de las grandes lluvias: «Las aportaciones de agua, distintas para cada mes del año, y la enorme evaporación sufrida durante la época seca son causa de que las orillas se desplacen continuamente, por lo que se hace del todo imposible establecer cartográficamente su extensión». A Ngorno —un pueblo que visitó en la época seca—, al revisitarlo en la estación de lluvias, tuvo que acceder en canoa y lo encontró en medio de un lago profundo de varios kilómetros de ancho, lo que permitía excelentes cultivos al marcharse el agua. Con las precipitaciones la extensión del lago llegaba hasta Kuka, a quince kilómetros de distancia. En la estación seca sólo tiene una superficie de 27 000 km<sup>2</sup>.

Barth bajó con Overweg hasta los montes Madara que separan la cuenca del Níger y del Chad. Le costó seis semanas llegar hasta el Benué, un afluente del Níger —el que recorrió Lander—, donde arribaron el 18 de junio de 1851. Tres años después un barco inglés recorrería el Níger y el Benué desde la costa.





Llegada de la caravana de Barth a Tombuctú según una ilustración de su libro *Travels and discoveries in North and Central Africa*. Se ha exagerado la altura de los minaretes de las tres mezquitas principales.

El plan primitivo de la caravana era dirigirse desde el lago Chad hacia el este y llegar a Zanzíbar, pero no disponía de medios suficientes. Escribió a Londres explicándolo. En 1852 recibió un correo del Gobierno británico diciéndole que se dirigiera a Tombuctú y enviándole el dinero que necesitaba. Overweg falleció de fiebres el 27 de septiembre de 1852 cuando contaba treinta años. Fue enterrado, de acuerdo a sus deseos, en la orilla del lago.

Enseguida, el 25 de noviembre de 1852, Barth partió a Tombuctú por la ruta directa, la peligrosa que evitaban las caravanas por estar poblada de bandidos y traficantes de esclavos. Había vivido en Kuka durante casi dos años. Viajaba con siete hombres, cuatro caballos y cuatro camellos. Tardó diez meses en llegar a Tombuctú. En una ocasión, por la noche, logró desarmar a todos sus hombres sin que ellos se despertaran para mostrarles que debían estar más atentos. En marzo de 1853 llegó a Sokoto, capital del reino de los fulbé. El 21 de junio llegó a Sai, junto a la actual Niamey, ya a orillas de Níger. Allí cruzó el río y continuó por la actual Burkina Faso. Desde

Sokoto se presentaba como un jeque turco. Decía llevar libros al pachá de Tombuctú, lo que siempre proporcionaba mucho prestigio.

Barth entra en Tombuctú el 7 de septiembre de 1853, veinticinco años después que Caillié. Su descripción confirmó la del francés. Le recibieron calurosamente:

Fue aquel un momento trascendental, pues si aquellas gentes hubiesen abrigado la más leve sospecha con respecto a mi religión, me habrían impedido la entrada en la ciudad, y aun mi vida hubiera corrido serio peligro. Seguí, pues, la seña que me hizo Alauate, y poniendo el caballo a galope, me adelanté a mis compañeros con el fusil en la mano, con objeto de corresponder a la acogida de los que salían a recibirme.

Pasamos a través de los escombros acumulados alrededor de las murallas de la ciudad, y después de dejar a la derecha una hilera de sucias cabañas de caña que rodean toda la población, penetramos en las estrechas calles y callejuelas, por las cuales apenas si pueden pasar dos jinetes de frente. Pero el aspecto animado y próspero de aquel barrio produjo en mí una gran impresión. Diversas casas tenían dos pisos y presentaban en las fachadas manifiestos intentos de ornamentación arquitectónica.

Estuvo a punto de ser descubierto, pues alguien le habló en turco, lengua que no dominaba y salió del paso como pudo con una respuesta rápida y simple. Contó un millar de casas rodeadas de una muralla de adobe. Describe las tres mezquitas principales de la ciudad. Comparada con la vivaz Kano, Tombuctú le pareció muy deprimente. Los comerciantes y sus servicios de información no tardaron en informarse de que era la misma persona que en Kuka y en Kano era cristiana y enviada de la reina de Inglaterra. En Tombuctú se hacía pasar por enviado del sultán de Turquía. Les molestaba que preguntara tanto y se informara sobre mercancías y precios no siendo comerciante. Les parecía un espía que quería hacerse con el control del comercio. No le detuvieron porque tuvo la suerte de contar con la protección del pachá o alcaide arma El Bakkas, con poder ya sólo simbólico, pero respetado, quien le proporcionó una casa cerca de la suya (que era hasta la ocupación islamista de 2012 una visita turística al igual que la que albergó a Laing y la que acomodó a Caillié). En la actualidad sigue existiendo el cargo

honorífico de alcaide arma, a quien tuvo el honor de conocer en 2006 y me invitó a cenar al saber que era español.

Como Barth se hacía pasar por médico solicitaron varias veces sus servicios. Hizo una demostración de su revólver Colt de seis tiros que dejó asombrados a los lugareños. A pesar del apoyo del alcaide, debido a las sospechas pasó siete meses en la población, pues no le dejaban abandonarla. Por fin, el 18 de marzo de 1854 le permitieron partir. El Bakkas le acompañó durante unas semanas, quizás para evitar que le ocurriera lo mismo que a Laing.



Regresó siguiendo el curso del río hasta llegar a Gao y de nuevo a Sai. A partir de allí repitió el mismo camino del viaje de ida. Se enteró de que se le daba por muerto y que se había enviado una expedición para buscarlo al mando de Vogel, con quien se encontró casualmente cerca ya de Kuka, aunque dicho encuentro no tuvo la trascendencia del «¿Doctor Livingstone, supongo?» de Stanley. Barth lo relata del siguiente modo:

Acompañado de mi fiel criado Mohamed, cabalgaba yo unas tres millas delante de mi caravana, cuando vi venir hacia mí una persona de aspecto completamente extranjero: un joven de cutis blanco como la nieve que, tras aquellos largos años, me produjo el efecto de enfermizo. Vi que uno de sus seguidores negros, mi ex criado Madi, echaba a correr de repente hacia el joven y le gritaba unas palabras. El blanco espoleó entonces su caballo y se acercó a toda velocidad. Era el Dr. Vogel, enviado en mi busca. Desde nuestras respectivas monturas nos saludamos con inexpresable sorpresa; ninguno de los dos hubiéramos podido soñar en la posibilidad de encontrarnos en plena selva virgen. Fue un acontecimiento indeciblemente agradable. En medio del inhóspito bosque nos apeamos y nos sentamos. Yo tomé una mochila del equipaje que llevaba en la silla y mandé preparar café; era como si estuviésemos en casa. Hacía más de dos años que no había oído una palabra en alemán o, por mejor decirlo, en ninguna lengua europea, y fue para mí un placer infinito poder conversar de nuevo en mi idioma patrio. Pero muy pronto nuestra charla enfocó temas que no eran, ni mucho menos, tan satisfactorios. Con no poca alarma me enteré por el Dr. Vogel de que en Kuka no había para mí recursos de ninguna clase, y que los que él trajera estaban agotados. Pero esta noticia me afectó menos que otra: que no llevaba ni una botella de vino. Yo llevaba más de tres años sin probar una gota de ningún estimulante, excepto café, y, después de mis repetidos accesos de fiebre y disentería, experimentaba un deseo irresistible de beber un poco del vivificante zumo de uvas, cuya benéfica acción en los largos viajes había comprobado ya. Tras un par de horas de conversación hubimos de separarnos de nuevo. Una vez me hubo encontrado, el Dr. Vogel tuvo que continuar en cumplimiento de las órdenes recibidas, y yo tuve que darme también prisa para alcanzar a mi gente, que entretanto habían seguido avanzando.



Dibujo de un *marabut* u hombre sabio de Tombuctu según una ilustración de su libro *Travels and discoveries in North and Central Africa*.

Llegó a Kuka a principios de diciembre (después de dos años de ausencia). Omar, el rey, le recibió con afecto y Barth le regaló catorce vacas para celebrar la Navidad, fecha en que regresa Vogel de sus expediciones y pasan juntos veinte días antes de que este parta hacia el sur para continuar sus exploraciones.

Vogel, de veinticinco años, había estudiado Ciencias Naturales. No conocía ninguna lengua africana y estaba delicado del estómago. No comía carne y se alimentaba prácticamente a base de huevos, que por aquella zona eran considerados repugnantes pues preferían empollarlos y comerse el ave. Recorrió y quiso medir el perímetro del lago Chad y el curso superior del río Benué. Ello, unido sobre todo a sus constantes preguntas, hizo que le tomaran por un espía y el 8 de febrero de 1856 fue asesinado por la espalda por orden del sultán de Wadai (Lo supo Gustav Nachtigal en 1873). Iba acompañado de un militar inglés, McGuire, quien también murió asesinado en la zona. Moritz von Beuermann, que fue enviado a buscarle en 1862, sufrió un robo en Wara, capital de Wadai, cerca del lago Chad, donde fue herido. En un segundo asalto le asesinaron, lo que demuestra una vez más la oportunidad y buen criterio práctico de los exploradores que se hacían pasar por musulmanes.

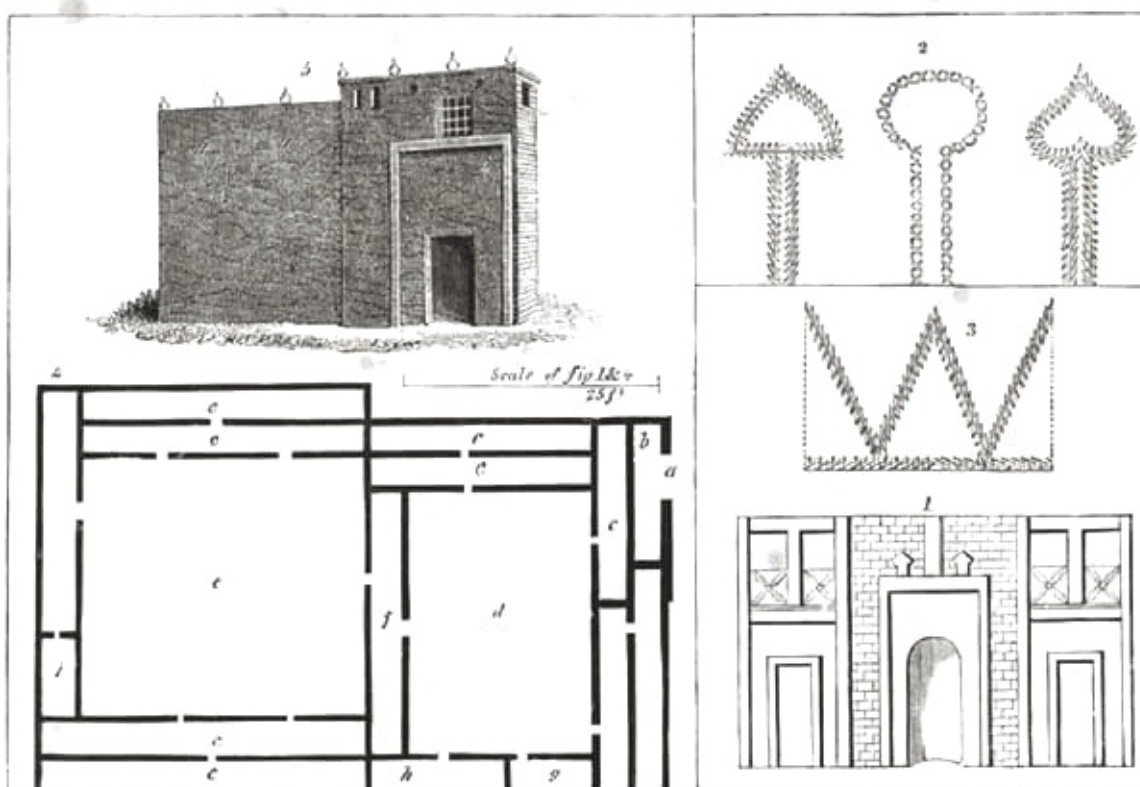
Barth regresó a Trípoli por la ruta de las caravanas, del lago Chad a Murzuk, visitando Bilma, por donde pasó el 13 de junio de 1855. Realizó el periplo a marchas forzadas, descansando sólo las horas centrales del día. Le acompañaba el soldado Church, que abandonó la expedición de Vogel por no adaptarse a la situación, y dos esclavos redimidos por Overweg que se establecerán en Alemania con Barth. A este le encantaba la grandiosidad e infinitud del desierto y decía que le hacía sentir la insignificancia del hombre. Hizo todo el viaje a caballo. Llegó a Murzuk el 14 de julio de 1855. Allí se despidió de Mohamed, su criado durante tantos años, que habitaba en un oasis cercano. Llegó a Trípoli el 21 de agosto de 1855, tras haber recorrido más de ciento cincuenta mil kilómetros durante cinco años y medio. Su emoción al llegar de nuevo al mar fue indescriptible.

El 6 de septiembre llegó a Londres, donde la reina le había nombrado Caballero de la orden de Bath, y tres semanas después llegó a Hamburgo, donde le esperaba su familia. En Alemania se volvió de nuevo taciturno y huraño. En 1857 la Academia de Ciencias de Berlín le negó la categoría de miembro numerario aunque en 1863 fue nombrado catedrático supernumerario de Geografía de la Universidad de Berlín. Las sociedades geográficas de París y Londres le concedieron sus respectivas medallas de oro.

El dolor por el desprecio de sus colegas y el orgullo de su aventura queda expresado en el final de los cinco volúmenes de su libro de viajes:

Cuando el primer jefe de nuestra empresa sucumbió víctima de las dificultades de su cometido, yo, en lugar de entregarme a la

desesperación, proseguí la labor, explorando casi sin recursos territorios hasta entonces desconocidos. Cuando se me hubo confiado oficialmente la dirección, decidí efectuar un viaje al remoto oeste [Tombuctú] y conseguí el propósito contra todas las esperanzas, con lo cual levanté el velo del misterio no sólo de todo el enorme sector que se extiende desde Kano hasta Tombuctú, que incluso los comerciantes árabes conocían menos que las demás partes de África, sino que logré además establecer relaciones de amistad con los más destacados jefes de las riberas del Níger y con el propio soberano de Tombuctú. Todo esto, más el pago de las deudas contraídas durante la anterior expedición, lo llevé a cabo con no más de 100 000 táleros [moneda alemana de la época].



Dibujos realizados por René Caillié. A la izquierda se muestra el frente y el plano de la casa en la que residió Caillié durante su estancia en Tombuctú. A la derecha, los dibujos del interior de la mezquita de Yinguereber, en forma de triángulos, que permitieron

confirmar a los viajeros posteriores que Caillié había estado efectivamente allí.

Heinrich Barth diría a favor de Caillié:

Es para mí una verdadera satisfacción poder hacer justicia a un viajero que hubo de sufrir constantes ataques a su carácter y veracidad y murió antes de que acallara la maledicencia y la calumnia. Considero un deber manifestar desde aquí, sin limitaciones ni reservas, que René Caillié ha sido uno de los exploradores de África más dignos de crédito. Ciertamente que no fue un científico, pero sin instrumentos y con reducidísimos medios hizo más de lo que habría podido hacer cualquier otro viajero en sus condiciones.

Barth falleció en Berlín el 25 de noviembre de 1865 con sólo cuarenta y cuatro años. Habitado a sufrir molestias sin recibir atención médica, su autopsia reveló múltiples perforaciones en el estómago. En cualquier caso la medicina de entonces no hubiera podido hacer mucho. No obstante, tuvo tiempo de ofrecer una visión muy exacta de una zona de África totalmente desconocida sobre la que sólo se hacían conjeturas.

## Bibliografía

- Barth, Henry, *Travels and discoveries in North and Central Africa: being a journal of an expedition undertaken under the auspices of H. B. M.'s Government, in the years 1849-1855*. Londres: Longmans, Green & Co, 1857-1858 (5 vols.).
- Kirk-Greene, Anthony (ed.). *Barth's travels in Nigeria*. Londres: OUP, 1962.
- Ashbrock, J. «Eduard Vogel and his travels». En: *Stars and Telescope*, 1970; n.º 40: 213.



Cristóbal Benítez (1856-1925)  
y  
Oskar Lenz (1848-1925) (1879)

El español que llegó a Tombuctú como criado y el  
geólogo que se marchó también a Tombuctú en  
lugar de buscar los minerales que le encargaron

Cristóbal Benítez González nació el 19 de junio de 1856 en Alhaurín de la Torre, Málaga. Siendo niño emigró con sus padres a Tetuán, en manos españolas tras la guerra de 1859-1860, para dedicarse a la extracción del corcho de los alcornocales de la zona. Parece ser que estudió con el padre Lerchundi, un misionero franciscano español que fundó una escuela en la que se enseñaba en español y árabe.

Por su parte, Oskar Lenz nació el 13 de abril de 1848 en Leipzig, Alemania. En 1870 terminó su doctorado en Mineralogía y Geología en la Universidad de Leipzig. Tres años después trabajó en el Instituto Geológico Imperial de Austria, en Viena.

En 1879 fue comisionado por la Sociedad Africana Alemana para que recorriera Marruecos y lo estudiara en profundidad, sobre todo los macizos montañosos y el Atlas. Parece ser que también debía buscar yacimientos de hierro. No olvidemos que Alemania deseaba establecer un imperio colonial en África. Lenz aceptó, pero lo que deseaba de verdad era ir a Tombuctú y reconoce que la misión encomendada no incluía el viaje a esta ciudad. Lenz había hablado con Mardochai Ben Serour (Mardoqueo), el judío que acompañó a Foucauld y que había habitado en Tombuctú.



Fotografía de Cristóbal Benítez vestido de hombre del desierto.  
Autoría y fecha desconocidas.

En Tetuán unos alemanes le hablaron de Cristóbal Benítez como guía e intérprete —dominaba el árabe y el chelja— pues ya había viajado por el interior del país haciéndose pasar por nativo. Desde pequeño había deseado recorrer el Sahara y confiesa que hubiera ido gratis —Lenz le pagaba cinco pesetas diarias—. Salieron de Tetuán el 1 de diciembre de 1879 hacia Tánger para realizar algunos estudios. Allí también contrató a un argelino de Orán, Hach Alí Ben Thaleb (Boutaleb), bajo la promesa de pagarle cuatro mil

francos si llegaba a Tombuctú. Benítez le propuso hacer el viaje disfrazados para evitar problemas. El español se vistió de lugareño pero Lenz fue vestido de europeo hasta Marrakech, pues no le gustaba la idea.

Aunque a Benítez le había contratado en Tetuán, en su relato el alemán dice que lo contrató después de Boutaleb: «Para no depender de una persona, contraté también al español del que ya he hablado, Cristóbal Benítez, de Tetuán, que habla y escribe con fluidez el árabe y testimonió un gran deseo de hacer este viaje. Como muchos de los españoles de Tetuán, tiene como oficio el de descortezador de corcho, pero por su educación y su inteligencia está muy por encima de sus compatriotas de esta ciudad».



Retrato de Oskar Lenz, procedente de un dibujo de la Biblioteca Nacional de Austria. Autoría y fecha desconocidas.

Al escribir el libro, Lenz ignoró bastante a Benítez, del mismo modo que Stanley también ignoraba a sus guías. A pesar de que le agradece su contribución en el prefacio, «En primer lugar están mis compañeros e intérpretes Hadj Ali Boutaleb y Cristóbal Benítez», después relata los hechos casi como si no hubiera llevado intérpretes-guías. Como tanto Lenz como Benítez escribieron sus relatos, tenemos la oportunidad casi única en un viaje de este tipo de poseer dos versiones, aunque la del español es de unas doscientas páginas y la del alemán de casi mil en dos volúmenes.



Prepararon los equipajes, que incluían abundante vino y coñac, tiendas, camas y mesas plegables, etc. Contaban con siete caballos. Partieron de Tánger el 22 de diciembre de 1879. Lenz dice que «el buen humor es una de las primeras condiciones de un viaje». Recorrieron el camino hasta Fez. Allí consiguieron una carta de recomendación del sultán para todos los pachás (bajás o gobernadores) del «imperio», en la que indicaba que les acogieran y protegieran.

El 17 de enero salieron de Fez camino de Mequinez. Querían visitar las termas de Muley Yacub —de las que ya habló Murga— pero como estaban en

un santuario no les dejaron, pues Lenz todavía no iba vestido de árabe. En Mequinez visitaron un cuartel con cuadras para treinta mil caballos, aunque la cifra parece un poco exagerada. De Mequinez a Rabat pasaron por las ruinas romanas de Volubilis. Visitaron Salé y Rabat y partieron hacia Marrakech, que contaba entonces con cien mil habitantes. Permanecieron allí del 14 de febrero al 6 de marzo de 1880. Lenz informa sobre la vida de los judíos en Marruecos y en Marrakech, donde habitaban seis mil, sobre el ejército del sultán, la ciudad y el palacio. Este último no lo pudieron visitar pero un antiguo criado les informó de que tenía un harén con entre seiscientas y setecientas mujeres.

Mientras, Benítez fue a recoger dinero —cinco mil francos— del cónsul alemán en Essaouira. A su regreso, Lenz preparó el viaje a Tombuctú atravesando el Atlas, recorriendo los ríos Sus y Draa, y llegando a Tinduf para allí tomar un guía con quien cruzar el desierto e ir a Arauane (Arawane) y Tombuctú.

A partir de la salida de Marrakech, Lenz se disfrazó. Se hizo pasar por un médico turco para que fuera creíble el que no hablara árabe. En el ejército turco eran frecuentes los médicos extranjeros eslavos, rubios (uno famoso fue Isaak Eduard Schnitzer, nacido en Polonia en 1840, quien tras ejercer la medicina en el Imperio otomano y adoptar el nombre de Mehmet Emin, terminó como gobernador —Emin Pachá— de la provincia egipcia de Ecuatoria, al sur del actual Sudán, en 1886). Según Benítez, Lenz cometía errores con frecuencia al desempeñar su personaje. Al argelino Boutaleb le asignaron el papel de gran jeque de Bagdad y...

[...] el Dr. Lentz, para ocultar su tipo teutón, pasaría como médico turco que desde Constantinopla venía en compañía de dicho Xerif, sirviéndole con su profesión, y como desconocía completamente el árabe, no hablaría, al parecer, otro idioma más que el turco, para evitar de este modo toda sospecha, no siendo conocido ese idioma por los habitantes de las regiones que íbamos a recorrer; lo que, aunque le oyeran hablar con nosotros en francés, creerían era turco, porque no entendían ni uno ni otro idioma, y así salvábamos los inconvenientes que presentaban su tipo y su desconocimiento del árabe.



Dibujo de los alrededores de Tinduf según una ilustración del libro de Lenz *Timbouctou*.

Se hacía llamar Hakim Omar Ben Alí. Según Benítez, en el documento del sultán cambiaron la palabra *alemani* por *otomani* y «antes de continuar los preparativos, y para acostumbrarnos á nuestros respectivos papeles, empezamos por vestirnos de árabes y aprender sus rezos; el turco como turco, y nosotros como marroquíes, para que fuera completa la ilusión». Benítez tomó el papel de mayordomo privado y jefe de la caravana encargándose de todos los aspectos prácticos y siguió con el nombre de Sidi Abdullah. Compraron regalos para el camino, así como dos camellos, dos asnos, dos mulas, cuatro caballos y una mula de silla para el «jeque», dos tiendas de lona y una de pelo de camello para los criados, carabinas, sables, bayonetas y revólveres. Los criados llevaban espingardas, gumías y sables.

Cuando comienzan esta segunda parte del viaje, Lenz comenta sobre Benítez: «Ya durante nuestra estancia en Marrakech él ha pasado por árabe de nombre Abdallah; su exterior responde enteramente a este nombre, y como

habla fluidamente el árabe magrebí y conoce perfectamente todas las costumbres de los marroquíes, le toman generalmente por un creyente».

Al principio llevaban catorce lugareños para acompañarles hasta Taserualst. Allí cambiaron de criados para que los nuevos no conociesen su pasado; pero las noticias corren y los rumores más. También llevaba a Kaddor, su sirviente personal, y a Farachi, un negro castrado de trece o catorce años que también se ofreció como sirviente de Lenz.

Salieron hacia el Atlas el 6 de marzo de 1880 y en su primera parada ya intentaron asesinarles para robarles como era característico en la zona. Los gobernadores de la región no reconocían al sultán pero le acataban como descendiente de Mahoma. Les chocaba ver un creyente tan rubio y con los ojos tan azules. Cuando le pedían medicinas, les daba píldoras de pan. El cruce del Atlas fue muy dificultoso. Por fin divisaron el río Sus y la ciudad de Tarudant. En la nueva cuenca cambiaron los olivos por los arganes, cuyos frutos también se utilizan para elaborar aceite. Recorrieron parte del cauce del río Sus. Al llegar a Tarudant la gente se sublevó contra ellos por considerarlos cristianos disfrazados de árabes debido a que llegó el rumor de que se habían disfrazado en Marrakech. Benítez cuenta que se subió al tejado del *fonduk* o albergue donde se alojaban, y se habían atrincherado. Dijo a la gente «que los cristianos eran ellos, que querían asesinar á unos descendientes de Mahoma, pues los verdaderos creyentes, en vez de venir a robarnos, vienen a traer las ofrendas que deben dedicar al Profeta y regalan a sus descendientes [...] amenacéles luego con la ira de Dios, porque cometían aquel atropello contra xerifes que venían de La Meca». Al final, un jeque de la propia ciudad abroncó a los sublevados, pasaron a ser sus protegidos y les llevó a los lugares santos de la ciudad, donde rezaron. Después les alojaron en la casbá gracias a la carta del sultán.

Por su parte, Lenz comenta en su relato que tomaron las armas para defenderse y que enviaron a un emisario a buscar un jeque. Como hemos indicado, la tónica general del libro de Lenz es contar las peripecias del viaje de un modo ambiguo. Alguna vez hace referencia a «mis compañeros», pero transmite la impresión de que tomó un papel protagonista imposible por su incapacidad de hablar en árabe y menos en las lenguas habladas en Marruecos que sólo conocía Benítez. Por otra parte, su personaje de médico de Boutaleb también le impedía un papel protagonista.

Como el libro de Benítez fue editado por una imprenta religiosa añade una nota al pie donde advierten:



<sup>1</sup> No debe aconsejarse á ningunos viajes tan arriesgados; pues, aparte del peligro inminente, casi cierto á que se expone el viajero de no regresar con vida, en ningún caso es permitido á ninguno, y especialmente al católico, simular sus creencias religiosas hasta el extremo de tomar parte en los rezos y ceremonias de una religión falsa; ni aún, con el exclusivo objeto de poner á salvo su vida. —Nota de la redacción.

Un buen fomento del martirio. Debemos señalar que el islam sí permite la simulación (*taqiah* o *taqiya*).

Permanecieron allí desde el 15 al 27 de marzo. En ese tiempo un criado les robó cuarenta y cinco duros y un revólver. Continuaron al sudeste con una escolta de cuarenta hombres que les acompañaron durante un trecho peligroso. Cruzaron el río Sus. Al otro lado pasaron por una zona donde, salvo las dos semanas previas a una feria o mercado y las dos posteriores, se tenía derecho a asaltar a todos los que se encontraran. Comentan que la gente ya vestía de otro modo y llevaba la ropa de color azul índigo en lugar de blanco y que, en lugar de dinero, se utilizaban preferentemente telas como moneda de cambio.

En una de las etapas de la zona, en Iligh, el gobernador o pachá, Sidi Hussein, les recibió. Para él, alguien que viajaba lo hacía como peregrino o como comerciante y no entendía que alguien simplemente quisiera ver lugares nuevos. Les acogió mientras estuvieron en sus dominios, como le ordenaba el sultán, pero pensaba tenderles una emboscada y robarles en cuanto salieran de ellos. También quería que firmaran el certificado de que habían salido bien de su territorio. Afortunadamente el secretario se llevaba bien con Benítez (según su propia versión) y le avisó de que les estaban esperando en un determinado lugar. Lenz, por su parte, afirma que fue Boutaleb quien le avisó. Salieron de Iligh el 4 de abril. Enseguida cambiaron de ruta y no hicieron caso al guía que les había asignado Hussein.

En el pueblo de Fun-el-Hosen (actual Fam El Hisn) también les acusaron de cristianos. Degollaron un cordero delante de la puerta del jeque para ponerse bajo su protección. Allí algunos criados les abandonaron y buscaron dos nuevos. Aprovecharon para comprar odres para el agua. Consiguieron que un caíd de esa zona les protegiera y su sobrino les acompañó hasta el actual Tinduf en una caravana de cien camellos que llevaba cebada a esta ciudad. Ellos llevaban nueve camellos y el sobrino veinte, cargados de tejidos.



Aspecto de una calle de Tombuctú en los últimos años del siglo XIX según una ilustración del francés Felix Dubois en su obra *Tombouctou la mystérieuse* de 1897, tras la conquista militar por parte de Francia en 1893.

El río Draa sólo tiene agua en la época de las lluvias llegando a tener el cauce dos kilómetros de ancho y quince metros de profundidad. Fuera del cauce no se cultiva nada. En la zona ya no hay bereberes sino árabes nómadas de quienes describe pormenorizadamente sus costumbres. Lenz comenta que había muchos esclavos negros. Se alimentaban de *summita*, harina de cebada tostada y mezclada con agua hasta formar bolas, que llevaban en una bolsa.

Subieron a una planicie por la que continuaron en dirección sureste hasta llegar a la zona denominada *hammada* donde comienza el verdadero Sahara. Sufrieron un vendaval. Tenían miedo de los integrantes de la caravana e hicieron un concurso de tiro con las modernas carabinas que llevaban para amedrentar a los nativos. Pasaban de 37 °C durante el día a 5 °C por la noche.

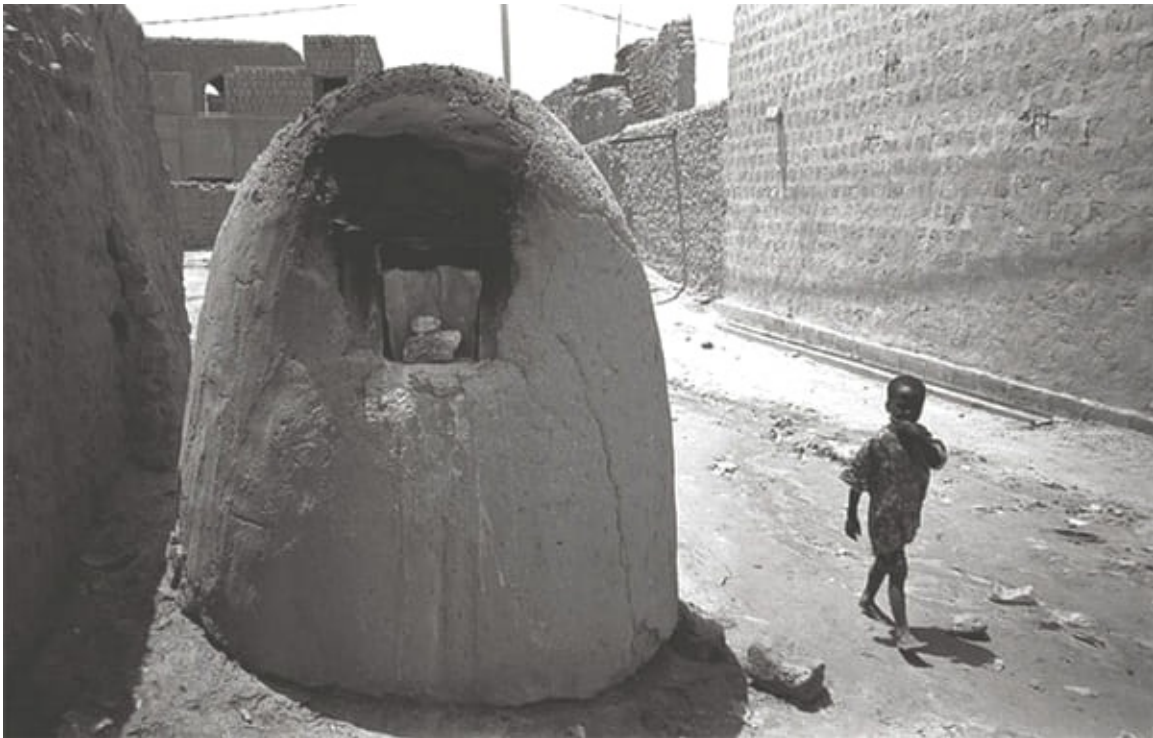
El 28 de abril abandonaron el Draa y cruzaron el cauce seco del río Merkala, con una profundidad de cien metros. Se dirigieron a Tinduf, donde

llegaron el 5 de mayo, pero era tarde para unirse a la gran caravana anual que iba a Tombuctú, pues ya había partido. Lenz dice que hasta ese momento ningún europeo había llegado a Tinduf, desconociendo, u olvidando, a los moriscos y renegados españoles que pasaron por allí en 1591. A Boutaleb le encantaba presumir de ser un jeque.

Benítez formó un pequeño grupo, contrataron un guía por ciento cincuenta duros y el 10 de mayo salieron en dirección sureste para cruzar la zona del Iguidi y llegar a Arawane. Cuando acampaban, al abandonar el lugar, borraban todo rastro para que los bandidos no supieran que había viajeros por la zona. Lenz a veces recogía muestras de piedras. Sufrieron tormentas de arena. Afortunadamente el guía conocía bien los pozos. Butaleb comenzó a actuar como jefe y tuvieron algunos problemas con él, llegando, el 22 de mayo, a ordenar al guía que regresara a Tinduf. Lenz comenta que aquel tenía celos de Benítez y que este «se comporta todo lo pacíficamente que es posible en estas circunstancias». Reconoce que el argelino les era útil a pesar de la difícil relación que mantenía incluso con el propio Lenz, que le pagaba.

Temiendo todavía las emboscadas, evitaban aproximarse a los pozos hasta llegar a Taudeni, el 28 de mayo, ya en el actual Malí, poblado famoso por sus minas de sal y que tampoco se atrevió a visitar por temor a que les robaran al ser una caravana pequeña, por lo que acamparon a doce millas de ella.

El 29 llegaron a un lugar llamado Tlig donde había cien pozos cubiertos de losas de piedra. El termómetro les marcaba 45° C a la sombra. Los dromedarios se quedaron sin giba y Benítez dice que parecían mulos. Uno de los criados se perdió por regresar a buscar un bastón que se le cayó por la noche pues aprovechaban este momento del día para avanzar evitando el calor diurno. Se les marcharon los camellos al sentir viento fresco, pero afortunadamente lograron dar con ellos. El 3 de junio llegaron al pozo de Onan, el único que existe entre Taudeni y Arawane. El calor evaporaba el agua de los odres. Solían encontrar un pozo cada diez días. El guía se enfadaba con Lenz porque se lavaba todos los días, lo que es un despilfarro en el desierto.



Calle de Tombuctú con uno de los numerosos hornos de pan comunitarios. Fotografía de Jialiang Gao, año 2000.

Continuaron al sur, hasta Arawane, donde llegaron el 10 de junio, tras treinta días de camino. Sólo se podía entrar de noche, por lo que hubieron de esperar, muertos de sed. Por la noche entraron y fueron bien recibidos. Eran trescientas chozas de adobe con tejados de esteras de palma de cocotero. Sólo la casa del gobernador y la mezquita tenían buen tejado. Allí había noventa pozos pero el calor era insostenible y sufrían un viento arenoso. Había que pagar ocho ducados de oro para avituallarse y como derecho de paso para seguir a Tombuctú sin ser atacados por los berabich, que tenían el monopolio de las caravanas en la zona. Dice que ya eran negros y que hablaban sudaní. El guía se quedó allí, le dieron correspondencia para que la llevara a Mogador (Essaouira) donde el correo español la llevaba a Europa. Vendieron sus camellos y siguieron con una caravana que se los alquilaba. Salieron el 25 de junio y llegaron a Tombuctú el 1 de julio de 1880, tras siete meses desde la salida de Tetuán. Antes de ellos habían llegado Imbert en 1630, Laing en 1826, Adams en 1813 —sólo lo cita Benítez—, Caillié en 1828 y Barth en

1853, por lo que pudieron aportar poco de novedoso sobre la ciudad pero sí sobre el itinerario.

El español dice que la ciudad tenía veinte mil habitantes divididos en «ermás, fulans, berabish, tuareg, bámbaras, mandingos y algunos árabes del norte de África».

Explica la historia de los arma, que él denomina «ermás»:

Los ermás dicen ser descendientes de los antiguos árabes que, desterrados de España, se refugiaron en Fez, Tetuán y Rabat, y acompañaron al Sultán magrebino Muley Ahmed-El-Dhabi á la conquista del Sudán [Malí también se denominó Sudán durante una época], los cuales, terminada esta, se establecieron en Timbuctú, llegando a degenerar en el tipo negro, como hoy se ve, por mezclarse con los naturales; si bien conservan la regularidad de sus facciones y algunos rasgos característicos de la raza de que proceden.



Minarete de la mezquita de Sankoré en el norte de la ciudad de Tombuctú.

Describe a cada etnia. El jefe de los tuareg quería que Lenz asistiera a un hijo suyo, ciego, que tenía quemadas las retinas. Le dio un «remedio» que debía tomar durante treinta días para tener tiempo de alejarse.

Fueron recibidos por el *kahía* o gobernador, antiguo general arma, Mohamed Errami, que les cedió una casa y les llevaba comida tres veces al día. Lenz le describe como de piel negra pero rasgos europeos y también explica la historia de los arma. Comenta que a los albornoces les llaman *capa* en lugar de *sulham*, como en el resto de Marruecos. Informa sobre el comercio de sal en la ciudad, sobre el carité y sobre los cauris —que, como ya hemos dicho, son conchas marinas que se utilizaban como moneda fraccionaria—. Habla del pasado glorioso de la ciudad y de cómo el comercio había disminuido por las amenazas de los tuareg. La gente importante les visitaba y llenaba de regalos de los que el argelino se apropiaba. Al ver lo bien que le trataban dijo que se separaba de ellos. Discutieron y se vengó diciendo que Benítez era cristiano. A Lenz no le amenazaba para no quedarse sin cobrar pero confiesa que su insolencia era «difícil de soportar». Afortunadamente la gente de la ciudad no le hizo caso.

Decidieron abandonar Tombuctú y dirigirse a Senegal, pero Boutaleb se opuso y amenazó con quedarse. Le dijeron que hiciera lo que quisiera. Al final se unió a ellos y el 16 de julio salieron rumbo al oeste y casi sin dinero. Lenz iba en burro porque no le gustaban los camellos. Benítez propone realizar comercio con Tombuctú desde Río de Oro (hemos visto que en 1886 encargaron a Cervera estudiar esa posibilidad) y calcula un total de treinta y tres días cuando ellos habían tardado cuarenta y cinco a buen paso por otra ruta.

El 29 llegaron a Ras el Ma. Continuaron por Basikounou y Nioro, por lo que es la actual frontera entre Mauritania y Malí. Les hicieron pagar en todos los pueblos por los que pasaron por parecer rico. En Nioro les quitaron todo. Hubieron de respetar el ramadán. Iban montados en bueyes, pues a los camellos les atacaba la mosca tse-tse por esa región. La zona es el límite entre el Sahel y el desierto. Cayeron los tres con fiebres. Desde Nioro se dirigieron al suroeste rumbo a la actual Kayes, donde se encontraron con el río Senegal. Benítez estaba convertido en un esqueleto. De nuevo Boutaleb dejó traslucir su odio hacia el español volviendo a acusarle de cristiano. El 16 de

septiembre fueron de Gumbu a Medinet. Benítez cayó en un sueño cataléptico y el argelino quiso dejarle abandonado. Nadie quería tocarle, sólo el Dr. Lenz le cuidó y trató adecuadamente. El 24 de septiembre llegaron a Medinet-Bakuinit y pasaron allí doce días de reposo. Benítez sufrió horribles dolores de estómago.

El primero de noviembre, cuando iban hacia Medina —la actual Kayes, junto a las cataratas de Felou— se encontraron con unos nativos que les entregaron una carta de los oficiales franceses del puesto de Medina, a orillas del río Senegal. Además les llevaban comida, vino, cerveza y conservas. Benítez no pudo probar los manjares por su problema estomacal. Al día siguiente llegaron al río y al fuerte francés desde donde telegrafieron a la Sociedad Geográfica de París y permanecieron seis días en cama durmiendo.

Boutaleb se disgustó porque ya no le rendían los honores de jeque. Desde allí, el 8 de noviembre, continuaron en barco por el río Senegal hasta Saint Louis, la capital colonial, ya en la costa.

Entre Tetuán y Saint Louis emplearon once meses y veintitrés días, pues salieron el 1 de diciembre de 1879 y llegaron a Saint Louis el 22 de noviembre de 1880, tras recorrer más de cinco mil kilómetros.

Estuvieron seis semanas en cuarentena, pues había una epidemia de fiebre amarilla. En la espera Benítez acabó rompiéndole una botella de champán en la cabeza a Boutaleb tras una discusión. Benítez también hubo de ser hospitalizado por fiebres.

El primero de enero de 1881 abandonaron la ciudad Lenz, Boutaleb, Benítez y Kaddor, el criado personal del alemán, que les había acompañado a lo largo de todo el viaje. Desembarcaron en Burdeos el 19 de enero y hubieron de pasar otra cuarentena.

De los treinta y un mil doscientos cincuenta francos que gastó Lenz, diez mil los empleó en guías, intérpretes y criados. Benítez, en su libro, a pesar de que Lenz le ignora casi por completo, le queda muy agradecido por haberle cuidado cuando estaba enfermo, diciendo que le debía la vida.

A su regreso, en 1880, Benítez publicó el relato del viaje en artículos sueltos. Desde 1881 trabajó como intérprete en la aduana de Larache y en el consulado español en Mogador (Essaouira). En 1883 recorrió la costa marroquí para buscar la ubicación de Santa Cruz de la Mar Pequeña (Sidi Ifni). También escribió el relato del viaje. Falleció en Mogador el 7 de septiembre de 1924.

Por su parte, Lenz dirigió desde 1885 una expedición austrohúngara que pretendía cruzar África desde la costa del Congo hasta el Índico y estudiar la

línea divisoria de las cuencas de los ríos Congo y Nilo. Le acompañó Oskar Baumann, que estableció las colonias de Tanzania, Ruanda y Burundi para Alemania. Tras esta expedición, Lenz trabajó como profesor en la Universidad de Praga. Falleció el 1 de marzo de 1925.

En 1893 Tombuctú fue conquistada por los franceses con tropas senegalesas. El mito y la prohibición cayó, pero el encanto, para quien sabe percibirlo, sigue allí. En el censo de 2009 tenía una población de unos cincuenta y cuatro mil habitantes.

En abril de 2012, la zona norte de Malí, con capital en Tombuctú, se declaró independiente como estado islámico con el nombre de Azawad. Los pocos occidentales que vivían en la ciudad tuvieron que salir huyendo. De nuevo se convirtió en un lugar prohibido hasta una nueva reconquista por tropas francesas en enero de 2013.

## **Bibliografía**

- Benítez, Cristóbal, *Mi viaje por el interior de África*. Tánger: Imprenta Hispano-arábiga de la Misión Católico-española, 1899.
- Lenz, Oskar, *Timbouctou. Voyage au Maroc, au Sahara et au Soudan*. París: Hachette, 1887 (traducido del alemán por Pierre Lehautcourt).



## Leopold Panet (1818/1820-1859) (1850)

### El primer francés que recorrió el Sahara occidental

Nació entre 1818 y 1820 en Gorea (Gorée), una isla cercana a Dakar donde se embarcaban los esclavos con destino a América. Era mestizo. Su madre era nieta de un albañil francés establecido allí desde el siglo XVIII y de una negra libre. Los mestizos se consideraban más próximos a los franceses. Así, al utilizar el «nosotros» los franceses se referían a los indígenas senegaleses cristianos y cuando utilizaban el «ellos» se referían a los musulmanes senegaleses. A los del interior se les consideraba como bárbaros. Como ocurría en las colonias francesas, los mestizos ocupaban puestos auxiliares en la administración. De hecho, en 1838, Leopold trabajó como «escribiente temporal», algo así como funcionario interino, pero siete meses después, en enero de 1839, lo dejó para dedicarse al comercio a lo largo del río Senegal.

Por su conocimiento del río acompañó al francés Raffanel, comisario de Marina, en una exploración del interior en 1847. Recorrieron la zona de Kaarta llegando hasta el actual Malí. La exploración sirvió para continuar la conquista del interior africano por parte de los franceses. Raffanel quedó tan satisfecho de la actuación de Panet que le propuso para la Legión de Honor. Se le concedió y fue el primer senegalés en obtenerla, en noviembre de 1848. Al año siguiente se le nombró escribiente fijo.



Fotografía de Leopold Panet de autoría y fecha desconocidas.

En 1850, encontrándose en París, el *Départament de la Marine et des Colonies* le envió a una nueva misión al Sahara valiéndose de su color para evitar el odio a los europeos, así como su conocimiento de las lenguas locales y de sus costumbres. Se trataba de una zona no ocupada por ninguna potencia colonial y desconocida salvo por los contactos que mantenían los pescadores canarios con los habitantes de la costa. Recordemos que Francia estaba en competencia con Gran Bretaña por aumentar sus respectivos imperios. Él mismo lo dice en su relato y plantea que los galos deben hacerse con Marruecos para controlar la costa oeste y norte de África.

El barón Roger, gobernador de Senegal, le describía así: «indígena de Senegal, hombre de color, de constitución fuerte, de valentía y celo ya

probado. Sabe un poco de árabe vulgar y hablará fácilmente esta lengua después de dos meses de estancia en un campamento de marabuts, donde aprenderá la vestimenta y costumbres convenientes para no excitar la inquietud entre las tribus de moros que encontrará en su camino».

Le dijeron que debía hacerse pasar por musulmán. Buscó la protección de jefes poderosos pero no llegaron a un acuerdo en las condiciones y viajó con un judío llamado Yaouda como guía y un intérprete de hassanía —el idioma hablado en parte del Sahara mauritano y del antiguo Sahara español— llamado Mouloud.

Panet se hacía llamar Abd-Allah. Salió de Saint Louis el 5 de enero de 1850 en una caravana de treinta camellos y doce hombres que, pasando por los pozos de Akjoujt y Oujeft, se dirigía a Chinguetti, en el Adrar mauritano. El primer día de marcha, un hombre de un pueblo por donde pasaron le reconoció como cristiano y los de la caravana querían negarse a hacer la ruta con él. Consiguió hablar a solas con quien le había denunciado y logró que desmintiera la denuncia explicando que se había equivocado de persona, pero después de esto sus compañeros de viaje no se fiaban.

Se inventó una historia parecida a la de Alí Bey: había nacido en Argel pero había sido hecho prisionero por los franceses y enviado a Francia. Después le liberaron y buscaba a su familia. Por ello deseaba regresar a Argel. Además se le escaparon los camellos y tardó en recuperarlos. Se quejaba de que la marcha era muy lenta, pues cada vez que se cruzaban con otra caravana se paraban a hablar. A Yaouda, como judío, le trataban mal, le quitaban sus cosas e incluso la manta, y aconsejaban a Panet que le abandonase. A pesar de todo se levantaba el primero para hacerles té a todos. A Panet le trataban con más respeto pero continuamente le pedían cosas y le robaban de vez en cuando.

Llegaron el 27 de enero a Chingetti, donde se quedó un mes. Era un gran almacén de sal donde se vendía la que se producía en el cercano salar del lyil —el que descubrió Cervera—. Se dedicó a estudiar las posibilidades comerciales. Unos jóvenes de la localidad querían que Yaouda dijera la profesión de fe del islam: «No hay más dios que Alá y Mahoma es su profeta». Como se negó, le pegaron y amenazaron con apuñalarle. Panet fue a la mezquita a pedir ayuda diciéndoles que los cristianos siempre le permitían ser musulmán. Sólo les aplacó cuando se inventó ser hijo de un jeque muerto en La Meca que les maldeciría si no dejaban de meterse con Yaouda.



Le engañaban continuamente en los tratos, le obligaron a malvender los camellos bajo amenaza de que se los robarían. Quería marcharse enseguida pero no encontraba cómo. Una mujer le pidió que le hiciera un *gri-gri* o amuleto para conseguir que su marido dejara a una rival y otra para conseguir quedarse embarazada. Lo hacía gratis cuando era normal cobrar por ello. El intérprete no le hacía caso, le robaba las mercancías para alquilar mujeres y maltrataba a Yaouda. Le pedía que vigilara mientras escribía en francés, en secreto, el diario del viaje, pero se marchaba y le dejaba a merced de los

curiosos. También debía utilizar la brújula a escondidas, lo hacía quedándose rezagado de la caravana para que no le vieran.

El 27 de febrero salió junto con una familia que regresaba a su tribu. Se desvió mucho hacia el oeste pero temía que le descubrieran si se quedaba más tiempo en Chingetti o que Yaouda, o el intérprete, le denunciaran. También se aprovecharon de él. Subió a Tourin, cerca de las actuales minas de hierro de Fderik (Zuerat) y las salinas de lyil. Pasaron tres días sin agua. Iban mucho más al oeste de lo que hubiera querido para ir directamente a Argelia, por lo que decidió seguir hasta Marruecos y desde allí continuar a Orán.

En el camino, a la altura de cabo Bojador y a 12° oeste, el 21 de marzo, Panet y el intérprete fueron atacados por unos bandidos de otra tribu. Les hirieron y abandonaron como muertos después de robarles todo. Yaouda se marchó con los ladrones. Cuando recobró el conocimiento pudieron llegar a un campamento donde los nativos de la tribu de los Larocin les atendieron e incluso dieron caza a los ladrones logrando recuperar parte de sus pertenencias y, sobre todo, sus anotaciones. Se enteró por los ladrones que fue Yaouda quien les instigó a robarle diciendo que era cristiano. Debió desmentirlo de nuevo. Recuperó las notas pero no el ámbar y coral que llevaba como dinero. No aceptaron recompensa y le acompañaron un tiempo. Yaouda se fugó pero le encontraron después con el ámbar y el coral.

Panet sufrió muchas penalidades. Dice sobre ellas: «La injuria, el maltrato, las dificultades del camino, todo venía a mi mente [...] Un momento después yo estaba consolado y mis pensamientos volaban a Argelia. Allí, yo veía a muchos colonos remover esta tierra, tanto tiempo abandonada. Más lejos, nuestro ejército se paseaba con su uniforme guerrero». En uno de los campamentos, a la altura de cabo Bojador y 10° O (cerca de la actual Tifariti) encontró a un individuo que hablaba español. Se lo habían enseñado unos pescadores canarios que habían mantenido secuestrados durante unos meses hasta que sus compañeros pagaron un rescate. Los saharauis comerciaban con ellos pero a veces les traicionaban y secuestraban.



Sello de 1969 de la República de Senegal en honor de Leopold Panet como «Primer explorador del Sahara mauritano» aunque también cruzó el antiguo Sahara español.

Continuaron hacia el norte. A primeros de abril llegaron a Saguia el Hamra —que significa ‘río rojo’—, otro antiguo cauce casi siempre seco, donde se encuentran ahora las ciudades de El Aaiún y Smara. El 12 de abril llegaron a una zona donde ya crece el árbol del argán. El 17 llegaron al Wad

Draa, que tenía en aquel momento una profundidad con agua de sesenta centímetros y una anchura máxima de ciento cincuenta metros.

El 20 de abril llegó a Guelmine, a cincuenta kilómetros al sur de Ifni. Allí permaneció retenido un mes por el jeque Beyrouk, que sospechaba que era un infiel a resultas de una nueva delación de Yaouda. Cuando le convenció de que era argelino y musulmán, le trató bien. Rezaba con frecuencia en público para que comprobaran que era un buen musulmán. Panet acabó reconociendo que Yaouda no le sirvió de ninguna ayuda y sólo le causó problemas.

La esclavitud se había abolido en las colonias africanas francesas en 1848 pero se seguía practicando en muchos lugares del continente y se cruzó con una caravana de esclavos procedentes de Tombuctú integrada por doscientas personas de ambos sexos. Cuando preguntó por qué se seguía esclavizando le dijeron que «sólo seguían las tradiciones de sus antepasados».

El 20 de mayo salió de Guelmine hacia Mogador (Essaouira). Cruzó las montañas hasta el mar, en el actual Ifni y desde allí, por la costa llegó hasta Agadir y Essaouira el 25, donde le recibió el cónsul francés M. Flory. Pocos días después embarcó para Marsella y llegó el 20 de junio de 1850. Desde allí continuó por tierra a París. Pasó un año preparando el informe de su viaje, que se publicó a finales de 1850 con el título de *Relation d'un voyage du Sénégal a Soueïra*, y curándose un problema de estómago.

El recorrido había sido más o menos paralelo a la frontera entre Mauritania y el antiguo Sahara Español. Aunque no realizó mediciones geográficas, proporcionó informes hasta entonces desconocidos sobre la zona entre Saint Louis y Guelmine con múltiples observaciones astronómicas, geográficas, geológicas, de flora y fauna. También observó las poblaciones, el comercio y las costumbres. La misión tenía como fin buscar una comunicación terrestre entre Argelia y Senegal. Su relato, tras el de León el Africano, es el primero que trata sobre Mauritania. Proporcionó la lista de las tribus asentadas en la región, las rutas de las caravanas y la descripción de la región del Adrar mauritano. Podemos leer algunas de las anotaciones que realizó:

19 de marzo: Nuestro camino atraviesa varias cadenas de colinas que se ramifican. Tras unas cuantas horas nos detuvimos en un campamento bastante grande ocupado por los Orlad-Tidrarin en un lugar llamado Tamareikat. Se trata de una de las tribus que se comunican con frecuencia con los pescadores canarios a los que les venden leche. Allí me enteré de que se había perdido un barco en la costa hacía unos

meses y que dos hombres de la tripulación, caídos en poder de los indígenas, habían sido llevados a Noun y vendidos al *cheick* [jeque] Beirouk.

Como podemos comprobar, recorrió la zona antes que la expedición española de 1886 pero no firmó ningún tratado de protectorado con los jefes nativos por razones obvias, ya que viajaba de incógnito. En cualquier caso, como España no validó oficial e internacionalmente esos tratados, también perdió el derecho.

Tras su viaje continuó como comerciante, sobre todo en Gambia. Tuvo muchos hijos, de cinco madres distintas. Murió el 15 de febrero de 1859, de tuberculosis, en su domicilio de Gorea.

Algunos autores africanos, como el beninés Guy Ossito, le han criticado por considerarse francés en lugar de africano y apoyar el colonialismo. Hemos de recordar que los habitantes de cualquier color de las cuatro principales ciudades de Senegal (Dakar, Gorea, Rufisque y Saint Louis) gozaban de la nacionalidad francesa. Por otra parte, se trataba más de una cuestión de ricos y pobres, explotadores y explotados, que de razas, como algunos intentan simplificar.

## Bibliografía

- Panet, Leopold, *Relation d'un voyage du Sénégal à Soueïra*. París: Revue Coloniale, 1850. pp. 380-445, 473-563.
- , *Première exploration du Sahara occidental*. (Pról. Leopold Sedar Senghor). París: Le livre africain, 1968.
- Vuillot, Paul, *La exploration du Sahara: étude historique et géographique (1868-1916)*. París: A. Challamel, 1895.



## Camille Douls (1864-1889) (1887)

### Viviendo con los bandidos del Sahara occidental

Veintisiete años después del viaje de Panet a través del Sahara occidental, y al año siguiente de la expedición de Cervera, Quiroga y Rizzo, un francés, por su cuenta, decidió recorrerlo de nuevo.

Nació en Aveyron, entre Toulouse y Lyon, en 1864. Fue miembro de la Sociedad Geográfica de Rouen. Aprendió árabe y leyó el Corán. Dice: «El ejemplo de René Caillié, Panet, Rohlfs y Lenz me probaron y me convencieron absolutamente de que era posible viajar por esta parte de África bajo el disfraz de musulmán». Deseaba recorrer lo que después sería el Sahara español, ahora en poder de Marruecos. Douls ya hablaba de la factoría —tienda de intercambio— española de Río de Oro (después Villa Cisneros y ahora Dajla). Recordemos que en 1884 Bonelli había conseguido instalarse allí y Cervera había realizado acuerdos con varios jefes de tribus. Por otra parte Zemmur ya había sido visitada por Panet en 1850.

El 22 de febrero de 1886 el teniente Palat, francés, que intentó llegar a Tombuctú desde Argelia sin disfrazarse, había sido asesinado cerca de In-Sallah por no pagar lo suficiente a los que debían protegerle durante una etapa. Douls, tras vivir un tiempo en el norte de Marruecos aprendiendo árabe, antes de que le llegara la noticia de Panet, salió del Havre —el puerto de París—, hacia Canarias, llegando a Tenerife el 20 de diciembre de 1886.



Retrato de Camille Douls ataviado con ropas saharauis. Autoría y fecha desconocidas. Seguramente realizada después de su viaje en un estudio de París.

El cónsul francés en esta isla le informó de que muchos pescadores canarios habían muerto, desaparecido o habían sido secuestrados en la costa del Sahara. No sabemos si conocía la historia de Robert Adams, el marinero norteamericano que naufragó en la costa y fue vendido como esclavo en Tombuctú.

Douls, en un principio, pensaba iniciar su viaje en Cabo Juby (actual Tarfaya). Se trasladó a la isla de Lanzarote, por ser la más próxima a ese lugar de la costa marroquí. Quisieron disuadirle y le repitieron las informaciones del cónsul francés, corregidas y aumentadas, pero Camille opinaba que fingiendo ser musulmán le respetarían. Pensaba hacerse pasar por un *tagere* —hombre de negocios musulmán— y llevaba dos cajas de madera con mercancías que pensaba vender. Decidió desembarcar más al sur. El médico de Arrecife le ayudó a convencer a unos pescadores para que le depositaran en la costa sahariana, en Cabo Garnet, a 25° N y unos 17° O, a unos doscientos kilómetros al sur del actual El Aaiún; lo hicieron en enero de 1887. Fue mucha gente a despedirle.

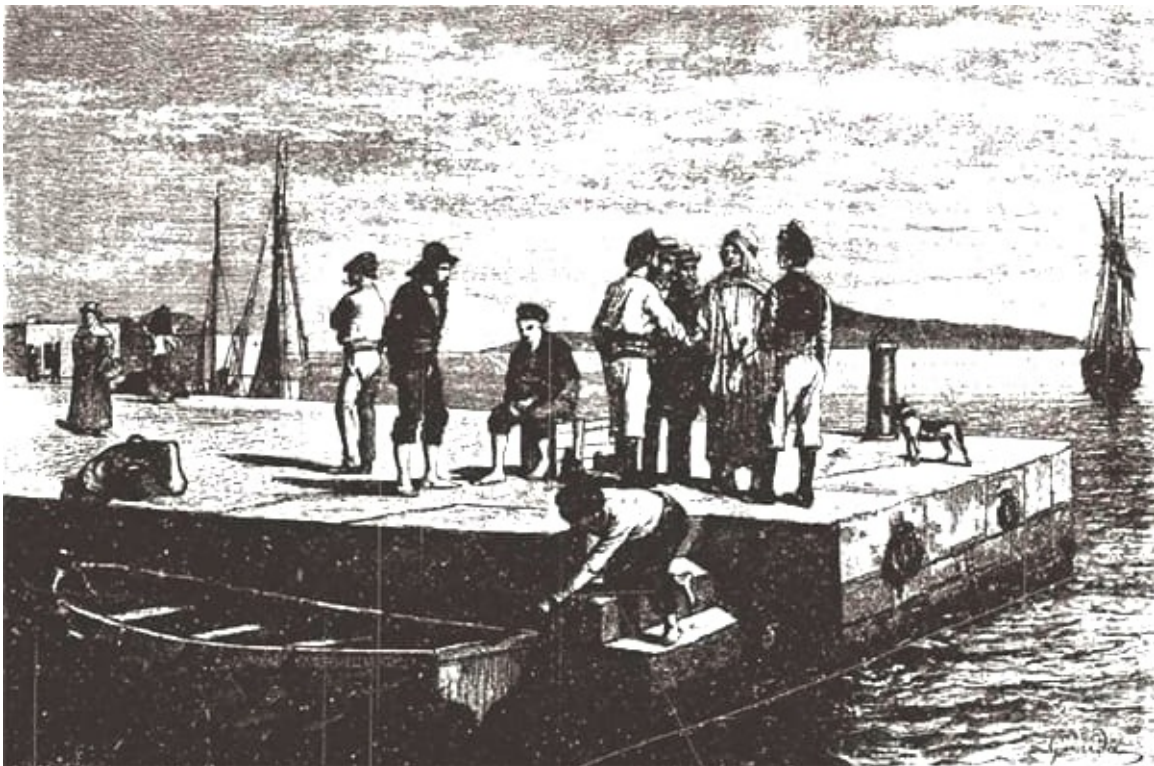


Ilustración del libro de Camille Douls *Voyages dans le Sahara occidental* donde se representa su embarque en Arrecife, municipio de la isla de Lanzarote.

Nada más desembarcar escondió las cajas y se encontró con un rebaño de camellos al cuidado de un niño negro, esclavo, desnudo, que huyó gritando aterrorizado al verle. Parece ser que el miedo lo provocaba el que Douls iba

vestido de blanco, algo que no se utilizaba jamás en el desierto. Tras varias horas caminando se encontró con cuatro *maures*, como se denomina a los habitantes libres del Sahara occidental y Mauritania, quienes le preguntaron:

—¿Quién eres?

—Mi hermano —le respondí con dulzura—, yo soy un esclavo de Allah, comerciante argelino, que los designios de nuestro señor han arrojado a esta costa.

Eran miembros de la tribu de los oulad delim, la más terrible y violenta de todas las del Sahara occidental. Mientras hablaba, uno de ellos le quitó el rosario islámico del cuello. Le descubrieron el revólver que llevaba escondido y se lo arrebataron también; le pegaron, le rompieron dos dientes y le redujeron. Le quitaron la ropa y el cinturón interno donde llevaba escondido el dinero. Dice que miraron los detalles de su cuerpo por lo que se supone que descubrieron que no estaba circuncidado, pero no dice nada concreto al respecto, quizás por el pudor de la época, aunque Badía lo describió perfectamente casi un siglo antes.



Douls era de pelo negro pero de piel clara. Le dijeron que sería su prisionero hasta que supieran si era cristiano o musulmán. Él siempre rezaba con ellos pero no se creían que fuera creyente. No entraba en los esquemas de los saharais que un blanco que no hablaba hassanía —la lengua que se habla en el Sahara occidental y en buena parte de Mauritania, parecida al árabe— fuera musulmán. Se hacía llamar Abd-El-Malek. Ibrahim, uno de los del grupo de saharais que le retuvo, le acogió en su tienda. Tenía una mujer, pues los nómadas solían ser monógamos, varios hijos, un sirviente y un esclavo.

Para hacerse amigo de Ibrahim le dijo que tenía dos cajas de mercancías escondidas y que se las daría. Este avisó a los demás, le pusieron cadenas con grilletes en los pies, le ataron las manos y un grupo fue con él a buscarlas. Cuando las encontraron se repartieron el botín entre ellos. Llevaba collares, brazaletes, pendientes, artículos de perfumería, agujas, hilos, etc. Los nativos se comían los jabones atraídos por el olor y les causó sensación una lata de sardinas en aceite que según les dijo era una medicina. Los oulad mantenían la tesis de que los musulmanes nunca llegaban por el mar, que por allí sólo arribaban canarios. Fueron a consultar a un jeque de Tafilet, que a veces ejercía con ellos como maestro del *Corán* y que se distinguía por llevar un turbante de muselina. Les dijo que le parecía cristiano como los que había visto en Mogador y le preguntó si era cónsul, pensando que era otra nacionalidad más. Eliazize, una hija de Ibrahim, de unos doce años, que se hizo amiga de Douls, de veintidós, le dijo un día «tú no eres cristiano porque no eres malo», lo que da idea de los prejuicios existentes.

Decidieron llevarle a ver al jeque Ma-el-Aynin, jefe de todos los nómadas del Sahara occidental. Aynin había nacido cerca de la población mauritana de Walata, alrededor de 1830. En 1886, según palabras de Douls: «Yo recordé, en efecto, el año anterior, este mismo Ma-el-Aynin había enviado emisarios para asesinar a los Sres. Quiroga y Cervera, dos viajeros españoles que recorrieron el Adrar. Sólo una rápida huida permitió a los dos exploradores escapar de sus asesinos». En 1898 fundó un monasterio o *ribat* en Smara y comenzó una guerra contra los colonizadores expulsando a los ingleses de la factoría de cabo Juby. Quiso echar a los franceses del Adrar en 1905 (los españoles no se habían movido de Río de Oro-Villa Cisneros salvo la expedición de Cervera). En 1909 los franceses le expulsaron de Smara y se refugió en Tiznit (cerca de Agadir), donde falleció al año siguiente. En 1913 Francia entregó Smara a España. A escasos veinte metros del *ribat* de Aynin los españoles construyeron un gran cuartel de La Legión ahora utilizado por las tropas marroquíes. En estos momentos Smara tiene unos cuarenta mil habitantes debido a la afluencia de marroquíes y a una numerosísima guarnición para proteger el muro que cruza el desierto.



Camille Douls ataviado con ropas saharauis.

En aquel momento Aynin vivía en un campamento. Tenía fama de hacer milagros y se distinguía de los demás porque en lugar de vivir en una tienda de pelo de camello, apoyada en palos, tenía una octogonal, europea y alta. También poseía cuatro mujeres, lo que no era frecuente entre los nómadas. Recorrieron el desierto durante tres días hasta encontrarle. En el campamento de Aynin había gente de varias tribus y era como una especie de corte. El jeque sometió a Douls a un interrogatorio. Como era culto conocía que existía

un país llamado Argelia, de donde Douls decía proceder. Al final dijo: «Hermano, ¡Gloria a Alá! Este hermano es un verdadero musulmán. Quitadle los grilletes, devolvedle lo que le habéis quitado y acogedle en vuestra tribu como a un hermano». No deseaban en absoluto devolverle las cosas y decían «El jeque, que no se equivoca jamás, se ha debido de equivocar esta vez», así que decidieron ir a ver a un viejo *hadj* —hach— o peregrino. Este había viajado por Constantinopla y dijo que allí había visto gente musulmana como Douls. Les explicó que al otro lado del gran desierto había musulmanes que hablaban de otra manera y tenían otras razas. Le liberaron de sus grilletes y pasó a ser su huésped, consiguiendo que le devolvieran la brújula, un cuadrante solar, un termómetro, hojas y papeles, pero no sus ropas, por lo que vestía con una piel y unos trozos de tela vieja. También le dieron un viejo fusil de chispa y un puñal. Decidió que la bisutería se la dejaba a las mujeres, que ya la disfrutaban, pues era bueno que le trataran bien e influyeran sobre sus maridos en su favor.

Una vez admitido como musulmán pasó el tiempo acompañando a la tribu, recorriendo con sus rebaños de camellos y cabras los pastos entre el Iguidi y la costa, en lo que es el actual Sahara ocupado por Marruecos y parte del argelino. Desde cabo Garnet cruzó el Sahara occidental hasta casi los 12° de longitud oeste y descendió hasta la latitud del trópico de Cáncer, donde ya comienzan las dunas. Fueron allí a visitar al suegro de Ibrahim, que tenía varios esclavos y deseaba regalar uno a su hija, por la que Ibrahim había pagado diez dromedarios. Tardaron quince días en llegar. Para caldear la leche, como utilizaban recipientes de madera y no los podían poner al fuego, calentaban piedras que luego introducían en el cuenco de leche. La dieta se completaba con gachas de harina de cebada. La familia dormía en la tienda, todos apelotonados y cubiertos por una manta para darse más calor. Los sirvientes y esclavos pernoctaban al raso de la fría noche del desierto. El suegro de Ibrahim era rico pues tenía tres esclavos, cincuenta dromedarios y seiscientos cabritos. Para celebrar la llegada de su familia mató tres de los últimos, que comieron cocidos sin sal.

Desde allí subieron hacia el norte, hasta el actual poblado de Zemmur. Sólo encontraban agua cada diez días. Durante el camino una mujer dio a luz montada en un camello, sin detenerse y sólo por la noche celebraron el hecho. Desde Zemmur, donde hay salinas y una pequeña charca, cruzó de nuevo el Sahara de este a oeste, hasta cabo Bojador, pasando una zona pedregosa y sin vegetación. Ya llevaba más de un mes con ellos y se había quedado muy delgado.



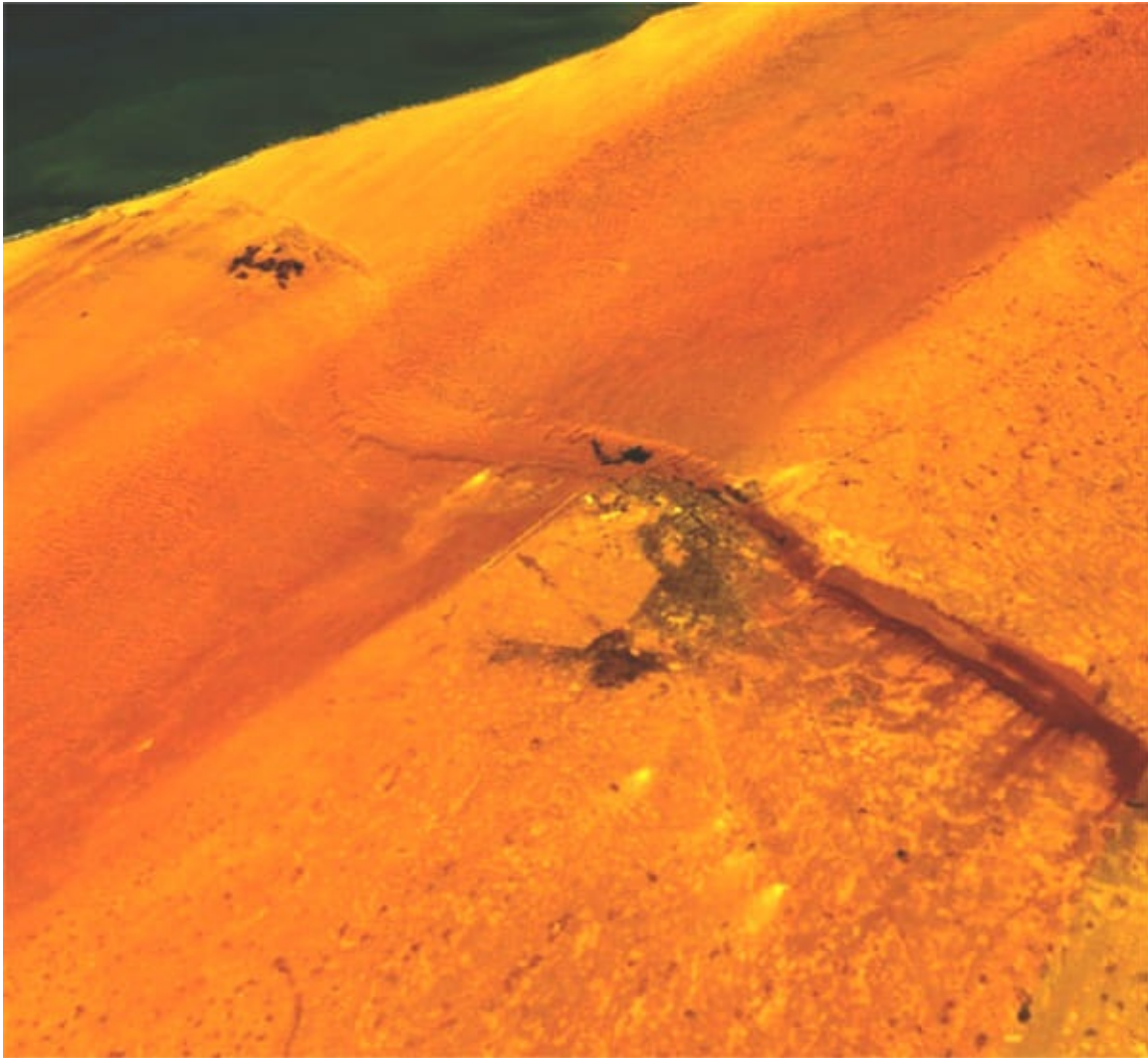
Cuando estaban cerca de la costa llegaron a una zona relativamente fértil pues había arbustos y hierbajos donde se detuvieron un tiempo para aprovechar los pastos. Su pasatiempo era quitarse los bichos del pelo y de la ropa unos a otros. También asistió a una boda. Describe muy bien su música, monótona como el desierto pero, como él, según palabras de Douls, que suscribo, tiene un encanto que «adormece los sentidos y hace soñar al espíritu».

En esa zona asaltaron una caravana de unos treinta hombres que venía de Tinduf. Ellos eran ochenta guerreros. Les asaltaron al grito de *bismillah!*, que podríamos traducir como ‘en el nombre de Alá’. Mataron a veinticinco hombres —los otros cinco huyeron— y se repartieron a las diez mujeres que iban con ellos, así como a los niños. Dice que a él le dejaron en retaguardia y no tuvo que intervenir en la masacre.

Después subieron por la costa hasta el actual El Aaiún, que entonces no existía, pues fue fundada, con un puesto militar, en 1938. Allí Ibrahim le propuso que se casara con Eliazize a cambio de siete dromedarios a pagar poco a poco, en cómodos plazos. Douls aceptó pero le dijo que deseaba pagarle de una vez y le sugirió que le llevara al Wad Noun, a ver al jeque Beyrouk, para que le ayudara a subir al norte de Marruecos y a Argelia a fin de conseguir dinero para la compra.

Ibrahim aceptó pero propuso que primero le acompañase a Tinduf para vender unas cargas de pieles. Aceptó gustoso y cruzaron de nuevo el Sahara, ahora de oeste a este, por el ancho cauce, casi siempre seco, de Saguia el Hamra, hasta llegar a Tinduf en abril de 1887. El viaje les tomó diez días y dormían al raso o eran acogidos en campamentos. Si en estos sólo había mujeres y niños, debían quedarse a una distancia prudencial, aunque les llevaban comida.

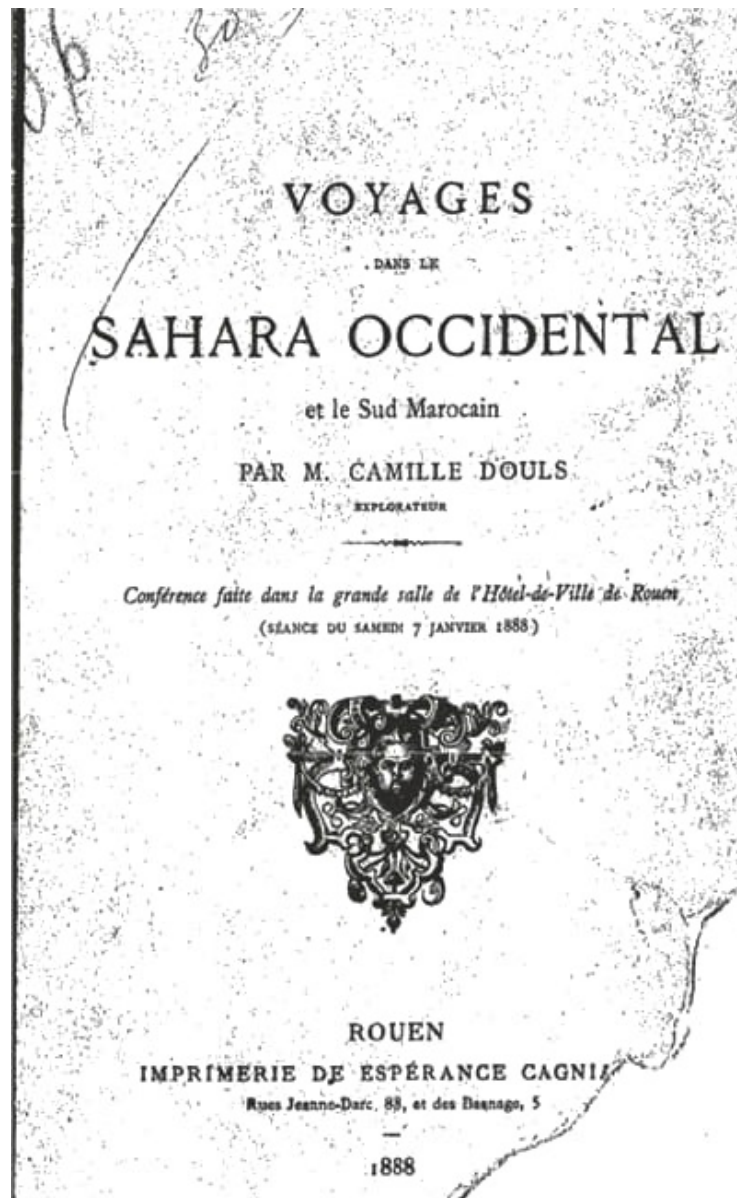
Tinduf fue fundada en un oasis donde ya existía un campamento y era cruce de caminos de las rutas caravaneras. Douls cuenta que la caravana de Tombuctú llevó a Tinduf ese año quinientos veinte esclavos. Tras tres días de descanso vendieron las pieles y regresaron a la zona del El Aaiún y cabo Juby (actual Tarfaya) por el lado norte de Saguia el Hamra. El grupo de los oulad estaba en duelo porque dos jóvenes se habían peleado. Uno había muerto y el otro había huido. Después organizaron la pedida de mano y acto seguido Ibrahim y Douls subieron, cruzando el Wad Draa —frontera entre nómadas y sedentarios—, en mayo de 1887, hasta el pueblo de Goulmine, que ya conocemos.



Fotografía desde satélite de Saguia el Hamra o río rojo, un barranco que cruza la fotografía en diagonal y el antiguo Sahara español de este a oeste. La mancha oscura central es la ciudad de El Aaiún. En ocasiones, lleva un poco de agua.

He tenido el placer de recorrer algunas de las zonas del Sahara occidental que describen Panet y Douls y es una delicia leerles y revivirlo. Curiosamente —el viaje lo realicé en 2008—, fui retenido e interrogado en muchas ocasiones por la policía secreta o la gendarmería marroquíes —con toda educación y respeto, todo hay que decirlo—, sobre todo si me sorprendían haciendo fotografías. Me hacía pasar por un español que había realizado el servicio militar allí en 1975 y había regresado por nostalgia. Siempre surtía efecto. En otras ocasiones ponía una nota melodramática diciendo que un amigo, inválido, que había realizado allí el servicio militar obligatorio, me

había encargado una fotografía del cuartel donde había estado destinado, pero que la podían borrar si estaba prohibido. Si las cosas se dicen con convicción, y son verosímiles, suelen funcionar.



Portada del libro *Voyages dans le Sahara occidental* publicado tras su regreso a Francia.

Douls calculaba la distancia por jornadas de marcha, que suponían unos veinticinco kilómetros diarios. A veces contaba todos sus pasos. Con frecuencia, pero con prudencia, preguntaba a cuántos días de marcha estaban

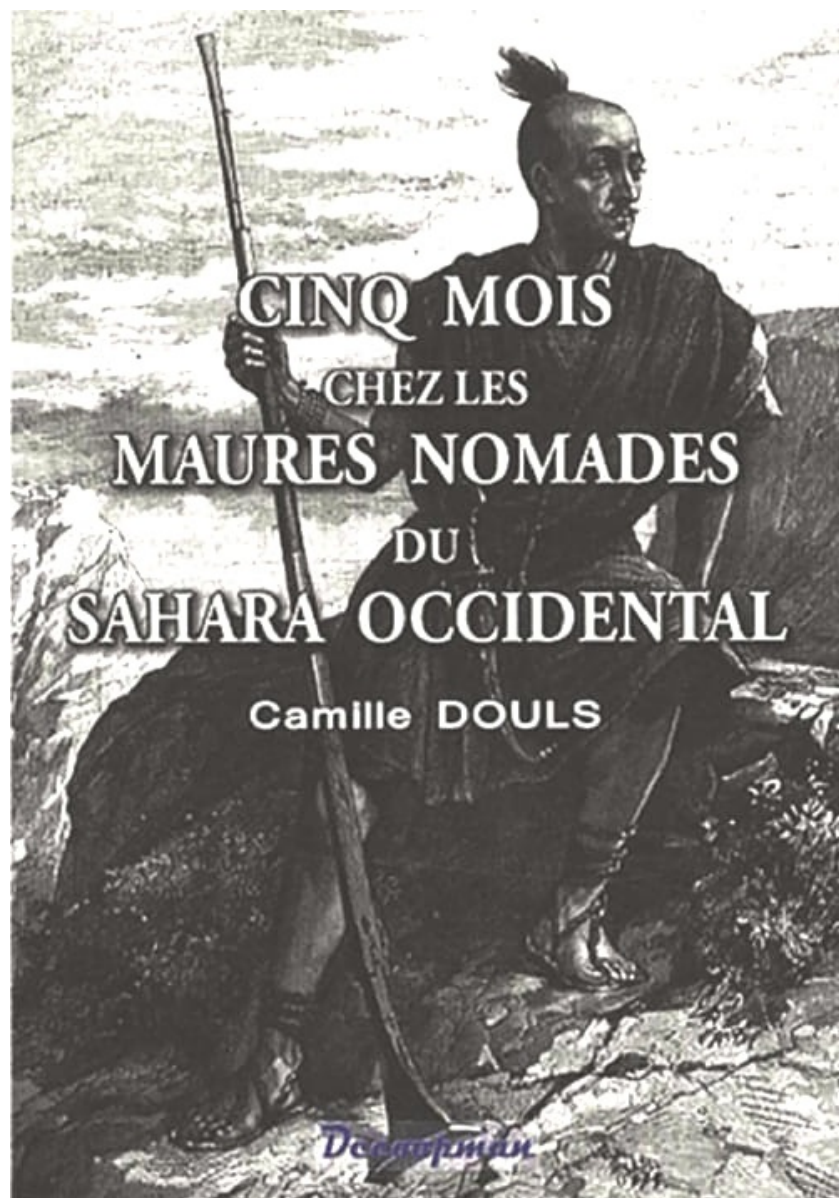
los lugares más conocidos para situarse. Escribía en francés con caracteres árabes y para hacerlo se colocaba al final de la caravana. Las hojitas de papel las numeraba y escondía en bolsillos que hizo en las capas de epidermis de la piel que vestía. Con la excusa de buscar La Meca utilizaba la brújula. Iban siguiendo los pastos y describe el paisaje de cada jornada o cuántas tardaba este en cambiar. A veces cuestiona las observaciones geográficas de Panet. Ofrece asimismo una lista muy detallada de todas las tribus del Sahara occidental y presenta los nombres científicos de la flora como en el frecuente caso de las Euforbiáceas.

En Goulmine Ibrahim le presentó al jeque Beyrouk, jefe del sur marroquí. En 1886 se había sometido al sultán Muley Hassan, quien dejó una gran guarnición de marroquíes. Beyrouk le proporcionó un guía, ropa y una montura para que siguiera hasta Agadir, donde gobernaba su hermano, el jeque Abidine.

Ibrahim y Douls se despidieron tras haber pasado juntos cinco meses. El suegro regresó con la familia esperando el regreso de Douls con dinero fresco. Este, ya solo, siguió por la costa hasta Agadir. Allí fue a visitar a Abidine. Mientras hablaba con él llegó un inglés amigo del cónsul británico que le reconoció como europeo y a quien confesó su verdadera identidad. El inglés había oído hablar de él y le dijo que le daban por muerto o secuestrado y que incluso el cónsul francés iba a protestar. Douls quedó en ir a su casa para hablar tranquilamente, pero Abidine le puso un espía y cuando regresó le acusó de cristiano y le quiso detener. Douls le dijo «maldito el día que naciste» y el jeque le detuvo y le puso grilletes en los pies. Al día siguiente fue a verle un belga, desertor de la Legión Extranjera francesa y renegado, que trabajaba para el sultán. El europeo avisó al cónsul británico, que logró liberarle y le llevó a Mogador (Essaouira) donde había un cónsul francés. Después fue a Mazagán (El Jadida) y allí embarcó para Tánger y Francia. Como dice Douls, comenzó el viaje con cadenas y lo terminó con cadenas.

En 1888 publicó *Voyages dans le Sahara occidental*. Hay otra versión de ese viaje en la revista *Tour du Monde*. La primera aporta más información geográfica. La Société Géographique de Paris le financió otra expedición para que llegara a Tombuctú desde Tánger. Apenas redactado el informe, el 15 de julio de 1888 se embarcó en Marsella rumbo a Tánger y de allí salió el 17 de agosto rumbo a Alejandría para mejor hacerse pasar por *hadj*. Fue a un lazareto cerca de Suez donde descansaban los que regresaban de La Meca y se hizo amigo de dos marroquíes que venían de la peregrinación para informarse bien de los detalles de la de ese año.

Regresó a Marruecos y, añadiéndose el título de *hadj*, bajo el nombre de Hadj Abd-El-Malek, fue al Tafilet, al Wad Saoura (por donde fue Rohlfs), y al Touat argelino, donde había muchas guerras entre tribus. Llevaba cartas de recomendación del jeque de Uezán y del sultán. Desde octubre de 1888 ya no se tuvieron más noticias directas de él. Se sabe que el jeque de Reggane (0° de longitud y unos 27° N) le dio una carta de recomendación para la familia Bakkas de Tombuctú y su hijo le acompañó hasta Aoulef, de donde salían las caravanas para aquella ciudad.



Portada de una edición moderna de *Cinq mois chez les maures nomades du Sahara occidental* (Cinco meses con los moros nómadas

del Sahara occidental) publicada por primera vez en 1888 por la revista *Le Tour du Monde*.

Parece ser que le descubrieron porque hablaba mal el árabe y eso les hizo sospechar. En uno de los descansos de la caravana, mientras dormía la siesta, sus guías acompañantes le estrangularon y le quitaron casi dos mil francos en oro que llevaba escondidos en el cinturón y las tres cajas de equipaje. Ocurrió en Tidikelt, cerca del oasis de Aqabli, entre Reggane e In-Sallah, hacia el 5 de febrero de 1889, cuando contaba veinticinco años. Enseguida corrió la noticia, llegó a oídos de los militares franceses de Argelia y se inició una investigación bastante completa que rehízo toda la historia del viaje de Douls y en la que también aparece Pericardis (el griego que fue secuestrado por Raisuni), con quien habló en Tánger de su proyecto, mientras el griego intentaba infructuosamente disuadirle. Uno de los testigos dijo que cuando hablaba árabe a veces se le escapaban palabras francesas. Parece ser que a los asesinos los asaltó una partida tuareg unos días después.

Una escuela y una calle del Argel colonial llevaban su nombre. En 2006 el Ayuntamiento de París le puso su nombre a una vía pública.



Placa de la calle dedicada a Camille Douls en Argel. En París y en Decazeville (Aveyron) también tiene otras en su memoria.

## Bibliografía

Douls, Camille, *Voyages dans le Sahara occidental*. Rouen, 1888.

—, *Cinq mois chez les maures nomades du Sahara occidental*. París: Tour du Monde, 1888.

Roussanne, Albert, *L'homme suiveur de nuages, Camille Douls, saharien, 1864-1889*. París: Editions du Rouergue, 1991.

Vouillot, Paul, *L'exploration du Sahara*. París: Challamel, 1895.

## Michel Vieuchange (1904-1930) (1930)

### Ver Smara, la obsesión que le costó la vida

Nació el 26 de agosto de 1904 en Nevers, dentro de una familia de clase media. En 1922 se mudaron a París, donde estudió literatura en la universidad. Viajó a Grecia y escribió una novela sobre su época clásica titulada *Hipparete*, todavía inédita.

Trabajó como ayudante de dirección en una película. Estaba obsesionado con la crisis moral de Europa tras la Primera Guerra Mundial y pensaba que un escritor primero debía ser un hombre de acción, por lo que deseaba correr aventuras. Tras su servicio militar en Marruecos, en 1926, se sintió atraído por el desierto. Algunos le califican como el nuevo Rimbaud, de quien era un gran admirador; además le gustaban Whitman y Nietzsche. En su habitación de París tenía colgada en la pared una cita de Leonardo da Vinci: «Así como un día bien utilizado proporciona alegría al dormirse, así una vida bien aprovechada proporciona alegría al morir».

Junto con su hermano, Jean, dos años más joven, decidió visitar la ciudad sagrada y prohibida de Smara. En el libro *Smara, carnets de route d'un fou de désert*, comenta: «En 1930 todavía había lugares en blanco en el mapa, regiones todavía inexploradas por el hombre civilizado. Uno de ellos estaba en el sur de Marruecos, donde feroces moros nómadas mataban o secuestraban a cualquier europeo que intentara penetrar más allá de la zona francesa. En el centro de esta región hostil estaban las ruinas de una ciudad llamada Smara». Querían entrar en ella y regresar con fotos que lo probaran.





Retrato de Michel Vieuchange procedente del interior de su libro *Smara. Carnets de route* publicado en 1932.

En agosto de 1930 bajaron al sur de Marruecos, a Mogador (Essaouira) para preparar el viaje. Decidieron que era mejor que uno de ellos hiciera el trayecto y el otro le guardara las espaldas por si era necesario efectuar un rescate de algún tipo. Michel se quitó un diente de oro para evitar que se lo robaran o, lo que era más probable, que primero le mataran para quitárselo. Contaron con el apoyo de un nativo importante que les buscó un guía, Ahmed

Ben Hamou El Mahboul —alias *el loco*—, un comerciante de madera de Tirza, que se encargó de organizar la pequeña expedición en la que también llevaban dos mujeres para pasar más desapercibidos. Fueron a Tiznit en coche, donde llegaron el 10 de septiembre, y al día siguiente partió la caravana.

Vieuchange llevaba algunas conservas y medicinas, un reloj, una brújula, cuadernos y lápices. También escondía algo de dinero por si había necesidad de sobornar a alguien. Al grupo se unieron otros extraños, como solía ser costumbre.

Salieron el 11 de septiembre de 1930. No hablaba árabe, bereber ni hassanía. Por ello, decidió que lo mejor era disfrazarse de mujer, pues así no podía hablar con extraños ni podían hablarle a «ella», con lo que solucionaban el problema lingüístico. Llevaba velo para ocultar su rostro. Intentó copiar los movimientos y comportamientos femeninos. Oscureció la poca piel que se le veía con permanganato. Las notas de su diario, telegráficas, comienzan así: «Jueves 11 de septiembre. Partimos. Babuchas. Desde el principio sufro mucho dolor. Intento arquear en vano mis pies. El camino y, a cada lado, la nada bajo la luna. Avanzamos quizás tres kilómetros y medio».

Cruzaron el Anti Atlas y llegaron a Tiglit, a unos kilómetros del Draa. Lo cruzaron y continuaron. Vieuchange caminaba descalzo y las numerosas piedrecitas del camino le martirizaban los pies, que se le llenaron de heridas purulentas que curaba con tintura de yodo mientras tuvo. Se adaptó a lo poco que bebían los demás, más acostumbrados a pasar sed y penalidades. Se alimentaba de harina de cebada mezclada con agua y cocida con aceite de argán. Como otros a los que sin duda había leído, solía quedarse retrasado para poder escribir y poder sacar fotografías sin que le vieran los que no estaban al tanto de su aventura y verdadera personalidad. Así, comenta: «Paramos media hora. Escondido bajo una roca que sobresale escribo el principio de esto. Después alguien me llama».

Solían caminar por la noche para evitar el calor y encuentros desagradables. Sufrió un acceso de paludismo con sus correspondientes fiebres. Tras más de una semana de marcha, el jefe de la expedición decidió regresar a Tiglit porque se le había metido una espina en un pie y no podía caminar. Le escondieron en un cuchitril inmundo hasta que, tras dos semanas de espera, el jefe se curó y reiniciaron la marcha. Él también tenía heridas en los pies, que aprovechó para sanar. El 22 de octubre, comenta sobre esa espera: «en esta penosa espera, Smara se convierte para mí en una cosa árida.

Me deshago, por decirlo así; mi cabeza se agarra alrededor de esta sola voluntad que siento en mí, dura, irrevocable: acabar, lograr mi objetivo».





Monolito en Smara, delante de la alcazaba de Ma-El-Aynin, donde en árabe y francés se pueden leer sus palabras: «Sufriré lo que haga falta, dormiré donde sea, una sola necesidad: llegar a Smara. Michel Vieuchange el primero de noviembre de 1930».

En su diario describía su obsesión: «Camino. Es mi único objetivo —continuar—. No hay ya ni día ni noche para mí. Sufriré lo que haga falta, dormiré donde sea, una sola necesidad: llegar a Smara». Esto mismo está escrito, en francés y en árabe, en un monolito de homenaje que se ha levantado en Smara. Le extorsionaban con frecuencia, incluso intentaron venderle. Un hombre con el que se cruzaron en el camino se encaprichó de «ella» y de sus blancos tobillos, y quiso comprarla. Estaba tan enfermo que apenas podía caminar. Por otra parte, la tribu de los reguibat estaba por la zona de Smara y no era cuestión de arriesgarse, por lo que el 28 de octubre decidieron meterlo en un serón o gran capazo de esparto, o *chouari*, de los que llevan a ambos lados los camellos para transportar la carga. Allí, en posición fetal y tapado con un albornoz de lana que colocaron sobre él y le

asfixiaba, realizó la última etapa de su viaje. No se podía mover nada, pues su peso hacía que el capazo se apretara contra su cuerpo. Comenta que sentía moverse cada uno de los músculos del camello. Se pararon con unos individuos que se encontraron y les invitaron a comer mientras él permanecía escondido y sin moverse en el cesto.

El 1 de noviembre vio Smara a través de las rendijas del capazo donde iba metido: «En la terrible desnudez del desierto, sin vegetación, apenas a ochocientos metros, distinguí una ciudad como si fuera de cristal transparente. Ninguna muralla la ciñe, sólo el desierto por todas partes la acomete».



Michel Vieuchange posando delante de la alcazaba de Ma-El-Aynin, único edificio que había entonces. No pudo evitar hacer lo que hace cualquier turista hoy en día.

Smara se encuentra a doscientos treinta kilómetros al este de El Aaiún (26° 44' N y 11° 41' O). Fue fundada por Ma-el-Aynin; «agua de mis ojos» le llamaba su madre por ser el único hijo varón que ella tuvo. Su padre tuvo un total de cuarenta y ocho varones y cincuenta hijas. Aynin nació en 1830. A los dieciséis años le llevaron a realizar el peregrinaje a La Meca en compañía del hijo del sultán Mulay Abderramán. Después estudió en Tinduf y se dedicó a predicar el retorno al islam puro. En 1860 se casó por primera vez con una niña de quince. Después llegó a tener hasta doce mujeres que le dieron veintisiete hijos varones.

En 1899 hizo realidad su deseo de fundar una ciudad y el sultán de Marrakech le ayudó enviando albañiles y algunos materiales que se llevaban en camellos desde la costa. A la vez se establecieron cultivos alrededor y se abrieron cincuenta pozos. La casbá o parte amurallada de la ciudad tendría dieciocho edificios, entre ellos una mezquita, con una pared que rodeaba todo. No se terminó la mezquita, cuya arcada, inconclusa, aún permanece. A veces se instalaban hasta tres mil tiendas alrededor. En 1902 Aynin la declaró ciudad sagrada. En 1904 se nombró a sí mismo imán y llamó a la guerra santa contra los franceses.

Desde 1905 Aynin, con las tribus reguibat y oulad delim, luchó contra los franceses y contra las tribus que no se oponían. No peleó contra los españoles porque no se habían movido de Río de Oro (Villa Cisneros-Dajla). Ante la presión francesa, abandonó Smara en 1909 y retrocedió hacia Tiznit. La mezquita de Smara quedó inacabada y la gente ya no visitaba la ciudad ni el mercado o zoco que había establecido. La pequeña alcazaba quedó al cuidado de un discípulo y un esclavo.



Vieuchange vestido de mujer y con la cara tapada en otra de las fotografías que se hizo tomar durante el viaje.

Algunas páginas web que ensalzan la figura de Vieuchange dicen que fue el primer europeo que visitó las ruinas de la ciudad abandonada de Smara

pero ocultan, olvidan o desconocen que el 28 de febrero de 1913 una columna de militares franceses al mando del coronel Mouret, que había partido de la ciudad mauritana de Atar el 9 de febrero, llegó a esta ciudad. Lo encontró todo deshabitado y abandonado, pues incluso los guardianes habían huido. Los franceses permanecieron allí dos días saqueándola y quemando la biblioteca de Aynin. Añaden que salvaron un libro de historia de Abd-El-Rahma-Ibn-Jaldun, el famoso historiador. Cuentan que estaba quemándose y el que lo salvó murió de las quemaduras, pues lo apagó con sus propias manos y cuerpo echándose sobre él. Resulta un poco difícil creer que apagar un libro suponga quemaduras que produzcan la muerte, pero ya sabemos que los hechos hay que hacerlos más dramáticos e impactantes de lo que fueron y en internet se puede decir cualquier cosa sin ningún mínimo control de calidad. Otros hablan de la «ciudad amurallada de Smara» aunque, en realidad, lo único que había —y hay— era la *zawiya* o alcazaba de Aynin, un complejo con una mezquita, unos patios y una casa. El resto de los habitantes, nómadas, vivían en jaimas. Incluso en los años setenta, al final de la dominación española, además de los cuarteles, sólo había unos pocos edificios públicos y casas para los jefes y oficiales. Sólo a raíz de la ocupación marroquí se desarrolló una ciudad tras la *zawiya* —que sigue siendo el primer edificio que se encuentra uno al llegar desde El Aaiún.



Michel Vieuchange desecho por la disentería en su camino de regreso de Smara. De su libro *Smara. Carnets de route*.

Otros incluso dicen que Vieuchange fue el primer europeo en entrar en Río de Oro, refiriéndose al antiguo Sahara español. Debemos recordarles que España, a través de Bonelli, había tomado posesión de esos territorios en 1884, y que Cervera, Quiroga y Rizzo habían llegado hasta Atar. Por si consideran que Europa comienza en los Pirineos, Douls, francés, ya lo había recorrido y había pasado incluso por el lugar donde se encuentra Smara.



Al llegar allí, a Vieuchange, a las doce y cuarto del mediodía, le bajaron del camello y pudo observar los restos de la casbá. Pensó en Caillié llegando a Tombuctú y escribió: «He visto tus dos casbahs y tu mezquita en ruinas. Te he visto, toda entera colocada sobre tu pedestal [está sobre una colina], cara al desierto. En el silencio, bajo el ardiente sol, he visto tus palmeras ahora medio secas. Eres la obra de un hombre, Ma-El-Aínin, en el momento cumbre de su fuerza».

Pasó tres horas recorriendo las ruinas y tomando medidas. Sobre la mezquita sin terminar, comentó:

Al entrar bajo los trozos de techo en ruinas de tu mezquita, en otros tiempos santa y para arrodillarse, que yo piso ahora como hombre que simplemente desea admirar, sentí un brusco calor en mi pecho, un movimiento de mi corazón. [...] Tres horas solamente he errado entre tus ruinas —expulsado tan pronto de ti—. Y estas tres horas, no te he podido contemplar ni recorrer al azar, ni sentarme un instante. Te he recorrido deprisa —como un anatomista— contando las traviesas de tu mezquita, las distancias, estableciendo la posición de tus edificios y su orientación.

Como contraste, un soldado español de reemplazo, Ángel Benito, llevado allí a cumplir su servicio militar obligatorio el 8 de septiembre de 1974, la describe con menos poesía: «Frente al cuartel de la Legión vi ruinas abandonadas, restos de algo que podría haber sido una mezquita, de piedras negras y confección rudimentaria, arcos medio derruidos y también los restos de un edificio que podría haber sido una alcazaba. Pero nadie me dijo qué era aquello, qué significaban aquellas ruinas en Smara».

Los guías de Vieuchange tenían miedo de que los de la tribu reguibat, que pastaban por los alrededores, fueran a la ciudad y les apresaran, por lo que sólo estuvo tres horas tras haber hecho cuatrocientos kilómetros de viaje.

Antes de marcharse escribió una nota que decía: «Mi hermano Jean Vieuchange y yo mismo, Michel Vieuchange, franceses, hemos realizado en común el reconocimiento de Smara, cada uno encargándose de una parte de la operación, mi hermano cuidando de socorrerme en caso de ser capturado o herido, yo mismo penetrando en el oasis [en Smara] el uno de noviembre de mil novecientos treinta». Metió la nota en un bote de cristal, la enterró superficialmente y colocó unas piedras encima. Hizo unas fotos de las ruinas,

se hizo una delante del complejo, como cualquier turista actual; midió algunas construcciones y emprendieron el regreso a Tiznit.

Durante este trayecto, Chibani, uno de los que acompañaban al guía Mahboul, propuso secuestrarle y pedir un rescate a su hermano, pero no logró convencer a los demás. Michel discutió con él y llegó a tirarle las babuchas, lo que es un signo de desprecio en el islam. Unos bandidos les atacaron y dispararon. Cayó enfermo de disentería y sufrió fiebres insoportables.



Ruinas de la mezquita inacabada de Ma El Aynin en Smara.  
Autor: Fernando Ballano.

Por fin, el 16 de noviembre llegaron a Tiznit. Allí se encontró con su hermano. Este consiguió telegrafiar y que un avión francés fuera desde Agadir a recogerle. En esta ciudad le hospitalizaron. Hizo entrega a Jean de los siete cuadernos que había escrito y los carretes con las doscientas fotografías que había tomado. No se le pudo salvar y falleció el 30 de noviembre de 1930, a los veintiseis años. Está enterrado en el cementerio

cristiano de Agadir, donde le han colocado una gran lápida. No pudo dejar conocimientos geográficos relevantes ni apenas descripciones fuera de los inexactos pero poéticos comentarios de sus notas. En muchas ocasiones escribía en estilo telegráfico, como el de Murga, realizando simples anotaciones para acordarse después.

Con el material que le entregó, Jean editó los textos y preparó la edición del libro *Smara. Carnets de route. Chez les dissidents du Sud marocain et du Rio de Oro* publicado en 1932. También lo publicó en periódicos y revistas, cortado en capítulos (*La vigie marocaine* del 21 al 27 de marzo de 1931, con el título: *Voir Smara et mourir*). Jean continuó sus estudios de Medicina, fue investigador y en 2003, poco antes de morir, se le concedió la Legión de Honor.



Lápida de la tumba de Michel Vieuchange con inscripciones en francés y árabe en el cementerio cristiano de Agadir.

España no ocupó Smara hasta el 15 de julio de 1934, en que llegó una *mía* o compañía de soldados nativos, unos doscientos hombres, del Ejército español bajo el mando del capitán Bullón. No encontraron ninguna resistencia y fueron recibidos y acogidos por El-Ueli, hijo de Aynin. Ramón Mayrata, en su obra *Relatos del Sahara*, transcribe lo que uno de los integrantes de la fuerza, José Antonio López Garro, dijo sobre lo que vio:

La edificación principal la constituye la gran Kaasba. Tiene un patio central cubierto de una cúpula, bajo la cual y sobre un estrado se colocaba el chej [jeque] en los actos solemnes. Las paredes se hallaban encaladas y pintadas, en parte, con dibujos toscos. Se han encontrado algunas arcas con libros, vasijas, depósitos de aceite, los hierros de la cama del Chej, el armazón de madera del estrado y arados con rejas de hierro, conservándose también algunas puertas y ventanas. Fuera del recinto de la gran Kaasba, en el ángulo NE, se encuentra la mezquita, que debió constar de nueve órdenes de arcos, no terminados de construir más que cuatro, con nueve arcos cada uno de ellos.

Uno de los oficiales españoles encontró el bote donde Michel había dejado el mensaje de su presencia. Por orden del gobernador, en 1954, la casbá fue reconstruida por legionarios castigados que trabajaban por la noche debido al fortísimo calor diurno.

El actual *camping* de Smara se llama Vieuchange.

## Bibliografía

De Meaux, Antoine, *L'ultime désert. Vie et mort de Michel Vieuchange*. París: Phebus, 2004.

Vieuchange, Jean, *Smara. Carnets de route*. París: Plon, 1932.

—, *Smara, carnets de route d'un fou de désert*. París: Phebus, 1990 (reed. del anterior, sin ilustraciones).

—, *Smara, the Forbidden City*. Nueva York: The Ecco Press, 1987.

Mayrata, Ramón, *Relatos del Sahara*. Barcelona: Clan, 2005.

## Isabelle Eberhardt (1877-1904) (1897)

### Vivir mil aventuras y morir ahogada en el desierto

Nació en Meyrin, cerca de Ginebra, el 17 de febrero de 1877. Su madre era alemana, aristócrata de origen ruso, casada con un general alemán que ostentó importantes cargos en el gobierno. Parece ser que el padre biológico de Isabelle no era el marido de su madre sino su amante, y profesor de sus hermanos mayores, el antes cura ruso Alexander Trophimorski, amigo de Bakunin, uno de los ideólogos de la teoría anarquista. Otros dicen que era hija de Rimbaud, el poeta francés, con quien su madre también mantenía relaciones.

El general murió de un ataque al corazón. Isabelle utilizó el apellido de su abuela. De niña incluso participó en las reuniones que organizaba su madre con revolucionarios de varios orígenes. Vivió en Turquía y en Nápoles. No iban a la escuela sino que les enseñaba Trophimorski de un modo incoherente y superficial. Con él Isabelle aprendió ruso, turco, latín, griego, alemán, árabe e italiano. Les obligaba a trabajar en los campos propios. Les imbuyó de la teoría nihilista-anarquista pero a la vez era un tirano. Varios de los hermanos de Isabelle huyeron de la casa y otros se suicidaron. Ella se vestía de chico y cortaba leña. Con dieciséis años, por medio de un anuncio en la prensa, conoció a un teniente francés destinado en África que buscaba correspondencia, lo que la animó a estudiar más árabe. Tenía un hermano, Agustín, parece ser que también hijo de Trophimorski, que participó de joven en una rebelión (otros dicen que tenía muchas deudas) y para huir se enroló en la Legión Extranjera en 1894, lo que la decide aún más a marcharse allí. Escribe en esa época a su hermano: «Mi cuerpo está en Occidente y mi alma

está en Oriente. Mi cuerpo está en los países infieles; mi corazón está en Estambul. Y mi corazón está en Orán». Con el resto de hermanastros no se trataba. Como el general no la reconoció, no tuvo derecho a herencia a su muerte pero su madre también era rica y no le faltó dinero.

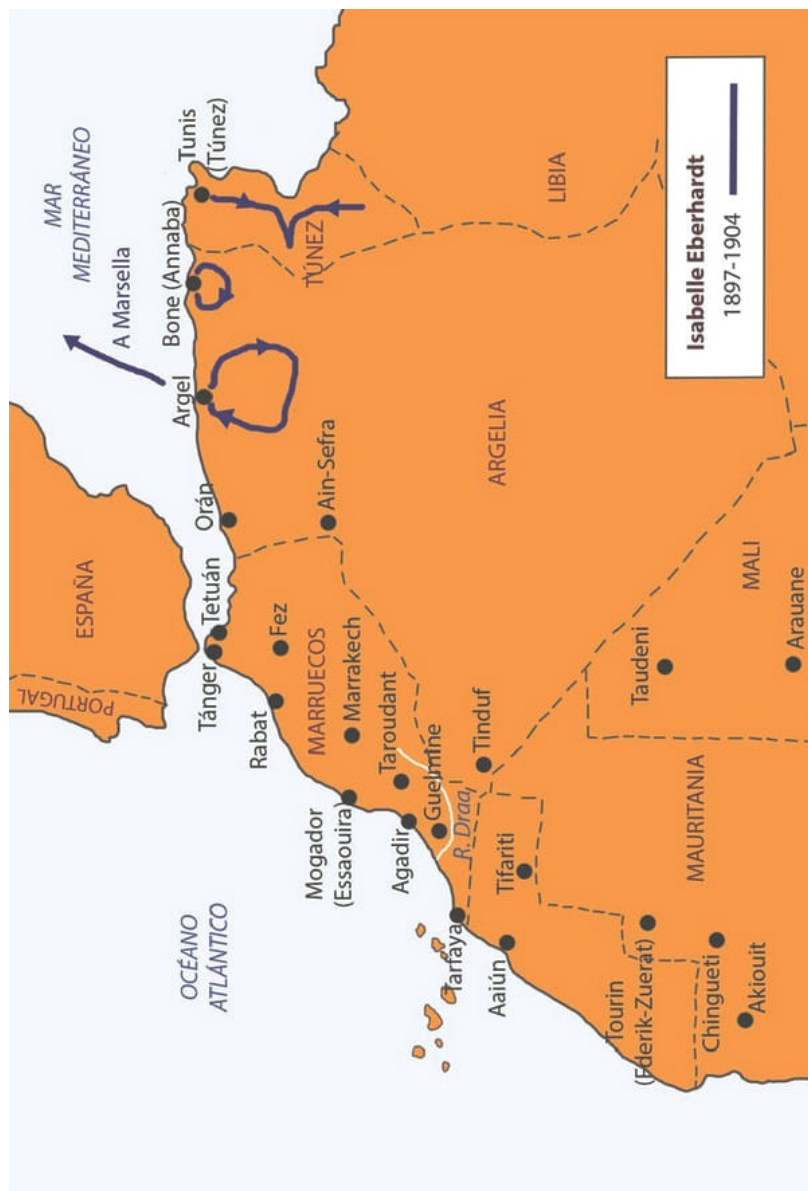


Dos retratos de Isabelle Eberhardt. A la izquierda con aspecto europeo y a la derecha vestida de hombre árabe. Autorías y fechas desconocidas.

En 1897, cuando ella tenía veinte años, su madre abandonó al ruso y se marcharon las dos a Argelia, a la ciudad de Bone (Annaba). En lugar de vivir en la zona europea se establecieron en el barrio árabe y se convirtieron al islam. Su madre murió enseguida y ella se dedicó a escribir y a vestirse de hombre árabe para poder viajar y desplazarse sola. Incluso participó en unos motines contra los franceses. Decía que los colonos eran insoportables. Se hacía llamar Mahmoud Saadi, Nicolai Padolonski o Mahmoud-Ben-Abdallah.

En otras ocasiones se vestía de mujer árabe y se hacía llamar Nadia o Marian. Entró en una hermandad sufí, mística, los Qadiriyya. Se dice que se la respetaba porque era musulmana, sufí y además parecía de clase alta. Otros dicen que se convirtió en amante del gran maestro de la hermandad. Después regresó a Ginebra en 1898 por estar su padre muy enfermo.

En 1899 regresó a África y fue a Túnez, donde provocó varios escándalos. Iba a casarse con un turco pero la boda no se llevó a cabo y se marchó a viajar por el Sahara, algunos dicen que para huir de sus acreedores. Recorrió el sur de Túnez hasta los oasis meridionales. Los franceses pensaban que era una espía inglesa.





Retrato de Isabelle Eberhardt vestida de mujer árabe. Otra de las personalidades que adoptaba. Autoría y fechas desconocidas.

En 1900 inició una relación con un argelino, Solimene Ehnni, sargento de los *spahis* o tropas nativas del Ejército francés. Fue de puesto en puesto siguiendo a su amante. Su conducta le creó muchos problemas con los nativos hasta el punto de que uno intentó asesinarla por inmoral y casi le cortó un brazo mientras rezaba. Los franceses la expulsaron por alborotadora, por lo que debió regresar a Europa en 1901. Viajó en barco, vestida con un mono de



obrero para poder viajar en 4.<sup>a</sup> clase, pues esta no estaba autorizada para mujeres. Se estableció en Marsella, donde se casó con Solimene. Ello le proporcionó la nacionalidad francesa y las autoridades no podían ya prohibirle la estancia en Argelia. Volvió a vivir rechazando la moralidad europea, vestida de hombre, bebiendo y peleando en tabernas y fumando hachís. Algunos autores opinan que tenía problemas de identidad de género. Uno de sus pocos amigos europeos la definía con estas palabras: «Bebía más que un legionario, fumaba como un adicto y hacía el amor sólo por el amor a hacer el amor». Le gustaba especialmente frecuentar los prostíbulos y observar a los hombres en esos lugares. En otros casos seducía a hombres disfrazada de chico. Durante el día continuaba estudiando en profundidad el islam y se hizo amiga de Lalla Zaynab, una mujer asceta que vivía en un monasterio del Sahara, de la que se decía que obraba milagros. Isabelle se fue a vivir con ella. En su diario escribió: «Hay mujeres que harían cualquier cosa por unos vestidos bonitos, mientras hay otras que envejecen y se les pone gris el pelo estudiando libros para lograr títulos y estatus. Para mí, todo lo que deseo es un buen caballo como compañero leal y mudo, un manojito de sirvientes un poco más inteligentes que mi montura y una vida tan lejos como sea posible de las prisas y del bullicio que encuentro tan estéril en el mundo civilizado, donde me siento profundamente fuera de sitio».

Curiosamente, el gobernador de Argelia, el general Lyautey, que admiraba su desparpajo, además de sus amplios conocimientos sobre zonas no frecuentadas por los franceses y sobre determinadas personas, la envió como negociadora con unas tribus rebeldes. También se dice que fue un agente de información de dicho militar, que no sabía si definirla como caballero intrépido, mujer de letras o nómada.

Después se estableció en Tanas, a unos doscientos kilómetros de Argel con intención de llevar una vida tranquila; pero enseguida necesitó escapar de nuevo, moverse vestida de hombre, mientras vivió mil aventuras de todo tipo. Poco después enfermó de paludismo y de sífilis, debiendo permanecer hospitalizada. Tras recuperarse, se estableció en Ain Sefra, al sur de Orán, y trabajó como reportera.

El 21 de octubre de 1904, el desbordamiento de dos ríos sepultó la población y acabó con muchos de sus habitantes, entre ellos Isabelle, a la edad de veintisiete años. Parece ser que logró sacar a su marido, pero al regresar a por sus escritos fue sepultada por el lodo y las paredes de la casa de adobe y paja se derrumbaron sobre ella. Los soldados encontraron algunos de sus diarios, que fueron publicados después por René-Louis Doyon bajo los

títulos de *Novelas argelinas* (1905) y *Notas de viaje: Marruecos, Argelia y Túnez* (1908). A los veinte años había escrito una novela corta titulada *Infernalia*, donde desvela su personalidad atormentada. Tiene una calle dedicada en Argel.



Tumba de Isabelle Eberhardt en An Sefra. Su tumba tiene dos lápidas, una a los pies y otra a la cabecera, como manda el rito islámico.

En 1992 se filmó una película titulada *Isabelle Eberhardt* (Les Films Aramis) sobre los cinco últimos años de su vida.



Fotograma de la película *Isabelle Eberhardt* de 1992, en la que aparece interpretada por Mathilda May junto a Peter O'Toole.

## Bibliografía

- De Vega, Luis Antonio, *La disparatada vida de Elisabeth*. Barcelona: Editorial Afrodisio Aguado, 1944.
- Eberhardt, Isabelle, *Cartas y diarios*. Barcelona: Circe, 1988.
- , *Los diarios de una nómada apasionada*. Madrid: Mondadori, 1988.
- , *Hacia los horizontes azules*. Palma de Mallorca: Olañeta, 2001.
- , *The nomad: the diaries of Isabelle Eberhardt*. Northampton (MA): Interlink books, 2003.

Mackworth, Cecily, *The destiny of Isabelle Eberhardt*. Londres:  
Taylor & Francis, 1977.

## Joan Rosita Forbes (1890-1967) (1921)

### La primera mujer que llegó al oasis prohibido de Kufra

Nació el 16 de enero de 1890 (1893 según otros) en Lincoln, al sur de Inglaterra. Su familia tenía grandes propiedades. Su abuela era de origen español, de ahí su segundo nombre, y también influyó en el afán de aventuras de Rosita, pues le relataba sus propios viajes por América del Sur. En 1911 se casó con el coronel Ronald Forbes y acompañó a este en numerosas expediciones y viajes por Australia, China, India y Sudáfrica.

Cuando su marido fue trasladado desde Sudáfrica a Londres ella se quedó en África y se dedicó a viajar por la colonia. Como él no estaba de acuerdo, Rosita empeñó sus joyas para financiarse los viajes. En 1917 regresó a Londres y se divorciaron. Como estaba en marcha la Primera Guerra Mundial le ofrecieron trabajar como enfermera, pero una persona tan inquieta como ella prefirió el movimiento. Como era una buena conductora le permitieron participar como chofer de ambulancias en Francia. Algunas fuentes indican que trabajó para los servicios secretos británicos y que se entrevistó con Lawrence de Arabia, pero no indican cuándo ni con qué motivo y no están nada fundamentadas.



Izquierda: Fotografía de Rosita Forbes en su aspecto occidental. Autoría y fecha desconocidas. Derecha: Fotografía de Rosita Forbes vestida de hombre árabe pues los cordones alrededor de la cabeza eran propios de ellos. Autoría y fecha desconocidas.

En 1920 se encontraba en Egipto donde conoció a Ahmed Hassanein, un joven (nacido en 1889) y rico familiar del sultán de Egipto y graduado en Derecho por Oxford desde 1914. En 1920 y 1924 representó a Egipto en los juegos olímpicos en esgrima. Parece ser que fue él quien deseaba ir al oasis de Kufra y ella se apuntó gustosa. Las hagiografías occidentales la suelen hacer a ella protagonista. Kufra era el lugar donde tanto le había costado llegar a Rohlfs en 1879 y donde los fanáticos *senussi* seguían intentando acabar con cualquier extranjero que pasara por allí. En 1916 capturaron en el puesto francés de Djanet (actual Argelia) al sargento francés Lapierre. Tras tenerle oculto en Oau-el-Kebir dos años, en noviembre de 1918 le llevaron a Kufra que entonces tenía unos cinco mil habitantes y comerciaba con el Tibesti, con Bilma (en el actual Níger) y con Bornou. Sus habitantes vendían dátiles y compraban esclavos, cereales, tabaco, mantequilla, camellos, corderos y cabras. Se calculaba la existencia de un millón de palmeras en toda la depresión que formaba el oasis, en forma de luna creciente. Además de palmeras cultivaban trigo, mijo y sorgo; y en los huertos diversas legumbres y

verduras. Un auténtico y extenso oasis en medio del desierto. Lógicamente, era limitado el número de personas a las que podía alimentar por lo que, causas religiosas aparte, había una razón estructural para controlar el acceso.

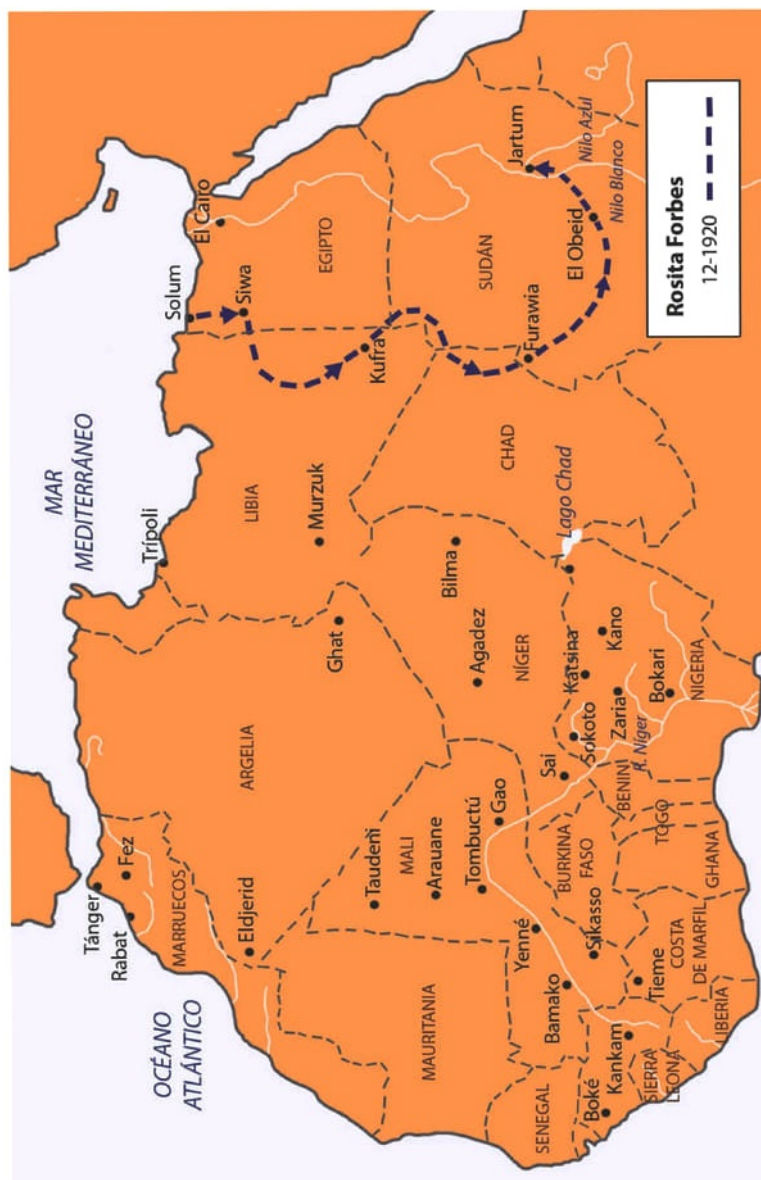


Ahmed Hassanein con el teodolito en 1920, durante el viaje a Kufra. Fotografía de Rosita Forbes.

En diciembre de 1920 formaron una caravana. Rosita se hacía llamar Jadiya (Khadiya). Tomó el papel de una circasiana —una nativa musulmana de una zona costera del mar Caspio cercana a la ciudad de Baku en el actual

Azerbaiyán—, y esposa de Ahmed, con lo cual se convertía en inaccesible para todo extraño. Aprendió un poco de árabe y se vistió con velo. Parece ser que aprendió también a utilizar el sextante y el teodolito. Llevaban nueve personas armadas además de los sirvientes y camelleros. Rosita tenía su propia sirvienta, exclusiva para ella. Durante el trayecto les atacaron, les robaron y les mantuvieron prisioneros durante un tiempo, como ocurría con frecuencia, pero nunca descubrieron su identidad, ya que la respetaban como esposa de un árabe importante. Parece ser que la detención se debió a una traición del guía de la caravana, pero como no estaba al tanto de la verdadera personalidad de Rosita, y sus fines eran crematísticos, no tuvo problema. En un momento dado se perdieron durante tres días y sufrieron hambre y sed durante diez jornadas (entre el 29 de enero y el 9 de febrero) hasta encontrar pozos y suministros. Forbes cuenta que encontraron los restos de una caravana que había perecido en su totalidad.





En febrero de 1921 llegaron a Kufra. Ahmed portaba una carta de Sayed Idris, líder espiritual de los *senussi*, para facilitarles las cosas. Aunque Libia estaba ocupada por Italia, su control no llegaba a lugares tan apartados. El velo le sirvió para poder tomar fotografías con la cámara oculta tras él. Era un oasis del que hoy en día se aprovechan sus aguas subterráneas en cultivos de regadío automático en grandes campos circulares que se pueden observar cuando se sobrevuela la zona y, por supuesto, a través de Google Earth. Los palmerales de siempre ya se extendían a lo largo de trescientos kilómetros, de norte a sur (entre 24° y 26° N). Sus apreciaciones geográficas coinciden en

casi todo con las de Rohlfs, aunque le hace algunas precisiones. En cuanto a la meteorología los datos no eran comparables, pues el alemán realizó su viaje en verano y ella en invierno —con variaciones de entre 3° C y 45° C—. Rosita calculó una población total de tres mil setecientas personas. Estimó una extensión de la zona cultivada de unos setenta kilómetros de largo y entre quince y treinta de ancho con canales de riego. El agua se encontraba a una profundidad de unos tres metros. Cada semana llegaba una caravana del actual Níger de unos trescientos camellos. Todo ello era una información muy interesante y estratégica para Gran Bretaña. Permanecieron allí durante una semana antes de regresar a Egipto por otra ruta. En total pasaron cuatro meses viajando.

Forbes dijo que cuando se quitó el velo después de tanto tiempo utilizándolo se sintió incómoda y, según sus propias palabras, «me parecía intolerable que un musulmán pudiera ver mi rostro sin velo». A su regreso a la civilización publicó un libro titulado *The secret of the Sahara: Kufara* [sic.]. Poco después, en 1924, la Royal Geographical Society concedió su medalla de oro del fundador —además se concede la del patrón— a Ahmed (algunos, por desidia, etnocentrismo, sensacionalismo o cualquier otra razón que lleva a la gente a afirmar cosas inexactas, la atribuyen a Rosita pero la lista de medallas de la Society es clara para cualquier investigador mínimamente serio). En 1925 Ahmed fue nombrado tutor de Farouk, hijo del rey Fouad y posterior jefe de Estado de Egipto. Ahmed siempre mantuvo su influencia de tutor durante el reinado de Farouk. Murió en accidente de automóvil en 1946.

En cuanto a Rosita, en 1928 escribió una novela titulada *Adventure*, donde cuenta la historia de una mujer que intenta ir disfrazada a La Meca pero en el camino debe abandonar porque el barco en el que va naufraga y casi muere ahogada.



**DESCENDANTS OF AN ANCIENT WARRIOR RACE OF THE SAHARA**

These masked Tebus of Jof are descendants of the original inhabitants of Kufra, the ruins of whose primitive forts and beehive dwellings are numerous. After becoming servants and slaves of the Zoumas, the Tebus have been gradually driven from Kufra by the conquering Senusi. They wear sheepskin clothing, and their speech has been described as akin to the whistling of birds.



**MRS. ROSITA FORBES AND HER PARTY MEETING THE FAQRUNS**

Between 1879 when the German explorer, Friedrich Gerhard Rohlfs, known as Mustapha Bey, was at Buscma, and early in 1921, when Mrs. Rosita Forbes arrived there, no European had set foot in this Libyan village. The photograph was taken on the occasion of the first meeting between Mrs. Forbes and her party with the members of the important local Faqrun family.

*Photos, Rosita Forbes*

1235

Fotografías del libro de Rosita Forbes *The secret of the Sahara*. La de arriba la titula «Descendientes de una antigua raza de guerreros del Sahara» y habla sobre los tebus, los habitantes originales de Kufra, que fueron expulsados por los senusi. En la de abajo, titulada «La Sra. Rosita Forbes y su grupo con los faqruns» explica que entre 1879, cuando visita la zona Rohlfs, y 1921, cuando lo hace ella, ningún otro europeo había recorrido la región.



DWELLERS OF THE DESERT AT AWARDEL, ONE OF THE OASES OF KUFRA  
 The seated figures are Zentia, who crowded around the tent of Mrs. Rosita Forbes during her encampment at Awaridel in January, 1922. The English woman explorer had won something of a reputation as a doctor, and native women with the most mysterious diseases sought her medical aid. The poorer ones, in scarlet wooden barracks and black tchaks, crouched outside while the wives of important sheikhs, in voluminous draperies, were ushered in, the tent flap being closed behind them, by jealous male relatives, and sat on the camp bed while an aged crane translated their needs  
 Photo, Rosita Forbes

Página del libro *The secret of the Sahara: Kufara*, con fotografías de Rosita Forbes.

En agosto de 1923 realizó un viaje a Marruecos para entrevistar durante mes y medio a Raisuni —el de Walter Harris—, ya viejo y enfermo, al que fotografió y sobre quien escribió una biografía. Después viajó entre el mar Rojo y el Nilo Azul filmando una película documental sobre el itinerario donde se pueden ver imágenes de la vida cotidiana del río, así como de los primeros turistas. Asimismo publicó el consiguiente libro sobre el particular. Visitó Yemen también disfrazada y como mujer de Ahmed.

Entrevistó a Alfonso XIII y a Hitler. Recorrió Siria, Palestina e Irak, a las que posteriormente añadió Kenia, la URSS —donde analizó el sistema político soviético— y Panamá. En 1935 fue de Peshawar, en Pakistán, a Samarcanda, en el actual Uzbekistán (pasando por Jáiber, Kabul y Mazar-i-Sharif), pero lo recorrió en coche con conductor y como una gran señora, aunque para dar un poco más de tirón tituló el libro *La ruta prohibida: de Kabul a Samarkanda*.

Su filosofía refleja y sintetiza la de los viajeros impenitentes y adictos: «El viaje perfecto nunca termina, la meta está siempre en la orilla opuesta del río, al otro lado de la siguiente montaña. Hay siempre un sendero más que seguir, un espejismo más que explorar. No llegar nunca a la meta es el precio que el viajero errante paga por el derecho a la aventura». Como dijo alguien,

el viaje es el propio premio del viaje. En otra de sus reflexiones se quejaba de la desventaja que le había supuesto el haber nacido mujer pero no dice nada de las ventajas que le supuso el ser rica y tener conexiones con grandes personalidades de la vida política británica. Entre 1919 y 1949 escribió un total de treinta libros.



Fotografía de Rosita Forbes montada en su camello durante su viaje a Kufra. Nótese que aparece con la cara descubierta. Tomada probablemente por Ahmed.

Se casó de nuevo con otro coronel y se establecieron en las islas Bahamas, donde falleció el 30 de junio de 1967.

En relación con esta zona del Sahara debemos mencionar un grupo de personas a quienes también se puede considerar que entran dentro del perfil de esta obra, pues tomaron otra identidad y se disfrazaron. Se trata de los integrantes del llamado *Special Interrogation Group* (SIG). Eran un grupo de judíos de origen alemán que habían huido de la Alemania de Hitler. Unos estaban instalados en Gran Bretaña y otros en Palestina. Con la Segunda Guerra Mundial se integraron en el Ejército británico. Tras la conquista alemana del norte de África los ingleses crearon este grupo aprovechando su dominio de la lengua alemana. Se les reunió cerca de El Cairo, se les vistió de soldados alemanes, se les instruyó con material germano e incluso se consiguió la colaboración de prisioneros teutones pero antinazis para que les instruyeran sobre la forma de hablar de los soldados, el argot, los chistes, canciones, etc. De ese modo podían infiltrarse en territorio sahariano controlado por los alemanes, sobre todo Libia, haciéndose pasar por tropas del eje, para conseguir información. El ser descubiertos les suponía la muerte por la doble razón de ser soldados enemigos sin su uniforme correspondiente (así se pierden todos los derechos de prisionero de guerra) y de ser judíos. Cuidaban todos los detalles y llevaban hasta la cartilla de pagas, cartas y fotos de novias o esposas —ficticias pero verosímiles— y todo lo que solía llevar la tropa. Como eran pocos —unos veinte—, a veces llevaban consigo tropas británicas como si fueran prisioneros, con las armas bien escondidas, para, en un momento dado, ser uno más en los golpes de mano que también les encargaron, como ocurrió en un ataque al importante puerto de Tobruk, en 1942, que se llevó a cabo precisamente desde Kufra.

Estos últimos años, el Sahara y Tombuctú se han vuelto a convertir en una zona prohibida para los europeos. La primera vez que visité Tombuctú en 2001 ya los tuareg habían secuestrado a algún europeo. En 2006, los últimos quinientos kilómetros de camino entre Mopti y Gao —a orillas del Níger— tuve que hacerlos en autobuses regulares locales con escolta militar, pasando lo más desapercibido posible, pues un europeo es un plato más apetecible para los bandidos tuaregs que un nativo de Malí. En 2011 los secuestros de europeos se multiplicaron: el 23 de octubre secuestraron a dos españoles en Tinduf; el 23 de noviembre a dos franceses en Hombori (Malí); el 25 de noviembre secuestraron a tres alemanes en Tombuctú y mataron a otro que se resistió. Tras la caída del líder libio Gadafi, en abril de 2012 se estableció el estado teocrático de Azawad en el norte de Mali. En enero de 2013,

Tombuctú y Gao fueron liberadas por el Ejército francés. En mayo de ese año el norte seguía en poder de los islamistas radicales. Buena parte del Sahara vuelve a estar vedado a los infieles.

## **Bibliografía**

- Forbes, Rosita, *The secret of the Sahara: Kufara. England most famous female explorer rides through the North African Desert*. Whitefish (Montana): Kessinger Publishing, 2005.
- , *Raisuni, sultán de las montañas*. Córdoba: Almazara, 2010.
- Álvarez, Carlos, *Mujeres singulares*. Madrid: Bubok, 2010.

ÁFRICA SUBSAHARIANA, UN MUNDO  
IMPENETRABLE



## Introducción

Se dice que en el siglo V a. C., Sataspe, sobrino del rey persa Jerjes, fue condenado por este a ser empalado por un delito de violación. La madre del condenado, y hermana del rey, consiguió que se le conmutara la pena por la de hacer un viaje de exploración por África, al sur del Egipto conocido. Sataspe prefirió ser ejecutado.

Los portugueses fueron los primeros europeos que intentaron colonizar África ya desde el siglo XV. Al principio se limitaban a establecer puntos en la costa donde comerciaban con los nativos. Ese comercio, en muchos casos, fue de esclavos que compraban a las tribus costeras, las cuales los conseguían en el interior. Es necesario aclarar que este tráfico ya existía en África antes de la llegada de los europeos. Las tribus vencedoras esclavizaban a las perdedoras, lo mismo que había ocurrido y ocurría en Europa. Cuando los portugueses llegaron al golfo de Guinea para conseguir oro se encontraron con que les pedían esclavos como elemento de trueque. Los lusos consiguieron estos de unas tribus costeras de la actual Nigeria y se los entregaban a otros de la actual Ghana a cambio del preciado metal. Comprobaron que eran una buena mercancía y los llevaron incluso a Lisboa —donde llegaron a ser muy comunes los esclavos negros— y desde donde se distribuyeron por la península ibérica, sobre todo al sur. Sevilla llegó a ser un lugar con importante población de esclavos africanos. Según Ortiz de Zúñiga, el mismo arzobispo tenía en 1525 cien esclavos que utilizaba en una fábrica de jabón. De hecho, sigue existiendo una cofradía llamada Los Negritos.

Con la conquista de América y el alto precio que alcanzaron allí los esclavos muchos de los que había en España se llevaron al otro lado del océano y ya no se trajeron más a España. Como los españoles no podían navegar por las costas africanas, Portugal tenía el monopolio de ese comercio.

Los lusos se relacionaban de igual a igual con los reyes africanos costeros. Después fueron entrando tímidamente al interior y se apoderaron de las costas de las actuales Angola, en el Atlántico, y Mozambique, en el Índico. Recordemos cómo utilizaban a los condenados a muerte o a graves penas, denominados *degradados* o *lanzados*, que eran abandonados, tras utilizarlos en las peores tareas durante la navegación, en las costas africanas. Su primera función era comprobar si los nativos eran hostiles y les mataban tras desembarcar. Si no aparecían, o no mostraban violencia, les dejaban allí para que sobrevivieran si podían y consiguieran información sobre el interior. Un *degradado* muy famoso fue el carpintero Antonio Fernánides, que fue abandonado alrededor de 1501 en Sofala, en el centro del actual Mozambique, y logró buenas relaciones con los nativos. En algunos lugares era considerado como un dios. Gracias a ello consiguió explorar el interior y llegar hasta las actuales ruinas de la fortaleza del llamado Gran Zimbabwe (que significa ‘casa de piedra’), capital del reino de Monomotapa. Acabó consiguiendo importantes puestos y propiedades. Otro, Luis de Mena, fue lanzado en 1500 en la costa de la actual Kenia, controlada por árabes, y terminó sus días como jefe del puesto comercial luso de Malindi. De los que fracasaron y murieron no sabemos nada.

Durante varios siglos —hasta el XIX—, la costa atlántica fue un simple lugar de compra de esclavos para América y para sus islas de cultivos intensivos como Santo Tomé, Príncipe y el archipiélago de Cabo Verde. Después desearon enlazar las posesiones africanas de ambos océanos creando un corredor terrestre que las uniera. Tanto Gran Bretaña como Francia desearon hacer lo mismo, la primera uniendo el Cabo con El Cairo y la segunda comunicando África Occidental con su pequeño territorio de Yibuti en la entrada del mar Rojo.

Al igual que los lusos fueron los primeros que se establecieron en África, serían también los adelantados en llevar a cabo el enlace terrestre entre sus posesiones. Ya en 1799 el príncipe regente de Portugal deseaba abrir esa ruta para mejorar el comercio y lograr más rapidez en las comunicaciones frente al barco, que implicaba rodear el tormentoso y peligroso Cabo de Buena Esperanza.

En 1796, el comerciante Manuel Caetano Pereira ya había llegado a Cazembe (una zona situada en la actual frontera del sudeste de Congo con Zambia) desde Mozambique. En 1798, Francisco José Lacerda y Almeida, gobernador, quiso ir desde Mozambique a Angola, pero murió de enfermedad (quizás fiebres palúdicas) en el reino de Cazembe. La expedición regresó sin

cumplir su objetivo pero su ayudante conservó sus diarios, que fueron publicados. Lacerda nació en São Paulo (Brasil) en 1753. Estudió matemáticas en Coímbra y después fue profesor de esa materia en la Real Academia das Guarda Marinhas. En 1770 regresó a Brasil, donde pasó diez años realizando expediciones para aclarar los límites de las posesiones portuguesas y españolas. Retomó su puesto de profesor y en 1797 le encomendaron la misión de cruzar África, de Mozambique a Angola. Se pensaba que la red fluvial permitía la comunicación entre el este y el oeste, que por supuesto pretendían controlar.

Además de los problemas de salud, como le ocurrió a Lacerda con la malaria, los blancos no eran bien recibidos por los nativos del interior en aquella época y en esa zona. O llevaban un buen ejército o eran esclavizados. Los portugueses, al igual que el resto de colonizadores, no solían aventurarse en el interior sino que enviaban intermediarios nativos. Por ello, se encargó intentarlo de nuevo a Pedro João Baptista (que en su diario dice llamarse Pedro Joam Baptista).

## Pedro João Baptista

( - ) (1802)

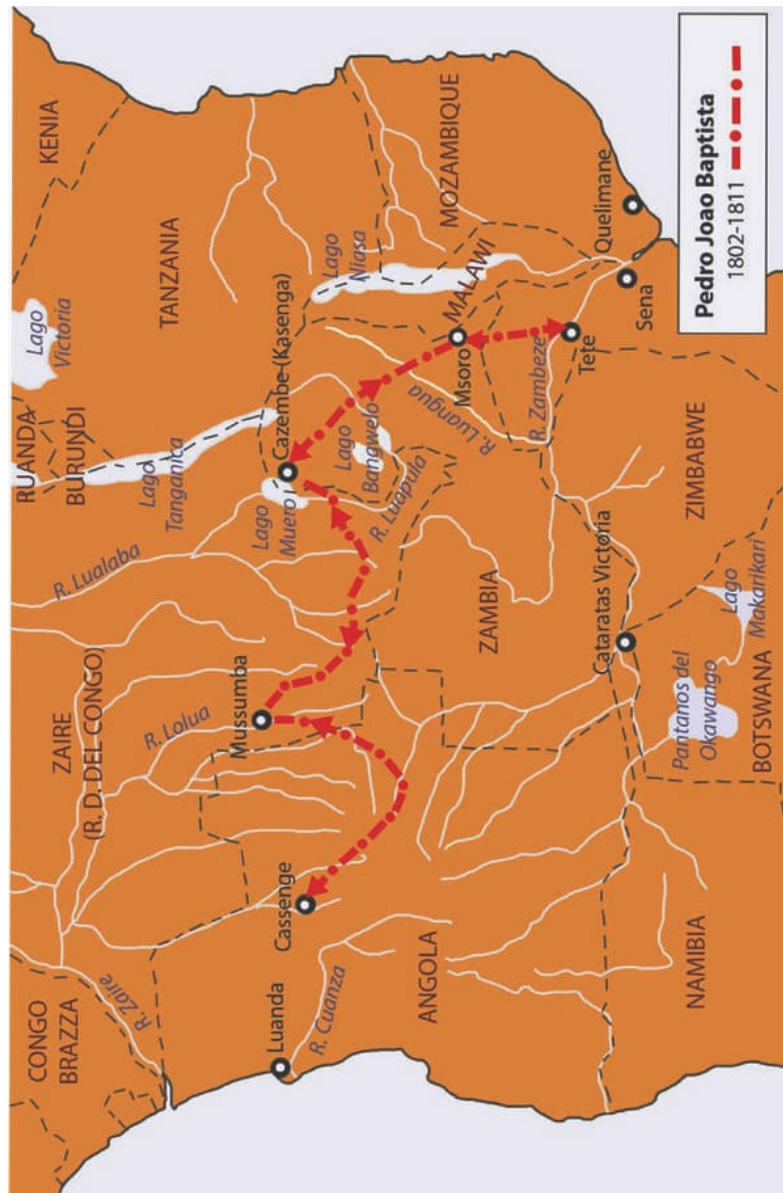
### El primero que cruzó África de oeste a este

No conocemos su fecha de nacimiento. Era un *pombeiro* o comerciante nativo. Estos compraban y vendían de todo, incluyendo esclavos. En muchas ocasiones ellos mismos eran esclavos, pero de la confianza de su amo —en todo hay clases—. Por otra parte, no eran comprados, sino nacidos ya en la propiedad del amo, lo que aumentaba la categoría respecto a los bozales o recién adquiridos. Por otra parte, Baptista era mulato, por lo que sería seguramente fruto de las relaciones del amo con alguna esclava, lo que también acrecentaba su rango y le convertía en puente entre ambas comunidades.

En unos documentos se dice que fue acompañado de otro *pombeiro*, Amaro José, pero en algunos documentos aparece otro nombre —Anastacio—. En cualquier caso el jefe de la expedición era Pedro João que fue a quien se le dieron las distinciones. Como en muchas otras ocasiones se aprovechó a los comerciantes para realizar exploraciones camufladas. Algunos jefes locales habían oído hablar de comerciantes portugueses, por lo que estaban acostumbrados a su presencia e incluso deseaban el trato con ellos para conseguir cosas nuevas. A pesar de todo, tuvieron que afrontar muchos problemas.

Les envió el capitán general de Angola para abrir un camino hasta la costa este de África. Este lo encargó al teniente coronel Francisco Honorato da Costa, jefe de la Feira de Casange (actual Cassenge), una población al interior de Angola entre los puertos de Benguela y Luanda. Una *feira* era un puesto comercial fortificado donde se concentraba el comercio de la zona. Parece ser

que el interés portugués por el interior africano se basaba en encontrar productos baratos que se pudieran vender caros en China e India, con las que la balanza comercial era deficitaria, pues les compraban muchas cosas y les vendían pocas.



Al ir como comerciantes, les entregaron mercancías por valor de dos mil reales —*dos contos de reis*, un conto equivalía a mil escudos o reales— con el fin de que fueran haciendo regalos a los jefes como era costumbre en África para que te permitieran pasar a través de sus territorios. Llevaban porteadores, pues a veces hace referencia a ellos. Por otra parte, en ocasiones llevaban un

nativo de la región correspondiente para que les sirviera de guía durante un trecho. Según Da Costa la excusa para el jefe indígena de la zona de Casange, donde comenzaron el periplo, fue: «la pena con la que vivía por ignorar el paradero de uno de mis hermanos que había ido desde Senna a Cazembe, donde murió [...] y envié mis esclavos, acompañados de sus propios siervos».

El viaje fue muy accidentado. El diario de Baptista se inicia con las palabras: «en el nombre de Dios, Amén». Comienza el 22 de mayo de 1806, cuando salen de las posesiones de Muropue y hace referencia a que ya lo habían intentado en noviembre de 1802 pero a los pocos días de comenzar les tuvieron presos durante dos años. Cuando les liberaron, lo intentaron de nuevo y Da Costa escribió otra carta actualizada para el gobernador de Mozambique, pero parece ser que hasta 1806 no se pusieron en marcha. En un documento dice que partieron en 1802, pero la carta para el gobernador de Tete, donde debían llegar, está datada el 11 de noviembre de 1804, por lo que se supone que partieron en esa fecha en el segundo intento. En otras ocasiones hasta se dice que partió en 1806 y que regresó a Luanda en 1815 y que entre sus acompañantes estaba Amaro José.

Baptista ofrece mucha información sobre todo lo que veía. Medía la anchura de los ríos que cruzaba en brazas —la longitud de dos brazos extendidos o seis pies (entre 1,67 y 1,83 metros)—. Algunos ejemplos del diario nos ilustran sobre el estilo y el contenido. La traducción la he realizado de la versión inglesa. Así, sobre el miércoles 6 de julio, relata: «Comenzamos en las posesiones de Soana Ganga a las 7 de la mañana. Cruzamos dos riachuelos estrechos que desembocan en el llamado río Caginrige, llegamos a las posesiones de [...] Hablamos con él del viaje que estábamos haciendo a Cazembe a lo que él respondió que todos los que quisieran podían hacer ese camino. Le regalamos cinco chuabos [telas] y un pequeño espejo, y 50 cuentas de collar blancas. Llegamos a su lugar a mediodía».

En la siguiente etapa se quedaron un mes para que se secara la mandioca que habían comprado y metido en agua para prepararla. Donde pararon, el 18 de agosto les confesaron que si no les hubieran dado los «regalos», les hubieran quitado todo a la fuerza. A veces tenían que parar porque el guía o su esclava estaban enfermos.

Sobre el 6 de septiembre de 1806, escribe:

A las 7 de la mañana comenzamos cerca del río Luluburi; no cruzamos ningún río. Durante la jornada llegamos a las posesiones del llamado Munginga Mucenda; le dijimos que íbamos a ver al rey Cazembe, a

buscar al hermano blanco de nuestro «rey», que había viajado por mar, para ver si se encontraba en los dominios de Cazembe. Este potentado es jefe que rinde obediencia tanto a Muropue como a Cazembe: el dicho Cazembe le deja cultivar toda clase de provisiones con las que abastecer a todos los viajeros que van de Muropue a Cazembe, y a cobrar impuestos.

Les invitó a cerveza de banana (*ponbe*) y se quedaron seis días para que les prepararan provisiones. En un lugar dijeron: «hemos sido enviados por el rey al que ellos llaman Musneputo» —Muenuputo en otras fuentes.

El 19 de octubre llegaron a las posesiones de Pemba, la hermana de Cazembe, la cual les hizo esperar seis días hasta que se lo comunicaron al rey y este dio su permiso. Cambiaban comida y cerveza por telas y cuentas de vidrio. Pemba es la primera que los llama *mzungus*, que significa ‘hombres blancos’ en suajili, que es la lengua franca de toda África Oriental. Como podemos comprobar también llegaba su influencia a esa región. Por otra parte, utilizan asimismo la palabra suajili *pombe* para designar la cerveza local de banano, aunque Baptista la escribe *ponbe*.

El 19 de octubre siguieron el curso del río Luapula, que se encuentra en el extremo sureste del Zaire, haciendo frontera con Zambia y cerca de Lubumbashi. El 27 de octubre todavía seguían por las orillas del Luapula y llegaron a la población de Murombo, donde el río tenía una anchura de cuarenta brazas. En Quiburi —nada más cruzarlo— les informaron de que un blanco que vino de Tete había muerto en Cazembe hacía años. Se referían a Lacerda.

El 30 de octubre llegaron a la zona del rey Cazembe que bien podría ser la actual ciudad de Kasenga, a orillas del Luapula y cerca del lago Mweru, que también hace frontera entre Zaire y Zambia y fue donde murió Livingstone. Iban recomendados por el rey Muropue, cuyo emisario, que les acompañaba, pidió que les asistieran para que pudieran llegar hasta Tete.

Baptista informa sobre el comercio en la zona: «El marfil llega del otro lado del río Luapula, y lo traen como tributo de la gente; las piedras verdes [malaquita] se encuentran en la tierra, y les llaman “catanga”; los comerciantes de los Muizas vienen y compran marfil a cambio de telas y otras mercancías; otra nación, llamada Tungaágozas trae esclavos, y brazaletes de cobre, conchas, aceite de palma...».

Al rey de Cazembe se le denominaba Mwana, Mutapa o Monomotapa. El reino estaba situado entre los lagos Mweru y Bangwelo (entre 9° S y 11° S).

La capital tenía mil habitantes. A finales del siglo XIX el rey perdió todo su poder y cayó al nivel de jefe de tribu. En aquella época era muy rico, tenía mucho cobre, muchas mujeres y era un déspota. Ahora parte de la región pertenece a Zambia y parte al Congo —región de Katanga.

Cazembe les hizo esperar cinco días hasta recibirlos, lo que ocurrió el domingo 31 de diciembre de 1806. El guía que les acompañaba desde el otro reino dijo: «Aquí te traigo, por orden del rey Muatayanvo, a unos mensajeros de Mueneputo, que han venido a buscar a un blanco, hermano del Mueneputo, que cree que se puede encontrar en tu territorio», y le dio los regalos de Muatayanvo. Les pidió además que dispararan sus escopetas, pues le gustaba mucho el ruido, y que le dejaran disparar a él.

Para ir introduciendo a los portugueses le regalaron de parte de Da Costa varias telas diferentes, dos espejos, una escopeta y dos copas. Como estaba contento, les presentó a un portugués blanco, Paulo de Santiago e Silva, que llevaba dos años «preso sin dejarle continuar ni regresar». Negociaron que a partir de ese momento dejara pasar a los de Angola y Mozambique dándole más regalos, entre ellos unas gafas que le encantaron. Los jefes no solían dejar pasar a los comerciantes que iban a hacer negocios con otros jefes.

El 20 de abril de 1807 salieron con destino a Tete, pero había una guerra con los huizas, por cuyo territorio habían de pasar, y tuvieron que regresar con Cazembe y esperar cuatro años, pues la escolta que les preparó el rey no les quería acompañar por miedo. Por fin llegó un negro llamado Naruge, propiedad de Gonzalo Caetano Pereira, que les acompañó hasta Tete:

Después de mucho tiempo, por una providencial circunstancia el pombeiro del capitán Gonzalo Caetano Pereira llegó con mercancías, habiendo ido para comprar esclavos y marfil, por orden de su amo. Trajo una carta para el Soldado Paulo Santiago, para que se uniera a los pombeiros del dicho Gonzalo Caetano. [...] Salimos con este pombeiro para la ciudad de Tete, con el cacoato, o guía de Cazembe, llamado como la región, Catára Mirimba, y con otras personas, llevando marfil, esclavos, malaquita y barras de cobre [...] Los colonos de Tete y Senna dan por cada esclavo que compran en Cazembe en estos momentos, cinco sabanas indias, y por el marfil, seis o siete sabanas y otros artículos extra si el colmillo es grande, ya que la gente de Cazembe entiende que el marfil es más valioso en Tete que los esclavos.



El diario de viaje continuó en diciembre de 1810, cuando pudieron proseguir su camino tras pasar cuatro años esperando que terminara la guerra con los vecinos. Cuando se marcharon, Cazembe les regaló diez esclavos y una gran piedra de malaquita para el gobernador. Para Pedro le dio cinco esclavos (cuatro chicos y una chica) y para su compañero, otros cinco (dos chicos y tres chicas). Durante los cuatro años que tuvieron que esperar les prestó otros dos, uno para cada uno.

Pasaron por Musor (actual Msoro), en la esquina de Zambia. Tras cincuenta y cinco días de marcha llegaron a la granja de Gonzalo Caetano y les alojaron en las casas de los esclavos. Se quedaron veinte días para descansar y dos días después de reanudar la marcha llegaron al río Zambeze. El 2 de febrero de 1811 entraron en la población de Tete. Baptista llevó consigo y conservó durante todos esos años de viaje y espera una carta de su amo para el gobernador de esta ciudad en la que explicaba la orden que le habían dado (la de su amo Francisco Honorato da Costa). El jefe de Tete redactó un documento donde relata su entrevista con ellos:

Llamados a mi residencia los dos hombres descubridores de la ruta desde Angola a esta ciudad [Tete], les planteé las siguientes preguntas: les pregunté sus nombres. Uno respondió que su nombre era Pedro João Batista, y el de su camarada: Anastasio Francisco. Preguntado de dónde venían y a las órdenes de quién. Replicaron que venían del interior de Angola, por orden de su Excelencia D. Fernando de Noronha, Capitán General de Angola, que encargó a su amo, el teniente coronel Francisco Honorato da Costa, Comandante de la Feria de Casanje, enviarlos a descubrir, desde esa Capital del Oeste a la Costa Este, de cuyo amo ellos trajeron una carta para el Gobernador de estos Ríos [se refiere al río Zambeze y a la ciudad de Sena, cerca de la desembocadura].

Preguntados cuándo salieron de las regiones interiores de Angola replicaron que dejaron la plantación llamada Feira de Casanje a finales de noviembre de 1802; pero que en el octavo día de su viaje encontraron resistencia y no les dejaron pasar más allá de las tierras del jefe Bonba [*sic*], donde se quedaron hasta el año 1805, sin poder seguir ni regresar para advertir a su amo que necesitaban más mercancías para que el jefe les dejara seguir. Sin embargo tan pronto como pudieron dar esa información a su amo,

él les envió mercancías para que pudieran seguir [quizás fue que rehízo la carta y la fechó en noviembre de 1804 para actualizarla], y que, siguiendo su viaje se desviaron y fueron al territorio de otro jefe, llamado Moxico, ese desvío les costó 20 días. Que en dicha plantación, la gente quiso hacerles guerra y les quitó las mercancías que llevaban con ellos, porque, antes de su llegada, un mercader de su mismo pueblo había tomado, a crédito, un cierto número de esclavos, una cierta cantidad de cera, y algo de marfil, y todavía no había pagado a dicho jefe. Sin embargo dicen que le contentaron con una cierta cantidad de telas y les permitió marcharse libremente.



Arriba a la izquierda, dibujo de un niño mozambiqueño, donde –como en Angola– sí son recordados, sobre los pombeiros que cruzaron África a principios del siglo xix. Autoría y fecha desconocidas.

A la derecha, portada del libro *De Angola a contracosta. A fantástica aventura de dois portugueses através do continente africano*, llevada a cabo por Hermenegildo Capello y Roberto Ivens en 1886 a la que se dio mucha publicidad en Portugal y de la que se publicaron varios libros.



Arriba a la izquierda, dibujo de un niño mozambiqueño, donde —como en Angola— sí son recordados, sobre los pombeiros que cruzaron África a principios del siglo XIX. Autoría y fecha desconocidas. A la derecha, portada del libro *De Angola a contracosta. A fantástica aventura de dois portugueses a través do continente africano*, llevada a cabo por Hermenegildo Capello y Roberto Ivens en 1886 a la que se dio mucha publicidad en Portugal y de la que se publicaron varios libros.

El gobernador le solicitó los diarios, Pedro le pidió papel y se puso a ello, por lo que lo hizo de memoria. Cuenta su viaje de la Feira de Cassange a Muatayanvo y a Cazembe. Termina su relato diciendo: «entonces el gobernador dijo que habíamos ejecutado la tarea tan bien como los mismos caballeros ejecutan las órdenes de Su Alteza Real: mucho más hicimos nosotros siendo esclavos, y habiendo tenido la paciencia de cumplir las órdenes de nuestro amo, merecíamos ser recompensados». Ya llevaba fuera de casa casi diez años.

El informe relata que pasaron por las zonas de diferentes jefes y calcula el tiempo que les costaba ir de uno a otro y que pasaron por la «ciudad» de Luibaica y la capital de Grand Moropo. Desde ese lugar es donde comienza el diario hasta Tete. Dice que llegaron a Cazembe en 1806 pero como ya no tenían recursos para continuar hasta Tete, y además Cazembe estaba en guerra con el rey de Muizes, por donde debían pasar, esperaron en Cazembe hasta finales del año 1810, que es cuando continúan. El gobernador de Tete escribió que «al preguntarle con qué hospitalidad les trató el rey de Cazembe, respondieron que durante los cuatro años él les proveyó con todo lo que necesitaron, tanto de comida como de ropa y todo lo que quisieron, por nada».

El gobernador les ofreció regresar por mar desde la costa de Mozambique pero ellos prefirieron regresar por la misma ruta para completar los diarios si les proporcionaba las mercancías necesarias para mantenerse y para pagar los peajes a los diferentes jefes y «para comprar algunos esclavos que les acompañen en el camino y les transporten a ellos si caen enfermos». Les dio sólo cuatrocientas sesenta piezas de tela, diez paquetes de cuentas de vidrio y cuatro paquetes de sal, pero no armas.

Salieron de Tete el 10 de mayo de 1811. El 20 de mayo el gobernador envió al Ministerio de Marina y Colonias un informe de su llegada y de que iban a realizar el regreso por la misma ruta. Al pasar de nuevo por los territorios de Cazembe, este les entretuvo nueve meses en sus posesiones y les quitó casi todo lo que llevaban como tributo. Le gustaban mucho los objetos europeos, por eso «el rey Cazembe tiene teteras, tazas, sartenes, damajuanas [recipiente de vidrio cubierto de mimbre, garrafa], cucharas y tenedores de plata, platos de cerámica de Lisboa, buenos sombreros, hebillas de zapatos y dinero en oro, doblones y medios doblones».

Desde Cazembe, tras setenta y siete días de viaje, ya sin retrasos ni detenciones involuntarias, llegaron a la Feira de Mucary, ya en Angola, y poco después a Casange. Recorrieron la actual Katanga, donde observaron que había mucha malaquita. En la edición inglesa, el traductor hace referencia a lo discontinuo del diario pues faltan muchas fechas y a la redacción, indicando que fue escrito por una persona iletrada.



Óleo que representa a un indígena de las colonias portuguesas en África, titulado *O Negro*, de João Antonio Correira, 1869. Museo de Soares dos Reis. Oporto, Portugal.

El 27 de octubre de 1814, Da Costa solicitó ser recompensado por lo invertido en la expedición y por haberse privado de sus esclavos tanto tiempo que algunos de ellos murieron en la expedición y otros desertaron. El 25 de enero de 1815, el capitán general de Angola envió a Pedro João Baptista y a Amaro José a Río de Janeiro para que hablaran directamente con el ministro

Antonio de Araujo y con el monarca, pues en aquella época tanto el rey de Portugal como el Gobierno se encontraban allí tras haber huido con motivo de la invasión napoleónica.

El 28 de agosto de 1815, el príncipe regente, residente en Río de Janeiro, escribió al gobernador de Angola diciendo que se nombrara brigadier a Da Costa y se le permitiera hacer dos viajes comerciales cada año al interior de África. Los dirigiría Pedro João, a quien se nombraba capitán de una compañía de peatones —soldados de infantería— de la Feira de Mucary para hacer las expediciones comerciales y un sueldo de diez mil reis al mes.

Nadie, salvo Pedro y sus acompañantes, había recorrido la zona antes de la mitad del siglo XIX. Los sajones suelen considerar a Livingstone como el primero en recorrer la zona y en cruzar África, lo que realizó en 1854 —cuando descubrió las cataratas Victoria—. En esa expedición contó con la inestimable ayuda de Shibante, criado de un funcionario portugués que le guió por el Zambeze. Después recorrió el río Lualaba en 1871 teniendo como guías y escoltas a traficantes árabes de esclavos. Había leído el texto de Baptista, traducido al inglés un año después de ser publicado en portugués. De nuevo el etnocentrismo anglosajón, ayudado por la difusión mediática, ignoró a los verdaderos descubridores, que salvo en Portugal son muy poco conocidos. Un angoleño se mostró muy sorprendido y feliz de que yo —antes de iniciar este libro— conociera la historia de Pedro João Baptista. Según él, era el primero que le conocía fuera de Angola, al menos que él supiera. El actual director principal de educación de Inhambane, en la desembocadura del Zambeze, se llama Pedro João Baptista. En junio de 1997, el periodista portugués Pedro Rosa Mendes realizó el mismo itinerario cuando todavía la zona estaba ocupada por las guerrillas de UNITA pero se las apañó para sobrevivir. Hoy en día, un ferrocarril recorre más o menos el itinerario seguido por Baptista, desde las minas congolesas de cobre en Katanga hasta la costa angoleña.

Tras los viajes de Baptista y Livingstone comenzó la fiebre por colonizar África y las distintas potencias iniciaron la carrera por adueñarse de territorios. La única condición era plantar su bandera en los poblados antes que otro. Ya no se necesitaban exploraciones secretas porque se contaba con la ayuda de armas modernas. En su primera expedición Stanley contrató un ejército privado de más de cien hombres. En las sucesivas la fuerza era mayor. En muchos casos no se necesitaron armas. Con regalos compraban el apoyo de tribus, enemigas unas de otras. El divide y vencerás funcionó perfectamente.

Se ha presentado a los exploradores occidentales como héroes y superhombres que solucionaban todo y sabían todo cuando la realidad es que contaron con la inestimable colaboración de guías locales como el célebre Mubarak Bombay un antiguo esclavo que guió y asesoró sucesivamente a Burton, Speke, Stanley, Livingstone y Cameron. Algunos de ellos cuentan la aventura como si Mubarak no hubiera existido. En 1876 la Royal Geographical Society de Londres reconoció su labor concediéndole una pensión de la que disfrutó hasta su muerte en 1885.

También se ha simplificado en exceso la conquista de África como una cuestión de europeos contra africanos cuando la realidad fue mucho más compleja y se logró en buena medida mediante la colaboración de grupos de nativos, que sacaban también un importante beneficio en la explotación de sus paisanos y hermanos de raza. La codicia no entiende de colores.

## Bibliografía

Duarte, Carlos, *A primeira travessia de África. Ou como os pombeiros Pedro João Baptista e Amaro José atravessaron o Continente Africano*. Lisboa: Luna Art. Sítio do Livro, 2012.

Madeira Santos, María Emilia, *Viagens de explorando Terrestres dos Portugueses em Africa*. Lisboa: Centro de Estudios de Cartografía Antiga, 1978.

Lacerda y Almeida, Francisco José, *The lands of Cazembe. Lacerda's Journey to Cazembe in 1798* (traducido y anotado por Richard F. Burton) y *Journey of the Pombeiros P. J. Baptista and Amaro José, across Africa from Angola to Tette on the Zambeze* (trad. B. A. Beadle). Londres: Royal Geographical Society, 1873.

# Henry de Monfreid

## (1879-1974) (1911)

### El francés que prefirió hacerse africano

Incluso en el siglo XX, los europeos seguían sin internarse en el interior de muchos lugares de África y sólo algunos aventureros osaban hacerlo. Monfreid fue uno de ellos.

Nació el 14 de noviembre de 1879 en Leucate, en la región francesa de Aude. Era de familia adinerada. Su padre era pintor y a la vez amigo y representante en Francia de Gauguin, Matisse y Degas.

Suspendió el examen para entrar en la escuela de ingenieros de la prestigiosa École Centrale. Fue declarado inútil para el servicio militar en 1900. Desarrolló varios trabajos y oficios en los que no aguantaba, entre ellos el de analista químico para Maggi. Se casó y tuvo un hijo. Le despidieron por un asunto de leche adulterada.

A los treinta y un años cayó enfermo. Se instaló en casa de su padre, donde conoció a una joven alsaciana, Armgart Freudenfeld, que le cuidó. Meditó mucho y decidió cambiar de vida. Tras reponerse y cumplir treinta y dos años, en 1911 decidió dejar todo atrás y marchó a Yibuti, la posesión francesa en la entrada del mar Rojo, para dedicarse a la compra de café y pieles a los indígenas. Por su trabajo había de visitar los poblados indígenas y cada vez se sentía más atraído por sus costumbres. Aprendió árabe y los usos locales hasta el punto de adoptarlos en vestimenta y conducta cambiando el salacot de los colonos por un turbante. Iba sin camisa y lucía la falda o *kikoy* de los nativos. Los franceses le hicieron el vacío. Viajó al interior y conoció a los danakil, gallas, issas y afar. Se construyó un *dhow*, un velero local, como los que se utilizan en la costa del Índico, y después otro más grande, al que



llamó *Altaír*. A la vez que comerciaba con café lo hacía con armas, muy apreciadas por los somalíes y etíopes. A pesar del desarrollo de los barcos a motor él seguía utilizando la vela.



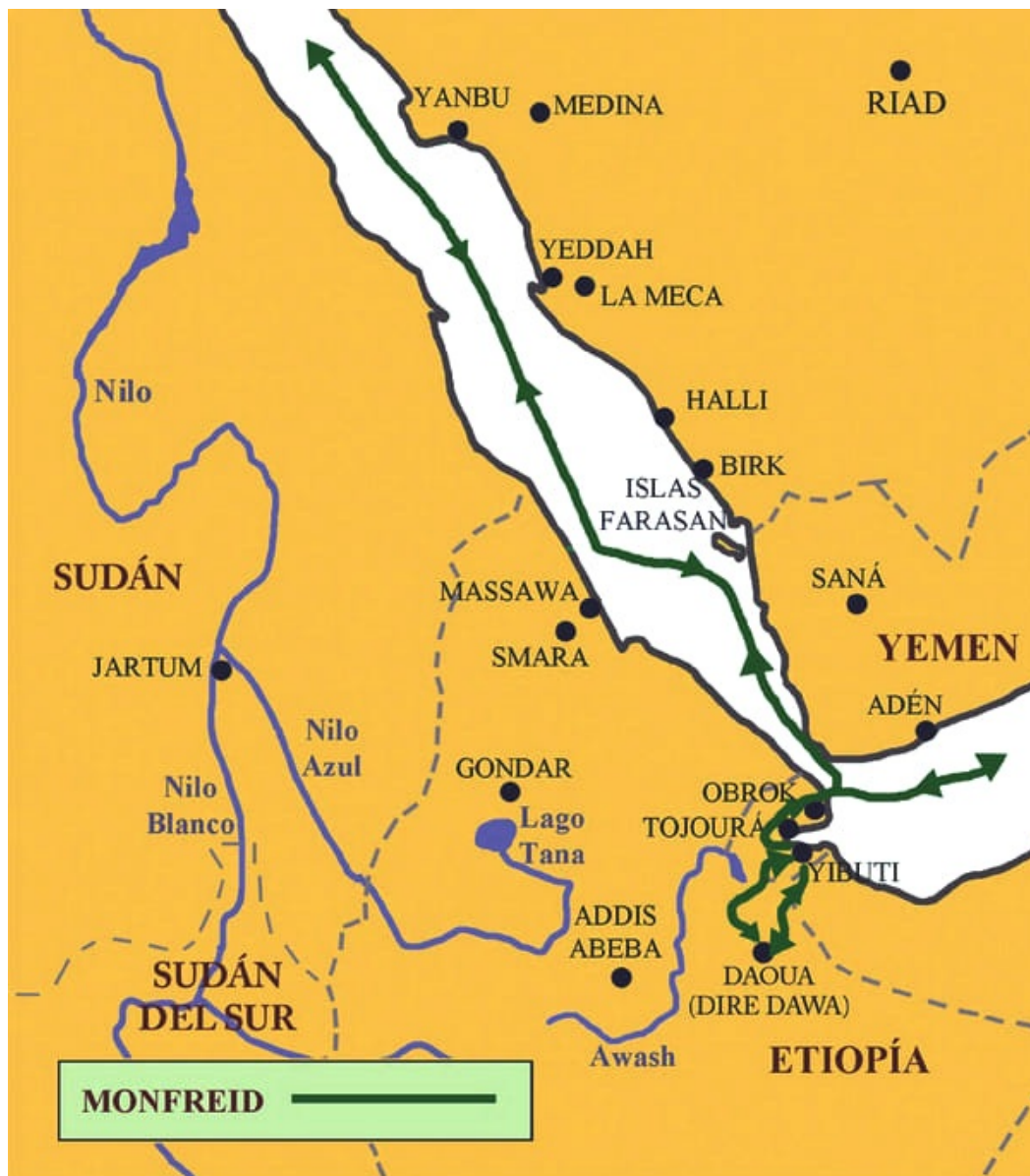
Dos fotografías de Henry de Monfreid de autoría y fecha desconocidas. A la izquierda con tocado europeo y a la derecha con turbante.

En 1913 dejó de trabajar en el café y regresó a Francia para encargarse de las armas al por mayor. Se casó con la alsaciana. Regresó a Yibuti con las armas para vendérselas a las tribus costeras del mar Rojo que las pagaban bien a cambio de perlas. Construyó varios barcos más y se adaptó totalmente a las costumbres indígenas.

Tras salvarse de una tempestad, en 1914, a los treinta y cuatro años, se convirtió al islam y cambió su nombre por el de Abd El Hai, que significa 'esclavo del dador de vida' o 'esclavo del viviente'. Se dedicó a traficar con armas, hachís y perlas. Tenía una tripulación de somalíes. El ser musulmán le salvó la vida en varias ocasiones. En 1932 publicó *Aventures de mer*. Su hijo, Guillaume Monfreid afirma que su conversión fue para adaptarse a las

circunstancias y ser mejor aceptado y que lo religioso no tenía ninguna importancia para él.

En 1914 se declaró la Primera Guerra Mundial y los franceses no le permitían vender armas a sus enemigos. Continuó haciéndolo y fue detenido. Se le llevó a Francia para enviarlo al frente pero, gracias a los contactos de su padre, se libró, regresó a Yibuti y siguió dedicado al tráfico de armas. Parece ser que llegó a un acuerdo para proporcionar información a su país y a los aliados sobre los turcos en el mar Rojo. Los británicos también le perseguían pero nunca le detuvieron, quizás por ese acuerdo. Le pusieron el mote de *seawolf* ('lobo de mar').



Incluso tomó posesión de las islas Farsan, al sur de Arabia Saudita, en nombre de Francia y colocó una bandera gala para evitar que cayera en manos británicas, aliados pero competidores en la zona. A pesar de ello no estaba bien considerado por los colonos franceses. Según cuenta Manuel Leguineche en su libro sobre Thesiger, el gobernador francés de Yibuti, Pascal, le preguntó un día a Monfreid:

—¿No le da vergüenza que sus criados le llamen por un nombre nativo?

—En absoluto. Lo que me duele es la opinión que los nativos tienen de los europeos, por eso hago todo lo posible por no parecerme a ustedes...

—O sea, si he oído bien, ¿la opinión de esos salvajes le interesa más que la nuestra? Los revolucionarios como usted, Monfreid, me importan un comino.



*Autorretrato con turbante.* De Henry de Monfreid, 1927, en acuarela sobre papel. Colección privada. Galería virtual de sus pinturas y fotografías en [www.henrydemonfreid.com](http://www.henrydemonfreid.com).

Ambos tenían poco que enseñar de ética a los nativos.

En 1916 se llevó a Obrok, su refugio en el interior de Etiopía, a su mujer alsaciana. También hizo trasladar allí un piano a lomos de un burro.



Una de las numerosas fotografías que tomó en sus viajes. Algunas son en blanco y negro coloreadas. Se han recopilado en la obra *En Mer Rouge* publicada por Gallimard en 2005 que incluye las gafas para visionar las fotografías en estéreo.

Para evitar problemas decidió dedicarse al tráfico de hachís (allí llamado *charras*), que en aquel momento no estaba prohibido y era muy solicitado en Egipto, donde los británicos tenían el monopolio, por lo que lo introducía de contrabando. También traficó con cocaína hasta 1925. Montó un cañón falso en su barco para intimidar. Su hijo comenta que no se dedicó al tráfico de esclavos porque entrañaba mucho riesgo.

En los años treinta escribió sus aventuras, que fueron publicadas por *National Geographic*. Además, en total escribió setenta libros entre los que destacan *Los secretos del mar Rojo*, una novela sobre la navegación en este mar en su *dhow* suajili, y *L'enfant sauvage*, en 1938, dedicada a Abdi, su segundo, su lugarteniente.

Mussolini, que se estaba estableciendo en la región, le admiraba y ambos mantenían una buena relación. De hecho invirtió los beneficios de sus tráficos, sobre todo de las veintitrés toneladas de hachís que contrabandearon en Egipto en 1923, en una fábrica de harinas y una central eléctrica en Dire Dawa (Daoua), en la Abisinia italiana.

En 1933 Haile Selassie le expulsó de Etiopía. Volvió a Francia y se dedicó al periodismo hasta que en 1936 regresó con Mussolini para la conquista de Etiopía, que tan bien conocía, aunque bajo la cobertura de periodista. En julio de 1938 murió Armgart.



Viñetas del comic *Los cigarros del Faraón*, de Georges Remi (Hergé) de la colección de aventuras de Tintín donde este viaja en el barco de un traficante de armas en el mar Rojo. Para evitar ofender a los franceses se le presenta como el británico Allan Thompson (el de la pistola al cinto) que cuando le registran las cajas dice, mientras muestra un ejemplar del propio cómic:

—¿Fusiles en el fondo...? En el fondo sólo hay libros...

El que efectúa el registro comenta:

—¿Libros? Sólo cómics sin ningún valor...

En 1942 Monfreid fue hecho prisionero junto con los soldados italianos que se rindieron a los ingleses y fue llevado a Kenia acusado de espía. Tras

ser liberado en 1943 se retiró a la sabana, a las faldas del monte Kenia, se casó de nuevo y se dedicó a la caza y a la pintura. También practicó la fotografía y obtuvo una magnífica colección de instantáneas de la zona, incluso de las costas, para complementar los malos mapas.

En 1947 regresó a Francia, donde murió a los noventa y cinco años. En épocas de escasez vendía o hipotecaba cuadros de Gauguin que después resultaron ser falsos. Hergé, el creador de Tintín, le retrató en el episodio de *Los cigarros del Faraón*, donde se encuentran con un traficante de armas, aunque lo presenta como británico para no ofender a los francófonos.

Por su parte, Hugo Pratt, el autor de *Corto Maltés*, que vivió en Abisinia entre 1937 y 1943, donde su padre era militar, oyó hablar de él y le inspiró para el personaje de Corto. Como vemos, a pesar de todas las actividades nada éticas que practicó, se vendió bien y se convirtió en un héroe. En Ingradés, donde murió, se ha abierto un museo sobre él. Tiene una web: **[www.henrydemonfreid.com](http://www.henrydemonfreid.com)**. En ella se dice que tras encarcelarlo entre el 23 de diciembre de 1914 y el 23 de marzo de 1915 por venta de armas e impago de aduanas, se le dispensó de ir al frente a cambio de espiar a los turcos en el mar Rojo aprovechando su facilidad para hacerse pasar por nativo.

Murió el 13 de diciembre de 1974, a los noventa y cinco años, como hemos dicho, después de afirmar: «He vivido una vida rica, agitada y magnífica». Parece que en ningún momento se arrepintió de sus actividades ilegales. Incluso se le ha presentado como un héroe.

Asociada a Monfreid se encuentra **Ida Treat** (1889-1978), que viajó a Yibuti en septiembre de 1931 para escribir un artículo acompañando a Monfreid. Ida era profesora de inglés en una escuela privada de Nueva York. Vivió muchos años en Francia, donde estuvo casada con el líder del Partido Comunista Francés antes de la Segunda Guerra Mundial y después con un marino. Realizó muchos viajes por la Unión Soviética gracias al puesto de su marido, así como por China, el Caribe y África.

A finales de los años veinte viajó al actual Yibuti, entonces llamado Somalia Francesa, para investigar sobre el tráfico de esclavos en el mar Rojo, donde conoció a Monfreid. Los viajes con este los realizó vestida como marinero para pasar desapercibida entre los lugareños, ya que era territorio prohibido, pues a los danakil, los que realizaban el tráfico de esclavos, no les gustaban los europeos debido a que se oponían a la trata.

Los franceses habían ocupado Yibuti, un pequeño territorio de menos de cien millas de ancho y largo. Lo único que deseaban controlar era la zona fronteriza con Etiopía y la Somalia británica, por donde discurría el ferrocarril

francés que venía de Etiopía y terminaba en el puerto de Yibuti. En el resto de la costa los danakil campaban por sus respetos dedicándose a la trata de esclavos con destino a Arabia. Los galos no permitían que ningún blanco entrara en la región de los danakil, pues si estos le mataban, algo fácil, los franceses tendrían que tomar represalias e iniciar una guerra, lo que no deseaban de ningún modo. Monfreid era el único blanco medianamente aceptado entre ellos. Parece ser que la obra *Perlas, armas y hachís*, primer libro en el que se cuenta la vida aventurera de Monfreid, lo escribió este pero lo firmó Ida. En el artículo «Navegando por costas prohibidas» para *National Geographic*, Ida cuenta en tercera persona: «Llevábamos un pasajero, perfectamente disfrazado con un traje de marinero de lona de color rojo ladrillo con un incongruente turbante». Además de Henry y ella llevaban una tripulación de tres danakiles «civilizados» y amigos.

Treat Navegó en el *Altaír*, el barco de Monfreid, con una tripulación de ocho marineros. En tierra, recorrió territorios de los issa, enemigos de los danakil, a quienes mataban y emasculaban si les encontraban desarmados (aquellos sólo disponían de lanzas y escudos de piel de hipopótamo). En tierra Treat llevaba turbante y un gran cuchillo o *djembija* en el pecho, para que se viera enseguida que era un hombre importante al que había que respetar, y llevaba también una túnica árabe que disimulaba sus formas. Visitó Tadjoura, la «capital» de los danakil, acompañada de Monfreid y de dos nativos de la tripulación. Se sentía muy orgullosa de ser la primera mujer blanca que visitaba aquella zona.

## Bibliografía

De Monfreid, Henry, *Les secrets de la mer Rouge*. París: Grasset, 1931.

—, *La croisière du hachich*. París: Grasset, 1933.

—, *Vers les terres hostiles de l'Éthiopie*. París: Grasset, 1933.

Jenkins, Mark, *Mundos para explorar. Historias clásicas de viajes y aventuras de National Geographic*. Barcelona: National Geographic/RBA, 2007.



## Bibliografía general

- Álvarez, Carlos César, *Mujeres singulares*. Madrid: Bubok, 2010.
- Aughton, Peter. *Voyages that changed the world*. Minneapolis: Book Sales Inc., 2007.
- De Gramont, Sanche, *El dios indómito. La historia del río Níger*. Madrid: Turner, 2003.
- Driver, Felix y Jones, Lowri, *Hidden histories of exploration*. Londres: Royal Holloway-University of London, 2009.
- Fleming, Fergus y Merillo, Annabel (compiladores). *La mirada del explorador. Relatos de aventuras y descubrimientos*. Barcelona: Paidós, 2006.
- Fletcher, Jane, *La nómada apasionada*. Barcelona: Planeta, 2001.
- Hambury-Tenison, Robin, *Los setenta grandes viajes de la historia*. Barcelona: Blume, 2006.
- Herrmann, Paul, «De Colón al siglo XX. Audacia y heroísmo de los descubrimientos modernos». (Vol. 2). En: *Historia de los descubrimientos geográficos*. Madrid: Editorial Labor, 1967.
- Hill, Capt. George, *Go spy the land*. Londres: Tauchnitz, 1935.
- Hodgson, Barbara, *Dreaming of East: Western women and the exotic allure of the Orient*. Vancouver: Greystone Books, 2006.
- Jayme, Javier, *Pioneros de lo imposible. Hitos de la exploración contemporánea*. Madrid: Alianza Editorial, 2005.
- Lee, A. *Information and frontiers: Roman foreign relations in late antiquity*. Cambridge: Cambridge University Press, 2006.
- Manzanera López, Laura, *Mujeres espías*. Barcelona: Debate, 2008.
- Montes, Amalia y Gómez-Navarro, Javier, *Exploradores españoles olvidados del siglo XIX*. Madrid: SGE, 2001.
- Morató, Cristina, *Las damas de oriente*. Barcelona: Debolsillo, 2006.

- Pastor Petit, Domingo, *Espías en acción: los mayores impostores en el juego de la política y la historia*. Barcelona: Argos, 1952.
- Roberts, David, *Great exploration hoaxes*. San Francisco: Sierra Club Books, 1982.
- Ryan, Peter, *Explorers and mapmakers*. Londres: Evans, 2000.
- Speake, Jennifer (ed.). *Literature of travel and exploration*. Londres: Routledge, 2003.
- Tannenbaum, Beulah, *Los mapas y cómo se interpretan*. Barcelona: Sopena, 1965.
- Torbado, Jesús, *Viajeros intrépidos. Las anécdotas del viajero*. Barcelona: Planeta, 2000.
- , *Hacia lo desconocido. Historia de los descubrimientos*. Barcelona: Plaza y Janés Editores, 1987.
- Wolf, Michael, *A thousand roads to Mecca: ten centuries of travellers writing about the Muslim pilgrimage*. New York: Grove Press, 1998.



FERNANDO BALLANO GONZALO (Utrilla, Soria, España, 1956). Licenciado en Psicología y máster en Historia Contemporánea. Ha trabajado como profesor en el Bronx (Nueva York) y en Madrid; fue funcionario del Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) en Burundi. Se especializó en diversos aspectos de las colonias africanas de España y en nuestra guerra civil.

Ha publicado diversos ensayos de divulgación histórica: *Exploraciones secretas en África* y *Exploraciones secretas en Asia* sobre la historia de las exploraciones a lugares prohibidos; *Españoles en África*, sobre la presencia española en el vecino continente; y *Aquel negrito del África tropical*, sobre la peculiar colonización española de Guinea y las condiciones de vida de los nativos.

Ha traducido y editado *Cinco meses con los nómadas del Sahara occidental*, de Camille Douls, sobre la primera exploración completa, y de incógnito, del antiguo Sahara español en 1887.